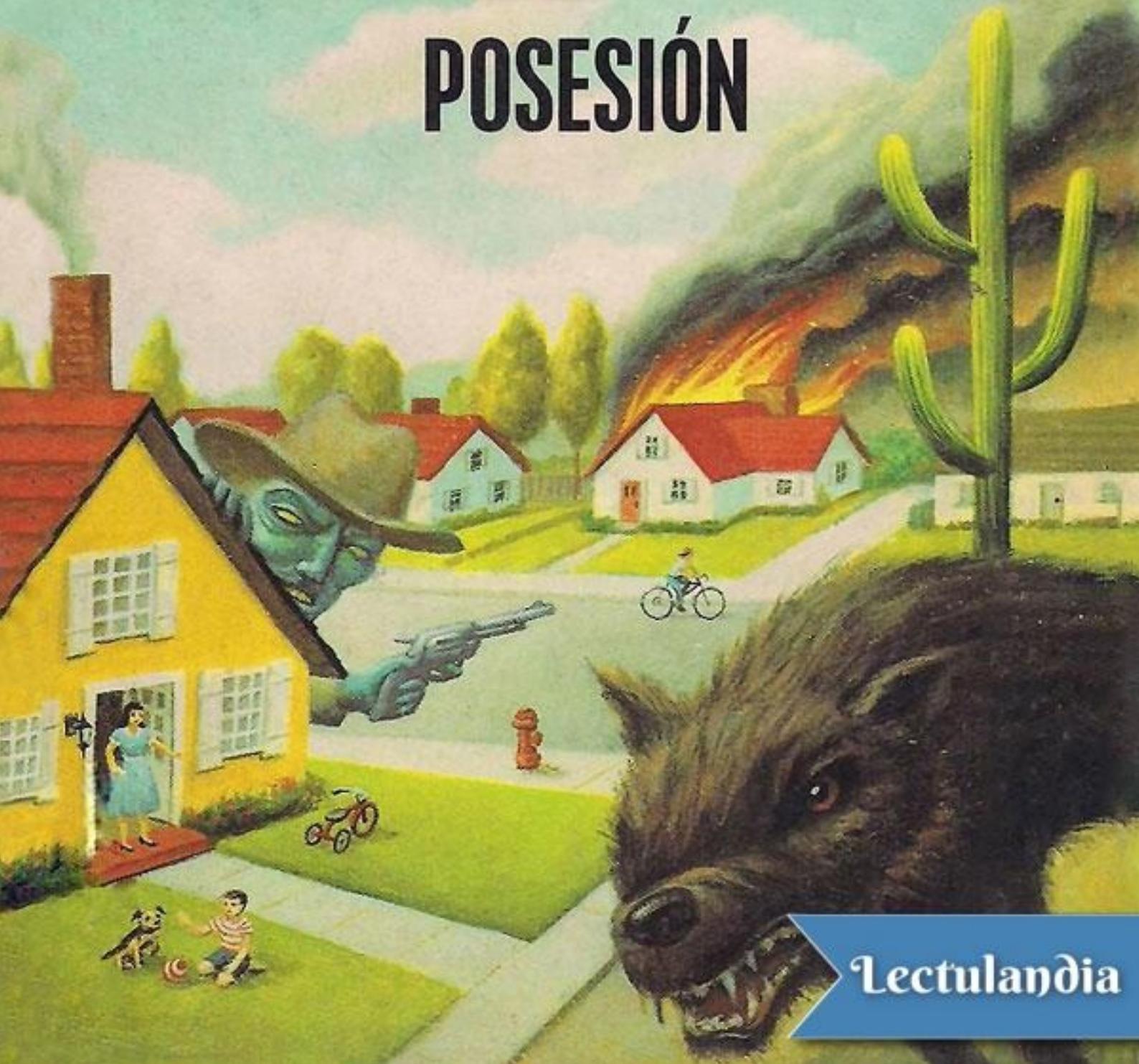


Richard
BACHMAN

POSESIÓN



Lectulandia

Transcurre una apacible tarde de verano en Wentworth, Ohio. Como es habitual, en la soleada calle Poplar todo es normal: el chico de los periódicos los reparte en bicicleta, los niños juegan en las aceras, las barbacoas se preparan en los jardines y patios. Lo único extraño es la furgoneta roja que hay aparcada en una esquina. El misterioso vehículo tardará en ponerse en marcha... y con él se desencadenará una atroz matanza. Cuando la noche caiga, los supervivientes del vecindario se encontrarán en un mundo pavoroso donde cualquier cosa es posible, en particular la macabra posesión de las mentes y los cuerpos.

POSESIÓN. f. Acto de poseer o tener una cosa material o incorpórea. II Apoderamiento del espíritu del hombre por otro espíritu, generalmente maligno. II Una nueva novela de terror del fallecido Richard Bachman. (Véase también DESPERACIÓN, de Stephen King, 1996.)

Lectulandia

Stephen King

Posesión

ePub r1.0

GONZALEZ 01.05.14

Título original: *The Regulators*

Richard Bachman, 1996

Traducción: María Eugenia Ciocchini Suárez

Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ

Digitalización: brusina

Colaboración: el nota

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Pensando en Jim Thompson y Sam Peckinpah:
sombras legendarias*

NOTA DEL EDITOR

Antes de morir de cáncer a finales de 1985, Richard Bachman publicó cinco novelas. En 1994, durante los preparativos de una mudanza, la viuda del autor encontró en el sótano una caja llena de manuscritos en distintos estadios de elaboración. Los más incompletos estaban escritos a mano en los cuadernos para taquigrafía que solía usar Bachman. El más completo era el de la novela que publicamos a continuación. Estaba en un archivador cerrado con bandas elásticas, como si Bachman se hubiese propuesto enviarlo a su editor después de una revisión final.

La viuda de Bachman me pidió que le echara un vistazo y a mí me pareció que estaba al nivel de sus obras anteriores. Me he permitido hacer algunos cambios, casi todos para actualizarlo (por ejemplo, sustituir a Rob Lowe por Ethan Hawke en el primer capítulo), pero en líneas generales lo he dejado tal cual. La publicación de esta obra (aprobada por la viuda del autor) viene a coronar una carrera peculiar, aunque no desprovista de interés.

Deseo agradecer a Claudia Eschelman (antes Claudia Bachman); a Douglas Winter, especialista en Bachman; a Elaine Koster, de la biblioteca New American, y a Carolyn Stromberg, que editó las primeras novelas de Bachman y confirmó la autoría de ésta.

La viuda de Bachman dice no tener conocimiento de que su esposo visitara Ohio, «aunque podría haberlo sobrevolado un par de veces». Tampoco sabe cuándo escribió esta novela, aunque sospecha que debe de haberlo hecho por las noches. Richard Bachman sufría de insomnio crónico.

CHARLES VERRILL
Nueva York



CALLE BEAR

BRAD Y
BELINDA
JOSEPHSON

251

GARY Y
MARIELLE
SODERSON

249

AUDREY
WILER Y
SETH GARIN

247

CAMMIE
REED
JIM Y DAVE
REED

245

KIM Y SUSI
GELLER

243

DEBBIE ROSS

Tienda
E-Z
STOP

241

CALLE HYACINTH

CALLE POPULAR

JOHN
MARINVILLE

248 LOS
CARVER

VALLAS

246 TOM
BILLINESLEY

VALLAS

244 PETER Y MARY
JACKSON

Verja

242 HOBART
(deshabitado)

240 ENTRAGIAN

SETOS

SETOS

Zona Verde

SETOS

ENTRAGIAN



Señor, nosotros tratamos con plomo.

STEVE MCQUEEN
en *Los siete magníficos*

Postal enviada por William Garin a su hermana, Audrey Wyler.

24 de julio de 1994

Querida Andy:

Paramos esta noche en Cannon City (Nevada) y esperamos llegar a San José mañana. Sé que tenías dudas sobre la conveniencia de este viaje, pero hemos hecho bien en venir. ¡SETH HA HECHO UN ADELANTO INCREÍBLE! Ya te contaré (te escribiré desde San José). Por el momento, lo único que puedo decir es ¡lendita esa Nevada! Saludos de June.

Bill



I

Calle Poplar/15 de julio de 1996/15.45 h

El verano ha llegado.

No es un verano cualquiera, sino un verano apotósico, el nova-más del verano. El verdísimo verano de Ohio, maravilloso en julio, con el sol blanco resplandeciente en un fantástico cielo azul tejano desteñido, el alboroto de los niños que corren de un extremo al otro del bosque situado en lo alto de la cuesta de la calle Bear, el golpeteo de los bates de béisbol en el campo de juegos, más allá del bosque, el ruido de los patines sobre las aceras de asfalto y las suaves piedras de macadam de la calle Poplar, el sonido de las radios —uno de los excepcionales partidos de los Indians de Cleveland compitiendo con Tina Turner cantando a voz en cuello *Nutbush City Limits*, esa que dice: «Veinticinco es el límite de velocidad, no se admiten motos»; y rodeándolo todo, como un ribete sonoro de puntilla, el sereno y suave ronroneo de los aspersores de riego.

El verano en Wentworth, Ohio, es cosa de no creer. Aquí, en la calle Poplar, llega directamente al centro de aquel mítico aunque descolorido sueño americano, con el olor a *hot dogs* en el aire y restos de los cohetes del Cuatro de Julio todavía en las bocas de alcantarillas. Ha sido un mes caluroso, perfecto, bendito, maravilloso, el súmmum de los julios —nadie lo duda—, pero si queréis saber la verdad, también ha sido un julio seco, sin más agua que la de las mangueras usadas para limpiar los restos de los farolillos de papel. Hoy parece que van a cambiar las cosas, pues de vez en cuando se oyen truenos hacia el oeste, y los que miran el canal meteorológico (como imaginaréis, en la calle Poplar hay muchos abonados a la televisión por cable) saben que se aproxima una tormenta eléctrica. Quizá incluso un tornado, aunque eso es menos probable.

Mientras tanto, todo son jugosas sandías, refrescos y pelotas mal bateadas; el verano que uno siempre ha deseado y más, aquí en medio de los Estados Unidos de América; una vida de ensueño con Chevrolets aparcados frente a las casas y el refrigerador surtido de bistecs que esperan a la noche, cuando los pondrán sobre la parrilla de la barbacoa en el jardín (¿habrá pastel de manzana para terminar?, ¿vosotros qué creéis?). Es la tierra del césped verde y los cuidados macizos de flores; el reino de Ohio, donde los niños llevan gorras con la visera hacia atrás, camisetas sin mangas sobre holgados bermudas y enormes y toscas zapatillas que, indefectiblemente, zumban como las auténticas Nike.

De un extremo a otro de Poplar —entre las calles Bear, en lo alto de la cuesta, y Hyacinth, abajo— hay once casas y una tienda. La tienda es la típica americana, donde uno puede comprar tabaco de todas las marcas, caramelos de un centavo

(aunque en la actualidad casi todos cuestan cinco), provisiones para la barbacoa (platos de cartón tenedores de plástico cortezas de trigo helado ketchup mostaza), helados y una amplia variedad de refrescos elaborados con las mejores materias primas del mundo. En el E-Z Stop hasta es posible encontrar el *Penthouse*, aunque hay que pedírselo a la dependienta, ya que en Ohio las revistas porno se guardan debajo del mostrador. Y eso está muy bien. Lo importante es saber que uno puede conseguirlas si lo desea.

La dependienta es nueva, lleva menos de una semana en el puesto, y ahora, a las cuatro menos cuarto de la tarde, está atendiendo a un niño y una niña. Esta aparenta unos once años y ya promete ser una auténtica belleza. Aquél, obviamente su hermano menor, debe de tener seis años y, al menos en opinión de la dependienta, promete ser un malcriado de narices.

—¡Quiero dos chocolatinas! —dice Hermano Malcriado.

—Si los dos tomamos un refresco, sólo nos queda dinero para una —responde Hermana Bonita demostrando una paciencia admirable a los ojos de la dependienta. Si el crío fuera su hermano, le daría tantas patadas en el trasero que podría representar al jorobado de Notre Dame en la función de fin de curso del colegio.

—Mamá te dio cinco pavos esta mañana; yo la vi. ¿Dónde has metido el resto, Marrr-grit?

—No me llames así; sabes que lo detesto —dice la chica.

Tiene una larga cabellera color miel que a la dependienta le parece preciosa. El pelo de la dependienta es corto y crespo, teñido de naranja a la derecha y de verde a la izquierda. Sabe muy bien que no habría conseguido el puesto con esas greñas si el gerente no hubiera estado absolutamente necesitado de alguien que trabajara de once a siete... En fin; mejor para ella, peor para él. El tipo le había hecho prometer que se cubriría la cabeza con un pañuelo o una gorra de béisbol, pero las promesas están hechas para romperse. Ahora ve que Hermana Bonita le mira el pelo con fascinación.

—¡Margrit-Margrit-Margrit! —exclama el hermano pequeño con la alegre y energética perversidad propia de los hermanos pequeños.

—En realidad me llamo Ellen —dice la niña con el tono de alguien que desea demostrar seguridad—. Margaret es mi segundo nombre, y él me llama así porque sabe que lo detesto.

—Mucho gusto, Ellen —dice la joven y comienza a sumar los precios de los artículos.

—Mucho gusto, Marrr-grit —se burla Hermano Malcriado poniendo una expresión tan maliciosa que resulta cómica. Tiene la nariz arrugada y los ojos bizcos—. ¡Mucho gusto, Marrr-grit la Marrmota!

Ellen no le hace caso y dice:

—Me encanta tu pelo.

—Gracias —responde la dependienta con una sonrisa—. No es tan bonito como el tuyo, pero puede pasar. Es un dólar con cuarenta y seis.

La niña saca un monedero de plástico del bolsillo de los téjanos. Es uno de esos que se abren apretando el cierre superior.

Dentro hay dos billetes arrugados de un dólar y unos cuantos centavos.

—¡Pregúntale a Margrit la Marmota dónde están los otros tres pavos! —chilla el malcriado, que parece un servicio público de megafonía—. ¡Se los ha gastado en una revista con Eeeethan Hawwwke en la tapa!

Ellen sigue sin hacerle caso, aunque sus mejillas comienzan a teñirse de rojo. Mientras entrega los dos dólares, dice:

—No te he visto antes, ¿verdad?

—Puede que no... empecé a trabajar el miércoles pasado. Necesitaban a alguien para el turno de once a siete y quedarse un rato más si el tipo de la noche llega tarde.

—Bueno, me alegro de conocerte. Soy Ellen Carver, y éste es mi hermano Ralph.

Ralph Carver saca la lengua y hace un ruido con la boca similar al de una avispa encerrada en un frasco de mayonesa. ¡Qué animalito tan amable!, piensa la chica del pelo bicolor.

—Yo soy Cynthia Smith —dice extendiendo la mano por encima del mostrador—. Llámame Cynthia, pero nunca Cindy, ¿lo recordarás?

La niña asiente con una sonrisa.

—Y a mí llámame Ellie, nunca Margaret.

—¡Marggrit la Marrmota! —grita Ralph con el frenético tono victorioso de un crío de seis años. Levanta las manos y mueve las caderas de un lado a otro con ponzoñosa alegría—. ¡Margrit la Marmota está colada por Eeeethan Hawwwke!

Ellen mira a Cynthia con una expresión de resignación demasiado madura para su edad, como diciendo «Ya ves lo que tengo que aguantar». Cynthia, que tiene un hermano menor y sabe muy bien lo que tiene que aguantar la bonita Ellie, está tentada de risa, pero consigue mantenerse seria. Y es una suerte. La cría es una prisionera de su tiempo y su edad, como todo el mundo, lo que significa que ese asunto es muy serio para ella. Ellie le entrega una lata de Pepsi a su hermano.

—Fuera partiremos la chocolatina —dice.

—Me llevarás en mi *Buster* —dice Ralph mientras se dirigen a la puerta, cruzando el brillante rectángulo de sol que se proyecta como una hoguera desde la ventana—. Me llevarás en mi *Buster* todo el camino a casa.

—De eso nada, monada —dice Ellie, pero cuando abre la puerta, el malcriado se gira y mira a Cynthia con una mirada que dice: «Espera y verás quién gana. Ya lo verás». Luego salen.

Es verano, sí, pero no un momento cualquiera del verano; hablamos del 15 de julio, la apoteosis del verano en una ciudad de Ohio donde la mayoría de los niños

van a las colonias de vacaciones de la iglesia y participan en los programas estivales de lectura de la biblioteca pública local, y donde un niño *exigió* que le compraran un pequeño carro rojo que, por razones que sólo él conoce, ha llamado *Buster*. Once casas y una tienda cociéndose al resplandeciente y desnudo sol de julio en el Medio Oeste, treinta y dos grados a la sombra, treinta y cinco al sol; suficiente calor para que el aire brille encima del pavimento como si éste fuera un horno crematorio.

La calle se extiende de norte a sur, los números impares del lado de Los Ángeles, los pares del de Nueva York. En lo alto, en la esquina oeste de Poplar y Bear, está situado el número 251. Brad Josephson está fuera, junto al camino de entrada de su casa, regando los macizos de flores con una manguera. Tiene cuarenta y seis años, una maravillosa piel color chocolate y una barriga prominente y caída. Ellie Carver piensa que se parece a Bill Cosby... Bueno, al menos un poquito. Brad y Belinda Josephson son los únicos negros de la calle y el barrio está muy orgullosa de tenerlos. Tienen el aspecto que la gente de las afueras de Ohio quiere para sus negros, y es agradable verlos por allí. Son buena gente. Los Josephson caen bien a todo el mundo.

Cary Ripton, que reparte el *Shopper* de Wentworth los lunes por la tarde, tuerce la esquina en bicicleta y arroja un periódico enrollado a Brad. Éste lo atrapa diestramente con la mano libre. Ni siquiera se mueve. Levanta la mano y lo coge.

—¡Bravo, señor Josephson! —grita Cary y pedalea cuesta abajo con la bolsa de lona llena de periódicos balancéandose contra su cadera. Lleva una holgada camiseta de los Magic de Orlando con el número de Shaq, el 32.

—Sí, todavía no estoy acabado —dice Brad y sujetla boquilla de la manguera con el brazo para desplegar el periódico gratuito semanal y mirar la primera página.

La misma basura de siempre, desde luego —terrenos en venta y propaganda municipal—, pero de todos modos quiere echarle un vistazo. Brad supone que es propio de la naturaleza humana. Al otro lado de la calle, en el número 250, Johnny Marinville está sentado en el zaguán, tocando la guitarra y cantando. Es una de las canciones folk más estúpidas del mundo, pero Marinville toca bien, y aunque nadie podría confundirlo con Marvin Gaye (o Perry Como, llegado el caso), sabe seguir una melodía sin desafinar. Brad siempre ha encontrado este hecho ligeramente insultante. Según Brad, un hombre que es bueno para una cosa, debería contentarse con su suerte y no aspirar a nada más.

Cary Ripton, catorce años, pelo cortado a cepillo, *shortstop* sustituto en la liga de Wentworth (los Hawk, en la actualidad 14-4 con dos juegos pendientes), arroja el siguiente *Shopper* al zaguán del 249, la casa de los Soderson. Así como los Josephson son la pareja negra de la calle Poplar, los Soderson —Gary y Marielle— son los sonados del barrio. Según la opinión pública, los Soderson se complementan muy bien. Gary es un tipo generoso y servicial, apreciado por sus vecinos a pesar de que casi siempre está borracho. Marielle, sin embargo... Bueno, como se ha oído decir a

Bombón Carver: «Hay una palabra para definir a las mujeres como Marielle, y rima con el nombre de la varita de un director de orquesta».

El lanzamiento de Cary es perfecto: el periódico rebota en la puerta de los Soderson y aterriza sobre el felpudo de la entrada, pero nadie sale a recogerlo. Marielle está dentro dándose una ducha (la segunda del día; detesta este calor pegajoso) y Gary está sentado en el jardín trasero, añadiendo carbón a la barbacoa con aire distraído, llenándola como para asar un bisonte. Lleva un delantal con la inscripción PUEDES BESAR AL COCINERO. Es demasiado pronto para echar la carne a la parrilla, pero nunca es demasiado pronto para prepararse. En el jardín trasero de los Soderson hay una mesa cubierta con una sombrilla, donde Gary ha montado su bar portátil: un frasco de olivas, una botella de ginebra y una de vermut. Esta no ha sido abierta, pero hay un martini doble frente a ella. Gary deja de añadir carbón a la barbacoa y apura su copa. Le encantan los martinis y cuando no tiene que dar clases está borracho a eso de las cuatro. Hoy no es la excepción.

—Muy bien —dice Gary—, el siguiente.

Y procede a prepararse otro martini a la Soderson. Lo hace del siguiente modo: a) llenando las tres cuartas partes del vaso con ginebra Bombay; b) añadiendo una oliva Amati; c) golpeando el borde del vaso contra la botella cerrada de vermut para la buena suerte.

Prueba un poco, cierra los ojos, prueba otro poco. Luego abre los ojos, que ya están bastante rojos, y sonríe.

—Sí, señoras y señores —dice al reluciente jardín trasero—. ¡Ya tenemos un ganador!

Suavemente, por encima de los demás sonidos del verano —niños, cortadoras de césped, coches, aspersores y el zumbido de los insectos sobre la hierba semimarchita del jardín— Gary oye la guitarra del escritor; una melodía dulce y pegadiza. La reconoce casi de inmediato y baila en el círculo de sombra de la sombrilla con el vaso en la mano, cantando: «Bésame y sonríe... Dime que me esperarás... Abrázame como si no quisieras dejarme partir...».

Estupenda canción; de antes de que nacieran los mellizos Reed, que viven dos casas más allá. De antes incluso que sus padres soñaran con concebirlos. Por un instante piensa en el implacable e inevitable paso del tiempo, y le parece oír su vertiginoso zumbido, como si fuera una poderosa nave de metal. Toma otro largo sorbo de su martini y se pregunta qué hacer ahora que la barbacoa está preparada. Entre los demás sonidos distingue el de la ducha en la planta alta de su casa y piensa en Marielle desnuda allí; la mayor puta del mundo occidental, pero se mantiene en forma. La imagina enjabonándose los pechos, quizá acariciándose los pezones en círculos, poniéndolos erectos. Por supuesto, Marielle no está haciendo nada semejante, pero es la clase de imagen que no se borra de la cabeza a menos que uno

haga algo al respecto. Decide convertirse en una versión contemporánea de san Jorge y follarse al dragón en lugar de matarlo. Deja el vaso de martini sobre la mesa y comienza a andar hacia la casa.

Vaya, es verano, verano, verano, vera-vera-vera verano, y la vida es maravillosa en la calle Poplar.

Cary Ripton mira por el retrovisor de la bici, no ve ningún coche y cruza la calle hacia el este, en dirección a casa de los Carver. No se ha detenido en casa de Marinville, porque a comienzos del verano Johnny Marinville le dio cinco dólares para que *no* le dejara el *Shopper*.

—Por favor, Cary —dijo con una mirada solemne y vehemente—, no soportaría enterarme de la inauguración de otro supermercado o de otra fiesta de boticarios. Me moriría.

Cary no tiene ni puñetera idea de lo que quiso decir Marinville, pero es un buen tipo, y cinco pavos son cinco pavos.

La señora Carver abre la puerta del 248 de Poplar y saluda a Cary mientras éste le arroja el *Shopper*. Intenta atajarla, no lo consigue y ríe. Cary también ríe. No tiene ni las manos ni los reflejos de Brad Josephson, pero es bonita, y sabe perder. Su marido está lavando el coche junto a la casa, con traje de baño y playeras. Ve a Cary por el rabillo del ojo, se gira y le apunta con un dedo. Cary lo imita y fingén dispararse. Es el patético aunque loable esfuerzo del señor Carver para hacerse el simpático, y Cary lo respeta. David Carver trabaja en correos y Cary supone que esta semana está de vacaciones. El muchacho se hace una promesa: si cuando sea mayor tiene que coger un empleo de nueve a cinco (sabe que, como la diabetes o los problemas renales, esas cosas a veces son inevitables), nunca pasará las vacaciones en casa, lavando el coche en el jardín.

De todos modos no tendré coche, piensa. Tendré una moto. Pero no japonesa, sino americana. Una estupenda Harley Davidson como la que Marinville guarda en el garaje.

Vuelve a mirar por el retrovisor, vislumbra algo rojo en la calle Bear, más allá de la casa de los Josephson —parece una furgoneta, aparcada justo en la intersección sudoeste— y sigue pedaleando en dirección al 247, la casa de los Wyler.

De todas las casas ocupadas de la calle (la del 242, donde antes vivían los Hobart, está deshabitada), la de los Wyler es la única que le da reparos. Es pequeña, estilo rancho, y no le vendría mal una mano de pintura en el frente y otra de selladora en el camino. Hay un aspersor en el jardín, pero, a diferencia de los demás jardines de la calle (incluido el de la casa vacía de los Hobart), el césped muestra los efectos del tiempo seco y caluroso. Hay algunas zonas amarillas, todavía pequeñas pero cada vez más extensas.

La señora Wyler no sabe que no basta con el agua, piensa Gary mientras coge

otro *Shopper* de la bolsa de loneta. Quizá su marido lo sabía, pero...

De repente se da cuenta de que la señora Wyler (supone que una mujer sigue siendo señora aunque esté viuda) está al otro lado de la puerta de rejilla, y su silueta le llama la atención, lo escandaliza. Se tambalea en la bici y arroja el periódico con menos habilidad que de costumbre. El *Shopper* aterriza sobre uno de los arbustos que flanquean la escalinata de entrada. Detesta hacer eso, lo detesta; se siente como en una de esas comedias imbéciles en que el chico de los periódicos siempre arroja el *Daily Bugle* sobre el techo o encima de un rosal (íá, íá, repartidores con mala puntería, qué horror). Otro día (o en otra casa) habría vuelto atrás para corregir el error... quizás incluso habría entregado el periódico en mano a la señora, con una sonrisa y un buenos días. Pero hoy no. Allí hay algo que no le gusta. Tiene que ver con la postura de la mujer que está detrás de la puerta de rejilla, que tiene los hombros caídos y los brazos laxos, como un juguete que se ha quedado sin pilas. Y puede que eso no sea todo. No alcanza a verla bien, pero tiene la impresión de que la señora Wyler lleva sólo unos pantalones cortos; está desnuda de cintura para arriba. Y sigue allí, en el vestíbulo, mirándolo.

Más que sensual, la escena resulta patética.

El niño que vive con ella, su sobrino, también es patético. Se llama Seth Garland o Garin o algo por el estilo. Nunca habla, ni siquiera si te diriges a él —eh, cómo te va, te gusta este lugar, crees que los Indians volverán a ganar la liga—, pero él se limita a mirarte fijamente con sus ojos color barro. Te mira como Cary cree que ahora lo mira la señora Wyler, que habitualmente se muestra simpática con él. Entra en mi casa, dijo la araña a la mosca, y esas miradas parecen decir algo por el estilo. Su marido murió el año pasado (ahora que lo piensa, en la misma época en que los Hobart tuvieron problemas y se mudaron), y la gente dice que no fue un accidente. La gente dice que Herb Wyler, que colecciónaba piedras y una vez regaló una escopeta de aire comprimido a Cary, se suicidó.

Se le pone la carne de gallina —algo doblemente preocupante en un día caluroso como éste— y gira para volver atrás echando otra mirada por el retrovisor. La furgoneta roja sigue en la esquina de Bear y Poplar (un coche de rico, piensa el chico), y esta vez se acerca otro vehículo, un Acura azul que Cary reconoce de inmediato. Es el señor Jackson, el otro profe del barrio, aunque en este caso no de instituto. El señor Jackson es en realidad el catedrático Jackson, o quizás sólo adjunto. Trabaja en la Universidad de Ohio. Los Jackson viven en el 244, al lado de la antigua casa de los Hobart. Es la casa más bonita del barrio, una amplia finca estilo Cape Cod con un alto seto del lado de abajo y una alta valla de madera de cedro del lado de arriba, donde linda con la casa del viejo veterinario.

—¡Hola, Cary! —dice Peter Jackson deteniéndose a su lado. Lleva téjanos desteñidos y una camiseta estampada con una risueña cara amarilla. QUE TENGAS UN

BUEN DÍA, dice la cara risueña—. ¿Qué tal va todo, chico?

—Estupendo, señor Jackson —contesta Cary con una sonrisa. Piensa en añadir «aunque la señora Wyler está en la puerta de su casa con las tetas al aire», pero no lo hace—. Todo genial.

—¿Habéis comenzado los partidos?

—Hasta ahora sólo hemos jugado dos. Ayer hice un par de entradas y puede que esta noche haga otro par. No esperaba más. Pero éste es el último año de Frankie Albertini en el Legión, ¿sabe?

—Exacto —dice Peter, cogiendo la idea al vuelo—. Y el año que viene *monsieur* Cary Ripton jugará de *shortstop*.

El chico ríe y se imagina saliendo al campo de juego con el uniforme del Legión, aullando como un hombre lobo.

—¿Este año también da cursos de verano?

—Sí. Dos seminarios: las obras históricas de Shakespeare y James Dickey y el nuevo gótico sureño. ¿Te interesa alguno?

—Creo que paso.

Peter asiente con seriedad.

—Pasa y nunca tendrás que dar cursos de verano. —Señala la cara sonriente de la camiseta—. Cuando llega junio, se olvidan de los códigos de etiqueta, pero los cursos de verano siguen siendo un coñazo. Como siempre. —Arroja el *Shopper* al asiento trasero y, pone en marcha el coche—. No vayas a sufrir una insolación pedaleando por el barrio con los periódicos.

—Descuide. Creo que está por llover. Ya he oído varios truenos.

—Eso dicen por la radio.

Una bestia peluda pasa corriendo detrás de un disco rojo. Cary inclina la bici hacia el coche de Jackson y siente el roce de la cola de *Aníbal*, el pastor alemán que persigue el disco de playa.

—Dígale lo de la insolación a él —dice Cary.

—Puede que lo haga —responde Peter y avanza despacio.

Cary mira cómo *Aníbal* coge el disco con la boca al otro lado de la calle. Lleva un pañuelo de colores chillones alrededor del cuello y parece lucir una sonrisa perruna.

—¡Tráelo aquí, *Aníbal*! —grita Jim Reed.

Su hermano Dave se une a él:

—¡Vamos, *Aníbal*! ¡No seas tonto! ¡Tráelo!

El perro se detiene con el disco en la boca junto al número 246, enfrente de la casa de los Wyler, y menea tranquilamente la cola. Su sonrisa parece ensancharse.

Los mellizos Reed viven en el 245, al lado de la casa de la señora Wyler. Están junto al jardín (uno moreno, otro rubio, ambos altos y apuestos con sus camisetas sin mangas e idénticos pantalones cortos de marca), con los ojos fijos en *Aníbal*. Detrás

de ellos hay un par de chicas. Una es Susi Geller, la vecina de al lado; es guapa pero no maciza. La otra, la pelirroja con largas piernas de animadora, es una historia aparte. Su foto debería estar en el diccionario junto a la palabra «maciza». Cary no la conoce, pero le encantaría conocerla; conocer sus sueños, esperanzas, proyectos y fantasías. En especial sus fantasías. No en esta vida, piensa. Es un conejito demasiado maduro. Debe de tener por lo menos diecisiete años.

—¡Mierda! —exclama Jim Reed y se vuelve hacia su hermano moreno—. Esta vez ve a buscarlo tú.

—De eso nada; debe de estar lleno de saliva —responde Dave Reed—. ¡*Aníbal*, sé buen chico y trae el disco!

Aníbal se detiene en la acera, frente a la casa del viejo veterinario, siempre sonriendo. No, dice sin necesidad de decir nada; todo queda dicho con la sonrisa y el tranquilo meneo de la cola. Vosotros tenéis chicas guapas y pantalones de marca, pero yo tengo vuestro disco y lo estoy llenando de saliva canina; y en mi perruna opinión, eso me convierte en el rey.

Cary se saca del bolsillo una bolsa de pipas. Ha descubierto que siempre es conveniente tener a mano unas pipas para matar el tiempo. Se ha vuelto un experto en abrirlas con los dientes y masticar las sabrosas semillas mientras escupe las cáscaras sobre el suelo de cemento con la rapidez de una ametralladora.

—¡Yo lo arreglo! —les grita a los mellizos Reed, esperando impresionar a la pelirroja con su habilidad para con los animales, y al mismo tiempo consciente de que es una esperanza estúpida, propia de un crío en su primer curso de instituto; pero la tía está tan buena con sus pantaloncitos blancos, ¡santo cielo!, ¿y qué hay de malo en soñar un poco?

Baja la bolsa de pipas a la altura del perro y estruja el celofán. *Aníbal* se acerca de inmediato, con el disco rojo en el centro de la boca. Cary vuelca unas cuantas pipas en la palma de la mano.

—Bien, *Aníbal* —dice—. Son muy buenas. Pipas de girasol, el plato preferido de todos los perros del mundo. Pruébalas y acabarás comprándolas.

Aníbal estudia las pipas un momento y las olfatea con delicadeza. Luego deja caer el disco en la calle Poplar y coge las semillas. Veloz como un rayo, el chico se agacha, recoge el disco (está húmedo en los bordes) y se lo arroja a Jim Reed. Es un tiro perfecto, así que Jim ataja sin necesidad de dar un solo paso. ¡Caray!, la pelirroja lo aplaude dando saltitos junto a Susi Geller, y sus tetas (pequeñas pero deliciosas) se bambolean debajo de la camiseta. Oh, gracias, Dios, un millón de gracias, ahora tendré material para pajas en el banco de datos por lo menos durante una semana.

Sonriente, ignorando que morirá virgen y jugador suplente, Cary arroja el *Shopper* al porche de Tom Billingsley (puede oír el cortacésped del doctor rugiendo en el jardín trasero) y cruza otra vez la calle en dirección a casa de los Reed. Dave

arroja el disco a Susi Geller y luego atrapa el periódico que le lanza Cary.

—Gracias por recuperar el disco —dice Dave.

—De nada. —Señala a la pelirroja con un gesto de la barbilla—. ¿Quién es?

Dave deja escapar una risita cómplice.

—Ni lo preguntes, pequeño.

Cary va a insistir, pero decide que es mejor dejarlo correr. Después de todo, recuperó el disco, ella lo aplaudió, y la visión de la chica saltando con su pequeña camiseta de tirantes habría conseguido poner tieso hasta un macarrón demasiado cocido. Suficiente para una tarde calurosa como ésta.

Por encima y detrás de ellos, en lo alto de la cuesta, la furgoneta roja comienza a moverse.

—¿Vienes al partido esta noche? —pregunta Cary a Dave Reed—. Jugamos contra los Rebels de Columbus. Creo que irá bien.

—¿Jugarás tú?

—Haré un par de entradas y por lo menos un *ay-bee*.

—Entonces no creo que vaya. —Y suelta una carcajada que hace estremecer a Cary. Piensa que los mellizos Reed parecen dioses jóvenes con sus camisetas sin mangas, pero cuando abren la boca siempre la cagan.

Cary mira hacia la casa de la esquina de Poplar y Hyacinth, enfrente de la tienda. La última casa de la izquierda, como en la película de terror del mismo nombre. No hay ningún coche en el sendero de entrada, pero eso no significa nada; podría estar en el garaje.

—¿Está en casa? —pregunta a Dave, señalando el 240 con la barbilla.

—Ni idea —dice Jim acercándose—. Nunca se sabe, ¿verdad? Es muy raro. Casi siempre deja el coche en el garaje y cruza el bosque hacia Hyacinth. Allá donde vaya debe de ir en autobús.

—¿Te da miedo? —pregunta Dave. No se burla, pero casi.

—Claro que no —dice Cary impasible, mirando a la pelirroja, preguntándose cómo será abrazar a una tía como ésa, alta y esbelta, meterle la lengua en la boca mientras ella se restriega contra su polla. No en esta vida, vuelve a pensar.

Saluda con la mano a la pelirroja, reacciona con aparente indiferencia y auténtica alegría cuando ella le devuelve el saludo, y luego cruza en diagonal hacia el 240 de la calle Poplar. Lanzará el *Shopper* al zaguán con su habitual destreza y luego —si el chalado del ex poli no aparece en la puerta con espuma en la boca, mirándolo con ojos de colocado y blandiendo su pistola reglamentaria, un machete o cualquier otro arma— irá a la tienda a comprar un refresco para celebrar que ha terminado su ruta. De la avenida Anderson a Columbus, de Columbus a la calle Bear, de la calle Bear a Poplar. Luego a casa a ponerse el uniforme y de ahí al campo de béisbol.

Sin embargo, primero tiene que pasar por el 240 de Poplar, la casa del ex poli que

según dicen perdió su empleo por golpear a un par de jóvenes inocentes porque pensó que habían violado a una niña. Cary no sabe si la historia es cierta —nunca leyó nada en los periódicos—, pero ha visto los ojos del ex poli y hay algo en ellos que jamás vio en otros ojos; un vacío que hace que uno desee desviar la vista a la primera oportunidad, aunque sin parecer descortés.

En lo alto de la cuesta, la furgoneta roja (si acaso eso es lo que es; es tan chillona y extravagante que no podría asegurarlo) tuerce por Poplar y comienza a acelerar. El ruido del motor es un murmullo cadencioso, sedoso. ¿Y qué demonios es ese chisme de cromo acoplado al techo?

Johnny Marinville deja de tocar la guitarra para mirarla pasar. No puede ver el interior porque tiene cristales polarizados, pero el chisme del techo parece un radar cromado, vaya si no. ¿Acaso la CIA ha decidido hacer acto de presencia en la calle Poplar? Johnny ve a Brad Josephson en su jardín, al otro lado de la calle, con la manguera en una mano y el *Shopper* en la otra. Brad también mira la furgoneta que avanza despacio (pero ¿es una furgoneta?), y tiene una expresión entre maravillada y perpleja.

Los rayos del sol destellan en la pintura roja y las superficies cromadas debajo de las ventanillas; unos rayos tan intensos que deslumbran a Johnny.

En la casa contigua David Carver sigue lavando el coche. Hay que reconocer que es un tipo concienzudo; tiene el Chevy cubierto de jabón hasta los limpiaparabrisas.

La furgoneta roja pasa delante de él, zumbando y destellando.

Al otro lado de la calle, los mellizos Reed y sus amiguitas dejan de jugar con el disco de playa para mirar la furgoneta. Los chicos forman un rectángulo, en cuyo centro está *Aníbal*, jadeando con alegría y esperando otra oportunidad para atrapar el disco.

Aunque en la calle Poplar nadie sea consciente de ello, los acontecimientos comienzan a precipitarse.

A lo lejos suena un trueno.

Cary Ripton no ve la furgoneta roja ni el camión amarillo que tuerce por Hyacinth en dirección a Poplar, subiendo hacia el aparcamiento de la tienda, donde los hermanos Carver siguen junto a *Buster*, el carrito rojo, discutiendo si la niña empujará a Ralph cuesta arriba o no. Ralph ha aceptado no decir palabra de lo de la revista con Ethan Hawke en la portada, pero sólo si su querida hermana Margrit la Marmota le da toda la chocolatina en lugar de la mitad.

Los crios interrumpen la conversación al ver el vapor blanco que sale del radiador del camión, como el aliento de un dragón, pero Cary Ripton no presta la menor atención a los problemas del camionero. Su mente está concentrada sólo en una cosa: dejar el *Shopper* al chiflado del ex policía y salir airoso de la empresa. El ex poli se llama Collie Entragian y es el único vecino del barrio que tiene un cartel de

PROHIBIDO EL PASO en el jardín. Es pequeño y discreto, pero allí está.

Cary se pregunta cómo es posible que no esté en la cárcel si es cierto que mató a un par de jóvenes. No es la primera vez que se hace esa pregunta y llega a la conclusión de que no es asunto suyo. En una tarde bochornosa como ésta no debe preocuparse por la libertad del ex policía, sino por su propia supervivencia.

Con todo esto en la cabeza, no es de extrañar que Cary no se fije en el camión Ryder que despidе vapor por el radiador, ni en los dos niños que han interrumpido momentáneamente sus negociaciones sobre la revista, ni en el carrito rojo, ni en la furgoneta que baja la cuesta. Sólo piensa en no convertirse en la nueva víctima de un policía psicópata, y paradójicamente la fatalidad lo acecha por la espalda.

Una de las ventanillas de la furgoneta roja comienza a abrirse y se asoma un cañón de escopeta de color extraño, ni gris ni plateado. El doble cañón parece el símbolo del infinito pintado de negro.

En algún lugar del cielo llameante vuelve a rugir un trueno.

Despacho del Columbus, 31 de julio de 1994.

UNA FAMILIA DE TOLEDO ACRIBILLADA A BALAZOS EN SAN JOSÉ

**Cuatro personas asesinadas desde un coche
por una supuesta banda de criminales.
Un superviviente de seis años**

SAN JOSÉ, California, 30 de julio (AP). Unas vacaciones familiares por el norte de California acabaron en tragedia cuando cuatro miembros de una familia de Toledo fueron acribillados a balazos. La policía de San José sospecha que podrían haber sido víctimas fortuitas de la violencia de una banda de criminales. William Garin, 42 años, June Garin, 40, y dos de sus tres hijos, John y Mary Lou, de 12 y 10 años respectivamente, fueron abatidos desde un coche en movimiento. El matrimonio había ido a visitar a Joseph y Roxanne Calabrese, antiguos compañeros de estudio. Los Calabrese resultaron ilesos, ya que en el momento del crimen se encontraban en el jardín trasero de su casa. También resultó herido el pequeño Seth Garin, de 6 años de edad, mientras jugaba en el cajón de arena del jardín trasero. Según ha declarado Joseph Calabrese, el tiroteo se produjo cuando el matrimonio Garin y sus dos hijos mayores jugaban al cróquet en el jardín delantero.

«No entiendo en qué clase de sociedad vivimos para que ocurran estas cosas», dijo Calabrese, notablemente afectado. «Éste es un barrio tranquilo y jamás había sucedido nada semejante.»

Algunos testigos declararon haber visto una furgoneta roja en la vecindad poco antes del tiroteo. Un hombre aseguró que el vehículo estaba equipado con un dispositivo de radar de alta tecnología. «Tenía una especie de disco en el techo», dijo. «A menos que los delincuentes se deshagan de él, será fácil encontrarlo.»

Sin embargo, la policía no ha localizado aún la misteriosa furgoneta y no se ha producido ningún arresto. Al interrogárselle sobre las armas empleadas en el ataque, el teniente Robert Álvarez se limitó a decir que los expertos de balística aún no habían llegado a ninguna conclusión y que el caso continuaría investigándose.

II

1

Steve Ames vio la tragedia gracias a los dos crios que discutían junto al carrito rojo, delante de la tienda. La chica parecía realmente enfadada con el niño y por un instante Steve pensó que iba a darle un empujón... lo que podría arrojarlo más allá del carrito y delante de su camión. Atropellar a un niño con una camiseta de Bart Simpson en un barrio de las afueras de Ohio sería el corolario perfecto para aquel día de mierda.

Cuando se detuvo a una distancia razonable de ellos —mejor prevenir que curar— notó que la atención de los niños se desviaba de aquello que estuvieran discutiendo para centrarse en el humo blanco de su radiador. Detrás de ellos, en la calle, había una furgoneta roja; del rojo más chillón que Steve hubiera visto en su vida. Pero no fue el color lo que despertó su interés, sino el brillante adminículo cromado que tenía en el techo y que parecía una especie de radar futurista. Se movía de atrás adelante en un arco corto y constante, como los radares.

Al fondo de la calle había un chico en bicicleta. La furgoneta se dirigió a él, como si el conductor (o alguien en el interior) quisiera hablarle. El muchacho no notó su presencia; acababa de coger un periódico enrollado del bolso que le colgaba de la cadera y se disponía a arrojarlo.

Steve paró el motor del camión sin detenerse a pensar en lo que hacía. Ya no oía el zumbido del radiador, no veía a los niños junto al carrito rojo, no pensaba en qué iba a decir cuando llamaría al teléfono gratuito de emergencias del concesionario Ryder. Un par de veces en su vida había tenido visiones premonitorias —presentimientos, presagios sobrenaturales—, pero lo que lo asaltó en ese momento más que una visión fue casi un dolor: la absoluta certeza de que iba a ocurrir algo importante. Aunque no la clase de acontecimiento que provoca ovaciones.

No vio el doble cañón apuntando por la ventanilla, pues no estaba en el sitio apropiado para ello, pero oyó el *¡pum!* de la escopeta y supo de inmediato de qué se trataba. Se había criado en Texas y jamás confundiría un disparo con un trueno.

El muchacho voló de la bicicleta con los hombros encogidos y las piernas flexionadas, y la gorra cayó de su cabeza. La espalda de la camiseta estaba hecha jirones y Steve vio más de lo que hubiera querido ver: sangre intensamente roja y carne negra y chamuscada. La mano con que iba a arrojar el *Shopper* cubría una oreja y el periódico cayó junto a él, en una zanja seca, al tiempo que el cuerpo aterrizaba sobre el jardín de la pequeña casa de la esquina tras describir una pirueta laxa y sin

gracia.

La furgoneta se detuvo en medio de la calle, junto al cruce de Poplar y Hyacinth, con el motor en marcha.

Steve Ames permaneció sentado al volante de su camión de alquiler, boquiabierto, mientras una de las ventanillas traseras de la furgoneta se abría como los elevalunas eléctricos de un Lincoln o un Cadillac.

No sabía que pudieran hacer eso, pensó. Y enseguida: ¿Qué clase de vehículo es ése?

Notó que alguien salía de la tienda: una chica con una bata azul como las que usa el personal de facturación de las líneas aéreas. Se llevó una mano a la frente para protegerse del sol. Podía ver a la joven, aunque el chico de los periódicos había desaparecido temporalmente, tapado por la furgoneta. Entonces cayó en la cuenta de que el cañón de la escopeta asomaba por la ventanilla que acababa de abrirse.

Y por si fuera poco vio que los dos crios del carrito rojo estaban totalmente expuestos y desprotegidos, mirando en la dirección de los disparos.

2

Aníbal, el pastor alemán, vio sólo una cosa: el periódico enrollado que cayó de las manos de Cary cuando el impacto de la bala lo arrojó más allá de la bicicleta y de la vida. El perro corrió ladrando con alegría.

—¡No, *Aníbal*! —gritó Jim Reed.

No entendía lo que pasaba (él no se había criado en Texas y al principio había confundido el disparo con un trueno; no porque sonara como un trueno, sino porque era incapaz de distinguir el ruido de un tiro en el contexto de una tarde de verano en la calle Poplar), pero tampoco le gustaba. Sin pensar en lo que hacía —o en por qué lo hacía—, arrojó el disco de playa hacia la tienda con la esperanza de distraer a *Aníbal* y hacerle cambiar de rumbo. El plan no funcionó. El perro no prestó atención al disco y siguió corriendo en busca del periódico enrollado, caído delante de la furgoneta roja.

3

Cynthia Smith también sabía reconocer el ruido de un disparo. Cuando era pequeña, su padre, un sacerdote, practicaba tiro al plato todos los domingos y a

menudo la llevaba con él.

Sin embargo, esta vez nadie había gritado «¡Plato!».

Dejó el libro que estaba leyendo, salió de detrás del mostrador y corrió a la escalinata de entrada de la tienda. El sol le dio en los ojos y se llevó la mano a la frente para evitar el resplandor.

Vio la furgoneta con el motor en marcha en medio de la calle, el cañón asomando por la ventanilla trasera y apuntando a los hermanos Carver, que parecían perplejos pero no asustados.

Dios mío, pensó. Dios mío, va a disparar a los niños.

Por un instante se quedó paralizada. Su cerebro ordenó a las piernas que se movieran, pero éstas no obedecieron.

—¡Muévete! ¡Muévete! —se gritó a sí misma y eso rompió el hielo que congelaba sus nervios.

Corrió con la impresión de que sus piernas se habían convertido en zancos, tambaleándose en los tres peldaños de piedra, y cogió a los niños. Los dos cañones de la escopeta parecían bocas enormes, y supo que era demasiado tarde. El momento de vacilación había sido fatal. Sólo iba a conseguir que cuando el tipo de la furgoneta apretara el gatillo matara a una chica de veintiún años, además de a dos niños inocentes.

4

David Carver arrojó la esponja en el cubo de agua jabonosa, situado junto a la rueda delantera derecha de su Caprice, y se dirigió a la calle para averiguar qué pasaba. Una casa más arriba, Johnny Marinville hacía otro tanto cogiendo la guitarra por el mástil. Al otro lado de la calle, Brad Josephson también cruzaba el jardín, dirigiendo el chorro de la manguera a su espalda. Todavía llevaba el ejemplar del *Shopper* en la mano.

—¿Ha sido un petardo? —preguntó Johnny. No se lo parecía. Antes de la publicación de los cuentos del gato Pat, cuando aún se consideraba un «escritor serio» (una frase tan contundente para él como «una buena puta»), Johnny había hecho un infernal viaje de investigación por Vietnam, y el ruido que acababa de oír le recordó los disparos de la ofensiva de Tet. Si se trataba de un petardo, era de la clase que matan a la gente.

David sacudió la cabeza y levantó las manos para indicar que no lo sabía. A su espalda, la puerta de la casa colonial pintada en beige y verde se cerró de golpe y se oyeron unos pasos descalzos correr por el sendero. Era Bombón, vestida con unos

téjanos y una blusa mal abotonada. Tenía el cabello mojado recogido en una especie de casco y aún olía a jabón.

—¿Ha sido un petardo? Dios mío, Dave, sonó como...

—Como un disparo de escopeta —dijo Johnny, y añadió de mala gana—: Estoy seguro de que lo era.

Kirsten Carver —Kirstie para los amigos y Bombón para su marido, por razones que sólo él conocía— miró cuesta abajo. Una expresión de horror cruzó su cara y pareció agrandar no sólo sus ojos, sino todos sus rasgos. David siguió su mirada. Vio la furgoneta parada con el motor en marcha y el cañón asomando por la ventanilla trasera derecha.

—¡Ellie! ¡Ralph! —gritó Bombón. Fue un grito desgarrado, penetrante, y en el jardín trasero de los Soderson, Gary detuvo la copa a medio camino de los labios para escuchar—. ¡Dios mío! ¡Ellie y Ralph!

Bombón salió corriendo cuesta abajo en dirección a la furgoneta.

—¡No, Kirsten! —gritó Brad Josephson, y corrió tras ella, cruzando la calle al mismo tiempo con la esperanza de interceptarla a mitad de camino, quizás entre la casa de los Jackson y la de los Geller. Corría con una agilidad sorprendente para un hombre de su corpulencia, pero pronto supo que no iba a alcanzarla.

David Carver también corrió detrás de su esposa, con la barriga bamboleándose sobre el traje de baño ridículamente pequeño y las playeras chasqueando sobre la acera con un ruido similar al de una pistola de juguete. Su sombra corría tras él, dibujando un cuerpo largo y esbelto que David Carver, empleado de correos, no había exhibido en su vida.

5

Estoy muerta, pensó Cynthia mientras se arrodillaba detrás y en medio de los niños, cogiéndolos por los hombros para acercarlos a ella. Para lo que servirá... Estoy muerta, muerta, muerta. Y sin embargo no podía desviar la vista de los dos cañones de la escopeta, tan negros, tan parecidos a unos ojos perversos.

La puerta del camión amarillo se abrió de golpe y vio bajar a un tipo alto y delgado vestido con téjanos y una camiseta rockera, un tío de rasgos angulosos y el pelo largo hasta los hombros salpicado de canas.

—¡Métalos aquí! —gritó—. ¡Deprisa!

Cynthia empujó a los niños hacia el camión, convencida de que era demasiado tarde. Pero entonces, mientras se preparaba para el dolor de los disparos (si es que uno puede prepararse para algo semejante), el arma que asomaba por la ventanilla

trasera de la furgoneta giró hacia adelante sobre el flanco rojo del vehículo, desviando la mira. El estallido resonó en el día caluroso como una bola rodando por un surco de piedra. Cynthia vio el fogonazo en la boca del cañón. El perro de los Reed, que iniciaba la recta final hacia el periódico, salió disparado con violencia hacia la derecha, y la vida lo abandonó como había abandonado a Cary Ripton.

—¡*Aníbal!* —gritaron al unísono Jim y Dave, y a Cynthia le recordaron a los gemelos de un anuncio de chicles.

Empujó a los hermanos Carver hacia la puerta del camión con tanta fuerza que el pequeño malcriado cayó de brúces y empezó a chillar. La niña —Ellie y no Margaret, recordó Cynthia— miró hacia atrás con una commovedora expresión de perplejidad. Entonces el tipo del pelo largo la cogió del brazo y la ayudó a subir a la cabina.

—¡Al suelo, niña, al suelo! —gritó mientras se inclinaba para coger al pequeño histérico.

El conductor del camión metió un pie en el volante para evitar caer de lado, haciendo sonar la bocina. Cynthia apartó el carrito rojo, cogió al pequeño por la cinturilla de los pantalones y lo levantó hasta los brazos del conductor. Calle abajo, se oían los gritos de un hombre y una mujer llamando a los niños. Supo que eran sus padres y que, a menos que tuvieran cuidado, correrían la misma suerte que el perro y el chico de los periódicos.

—¡Sube! —gritó el hombre del camión.

Cynthia no necesitó una segunda invitación para trepar a la atestada cabina.

6

Gary Soderson apareció por un lado de la casa con paso decidido (aunque no demasiado firme). Había oído una segunda detonación y se preguntó si habría estallado la parrilla de gas de los Geller. Vio a Marinville —que se había enriquecido en los ochenta escribiendo cuentos infantiles sobre un inverosímil gato detective llamado Pat— en medio de la calle, protegiéndose los ojos del sol con una mano y mirando cuesta abajo.

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó Gary acercándose.

—Creo que alguien de esa furgoneta acaba de matar a Cary Ripton y al perro de los Reed —respondió Johnny Marinville con voz extraña, inexpresiva.

—¿Qué? ¿Por qué iban a hacer algo así?

—No tengo idea.

Gary vio a una pareja —los Carver, estaba seguro— correr calle abajo en dirección a la tienda, seguidos por un afroamericano torpón que sólo podía ser Brad

Josephson. Marinville se volvió hacia él.

—Esto es peligroso. Voy a llamar a la policía. Mientras tanto, le aconsejo que salga de la calle. Ahora mismo.

Marinville caminó a toda prisa hacia su casa. Gary desoyó su consejo y permaneció donde estaba, con el vaso en la mano, contemplando la furgoneta que seguía con el motor en marcha, justo delante de la casa de Entragian. Súbitamente deseó (un deseo insólito en su caso) no haber estado tan borracho.

7

La puerta de la casa del 240 de la calle Poplar se abrió con estrépito y Collie Entragian apareció como siempre había temido verlo Cary Ripton: con un arma en la mano. Aparte de ese detalle, su aspecto era normal; no tenía espuma en la boca, ni los ojos desorbitados o inyectados en sangre. Era un tipo alto —un metro ochenta y ocho como mínimo—, con una barriga incipiente, pero hombros anchos y musculosos como de jugador de fútbol americano. Llevaba pantalones color caqui y el torso desnudo. Tenía espuma de afeitar en la mejilla izquierda y una toalla sobre el hombro. La pistola era del 38, y podría haber sido el arma reglamentaria que Cary imaginaba que vería cada vez que llevaba el periódico a la casa de la esquina.

Collie miró al chico tendido boca abajo en su jardín, con la ropa húmeda por el regador automático (los periódicos que habían caído del bolso comenzaban a convertirse en una masa húmeda y gris), y luego a la furgoneta. Levantó la pistola, cogiéndose la muñeca derecha con la mano izquierda. Justo en ese momento, la furgoneta se puso en marcha. Collie estuvo a punto de disparar, pero no lo hizo. Debía tener cuidado. Había personas en Columbus, algunas muy poderosas, que se alegrarían de saber que Collie Entragian había disparado en plena calle de un barrio de las afueras de Wentworth... con un arma que, por cierto, debería haber devuelto a la policía.

Eso no es una excusa y lo sabes, pensó apuntando a la furgoneta que se alejaba. ¡Dispara! ¡Dispara, demonios!

Pero no lo hizo y cuando la furgoneta torció a la izquierda por Hyacinth, vio que no llevaba matrícula... ¿Y qué diablos era aquel aparato en el techo? Por el amor de Dios, ¿qué coño era aquello?

Al otro lado de la calle el señor y la señora Carver corrían hacia el aparcamiento de la tienda, seguidos por Josephson. El negro miró a la izquierda y vio que la furgoneta roja ya no estaba allí; había desaparecido detrás de los árboles que flanqueaban la calle Hyacinth, al este de Poplar. Entonces se acuclilló, apoyó las

manos en las rodillas e intentó recuperar el aliento.

Collie se acercó, metió la 38 en la cintura del pantalón y apoyó una mano en el hombro de Josephson.

—¿Se encuentra bien?

Brad alzó la vista y esbozó una sonrisa triste. Tenía la cara empapada de sudor.

—Supongo —respondió.

Collie caminó hacia el camión amarillo y se fijó en el carrito rojo abandonado cerca de allí. Había un par de latas de refresco sin abrir en el interior y una chocolatina junto a una de las ruedas traseras. Alguien la había pisado y aplastado.

Oyó gritos a su espalda. Se volvió y vio a los mellizos Reed, con las caras muy pálidas pese al bronceado veraniego, mirando más allá del perro muerto, al muchacho tendido sobre el césped de su jardín. El mellizo rubio —Jim, según creía— se echó a llorar. El otro dio un paso atrás, hizo una mueca de asco, se inclinó y vomitó sobre sus propios pies descalzos.

La señora Carver bajó a su hijo del camión llorando a voz en cuello. El crío, que también chillaba como loco, se cogió del cuello de su madre y se abrazó a ella como una lapa.

—Tranquilo —dijo la mujer vestida con téjanos y camisa mal abotonada—. Tranquilo, cariño, ya ha pasado todo. El hombre malo se ha ido.

David Carver cogió a su hija de brazos del hombre tumbado en el asiento y la abrazó.

—¡Papá! ¡Me estás llenando de jabón! —protestó la niña.

Carver la besó en la frente, entre los ojos.

—No importa —dijo—. ¿Estás bien, Ellie?

—Sí —respondió ella—. ¿Qué ha pasado?

Intentó mirar hacia la calle, pero su padre le tapó los ojos.

Collie se acercó a la mujer y al niño.

—¿El pequeño se encuentra bien, señora Carver?

La mujer lo miró como si no lo reconociera y volvió a centrar su atención en el niño lloroso, acariciándole el pelo con una mano y mirándolo fijamente.

—Sí. Eso creo —dijo—. ¿Estás bien, Ralphie? ¿Te encuentras bien?

El niño respiró hondo y gritó:

—¡Margrit tenía que empujarme cuesta arriba! ¡Hicimos un trato!

A Collie le pareció que estaba bien. Volvió a girarse hacia la escena del crimen, vio al perro en medio de un charco de sangre, y reparó en que los hermanos Reed se acercaban temerosos al cuerpo del desgraciado chico de los periódicos.

—¡Apartaos! —gritó con firmeza.

Jim Reed se volvió hacia él.

—¿Y si todavía está vivo?

—¿Qué pasa si lo está? ¿Tenéis algún polvo mágico para curarlo? ¿No? Pues entonces no os acerquéis.

El chico se acercó a su hermano e hizo una mueca de asco.

—¡Davey! ¡Mira tus pies! —exclamó. Luego se giró y también él vomitó.

Collie Entragian se vio empujado nuevamente al trabajo que había creído abandonar para siempre en octubre del año anterior, cuando lo habían despedido del Departamento de Policía de Columbus, tras someterse a un análisis de detección de drogas que había dado positivo. Cocaína y heroína. Un buen apaño, teniendo en cuenta que jamás había consumido ninguna de las dos cosas.

«Primera prioridad: proteger a los ciudadanos. Segunda prioridad: ayudar a los heridos. Tercera prioridad: resguardar la escena del crimen. Cuarta prioridad...».

Bueno, ya se preocuparía de la cuarta prioridad cuando se hubiera ocupado de las tres primeras.

La dependienta nueva de la tienda, una jovencita esquelética con una cabellera de dos colores que lastimaba la vista de Collie, bajó del camión y se alisó la arrugada bata azul. El conductor la siguió.

—¿Es usted policía? —preguntó a Collie.

—Sí. —Más fácil afirmarlo que dar explicaciones. Los Carver sabían la verdad, por supuesto, pero estaban demasiado ocupados con sus hijos, y Brad Josephson seguía detrás, intentando recuperar el aliento—. Métanse todos en la tienda. ¿Brad? ¿Muchachos? —Levantó un poco la voz para que los mellizos Reed supieran que se dirigía a ellos.

—No. Será mejor que vuelva a casa —dijo Brad. Se incorporó, miró el cuerpo de Cary al otro lado de la calle y volvió a mirar a Collie con expresión culpable pero decidida. Al menos volvía a respirar con normalidad. Por un instante, Collie había pensado que tendría que hacerle el boca a boca—. Belinda está allí y...

—Sí, pero será mejor que entre en la tienda, señor Josephson, al menos de momento. Por si vuelve la furgoneta.

—¿Por qué iba a volver? —preguntó David Carver, que seguía abrazando a su hija, mirando a Collie por encima de la cabeza de la niña.

Collie se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni siquiera sé qué hacía aquí antes, pero es conveniente tomar precauciones. Entren en la tienda.

—¿Tiene alguna autoridad en el caso? —preguntó Brad. Su tono, aunque no exactamente desafiante, sugería que sabía que no era así.

Collie cruzó los brazos sobre el pecho desnudo. La depresión que lo atormentaba desde que lo separaran del cuerpo había comenzado a disiparse en las últimas semanas, pero ahora volvió a sentirlo al acecho. Después de un momento, negó con la cabeza. No. Ya no tenía ninguna autoridad.

—Entonces pienso volver con mi esposa. No lo tome como una ofensa, señor.

Collie sonrió al oír el tono digno y prudente de su vecino. Era como si dijera: «Usted no se meta conmigo, y yo no me meteré con usted».

—No lo haré.

Los mellizos se miraron entre sí y luego a Collie. Este supo lo que querían y suspiró.

—Muy bien. Pero id con Josephson. Y cuando lleguéis a casa, meteos dentro con vuestras amigas. ¿De acuerdo? —El rubio asintió—. Jim... tú eres Jim, ¿verdad? —El chico volvió a asentir, secándose con timidez los ojos enrojecidos.

—¿Están vuestras madres en casa?

—Mi madre —respondió—. Mi padre está trabajando.

—De acuerdo, muchachos. Corred. Usted también, Brad.

—Haré lo que pueda —dijo Brad—, aunque creo que ya he corrido bastante por hoy.

Los tres comenzaron a andar calle arriba por la acera oeste, la de los números impares.

—Yo también quiero llevar a los niños a casa, Entragian —dijo Kirsten Carver.

Collie suspiró y asintió. Claro, qué demonios, llévelos donde le dé la gana. A Alaska, si quiere. Necesitaba un cigarro, pero los había dejado en casa. Había conseguido dejar el vicio durante diez años, hasta que los cabrones de la central le habían enseñado la puerta y luego lo habían empujado por ella. Entonces había reincidido con una rapidez espantosa. Y ahora quería fumar porque estaba histérico. No simplemente nervioso por el chico muerto en su jardín, lo que habría sido comprensible, sino auténticamente histérico. ¿Y por qué?

Porque hay demasiada gente en la calle, se dijo; por eso.

Ah, sí, ¿y qué significa eso?

No lo sabía.

¿Qué te pasa? ¿Demasiado tiempo fuera del cuerpo? ¿Estás asustado? ¿Es eso lo que te preocupa, tontorrón?

No. El chisme plateado en el techo de la furgoneta. Eso es lo que me preocupa, tontorrón.

¿Ah, sí? ¿De veras?

Bueno; quizá no fuera exactamente así, pero era un principio. O una excusa. Al fin y al cabo, un presentimiento era un presentimiento. Collie siempre había creído en los pálpitos, y por lo visto un detalle insignificante como que le hubieran retirado la placa no había reducido su clarividencia.

Ralph Carver dejó a su hija en el suelo y cogió al niño lloroso de manos de su esposa.

—Yo te empujaré en el carrito —dijo—. Todo el camino hasta casa. ¿De acuerdo?

—Margrit la Marmota está enamorada de Ethan Hawke —le confió su hijo.

—¿De veras? Bueno, es probable, pero no debes llamarla así —dijo Ralph. Hablaba con el tono ausente de un hombre capaz de perdonar cualquier cosa a sus hijos, o al menos a uno de sus hijos. Y su esposa miraba al pequeño como si estuviera ante un santo o un profeta. Sólo Collie Entragian notó la expresión de pena en los ojos de la niña mientras sentaban a su reverenciado hermano en el carrito rojo. Collie tenía otras cosas en que pensar, en muchas otras, pero aquella mirada era demasiado evidente y triste para pasarla por alto. Vaya.

Su mirada pasó de Ellie Carver a la chica de cabellera ridícula y al hippie carroza del camión.

—¿Podré conseguir al menos que ustedes dos entren en la tienda hasta que llegue la policía? —preguntó.

—Sí, claro —respondió la chica mirándolo con cierta desconfianza—. Usted es poli, ¿no es cierto?

Los Carver se alejaban empujando el carrito, donde Ralph se había sentado con las piernas cruzadas, pero quizá aún estuvieran lo bastante cerca para oírlo... Además, ¿qué iba a hacer?, ¿mentir? Empieza por ese camino, se dijo a sí mismo, y quizás acabes en la Gruta de las Curiosidades de un circo: un ex poli con una colección de chapas en el sótano, como Elvis, y un par más pinchadas en el interior de la cartera. Di que eres detective, aunque nunca te decides a solicitar la licencia. En diez o quince años seguirás diciendo las mismas cosas e intentando recorrer el mismo camino, como una treintañera que viste con minifalda y sin sujetador en un esfuerzo por convencer al mundo (al que en realidad le importa una mierda) que sus días de colegiala aún no han quedado atrás.

—Lo era —dijo. La dependienta asintió. El tipo del pelo largo lo miró con curiosidad, aunque con respeto—. Han salvado la vida de los crios —añadió mirándola a ella, pero dirigiéndose a los dos.

Cynthia reflexionó un instante y sacudió la cabeza.

—Los salvó el perro —dijo mientras comenzaba a andar hacia la tienda. Collie y el viejo hippie la siguieron—. El tipo de la furgoneta, el que llevaba la escopeta, iba a dispararles. —Se volvió hacia el hombre del pelo largo—. ¿Usted lo vio? ¿Está de acuerdo conmigo?

El hippie asintió.

—De cualquier modo, no habríamos podido hacer nada para detenerlo —dijo con un acento demasiado nasal para ser del Sur. Collie supuso que sería de Texas. De Texas o de Oklahoma—. Entonces el perro lo distrajo, ¿no es cierto?, y le disparó a él.

—Eso es —dijo Cynthia—. Si el perro no lo hubiera distraído... Bueno, creo que ahora estaríamos tan muertos como él. —Levantó la barbilla en dirección a Cary

Ripton, muerto y empapado sobre el jardín de Collie.

Luego guió a los hombres al E-Z Stop.

Recorte de la publicación Películas de televisión, dirigida por Stephen H. Scheuer, Bantam Books.

(Dir: Will
tures, 105 mi.
gram

Los vigilantes (1958).** John Payne, Ty Hardin, Karen Steele, Rory Calhoun. Flojo melodrama del Oeste sobre unos vigilantes violentos, con algunas escenas sorprendentemente brutales para una película de finales de los cincuenta. Los habitantes de un poblado minero de Colorado son asesinados por unos alguaciles (liderados por Calhoun) que primero parecen seres sobrenaturales, pero que resultan ser renegados de la guerra civil, de la pandilla del capitán Quantrell. Payne es un personaje heroico pero acartonado; Steele saca el máximo provecho de sus escotados vestidos de baile. (Dir.: Billy Rancourt, American International Pictures, 81 minutos.)

Ensayo de un asesinato (1982). Robert Pepe una Redgrave
r terio

bru
pel
cinc
tes a
Colora
dos po
(lidera
que p
seres
pero
reneg
civil,
capitá
es un
pero :
saca
cho
vesti
Billy
can
Pict
enat
resu
de
f

III

1

Calle Poplar/15 de julio de 1996/15.58 h

Momentos después de que Collie, Cynthia y el tipo del pelo largo del camión Ryder entraran en la tienda, una furgoneta tuerce por la esquina sudoeste de Poplar y Hyacinth, al otro lado del E-Z Stop. Es de color azul metalizado, con cristales polarizados. No lleva ningún adminículo extraño en el techo, pero los lados son abocinados y hundidos, y más que una furgoneta parece una nave exploradora de una película de ciencia ficción. Las ruedas no son estriadas, sino completamente lisas y pulidas como una pizarra recién lavada. En el interior de las ventanillas tintadas, unas luces de colores opacos relampaguean rítmicamente, como los pilotos de un panel de mandos.

Los truenos se oyen más cercanos e intensos. La luminosidad del cielo de verano comienza a desvanecerse; amenazadoras nubes negras y púrpura avanzan desde el oeste. Por fin alcanzan al sol de julio y lo ocultan. La temperatura comienza a bajar de inmediato.

La furgoneta azul se mueve con un zumbido casi inaudible. Calle arriba, en lo alto de la cuesta, otra furgoneta —esta vez del amarillo chillón de un plátano de utilería— llega al cruce de las calles Bear y Poplar. Se detiene allí, también con un zumbido leve.

Suena el primer trueno realmente fuerte, seguido de un luminoso relámpago que se refleja por un instante en el ojo derecho de *Aníbal* y lo hace brillar como un infiernillo.

2

La mujer de Gary Soderson se acercó a su marido, que aún seguía en medio de la calle.

—¿Qué demonios haces? —preguntó—. Cualquiera diría que estás en trance.

—¿No lo has oído?

—¿Si he oido qué? —repuso ella malhumorada—. Estaba en la ducha. ¿Qué iba a oír desde allí? —Gary llevaba nueve años casado y sabía que el malhumor era la

característica dominante del carácter de Marielle—. He oído a los hermanos Reed jugando con el disco de playa y a su maldito perro ladrando. También he oído truenos. ¿Qué más quieres que oiga? ¿El coro de los Niños Cantores de Viena?

Gary señaló calle abajo, primero al perro (al menos Marielle no volvería a quejarse de *Aníbal*) y luego al cuerpo tendido en el jardín del número 240.

—No estoy seguro, pero creo que alguien acaba de disparar al chico que reparte el *Shopper*.

La mujer miró en la dirección del dedo, entrecerrando los ojos, haciéndose sombra con la mano, aunque el sol había desaparecido. Gary tenía la impresión de que la temperatura había bajado al menos cuatro grados. Brad Josephson subía la cuesta con esfuerzo, en dirección a ellos. Peter Jackson estaba en la puerta de su casa, mirando calle abajo con curiosidad. Otro tanto hacía Tom Billingsley, el veterinario a quien todos llamaban el viejo Doc. La familia Carver cruzaba la calle desde la tienda hacia su casa. La niña iba cogida de la mano de su madre y Dave Carver (que a ojos de Gary parecía una langosta hervida, o mejor dicho una langosta hervida cubierta de jabón) empujaba a su hijo en un carrito rojo. El crío iba sentado con las piernas cruzadas y miraba alrededor con la expresión arrogante y desdeñosa de un rajá. En una evaluación de imbecilidad, Gary le habría concedido 9,5 puntos en una escala de 10.

—¡Eh, Dave! —gritó Peter Jackson—. ¿Qué pasa?

Antes de que Carver pudiera responder, Marielle apoyó una mano en el hombro de Gary con la suficiente fuerza para arrojarle lo que quedaba del martini sobre las deshilachadas zapatillas. Quizá fuera mejor así. Tal vez le hiciera un favor a su hígado y diera por concluida la cuota de alcohol del día.

—¿Estás sordo, Gary, o es que eres tonto? —preguntó su ojito derecho.

—Quizá las dos cosas —dijo Gary, pensando que si algún día se decidía a dejar la bebida para siempre, antes tendría que divorciarse de Marielle. O al menos cortarle las cuerdas vocales—. ¿Qué decías?

—Te he preguntado quién demonios iba a querer cargarse al chico de los periódicos.

—Puede que alguien que no recibió los cupones de descuento la semana pasada —dijo Gary. Se oyó otro trueno, aún al oeste, pero esta vez más cercano. El relámpago pareció atravesar las nubes como un arpón.

Literatura por una novela sobre obsesiones sexuales titulada *Placer* y que ahora escribía cuentos para niños protagonizados por un gato detective llamado *Pat*, contemplaba asustado el teléfono de la sala. Allí sucedía algo extraño. No quería volverse paranoico, pero sí, sucedía algo extraño.

—Quizá —dijo en voz baja.

Sí. Quizá, pero el teléfono...

Había entrado en la casa, dejado la guitarra en un rincón y marcado el número de emergencias. Tras una pausa curiosamente larga, tan larga que había estado a punto de cortar la comunicación (¿qué comunicación?, ja, ja), iba a intentarlo otra vez, cuando oyó una voz infantil al otro lado de la línea. El sonido de aquella voz, a un tiempo cantarín y ausente, lo había sorprendido y asustado. Ni siquiera había intentado engañarse diciéndose que se trataba de un reflejo condicionado.

—Bebé chuleta, bebé probeta —había dicho la voz—, te he visto morder la teta. Déjate de llantos y de rabietas, o se te escapará la teta.

Luego había oído un clic, seguido del tono de la línea muerta. Johnny había vuelto a marcar el número. Una vez más, se produjo una larga pausa y enseguida un sonido que creyó reconocer: alguien que respiraba por la boca. Quizá un niño con un resfriado. Claro que eso no tenía ninguna importancia. Lo que importaba era que las líneas se habían ligado y ahora, en lugar de llamar a la policía,...

—¿Quién habla? —había preguntado con brusquedad.

Pero no obtuvo respuesta. Sólo la respiración. ¿Y por qué le había sonado familiar? Era ridículo, ¿verdad? ¿Cómo podía sonarle familiar una respiración a través del teléfono? Era imposible, y sin embargo...

—Quienquiera que sea, deje la línea libre —había dicho Johnny—. Tengo que llamar a la policía.

El sonido de la respiración se interrumpió. Johnny iba a cortar la conexión otra vez, cuando volvió a oír la voz, que esta vez sonaba burlona; estaba seguro.

—Bebé chuleta, bebé veleta, te he visto meter la pirulina en la rajeta. Déjate de llantos y de rabietas, o tu mamá te obligará a guardarla en la bragueta. —Luego sonó una voz sorda y amenazadora—: ¡No vuelva a llamar! *Tak!*

Otro clic y la línea quedó muda, aunque esta vez no hubo tono, sólo silencio.

Johnny golpeó varias veces con el dedo el interruptor para cortar la línea. No ocurrió nada. El silencio continuaba. Un trueno, esta vez más cercano, lo hizo estremecer.

Colgó el auricular y entró en la cocina. Notó que la luz se desvanecía deprisa y se recordó que si empezaba a llover debía cerrar las ventanas de la planta alta... Es decir, cuando empezara a llover, pues ya no había duda de que habría tormenta.

El supletorio estaba colgado en la pared de la cocina, donde lo único que tenía que hacer en caso de que sonara mientras comía era girar la silla y cogerlo. No es que

recibiera muchas llamadas; sólo alguna de su ex mujer de tanto en tanto. Los jefes de Nueva York sabían que debían dejar en paz a su máquina de hacer dinero.

Descolgó el auricular, escuchó y obtuvo un nuevo silencio. Ni tono de marcar, ni ruidos de interferencias cuando el siguiente relámpago inundó la cocina con una luz azulada, ni un sonido que indicara una avería. Nada. Colgó el auricular y se quedó contemplándolo en la creciente oscuridad de la cocina.

—Bebé chuleta, bebé veleta... —murmuró y de repente tembló de una forma que de no haber estado solo habría parecido teatral, sacudiendo los hombros de delante atrás. Todo por una rima desagradable, que jamás había oído hasta entonces.

La rima no tiene importancia, pensó. Pero ¿qué hay de la voz? La has oído antes... ¿verdad?

—No —dijo en voz alta—. Al menos no lo creo. —De acuerdo. Pero la respiración...—. ¡Maldita sea! ¡Uno no reconoce la respiración de la gente! —gritó a la cocina vacía—. A menos que tengas un abuelo asmático.

Salió de la cocina y se dirigió a la puerta de entrada. De repente sentía una enorme curiosidad por saber qué ocurría en la calle.

4

—¿Qué ha pasado allí? —preguntó Peter Jackson a David cuando los Carver llegaron a la acera este. Inclinó la cabeza hacia David y bajó la voz para que los niños no lo oyieran—. ¿Eso es un cadáver?

—Sí —respondió David también en voz baja—. Creo que se llamaba Cary Ripton. —Miró a su esposa buscando confirmación y ella asintió con un gesto. El chico que repartía el *Shopper* los lunes por la tarde. Un tipo le disparó desde una furgoneta.

—¿Alguien ha disparado a Cary? —Era imposible, imposible que alguien que acababa de hablar con él hubiera sido asesinado. Pero Carver asentía con la cabeza—. ¡Mierda puta!

David volvió a asentir.

—Supongo que eso lo dice todo.

—¡Deprisa, papi! —ordenó Ralph desde su carrito.

David lo miró, le sonrió y volvió a mirar a Peter. Esta vez habló en voz que apenas era un murmullo.

—Los niños estaban en la tienda, comprando refrescos. No estoy seguro, pero creo que el tipo estuvo a punto de dispararles también a ellos. Entonces apareció el perro de los Reed y el cabrón de la furgoneta le disparó a él.

—¡Caray! —dijo Peter. La idea de que alguien hubiera disparado a *Aníbal*, al genial corredor de discos de playa con su gracioso pañuelo atado a la cabeza, hacía más verosímil el resto de la historia. No sabía por qué, pero era así—. ¡Por el amor de Dios!

David asintió.

—Si hubiera más amor a Dios en la tierra estas cosas no sucederían, ¿sabes?

Peter pensó en los millones de personas asesinadas en nombre de Dios en la larga historia de la humanidad, luego desechó aquella idea y asintió. No era el mejor momento para enfascarse en una discusión teológica con su vecino.

—Quiero llevar a los crios dentro, Dave —murmuró Kirsten—. No es conveniente que estén en la calle, ¿de acuerdo?

David asintió, comenzó a andar otra vez y tras pasar junto a Peter se detuvo y miró atrás.

—¿Dónde está Mary?

—Trabajando —respondió Peter—. Dejó una nota diciendo que quizás pasara por el centro comercial en el camino de regreso. Debería volver en cualquier momento, porque los lunes termina pronto. A las dos. ¿Por qué lo preguntas?

—Yo en tu lugar me aseguraría de que se metiera en casa de inmediato. Lo más probable es que esos tipos se hayan largado y no vuelvan a aparecer por aquí, pero nunca se sabe, ¿verdad? Y alguien capaz de dispararle al repartidor de periódicos...

Peter asintió. Se oyó otro trueno y Ellie se apretó contra su madre, pero Ralphie rió.

Kirsten cogió el brazo de Dave.

—Vamos. Y no se te ocurra pararte a hablar con Doc. —Señaló con la barbilla a Billingsley, que estaba en la zanja con las manos en los bolsillos, mirando calle abajo. Al forzar la vista, sus ojos arrugados se habían reducido a un par de destellos azules y parecían peces exóticos atrapados en una red.

David empujó el carrito otra vez.

—¿Qué tal, Ralphie? —preguntó Peter cuando el carro pasó a su lado. Se fijó en la palabra *BUSTER*, escrita con pintura blanca descolorida en un costado del carro. Ralph le sacó la lengua y luego volvió a inflar los mofletes, soplando con tanta fuerza que parecía Dizzy Gillespie.

—Encantador —dijo Peter—. Créeme, con eso ligarás muchas chicas cuando seas mayor.

—¡Maricón! —dijo el malcriado del carrito al tiempo que hacía un gesto obsceno, demasiado maduro para su edad.

—Ya es suficiente, muchachito —replicó David con tono indulgente sin volverse. Sus nalgas se contraían y relajaban en el diminuto traje de baño. A Peter le recordaron un par de émbolos dentro de un engranaje.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tom con voz ronca cuando el carro pasó junto a él.

Peter no prestó atención a la respuesta de Carver, que recordando la orden de su esposa siguió andando mientras hablaba, y miró hacia la esquina, pendiente de cualquier indicio del Lumina de su esposa. No vio ningún vehículo en movimiento, sólo una furgoneta aparcada frente a la casa de los Abelson, en la calle Bear. Estaba pintada de un amarillo extremadamente chillón. Supuso que parte del brillo se debía a la luz que palidecía a medida que las nubes se acercaban, pero así y todo, mirarlo lastimaba la vista. Pensó que sus propietarios debían de ser jóvenes. Nadie sensato podría querer un cacharro de ese color. Ni siquiera parecía un coche, sino un vehículo escapado de *Star Trek* o de...

De repente le asaltó una idea, y no precisamente agradable.

—¿Dave?

Carver se giró. Su barriga bronzeada colgaba sobre la parte delantera del bañador y las escamas del jabón con que había lavado el coche comenzaban a secarse sobre ella.

—¿Qué clase de coche conducía el tipo que disparó a Cary?

—Una furgoneta roja.

—Sí —afirmó Ralphie—. Roja como Flecha Rastreadora.

Peter no le prestó atención. Sólo pensaba en la palabra «furgoneta» y su propio estómago se había tensado como algo pegado a una manivela.

—La furgoneta más roja que verás en tu vida —añadió Kirsten—. Yo también la vi. Estaba mirando por la ventana cuando pasó delante de casa. ¿Quieres darte prisa, David?

—Claro —dijo éste y volvió a empujar el carrito.

Cuando David se giró, Peter (un poco más tranquilo) le sacó la lengua a Ralphie que todavía lo miraba. Ralphie pareció cómicamente sorprendido.

El viejo Doc caminó hacia Peter, todavía con las manos en los bolsillos. Se oyó otro trueno. Todos miraron hacia arriba y vieron que las nubes se extendían sobre la porción de cielo que cubría la calle Poplar. Los relámpagos descendían como horcas sobre la ciudad de Columbus.

—Caerá una buena —vaticinó el veterinario, que tenía el pelo ralo, blanco y fino como el de un bebé—. Espero que retiren el cuerpo del muchacho antes de que empiece a llover. —Hizo una pausa, sacó una mano del bolsillo, y se la pasó lentamente por la frente, como para aliviar un incipiente dolor de cabeza—. ¡Qué barbaridad! Era un buen chico. Jugaba al béisbol.

—Lo sé. —Peter recordó cómo había reído Cary cuando él había sugerido que el año próximo dejaría de ser suplente, y sintió un súbito retortijón en el estómago, el órgano más sensible a las emociones humanas (no el corazón, como siempre han

afirmado los poetas). De repente vio todo con absoluta claridad. Cary Ripton no jugaría de *shortstop* con los Halcones de Wentworth el año próximo, Cary Ripton no entraría a su casa por la puerta trasera de su casa ni preguntaría qué había para cenar. Cary Ripton se había marchado al Reino de Nuncajamás, dejando atrás sólo su sombra. Ya era uno de los Niños Perdidos.

Se oyó otro trueno, tan poderoso y cercano que Peter se estremeció.

—Tengo un plástico grande en el garaje —dijo a Tom—. Del tamaño de una funda para el coche. ¿Vendrá conmigo y me ayudará a cubrir el cadáver con él?

—Puede que al oficial Entragian no le guste la idea —dijo el viejo.

—A la mierda con el oficial Entragian, es tan poli como yo —dijo Peter—. Lo echaron el año pasado por soborno.

—Pero cuando venga la policía...

—Eso tampoco me preocupa —dijo Peter. No lloraba, pero su voz sonaba ronca y ahogada—. Era un buen chico, un chico encantador, y un maldito camello lo ha arrojado de la bici como si fuera un indio montado en un poni en una película de John Ford. Está a punto de llover y se va a empapar. Me gustaría decirle a su madre que hice todo lo que pude por él. ¿Va a ayudarme o no?

—Vale, si lo pone así —dijo Tom y le dio una palmada en el hombro—. Vamos, profe, hagámoslo de una vez.

—Buen tipo.

5

Kim Geller durmió durante toda la tragedia. Seguía dormida sobre la colcha de la cama cuando Susi y Debbie Ross —la pelirroja que tanto había impresionado a Cary — entraron en su habitación y la despertaron sacudiéndola. Se sentó en la cama, aturdida como si tuviera resaca (dormir la siesta en días calurosos como aquél casi siempre es un error, pero a veces uno no puede evitarlo), intentando entender lo que le decían las niñas y perdiendo el hilo casi de inmediato. Al parecer, decían que alguien había muerto a tiros en la calle Poplar, y eso, naturalmente, era increíble.

Sin embargo, cuando se asomaron a la calle, supo que realmente había ocurrido algo. Los mellizos Reed y su madre Cammie estaban en la puerta de su casa. El Borracho y la Puta, conocidos como los Soderson en círculos más amables, estaban en medio de la calle, casi en la esquina, aunque ahora Marielle tiraba de Gary en dirección a su casa y él parecía obedecerle. Más allá, en la acera, estaban los Josephson, y al otro lado de la calle vio a Peter Jackson y al viejo Billingsley salir del garaje de Jackson llevando un enorme plástico azul. Comenzaba a levantarse viento y

el plástico se abombaba y se ondulaba con el aire.

Prácticamente todo el mundo estaba en la calle. Al menos todos los vecinos que estaban en casa. Pero era imposible ver qué miraban boquiabiertos calle abajo, pues el lateral de la casa bloqueaba la vista.

Kimberley Geller se volvió hacia las niñas, esforzándose por disipar las telarañas de su mente. Las jovencitas daban pequeños saltitos, cargando el peso del cuerpo alternativamente en una y otra pierna, como si tuvieran ganas de ir al lavabo. Notó que Debbie abría y cerraba las manos. Ambas estaban pálidas y excitadas, una combinación que a Kim no le gustaba en absoluto. Pero la idea de que alguien había sido *asesinado*... Tenían que estar equivocadas, ¿verdad?

—Ahora contadme qué ha pasado —dijo—. Y nada de embustes.

—¡Ya te lo hemos dicho! ¡Alguien ha matado a Cary Ripton! —gritó Susi con impaciencia, como si su madre fuera la mujer más estúpida del mundo... lo que en ese momento coincidía con la impresión de Kim sobre sí misma—. ¡Vamos, mamá! ¡La policía está por llegar!

—¡Quiero verlo otra vez antes de que cubran el cuerpo! —gritó Debbie de repente. Se giró y corrió escaleras abajo.

Susi vaciló un momento, dubitativa, como si estuviera a punto de vomitar, pero por fin se volvió también y siguió a su amiga.

—¡Vamos, mamá! —gritó por encima del hombro. Un instante después, la Reina de las Rosas del baile de graduación bajaba las escaleras atropelladamente, con la gracia de un búfalo, haciendo vibrar las ventanas y temblar la lámpara que colgaba del techo.

Kim rodeó la cama despacio y se puso las sandalias sintiéndose torpe, apática y aturdida.

6

—¿Y corriste todo el camino hasta allí? —preguntó Belinda Josephson por tercera vez. Al parecer, ésa era la parte de la historia más inverosímil para ella—. ¿Con lo gordo que estás?

—¡Mierda! No estoy gordo —dijo Brad—. Sólo soy de constitución grande.

—Cariño, eso es lo que dirá el certificado de defunción si vuelves a echar otra carrera como ésta —dijo Belinda—. La víctima murió de «constitución grande en grado terminal». —Las palabras eran regañonas, pero el tono no. Mientras hablaba se secaba el sudor frío de la nuca.

Brad señaló calle abajo.

—Mira, Pete Jackson y el viejo Doc.

—¿Qué hacen?

—Creo que van a cubrir el cuerpo del chico —dijo y comenzó a andar hacia allí. Belinda lo detuvo.

—No, de eso nada, monada. De ninguna manera. Basta de excursiones por hoy.

Brad la miró con cara de «ninguna mujer me dice lo que tengo que hacer» —un gesto relativamente convincente para un negro criado en Boston, cuya única idea sobre la vida en un gueto procedía de la tele—, pero no discutió. Puede que lo hubiera hecho si Johnny Marinville no hubiera salido a su encuentro en aquel preciso momento. Sonó otro trueno. Ya soplaban una brisa persistente y Belinda sintió frío, un frío que anunciaba agua. El cielo estaba cubierto de nubarrones negros, feos pero no aterradores. Lo que era aterrador, al menos hasta cierto punto, era el cielo amarillo al sudoeste. Rogó a Dios que no se desatara un tornado antes de la noche; eso sólo añadiría la guinda a uno de los peores días de su historia reciente.

Supuso que en cuanto empezara a llover la gente se metería en casa, pero en aquel momento el barrio entero estaba en la calle, mirando con fascinación cuesta abajo, hacia la casa de Entragian. En ese momento Kim Geller salió del número 243, echó un vistazo alrededor, y fue al encuentro de Cammie Reed, su vecina más próxima, que estaba en el zaguán de su casa. Los mellizos Reed (que en la humilde opinión de Belinda Josephson eran la encarnación de las fantasías de cualquier ama de casa) estaban en el jardín con Susi Geller y una pelirroja desconocida para Belinda. Davey Reed estaba de rodillas y al parecer se limpiaba los pies con la camisa; a saber por qué... Claro que sabes por qué, se dijo. Allí hay un cadáver, y Davey Reed ha vomitado al verlo. El pobrecillo vomitó y se ensució los pies.

Había vecinos frente a todas las casas, gente de todas las casas, excepto en la vieja casa de los Hobart, que estaba vacía, en la del ex policía, y en el 247, la tercera casa de aquel lado de la acera. La de los Wyler. Aquella sí era una familia con mala suerte. No había señales de Audrey ni del pobre huérfano que estaba educando. (Si es que alguien podía educar a un chico como Seth, pensó Belinda; una tarea imposible.) Le había parecido ver a Audrey al mediodía, conectando el regador automático con aire ausente. Belinda reflexionó un momento y llegó a la conclusión de que no se equivocaba con respecto a la hora. Recordó que había pensado que Audrey se estaba abandonando; tanto la camiseta como los pantalones cortos azules que llevaba parecían mugrientos, y nunca entendería por qué había teñido su bonito pelo castaño de aquel horrible tono púrpura. Si pretendía parecer más joven, no lo había conseguido. También estaba sucio, con un aspecto grasiendo y apelmazado.

En su adolescencia, Belinda había deseado ser blanca en más de una ocasión (las chicas blancas parecían pasárselo mejor, divertirse más), pero ahora que se acercaba a los cincuenta y a la menopausia se alegraba de ser negra. Las blancas necesitaban

arreglarse mucho más a medida que envejecían. Quizá estuvieran hechas de una materia más perecedera.

—Intenté llamar a la policía —dijo Johnny Marinville. Bajó a la calzada, como si fuera a cruzar hacia casa de los Josephson, pero se detuvo—. Mi teléfono... —se interrumpió, como si no supiera qué decir.

A Belinda le pareció muy raro. Habría jurado que era de la clase de hombres que permanecen activos incluso en su lecho de muerte. Dios tendría que bajar a buscarlo y arrastrarlo a través de la puerta de los cielos para encerrarlo.

—¿Qué pasa con tu teléfono? —preguntó Brad.

Johnny tardó en hablar, como si pensara en varias respuestas posibles, y por fin se decidió por la más breve.

—No funciona. ¿Quieres probar el tuyo?

—Podría hacerlo —dijo Brad—, pero supongo que Entragian ya debe de haber llamado desde la tienda. Se ha hecho cargo de la situación.

—¿De veras? —dijo Marinville con aire pensativo y miró cuesta abajo—. ¿Lo dices en serio? —Si vio a los dos hombres llevando el plástico abombado por el viento y comprendió lo que hacían, no lo mencionó. Parecía abstraído en sus pensamientos.

Belinda notó un movimiento. Miró hacia la calle Bear y vio un Lumina acercándose al cruce. Era el coche de Mary Jackson. Pasó junto a la furgoneta amarilla aparcada en la esquina y redujo la marcha.

Bravo, vuelves antes de que se desate la tormenta, pensó Belinda. Aunque no eran amigas íntimas, Mary Jackson le caía tan bien como al resto de los vecinos. Era graciosa y tenía una actitud directa y sincera... aunque en los últimos tiempos parecía preocupada. Sin embargo, la preocupación no había hecho mella en su aspecto como en el caso de Audrey Wyler. Al contrario; en los últimos tiempos Mary había florecido como un macizo seco después de un chaparrón.

El teléfono público estaba junto al mostrador de los periódicos, donde sólo quedaba un ejemplar del *USA Today* y un par de números atrasados del *Shopper*. Eran de la semana pasada. Collie Entragian recordó que el encargado de traer la nueva edición estaba muerto en su jardín y se estremeció. Para colmo, aquel maldito teléfono de monedas de la tienda...

Colgó el auricular con brusquedad y volvió al mostrador limpiándose los últimos restos de espuma de afeitar con la toalla. La chica del pelo de dos colores y el hippie

veterano del camión Ryder lo miraban, aumentando su incomodidad por no llevar camisa. Nunca se había sentido tan consciente de su condición de policía «expulsado».

—El maldito teléfono no funciona —dijo a la chica y notó que ésta llevaba una tarjeta con su nombre en la bata—. ¿No tienen un cartel de NO FUNCIONA, Cynthia?

—Sí, pero hasta la una funcionaba perfectamente —respondió la chica—. El repartidor de pan llamó a su novia. —Puso los ojos en blanco y añadió algo que, dadas las circunstancias, a Collie le pareció casi surrealista—: ¿Se ha tragado la moneda?

Lo había hecho, pero eso era lo de menos en un momento como aquél. Miró a través de la puerta de cristal y vio a Peter Jackson y al viejo veterinario acercándose a su jardín con un plástico azul. Era evidente que se proponían tapar el cadáver. Collie se dirigió a la puerta, dispuesto a decirles que se apartaran de allí, que no debían tocar nada en la escena del crimen, y entonces sonó otro trueno... el más fuerte hasta el momento, tanto que Cynthia gritó asustada.

A la mierda, pensó. Que hagan lo que les dé la gana. De todos modos, está a punto de llover.

Sí, sería lo mejor. La lluvia se anticiparía a la policía (Collie ni siquiera oía sirenas) y haría imposible el trabajo de los forenses. Así que mejor taparlo... Sin embargo, tenía la desagradable sensación de que los acontecimientos escapaban a su control. Pero incluso eso era un espejismo, puesto que en ningún momento había tenido control alguno sobre la situación. Era sólo un vecino más de la calle Poplar, lo que hasta cierto punto tenía sus ventajas. Si la cagaba, nadie podría recriminarle nada, ¿verdad?

Abrió la puerta, salió fuera y ahuecó las manos alrededor de la boca para hacerse oír por encima del zumbido del viento.

—¡Peter! ¡Señor Jackson! —Jackson lo miró con seriedad, esperando que le dijera que abandonaran la empresa—. ¡No toquen el cuerpo! Limítense a cubrirlo con el plástico como si fuera una manta. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —gritó Peter.

El veterinario asintió con la cabeza.

—¡Tengo unos cuantos bloques de cemento en el garaje, apilados contra la pared del fondo! —gritó Collie—. La puerta está abierta. Cójanlos para sostener el plástico, así no se volará. —Los dos hombres asintieron y Collie se sintió un poco mejor.

—¡Podemos extenderlo para cubrir también la bicicleta! —gritó Jackson—. ¿Lo hacemos?

—¡Sí! —respondió. Luego tuvo otra idea—. ¡En el garaje también hay un trozo de plástico! ¡Si no les importa cargar más ladrillos, pueden usarlo para cubrir al perro!

Jackson hizo un círculo con el pulgar y el índice, en señal de asentimiento, y él y su acompañante se dirigieron al garaje, dejando atrás el plástico. Collie esperaba que alcanzaran a extenderlo y sostenerlo con los ladrillos antes de que el viento soplará con suficiente fuerza para hacerlo volar. Volvió al interior de la tienda, dispuesto a preguntar a Cynthia si había otro teléfono (tenía que haberlo, por supuesto), y vio que la dependienta ya lo había puesto encima del mostrador. Buena chica.

—Gracias.

Descolgó el auricular, oyó el tono y marcó cuatro números. Entonces se detuvo, sacudió la cabeza y rió.

—¿Qué pasa? —preguntó el hippie.

—Nada —respondió. Si le decía a aquel tipo que acababa de marcar los cuatro primeros números de su antigua división, como un caballo que vuelve a su vieja cuadra, no lo entendería. Apretó el interruptor y marcó el número de emergencias.

Oyó un tono de llamada como si hubiera llamado a una casa particular. Collie hizo una mueca. A menos que las cosas hubieran cambiado desde la época en que atender llamadas de emergencia formaba parte de su trabajo, cuando uno marcaba el número de la policía oía un *piiiii* agudo e ininterrumpido.

Bueno; lo habrán cambiado, pensó. Lo han hecho más agradable para el usuario.

Después de otro timbrazo, alguien atendió. Pero en lugar de la voz grabada que indicaba qué tecla había que apretar según la clase de emergencia, oyó una respiración suave, húmeda, entrecortada. ¿Qué demonios...?

—¿Diga?

—¿Papel o tijera? —respondió una voz infantil y fantasmal. Tan fantasmal que Collie sintió escalofríos—. Huéleme la cojonera. Si no lo haces, me da igual, tendrás que olerme el pañal.

—¿Quién habla?

—No vuelva a llamar, amigo —dijo la voz—. *Tak!*

El ruido que hizo al colgar el auricular fue ensordecedor, tanto que la dependienta también lo oyó y gritó. Pero no, no había sido el teléfono sino un trueno. La chica había gritado por un trueno. Pero el tipo del pelo largo corría hacia la puerta como si le hubieran puesto un petardo en el culo, la comunicación se había cortado, igual que había sucedido antes con el teléfono público, y cuando el ruido se repitió, supo de qué se trataba: no eran truenos sino tiros.

Collie también corrió hacia la puerta.

Mary Jackson no había dejado la firma de contabilidad donde trabajaba a las dos de la tarde, sino a las once de la mañana. Pero en lugar de ir al centro comercial se había dirigido al hotel Columbus. Allí se había encontrado con un hombre llamado Gene Martin, y durante las tres horas siguientes le había hecho todo lo que una mujer puede hacer a un hombre, excepto cortarle las uñas... aunque si él se lo hubiera pedido, lo habría complacido. Ahora estaba a punto de llegar a casa y, a juzgar por la imagen que reflejaba el espejo retrovisor, tenía un aspecto bastante normal. Sin embargo, tendría que meterse en la ducha enseguida, antes de que Peter tuviera ocasión de mirarla con detenimiento. Se recordó que tendría que coger unas bragas del primer cajón de la cómoda y arrojarlas en el cesto de la ropa sucia junto con la blusa y la falda. Las que llevaba por la mañana —o lo que quedaba de ellas— estaban debajo de la cama de la habitación 203 del hotel. Gene Martin, un auténtico lobo vestido de ejecutivo, las había destrozado al quitárselas. (Oooh, feroz animal, gimió la dulce doncella.)

¿Qué estaba haciendo? O, mejor aún, ¿qué iba a hacer? Había amado a Peter durante los nueve años que llevaban casados, incluso más después del aborto, si es que eso era posible, y todavía le amaba. Pero a pesar de todo quería volver a ver a Gene y hacer cosas con él que nunca había soñado hacer con su marido. Se debatía entre la culpa y la lujuria (la culpa congelaba la mitad de su mente, la lujuria freía la otra mitad), y entre una cosa y otra, en una zona intermedia y cada vez más pequeña de su conciencia, seguía siendo la mujer afable y racional de siempre. Tenía una relación adultera con un tipo tan casado como ella; volvía a casa, a encontrarse con un buen hombre que no sospechaba nada (estaba segura de que era así, rogaba que fuera así, por supuesto que era así, ¿cómo iba a saberlo?), no llevaba ropa interior debajo de la falda, aún estaba dolorida por la intensidad de sus relaciones, no sabía cómo había empezado aquella historia ni cómo podía desear que continuara algo tan absurdo, tan sórdido, el maldito Gene Martin ni siquiera tenía cerebro, claro que no era su cerebro lo que le interesaba de él, su cerebro le importaba un pimiento, ¿y qué iba a hacer? No tenía la menor idea. Sólo sabía una cosa con seguridad, y era cómo se sentían los drogadictos; no volvería a hablar mal de ellos en su vida. ¿Acaso basta con decir «no»? Menuda tontería.

Conducía dándole vueltas en la cabeza a este caos de pensamientos y las calles de las afueras pasaban ante sus ojos como paisajes de un sueño. Sólo deseaba que Peter no estuviera en casa cuando llegara allí, que hubiera ido a comprar helados (o mejor a Santa Fe a visitar a su madre durante unas semanas, dándole tiempo para recuperarse de aquella horrible fiebre). No notó que oscurecía en plena tarde, ni que muchos de los coches que circulaban por la 290 tenían las luces encendidas, no oyó los truenos ni vio los relámpagos. Tampoco se fijó en el camión amarillo aparcado en el cruce de Bear y Poplar al pasar por su lado.

Lo que la despertó de su sueño fue ver a Brad y Belinda Josephson en frente de su casa. Johnny Marinville estaba con ellos. Más allá había más gente: David Carver en el camino particular de su casa, vestido con un bañador tan ceñido que resultaba obsceno, con las manos en jarra sobre las caderas rollizas; los mellizos Reed; Cammie, su madre; Susi Geller y una amiga en su jardín, y Kim Geller detrás de ellas...

La asaltó una idea descabellada: lo *sabían*. Todos lo sabían. La estaban esperando para ayudar a Peter a colgarla de un manzano o para apedrearla como los aldeanos que habían perseguido a una mujer adúltera en aquel cuento de Shirley Jackson que había leído en el instituto.

No seas estúpida, dijo la parte de ella que seguía siendo ella. Últimamente, esa parte se había reducido de forma pavorosa, pero seguía allí. No tiene nada que ver contigo, Mare; no importa en qué líos te metas, el mundo no gira alrededor de ti, así que ¿por qué no te tranquilizas? Seguramente no estarías tan paranoica si no fueras por ahí sin...

Mierda. ¿No era Peter el tío que estaba al final de la calle? Vaciló, pero creía que sí. Peter y el viejo Doc, el vecino de al lado. Daba la impresión de que estaban cubriendo algo en el jardín de la casa situada frente a la tienda.

Esta vez sonó un trueno lo bastante fuerte para hacerla estremecer y contener el aliento. Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre el parabrisas, sonando como perdigones. Cayó en la cuenta de que llevaba... bueno, no sabía cuánto tiempo, pero bastante, sentada dentro del coche parado con el motor en marcha. Los Josephson y Johnny Marinville creerían que había perdido el juicio. Pero era cierto que el mundo no giraba alrededor de ella, y al torcer por la esquina vio que nadie le prestaba atención. Belinda le había dirigido una mirada fugaz, y ahora tanto ella como los demás miraban otra vez calle abajo, a lo que fuera que estaban haciendo su marido y el viejo Billingsley. A lo que fuera que estuvieran cubriendo.

Nuevas gotas de lluvia —esta vez más gruesas— comenzaron a caer sobre el cristal, de modo que pulsó el botón del limpiaparabrisas para ver qué ocurría, sin saber que la furgoneta amarilla con aspecto de nave espacial la había seguido por la calle Poplar hasta situarse justo detrás de ella.

De Playthings, revista internacional de la industria del juguete, edición de enero de 1994 (vol. 94, n.º 2), página 96.

Extracto del artículo «Un repaso general a las patentes del 94», de John P. Muller.

Aunque el año comercial acaba de empezar, ya se ha escogido por aclamación al ganador de la temporada «posnavideña». La reacción de los consumidores durante los meses habitualmente improductivos de finales del invierno sugiere que incluso juguetes que han hecho furor, como las Tortugas Ninja y los poderosos Power Rangers empalidecerán junto al último grito del año, que, como podrá confirmar cualquier padre con hijos de entre dos y ocho años (en este caso, tanto niños como niñas) es la tripulación de MotoKops 2200 y sus veloces furgonetas de línea futurista.

Los muñecos comenzaron demasiado tarde para alcanzar la ola de ventas de Navidad. John Kleist, vicepresidente de Good Palz Inc., la compañía que comercializa los productos MotoKops, reconoce que una demora semejante (en este caso debida a problemas laborales, ya resueltos, en la delegación de Palz de Toledo) podría haber sido desastrosa para su empresa, aunque dice que en este caso el retraso parece haber jugado en favor de la compañía: «A veces los consumidores se fijan más en un producto nuevo cuando éste no se encuentra en el "taller de Papá Noel"», dijo con una sonrisa.

Sea cual fuere la causa, parece evidente que los personajes de MotoKops –el coronel Henry, el Cazador de Serpientes, Bounty, el comandante Pike, el robot Rooty

y la poderosa aunque femenina Cassandra Styles– serán los muñecos articulados favoritos del verano, junto con sus legendarios enemigos, Sinrostro y la condesa Lili Marsh.

La mayor satisfacción para los fabricantes y distribuidores de Palz es el enorme éxito obtenido por los caros vehículos de los MotoKops, los Supercarros, unas furgonetas futuristas que se presentan con ruedas plegables y alas extensibles. El Carro de la Justicia del coronel Henry, la Flecha Rastreadora de Cazaserpientes, el Rooty-Toot de Rooty y la Carroza de los Sueños de Cassie Styles se están vendiendo extraordinariamente bien a pesar de su precio. Pero el más solicitado de los ocho modelos del mercado es el Carro de la Muerte, pilotado por el siniestro Sinrostro. Esto no ha sorprendido en absoluto a John Kleist: «Los niños adoran al malo de la película», dice riendo.

Algunos grupos de padres han protestado por el «alto contenido de violencia» en la serie de dibujos animados MotoKops 2200, pero según Kleist, los nuevos episodios (que comenzarán a ser emitidos en marzo por la NBC) harán hincapié en «los valores familiares y las soluciones pacíficas de los conflictos». Independientemente de los valores morales encarnados por los MotoKops, es indiscutible que en las oficinas de Good Palz se respira un clima de euforia. Esta pequeña compañía parece haber descubierto la clave del éxito.

IV

Calle Poplar/15 de julio de 1996/16.09 h

Lo ve todo.

Esa ha sido al mismo tiempo su fortuna y su maldición en todos estos años. El mundo todavía se manifiesta ante sus ojos como ante los de un niño, uniforme, inevitable, tan indiscutible como el peso de la luz.

Ve el Lumina de Mary en la esquina y sabe que intenta comprender lo que ve: demasiada gente en una actitud rígida y vigilante, inaudita en una tranquila tarde de julio. Cuando arranca otra vez, ve que la furgoneta amarilla que está detrás de ella también se pone en marcha, oye otro trueno pavoroso y siente las primeras gotas de lluvia en los antebrazos. Cuando comienza a andar hacia la calle, ve que la furgoneta amarilla toma velocidad y sabe qué va a ocurrir, aunque aún no pueda creerlo.

Cuidado, muchacho, piensa. Quédate mirándola embobado, y te atropellarán como a una ardilla en la carretera.

Retrocede a la acera, delante de la casa de los Josephson, con la cara girada hacia la izquierda y los ojos muy abiertos. Ve a Mary detrás del volante del Lumina, pero ella no lo mira; está pendiente de lo que ocurre calle abajo. Puede que haya reconocido a su marido, que después de todo no está tan lejos, y que se pregunte qué hace. No mira a Johnny Marinville, no mira la extraña furgoneta amarilla de cristales polarizados que se acerca amenazadora por detrás.

—¡Mary, cuidado! —grita.

Brad y Belinda, que suben por la escalinata de entrada de su casa, se giran. En ese preciso momento el capó alto y romo de la furgoneta choca contra el Lumina, rompiendo los faros traseros, partiendo el guardabarros y abollando la carrocería. Ve la cabeza de Mary sacudirse como una flor de tallo largo empujada por un viento fuerte. Las ruedas del Lumina chirrían y la derecha estalla con una detonación seca. El coche se gira a la izquierda, el neumático pinchado se sacude y el tapacubos sale disparado calle abajo como el disco de playa de los mellizos Reed.

Johnny lo ve todo, lo oye todo, lo siente todo; la información lo inunda y su mente insiste en registrar cada absurdo y minúsculo detalle, como si allí ocurriera algo coherente, algo que pudiera relatarse con lógica.

El cielo encapotado se abre, liberando su frío contenido. Ve manchas oscuras sobre la acera, siente aumentar el ritmo de, las gotas sobre su nuca al tiempo que Brad Josephson grita:

—¡Dios santo!

La furgoneta sigue pegada al Lumina, abollándolo, hundiéndose sobre la endeble carrocería futurista; se oye un espantoso chirrido metálico y luego un *zamp*, cuando la

puerta del portaequipajes se abre y revela una rueda de recambio, algunos periódicos viejos y una nevera de playa anaranjada. La parte delantera del Lumina choca con el bordillo. El coche cruza la acera y por fin se detiene empotrando el guardabarros en la valla situada entre la casa de Billingsley y la siguiente hacia abajo, la de la propia Mary.

Un relámpago —cercano, muy cercano— tiñe momentáneamente la calle de un tétrico color violeta, sigue un trueno parecido a una descarga de mortero, el viento comienza a enfurecerse, zumbando entre los árboles, y empieza a llover a cántaros. La visibilidad es casi nula, pero todavía puede ver la furgoneta amarilla acelerando, huyendo bajo la lluvia, y la puerta del lado del conductor del Lumina abierta. Aparece una pierna y sale Mary Jackson, con todo el aspecto de alguien que no sabe dónde está.

Brad le coge el brazo con una mano grande y húmeda; le pregunta si vio lo ocurrido, si vio cómo la furgoneta chocó deliberadamente contra el coche de Mary, pero Johnny casi no le oye.

Ahora ve otra furgoneta de color azul metalizado, con los laterales acanalados. Aparece entre las sombras de la tormenta como el hocico de un animal prehistórico, mientras la lluvia forma ríos sobre el abombado cristal delantero donde no hay limpiaparabrisas. Y de repente sabe qué va a suceder.

—¡Mary! —grita a la mujer aturdida que se aleja del coche con paso tambaleante, pero un cañonazo, otro trueno ensordecedor sofoca su grito. La mujer ni siquiera lo mira. La lluvia se desliza por su cara como lágrimas exageradas en un culebrón sudamericano.

—¡Al suelo, Mary! —grita tan fuerte que teme que sus cuerdas vocales se desgarren—. ¡Métete debajo del coche!

Entonces el parabrisas de la furgoneta azul se abre. Se desliza hacia abajo. Sí; el abombado parabrisas baja como un ascensor de cristal, y detrás hay oscuridad. Y en la oscuridad, fantasmas. Sí, dos fantasmas. Tienen que ser fantasmas, porque son seres brillantes y grises como un paisaje envuelto en la niebla poco antes de la salida del sol. El que está al volante lleva un uniforme de los Estados Confederados de América —Johnny está casi seguro—, pero no es humano. Debajo del sombrero de la caballería hay una frente prominente, extraños ojos almendrados, y una boca que sobresale de la cara como un cuerno de carne. Su acompañante, aunque también es gris e ilusoriamente brillante, al menos parece humano. Lleva una chaqueta de ante de cazador, y una bandolera cruzada sobre el pecho. Tiene una barba cerdosa de una semana, con pelos que parecen demasiado negros en contraste con el insólito tono plateado de su piel. El tipo está de pie y empuña una escopeta de dos cañones. Mientras Johnny lo mira, levanta el arma, se inclina para asomarse a un mundo de colores al que no pertenece, y sonríe, apartando los labios y dejando al descubierto un

laberinto de dientes que obviamente nunca han recibido los cuidados de un dentista. Esta criatura de pesadilla parece escapada de una película de terror sobre abominables seres de los pantanos.

No, piensa Johnny. Parece escapado de una película, pero no de esa clase.

—¡Mary! —grita y Brad se une a él:

—¡Mary, mira a tu espalda!

Pero ella no lo hace. El tipo de la chaqueta de ante dispara tres veces, bajando el arma rápidamente después de cada disparo y apoyándola luego nuevamente sobre el hombro. Por lo que ve Johnny, falla el primer disparo. El segundo destruye la antena del Lumina. El tercero vuela la parte izquierda de la cabeza de Mary Jackson. A pesar de todo, la mujer se aleja del coche, tambaleándose hacia la casa del viejo Doc, mientras la sangre cae a raudales por su cuello, empapando el lado izquierdo de su blusa. Su pelo parece arder bajo la lluvia (Johnny lo ve; lo ve todo), y por un instante se gira en dirección a él y lo mira con el ojo que le queda. Un relámpago llena ese ojo de fuego y en los últimos segundos de su vida Mary parece vacía de todo, excepto de electricidad. Entonces pierde uno de los zapatos de tacón, se tambalea, cae hacia atrás como si hiciera el salto del ángel en una piscina al compás de los truenos y las pequeñas llamas de su pelo se apagan, aunque la cabeza sigue humeando como una colilla de cigarrillo arrojada al descuido. Cae junto al pastor alemán de cerámica del jardín de Billingsley, donde está el nombre y el número de la casa, y cuando sus piernas laxas se separan, Johnny ve algo a un tiempo terrible, triste e inexplicable: una sombra oscura que sólo puede ser una cosa. La frase final de un viejo chiste se ilumina grotescamente en su cabeza, como un cartel de neón: «No sé las otras dos, pero la del medio parece la mujer barbuda». Ríe sonoramente bajo la lluvia. La esposa de Peter Jackson, de profesión contable, acaba de morir asesinada por un fantasma, acribillada desde una furgoneta conducida por otro fantasma (esta vez el fantasma de un alienígena con uniforme de los confederados), y la víctima no lleva bragas. La cosa no tiene gracia, pero Johnny ríe de todos modos. Quizá para no gritar. Tiene miedo de empezar y no poder parar.

Ahora la criatura luminosa sentada al volante de la furgoneta azul se gira hacia él y lo mira unos segundos, lo atraviesa con sus enormes ojos almendrados, y Johnny tiene la sensación de haberlo visto antes. Es una locura, desde luego, pero de todos modos la sensación es muy fuerte. Sin embargo, sólo es un instante y la furgoneta pasa de largo.

Pero me vio, estoy seguro, piensa Johnny. Esa criatura de la máscara (tenía que ser una máscara) me vio, se fijó en mí como cuando uno señala la página de un libro para volver a ella más tarde.

Se oyen otros dos disparos, y al principio Johnny no ve nada porque la furgoneta azul le tapa la vista. Cree oír cristales rotos en medio de la tormenta, pero eso es todo.

Luego la furgoneta retrocede bajo el diluvio, y ve a David Carver tendido en el zaguán de su casa, en medio de los cristales rotos de la ventana panorámica de la puerta de entrada. Tiene un enorme orificio en el estómago, rodeado de fragmentos de carne blanca que parecen trozos de sebo. Los días de Carver como empleado de correos han terminado y ya no volverá a lavar el coche en el jardín de su casa.

La furgoneta azul avanza rápidamente hacia la esquina. Cuando llega allí y tuerce hacia la calle Bear, Johnny la ve como el espejismo que tendría que haber sido.

—¡Dios mío! ¡Míralo! —grita Brad y corre hacia la calle.

—¡No, Bradley! —Su esposa intenta detenerlo, pero es demasiado tarde. Calle abajo, cruzando hacia ellos en diagonal, están los mellizos Reed.

Johnny se dirige a la calle con piernas entumecidas, vacilantes. Levanta una mano, ve que la punta de los dedos ya están blancas y arrugadas (lo ve todo, es cierto, y ¿cómo es posible que un alienígena de *Encuentros en la tercera fase* pueda parecerle familiar?), y se aparta el pelo empapado de los ojos. Un relámpago dibuja una línea zigzagueante en el cielo, como una grieta brillante en un espejo, y se oye otro trueno. Sus pies chapotean dentro de las zapatillas y huele a pólvora húmeda. Sabe que el olor desaparecerá en diez o quince segundos, que la fuerte lluvia lo fundirá con el de la tierra y lo ahogará, pero por el momento sigue allí, como para no permitirle creer que todo ha sido una alucinación... lo que su esposa Terri llamaría un «espasmo cerebral».

Y sí, puede ver el coño de Mary Jackson, esa tan deseada parte de la anatomía femenina que en los tiempos del instituto apodaban «la almeja barbuda». No quiere pensar en eso —de hecho tampoco quiere verlo—, pero no depende de él. Todas las barreras de su mente han caído, como solía suceder cuando escribía (fue una de las razones por las que dejó de escribir novelas; no la única, pero la más importante), el paso del tiempo se vuelve más lento y la percepción crece, ampliándose como si uno estuviera en una película de Sergio Leone, donde la gente muere en cámara lenta, como si estuviera practicando submarinismo con una burbuja de corcho.

Bebé chuleta, bebé veleta, pensó oyendo otra vez la voz del teléfono. Te he visto morder la teta. ¿Por qué aquella voz le recordaba al hombre del grotesco disfraz y a la aún más grotesca máscara de alienígena con ojos almendrados?

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta una voz a su espalda. Los demás se han reunido en torno a David Carver, pero Gary Soderson se ha unido a él en el jardín del viejo Doc. Con su cara pálida y su cuerpo flacucho parece un enfermo de cólera—. ¡Joder, Johnny! Veo París, veo Praga, pero no veo sus br...

—¡Cierra el pico, borracho asqueroso! —exclama Johnny. Mira a la izquierda y ve a los mellizos Reed con su madre, a Kim Geller con su hija y a una pelirroja que no conoce. Rodean a David Carver como un grupo de jugadores de fútbol en torno a un compañero lesionado. La zorra de la mujer de Gary también está allí, pero ha visto

a Gary y ahora camina en dirección a *chez Billingsley*. De repente se abre la puerta de los Carver y mira fascinada cómo Kirsten sale corriendo bajo la lluvia como la institutriz de una novela gótica, gritando a voz en cuello el nombre de su marido mientras destellan los relámpagos y rugen los truenos.

Despacio, como un niño imbécil al que se ha pedido que recite una poesía, Gary dice:

—¿Qué me has dicho? —Sin embargo no mira a Johnny, ni a la multitud reunida en el jardín de los Carver. Tiene la vista fija en lo que hay debajo de la falda levantada de la muerta, registrándolo para futuras referencias (y quizá futuras conversaciones).

Johnny siente una tentación casi irresistible de darle un puñetazo en la nariz.

—Da igual. Tú mantén la boca cerrada. Lo digo en serio. —Mira hacia la derecha, calle abajo, y ve a Collie Entragian corriendo hacia ellos.

Parece que lleva unas zapatillas de baño rosas. Lo siguen un tipo del pelo largo a quien Johnny no ha visto antes y la nueva dependienta de la tienda... una tal Cynthia. Y detrás de ellos, dejando atrás rápidamente al viejo Tom Billingsley y alcanzando a Cynthia, viene el experto local en James Dickey y el nuevo gótico sureño, con los ojos desorbitados de horror.

—¡Papá! —grita la voz aguda y estremecedora de una niña. Es Ellen Carver.

—¡Llevaos de aquí a los niños! —ordena Brad Josephson con voz firme y autoritaria.

Gracias a Dios. Pero Johnny ni siquiera mira hacia allí. Peter Jackson se acerca, y hay algo cuya visión debería estar más vedada a él que a Johnny y Gary Soderson, aunque sin duda lo ha visto antes y ellos no. Un acertijo muy apropiado para un profesor de literatura inglesa, piensa. Le viene otra frase de un viejo chiste a la cabeza: «¡Eh, maestro, se le han caído los cuernos!». Ni siquiera recuerda el resto de la púñetera historia. Echa otro vistazo alrededor para asegurarse de que nadie, excepto Gary Soderson, presta atención a Mary y comprueba que nadie lo hace. Un milagro que seguramente no durará mucho. Se agacha, gira las caderas de Mary (¡qué pesada es ahora que está muerta, qué increíblemente pesada!) y las piernas de la mujer se juntan. El agua se desliza por un muslo blanco como la lluvia sobre una tumba. Se gira para cubrir el cadáver de la vista de los vecinos que suben la cuesta y tira de la falda. Ya oye a Peter gritando «¿Mary? ¿Mary?». Debe de haber visto el coche, desde luego, el Lumina con el morro empotrado en la valla.

—¿Por qué...? —empieza Gary, pero se interrumpe al ver la mirada furiosa de Johnny.

—Si dices una palabra, te parto la cara —amenaza—. Lo digo en serio.

Por un momento Gary lo mira con expresión perpleja, casi estúpida, pero súbitamente parece entenderlo todo y hace una mueca astuta y falsamente solemne.

Sin embargo, se pasa el dedo por los labios para indicar que no hablará, y eso es bueno. Seguramente en el futuro faltarán a su palabra, pero a Johnny nunca le ha preocupado menos el futuro.

Se gira hacia la casa de los Carver y ve a David Reed llevando a Ellie a casa. La niña grita a voz en cuello y patalea con movimientos de tijera. Bombón Carver está de rodillas, llorando como Johnny oyó llorar a las aldeanas de Vietnam hace mucho tiempo (aunque no parece tanto tiempo, con el olor a pólvora en el aire). Se ha abrazado al cuello de su marido y le sacude la cabeza de una forma espantosa. Más espantoso aún es el aspecto del pequeño Ralphie, que está de pie junto a ella. En circunstancias normales es un alborotador incansable e insoportable, un pichón de insolente donde los haya, pero ahora parece un muñeco de cera, mirando fijamente a su padre con una cara que parece derretirse bajo la lluvia. Nadie se lo lleva porque esta vez, para variar, la que está haciendo ruido es su hermana. Pero alguien debería hacerlo.

—Jim —dice Johnny al otro mellizo Reed acercándose al coche de Mary para que pueda oírlo sin necesidad de gritar. El chico aparta la vista del muerto y la mujer histérica y lo mira con expresión aturdida.

»Llévate a Ralphie adentro, Jim. No debería estar aquí.

Jim asiente, levanta al niño en brazos y corre hacia la casa. Johnny espera gritos de protesta —pese a sus tiernos seis años, Ralphie Carver sabe que está destinado a regir el mundo algún día—, pero el chico se deja llevar por el adolescente como un muñeco, con los ojos desorbitados, sin parpadear apenas. Johnny cree que se ha dado demasiada importancia a la influencia de los traumas infantiles en la vida de los adultos de una generación que creció escuchando discos de blues, pero este caso es diferente. Supone que pasará mucho tiempo antes de que el factor determinante en la conducta de Ralph Carver deje de ser la visión de su padre muerto en el jardín y su madre arrodillada junto a él bajo la lluvia, con las manos enlazadas alrededor de su cuello, gritando su nombre una y otra vez, como si quisiera despertarlo.

Piensa en separar a Kirsten del cadáver —habrá que hacerlo tarde o temprano—, pero Collie Entragian llega a casa de Billingsley antes que él, con la dependienta del E-Z Stop pisándole los talones. La chica ha adelantado al tipo de pelo largo, que parece muy agitado. Por lo visto no es tan joven como su melena de rockero parecía indicar a la distancia. Pero lo que más impresiona a Johnny es la imagen de los Josephson. Están delante de la casa de los Carver bajo la lluvia torrencial, con las manos cogidas, como si protagonizara una una versión de Spike Lee de *Hansel y Gretel*. Marielle Soderson pasa detrás de Johnny y se une a su marido en el jardín de Billingsley. Johnny llega a la conclusión de que si Brad y Belinda Josephson encarnaran a Hansel y Gretel en una versión para adultos del cuento, Marielle podría hacer el papel de la bruja.

Piensa que es como el último capítulo de una novela de Agatha Christie, cuando la señorita Marple o Hércules Poirot lo explican todo, incluso cómo el asesino salió del coche cama cerrado con llave después de cometer el crimen. Estamos todos, excepto Frank Geller y Charlie Reed, que aún no han vuelto del trabajo. Es como una asamblea de vecinos.

De pronto se da cuenta de que no es exactamente así. Audrey Wyler y su sobrino no han dado señales de vida. Una idea vaga y fugaz pasa por su cabeza —recuerda la voz de un niño resfriado—, pero antes de que pueda aclararse, antes de que consiga encontrar una conexión entre ambas cosas (vaya a saber por qué cree que la hay), Collie Entragian llega junto al coche de Mary y lo coge del hombro con una mano empapada y la fuerza suficiente para hacerle daño. Mira más allá de Johnny, hacia la casa de los Carver.

—¿Qué...? ¿Dos? ¿Cómo...? ¡Por el amor de Dios!

—Señor Entragian... Collie... —Intenta controlarse, ser razonable—. Me va a romper un hueso.

—Oh, lo siento, pero... —Sus ojos van de la mujer asesinada al hombre asesinado, David Carver, cuya sangre cae en hilos como zarcillos por la carne blanca y rolliza. Entragian no parece capaz de decidir qué hacer, y mira alternativamente un cuerpo y el otro como si se tratara de un partido de tenis.

—No se ha puesto la camisa —dice Johnny y de inmediato se da cuenta de que no podría haber escogido una forma más ridícula de empezar una conversación.

—Me estaba afeitando —responde Collie, pasándose una mano por el vello corto y empapado. Aquel gesto refleja mejor que cualquier otro su estado mental, que ha pasado de la confusión inicial a un aturdimiento total. A Johnny le parece un gesto curiosamente conmovedor—. Dígame, Marinville, ¿tiene idea de qué está ocurriendo aquí?

Johnny niega con la cabeza. Sólo espera que todo haya terminado.

Entonces llega Peter, ve a su mujer tendida frente al pastor alemán de cerámica de Billingsley y grita, un grito que hace que los brazos mojados de Johnny se cubran de piel de gallina. Peter cae de rodillas junto a su esposa, igual que Bombón Carver junto a su marido y... joder, ¿acaso John Edward Marinville sufre un segundo ataque de vietnamitis lacrimógena aguda? Lo único que nos falta, piensa, es *Purple Haze* de Hendrix como música de fondo.

Peter coge a su mujer y Johnny ve a Gary mirándolos con fascinación, esperando que el cuerpo se dé la vuelta cuando el marido lo coja en brazos. Johnny puede leer sus pensamientos como si los llevara escritos en la frente: ¿Qué pensará cuando la gire, se le abran las piernas y vea que no lleva bragas? Aunque quizás no tenga importancia. Quizás nunca las llevará.

—¡Mary! —grita Peter.

Gracias a Dios no le da la vuelta, sino que le levanta el torso como si quisiera sentarla. Cuando ve la cabeza, la mitad de la cara destrozada y la mitad del pelo quemado, vuelve a gritar, aunque esta vez no dice su nombre, no dice ninguna palabra inteligible; sólo lanza un aullido desgarrado de dolor e incredulidad.

—Peter —empieza el viejo doctor, pero en ese instante una larga lanza de electricidad atraviesa el cielo y cae a la tierra junto con la lluvia.

Johnny se gira, deslumbrado, pero (claro, lo habéis adivinado) con la vista perfectamente clara. Antes de que el resplandor comience a desvanecerse, un trueno rasga la calle; un trueno tan fuerte que suena como si alguien aplaudiera sobre sus orejas. Johnny ve que el rayo cae sobre la casa abandonada de los Hobart, situada entre la del policía y la de los Jackson, y destruye la decorativa chimenea que William Hobart construyó el año pasado, antes de que comenzara a tener problemas y decidiera mudarse. El rayo también incendia el techo, y antes de que alcancen a recuperarse de la sacudida del trueno, antes de que Johnny tenga ocasión de identificar la súbita peste a frito en el aire como olor a ozono, la casa se cubre de una corona de llamas.

—Me cago en la puta —dice Jim Reed, que está en el portal de los Carver con Ralphie en brazos.

Según puede ver Johnny, el niño sufre una regresión y se está chupando el dedo. Es el único (además de sí mismo, claro está) que no mira la casa en llamas. Tiene la vista fija calle arriba y de pronto abre mucho los ojos. Se quita el pulgar de la boca, y antes de soltar un grito de horror, Johnny oye con claridad cinco palabras que, una vez más, le suenan misteriosas, ridículamente familiares. Como las palabras de un sueño.

—La Carroza de los Sueños —dice el niño.

Y entonces, como si esas palabras fueran una especie de conjuro mágico, el niño se despoja de su coraza de cera, de su anormal apatía, y comienza a gritar de miedo y a sacudirse en los brazos del joven Jim Reed. Sorprendido, Jim deja caer al niño que aterriza sobre el trasero. Se ha dado una buena, piensa Johnny y se dirige hacia allí sin detenerse a pensarlo, pero el niño no parece dolorido; sólo asustado. Los ojos desorbitados del pequeño siguen clavados en la calle mientras comienza a patalear con furia contra el suelo, arrastrando el culo hacia la casa.

Johnny, que ahora está en el borde del camino particular que conduce a casa de los Carver, se vuelve y ve otras dos furgonetas torciendo por la esquina de la calle Bear. La que va delante es de color rosa caramelo, tan aerodinámica que a Johnny le parece un gigantesco envase de yogur con cristales polarizados. Lleva un radar con forma de corazón en el techo. En otras circunstancias quizás le habría parecido bonita, pero ahora sólo le parece grotesca. A ambos lados del vehículo hay unas prominencias curvas y aerodinámicas, que parecen alerones o incluso un par de alas

gruesas y romas.

Detrás de la furgoneta, que podría o no llamarse Carroza de los Sueños, hay un vehículo negro con un parabrisas abombado de cristal oscuro y una caja con forma de hongo, también negra, en el techo. Este horroroso coche azabache está decorado con unas flechas cromadas en zigzag, que parecen una versión apenas disimulada de la insignia de las SS.

Las furgonetas aceleran y sus motores vibran con un ronroneo rítmico.

En el alerón izquierdo del vehículo rosa se abre una especie de portilla grande. Y encima del negro, que parece un coche fúnebre intentando convertirse en locomotora, uno de los paneles laterales de la caja con forma de hongo desciende, dejando al descubierto a dos individuos con escopetas. Uno es un ser humano con barba y, al igual que el alienígena de la furgoneta azul, parece llevar un harapiento uniforme de la guerra civil. Pero la criatura que está a su lado lleva otra clase de uniforme: negro, con cuello alto y botones plateados. Como el coche negro, aquel atuendo tiene algo de nazi, pero no es eso lo que llama la atención de Johnny y paraliza sus cuerdas vocales, impidiéndole dar un grito de alarma.

Por encima del cuello, sólo hay oscuridad. No tiene cara, piensa Johnny un instante antes de que las criaturas de las furgonetas rosa y negra abran fuego. No tiene cara; ese ser no tiene cara.

A Johnny Marinville, que lo ve todo, le asalta la idea de que podría estar muerto; de que aquello podría muy bien ser el infierno.

Carta de Audrey Wyler (Wentworth, Ohio) a Janice Conroy (Plainview, Nueva York),
con fecha 18 de agosto de 1994:

Querida Janice:

Te agradezco mucho tu llamada. La carta de condolencias también, por supuesto, pero no te imaginas lo bien que me hizo oír tu voz anoche; fue como un vaso de agua fresca en un día caluroso. O quizá simplemente como una voz cuerda en un manicomio.

No sé si te dije algo coherente, no lo recuerdo. He dejado los tranquilizantes (como solíamos decir en la universidad, «a la mierda con todo»), pero sólo hace dos días. A pesar de la enorme ayuda de Herb, el mundo parece haberse venido abajo. Todo empezó cuando un amigo de Bill, Joe Calabrese, llamó para decir que mi hermano, su mujer y sus dos hijos mayores habían sido asesinados, acribillados a tiros en la carretera. El hombre, a quien no había visto en mi vida, lloraba; era difícil entenderle y estaba demasiado emocionado para hablar con tacto. No dejaba de decir que se avergonzaba por ello, y yo acabé intentando consolarlo, mientras pensaba: «Tiene que haber un error; Bill no puede estar muerto. Se suponía que mi hermano iba a estar a mi lado siempre que lo necesitara». Todavía me despierto por la noche pensando: «No era Bill; se han equivocado. No puede ser Bill». La única vez en mi vida que me sentí inmersa en una locura semejante fue cuando de niña todo el mundo pillaba la gripe al mismo tiempo.

Herb y yo viajamos a San José a recoger a Seth y luego volamos de vuelta a Toledo en el mismo avión que los cadáveres. Los ponen en la bodega de carga, ¿lo sabías? Yo tampoco. Y hubiera preferido no enterarme nunca.

El entierro fue una de las experiencias más espantosas de mi vida, o quizá la más espantosa. Los cuatro ataúdes –el de mi hermano, mi cuñada, mi sobrina y mi sobrino– alineados en fila, primero en la iglesia y después en el cementerio, donde los apoyaron sobre unos horribles rieles cromados. ¿Quieres oír algo completamente descabezado? Durante toda la ceremonia en el cementerio estuve pensando en mi luna de miel en Jamaica. A las rampas para el control de la velocidad las llaman «policías dormidos». Y por alguna razón así es como veía yo a los ataúdes, como policías dormidos. Bueno, ya te dije que estoy medio loca, ¿no es cierto? Podrían nombrarme Reina del Valium de Ohio 1994.

La iglesia estaba atestada de gente. Bill y June tenían muchos amigos y todo el mundo lloraba. Todos, excepto el pequeño Seth, por supuesto, que no puede hacerlo. O no lo necesita, quién sabe. Estuvo todo el tiempo sentado entre Herb y yo con dos juguetes sobre el regazo: una furgoneta rosa que llama la *cadoza de los sueños* y la muñeca articulada que lo acompaña, una pequeña pelirroja sensual llamada Cassandra Styles. Los juguetes están inspirados en una serie de dibujos animados llamada *MotoKops 2200*, y una de las pocas cosas inteligibles que dice Seth es el nombre de las malditas furgonetillas de los MotoKops (perdón, quiero decir los Supercarros). Otra es *compa donut pada mí*, y también

Seth lavabo, lo que significa que hay que entrar con él. Le han enseñado a hacerlo solo, pero tiene unas costumbres muy raras.

Espero que no haya entendido que la ceremonia significaba que toda su familia había muerto, desaparecido para siempre. Herb está seguro de que no lo sabe («Ni siquiera sabe dónde está», dice), pero yo a veces me pregunto si es realmente así. Eso es lo peor del autismo, ¿verdad? Siempre dudas, nunca tienes una certeza absoluta; quieren comunicar algo, pero Dios les dio un teléfono averiado y lo único que se oye al otro lado de la línea es un galimatías.

Te aseguro una cosa: en las últimas dos semanas he aprendido a apreciar realmente a Herb Wyler. Se ocupó de todo, desde los billetes de avión hasta las esquelas fúnebres en el *Dispatch* de Columbus y el *Blade* de Toledo. Y creo que aceptar a Seth como lo ha hecho, sin una sola queja (ten en cuenta que además de huérfano es autista) me parece admirable. ¿Tú también lo crees, o es sólo amor de esposa? A mí me parece asombroso. Y parece preocuparse de veras por el pobre crío. A veces lo mira con preocupación, incluso con amor. O al menos con un amor incipiente.

Creo que esto es más admirable en el caso de un niño como Seth, teniendo en cuenta que él no puede retribuir su afecto. Se pasa la mayor parte del tiempo sentado en el cajón de arena que Herb montó en el jardín cuando llegamos de Toledo, como si fuera una uva pasa grande con forma de niño, vestido sólo con los calzoncillos de *MotoKops 2200* (también tiene la caja para el almuerzo de la serie). Allí articula palabras ininteligibles, juega con las furgonetas y los muñecos de la serie, sobre todo con la pelirroja sensual de pantalones cortos azules. Estos juguetes me preocupan un poco porque (si no estabas convencida de mi locura, esto te convencerá) ¡no sé de dónde han salido, Jan! Seth no tenía juguetes tan caros la última vez que visitamos a June y Bill en Toledo (consulté en Toys R Us y son muy caros). Además, no son la clase de juguete que Bill y June hubieran aprobado. Muy a pesar de sus hijos, sus gustos estaban más en la línea del oso Barney que en la de *La guerra de las galaxias*. El pobre Seth no puede decirme de dónde los ha sacado, y quizás no tenga importancia. Sólo sé los nombres de las furgonetas y los personajes porque veo los dibujos animados con él los sábados por la mañana. El jefe se llama Sinrostro y es muy malo, tres siniestro.

Es tan raro, Jan (ahora me refiero a Seth, no a Sinrostro, ja, ja). No sé si Herb lo ve tan extraño como yo, pero creo que también nota algo. A veces, cuando lo pillo mirándome (tiene unos ojos castaños tan oscuros que parecen negros), me dan escalofríos, como si alguien tocara el xilofón en mi espalda. Y desde que Seth vino a vivir con nosotros han pasado cosas muy curiosas. No te rías, pero incluso ha habido un par de incidentes como los fenómenos *poltergeist* que salen en los programas de ciencias ocultas de la tele: vasos que vuelan de los estantes, un par de ventanas rotas sin explicación aparente, extrañas formas onduladas que aparecen en el cajón de arena de Seth durante la noche. Son unos dibujos rarísimos, surrealistas. Si me acuerdo, en la próxima carta te enviaré una foto. Créeme, Jan, no puedo hablar con nadie de este asunto, excepto contigo. Gracias a Dios, confío en tu capacidad de asombro... en tu curiosidad... en tu discreción.

En realidad, Seth no da problemas. Lo más molesto de él es su forma de respirar. Inspira con grandes y ruidosas bocanadas, siempre por la boca, que está permanentemente abierta, con el labio inferior casi a la altura del pecho. Parece el tonto del pueblo, pero a pesar de sus problemas no es nada tonto. El otro día vino Marinville, el vecino de enfrente, a traer una tarta de plátano que había hecho él mismo (un gesto encantador para un tipo que hace tiempo escribió una novela sobre un hombre que se lia con su propia hija... titulada nada más y nada menos que *Placer*), y pasó un rato con Seth, que habla salido del cajón de arena para mirar *Bonanza*. ¿Recuerdas la serie? La TNT la repone de lunes a viernes por la tarde (la llaman el Festival de La Ponderosa, ¿no te parece divertido?). *Güesten, güesten*, dice Seth cuando es la hora. La cuestión es que Marinville, que quiere que le llamen Johnny, miró la serie con nosotros, mientras comíamos la tarta de plátano y bebíamos leche con cacao como viejos amigos. Cuando me disculpé por la respiración de Seth (supongo que porque me pone histérica), Marinville rió y dijo que Seth no puede evitar tener adenoides. No sé qué son las adenoides, pero creo que deberíamos llevarlo al médico.

Hay una cosa que me atormenta, y por eso te adjunto una fotocopia de la postal que me envió mi hermano desde Carson City poco antes de morir. En ella dice que Seth había hecho un adelanto increíble. Como podrás comprobar, lo pone en mayúsculas y con un montón de signos de exclamación. Despertó mi curiosidad, así que cuando hablamos por teléfono le pregunté qué había querido decir. Eso fue el 27 o 28 de julio, la última vez que hablé con él. Su reacción fue muy rara, impropia de Bill. Hubo un largo silencio y luego una risita artificial (¡ja, ja, ja!), como suele escribirse la risa aunque rara vez suene así (excepto en las fiestas aburridas). Jamás había oído a mi hermano reír de esa manera. «Bueno, Aud —me dijo—, puede que haya exagerado un poco». Ésa fue su explicación.

Si su tono no me hubiera parecido tan raro, tan vago e impropio de él, yo lo habría dejado correr. Pero una conoce a la sangre de su sangre, ¿verdad? Y Bill se mostraba siempre abierto y eufórico o retraído y enfurruñado. Todo blanco o negro, sin grises. Sin embargo, durante aquella conversación telefónica todo era gris. De modo que insistí, cosa que no habría hecho en otras circunstancias. Le dije que al hablar de un adelanto increíble parecía referirse a un hecho muy concreto. Entonces me contestó que sí, que había pasado algo en las proximidades de Ely, uno de los pocos pueblos más o menos importantes al norte de Las Vegas. Cuando pagaron junto a un cartel que indicaba el camino a Desesperación (por esa zona los pueblos tienen unos nombres encantadores; te despiertan unas ganas locas de visitarlos), Seth tuvo una especie de «rabieta». O así lo describió Bill. Estaban en la interestatal 50, la carretera sin peaje, y vieron una loma de tierra a la izquierda, al sur de la carretera.

A Bill le pareció curioso, pero no le dio mayor importancia. Sin embargo, cuando torcieron en esa dirección y Seth vio la loma, se puso como loco. Empezó a sacudir los brazos y a hablar en su media lengua, que a mí me suena igual que una cinta de música rebobinándose.

Bill, June y los dos niños mayores le siguieron la corriente, como hacen —hacían— siempre que el crío empezaba a hablar, lo que es raro,

pero a veces pasa. Ya sabes: «Sí, Seth, claro, Seth, de acuerdo, Seth». Entretanto, se alejaban cada vez más del montículo de tierra. De repente Seth dice algo (atiende a esto), pero no en su jerga habitual sino en un lenguaje totalmente comprensible: «Para; papá. Vuelve atrás. Seth quiere ver la montaña. Seth quiere ver a Hoss y al pequeño Joe». Hoss y el pequeño Joe, por si no lo recuerdas, son dos de los personajes de *Bonanza*.

Bill me contó que eran las palabras más claras que Seth había pronunciado en toda su vida, y después de pasar un tiempo con él, comprendo lo extraño que resultaría oírle decir algo normal. Pero ¿un ADELANTO INCREÍBLE? No quiero ser cruel, pero tampoco fue como si hubiera repetido un discurso de Lincoln, ¿verdad? No entendí el entusiasmo de Bill entonces, y tampoco lo entiendo ahora. En la postal parece más contento que unas pascuas y en el teléfono sonaba como uno de los personajes vegetales de *La invasión de los ultracuerpos*. Pero hay algo más. En la postal dice «ya te contaré», como si no pudiera esperar para hablar del asunto, y cuando habló conmigo por teléfono prácticamente tuve que arrancarle las palabras de la boca. ¡Es muy raro!

Bill me dijo que lo ocurrido le recordó un viejo chiste sobre una pareja que pensaba que su hijo era mudo. Un día, cuando el crío tiene seis o siete años, de repente habla en la mesa: «Por favor, mamá, ¿puedes pasarme otra mazorca de maíz?». Los padres se quedan alucinados y le preguntan por qué no había hablado antes. «Porque no tenía nada que decir», responde el niño. Bill me contó el chiste (lo había oído antes, creo que en la época en que quemaron a Juana de Arco en la hoguera), y volvió a soltar la risita típica de las fiestas aburridas: ja, ja, ja. Como si eso zanjara la cuestión. Pero yo no estaba dispuesta a dejar las cosas así.

—¿Y tú se lo preguntaste, Bill?

—¿Si le pregunté qué?

—Por qué no había hablado antes.

—Pero él habla.

—Pero no habla así, ¿verdad? Nunca había hablado así antes, por eso estabas tan contento cuando me escribiste la postal. —Me estaba enfadando con él; no sé por qué, pero me ponía nerviosa—. ¿No le preguntaste por qué nunca había dicho tantas palabras con claridad?

—Pues no —dijo—. No lo hice.

—¿Y volviste atrás? ¿Lo llevaste a Desesperación para que pudiera visitar La Ponderosa o lo que fuera que quería ver?

—No podíamos hacerlo, Aud —dijo Bill después de otro largo silencio.

Era como esperar el siguiente movimiento del ordenador en una partida de ajedrez. No me gusta hablar así de mi hermano, a quien adoraba y echaré de menos hasta el día de mi muerte, pero quiero que entiendas por qué esa conversación me parecía tan extraña. Era como si no hablara con mi hermano. Me gustaría explicártelo mejor, pero no puedo.

—¿Qué quieres decir con que no podíais? —le pregunté.

—Sencillamente que no podíamos —respondió. Creo que él también empezaba a enfadarse, pero no me importó. Al menos eso era más propio de él—. Yo quería llegar a Carson City antes de que oscureciera, lo que hubiera sido imposible si hubiera vuelto a ese pequeño pueblo que tanto había excitado a Seth. Todo el mundo me había dicho que la interestatal

50 era peligrosa después del anochecer, y no quería que mi familia corriera ningún riesgo. —Hablabas como si en lugar de estar en Nevada, hubiera tenido que cruzar el desierto de Gobi.

Y eso es todo. Hablamos un poco más, me dijo «Cuídate, pequeña», como me decía siempre, y no volví a saber nada de él. Ni sabré nada más de él, al menos en este mundo. «Cuídate, pequeña» y luego desaparece acribillado por la escopeta de un psicópata hijo de puta. Bueno, desaparecieron todos, excepto Seth. ¿Te he dicho que la policía aún no ha conseguido identificar el calibre del arma? ¡La vida real es tanto más imperfecta que las novelas o las películas!

Pero no puedo quitarme de la cabeza nuestra última conversación. Sobre todo, vuelvo una y otra vez a esa estúpida risa artificial. Bill, mi Bill, no se había reído así en toda su vida.

Y no fui la única que notó algo raro en él. Su amigo Joe, al que fueron a visitar allí, dijo que todos, excepto Seth, parecían cambiados. Hablé con él en la funeraria, mientras Herb rellenaba los impresos del traslado. Joe me contó que se había preguntado si tendrían un virus o la gripe. Dijo: «El pequeño, no. Estaba lleno de energía y se pasaba el día en el cajón de arena con sus juguetes».

En fin, creo que ya he escrito suficiente, puede que demasiado. Pero piensa en lo que te he dicho, ¿lo harás? Pon a trabajar tu magnífico cerebro, porque este asunto me está volviendo loca. Herb no me hace caso, cree que esta obsesión mía es una forma de evadirme del dolor. He pensado en hablar con J. Marinville, que vive enfrente y parece amable y comprensivo, pero no lo conozco lo suficiente. Así que tenía que contártelo a ti. Lo entiendes, ¿verdad?

Te quiero y te echo de menos. A veces, sobre todo en los últimos tiempos, desearla volver a la juventud, cuando todas las cartas malas que la vida iba a repartirnos todavía estaban por barajar. ¿Recuerdas nuestra época de estudiantes, cuando la única calamidad que nos amenazaba era la maldita regla y pensábamos que viviríamos eternamente?

Tengo que dejarte, o volveré a echarme a llorar.

Un millón de besos,



V

1

Aquella tarde, antes de que el mundo se precipitara en las profundidades del infierno como un cubo con la cuerda rota, Collie Entragian había tomado tres decisiones importantes delante del espejo del cuarto de baño. La primera era dejar de ir por ahí sin afeitar los días laborables. La segunda, dejar de beber, al menos hasta que su vida volviera a encarrilarse (bebía demasiado, lo suficiente para comenzar a inquietarle y debía parar). La tercera era dejar de postergar el momento de salir a buscar un empleo. Había tres compañías de agentes de seguridad en la zona de Columbus, conocía a gente en dos de ellas y era hora de moverse. Al fin y al cabo, no había muerto. Tenía que dejar de lamentarse y rehacer su vida.

Ahora, mientras la casa de los Hobart ardía calle abajo y las dos grotescas furgonetas se aproximaban, lo único que le preocupaba era conservar esa vida. Lo que más le asustaba era el vehículo negro que corría detrás del rosa; daba ganas de largarse del barrio de inmediato, quizá a Mongolia. La lluvia apenas le permitía vislumbrar las dos figuras en la torreta del coche, pero le bastó con ver la furgoneta, que le recordaba a una carroza fúnebre en una película de ciencia ficción.

—¡Adentro! —se oyó gritar. Por lo visto, una parte de él seguía empeñada en seguir al mando—. ¡Todo el mundo adentro, enseguida!

Olvidó temporalmente a la gente congregada alrededor del cartero y su llorosa mujer: la señora Geller, Susi Geller, su amiga, los Josephson y la señora Reed. Marinville, el escritor, estaba un poco más cerca, pero Collie también se olvidó de él. Estaba pendiente de los vecinos reunidos delante de la casa del viejo Doc: Peter Jackson, los Soderson, la dependienta de la tienda, el tipo del pelo largo y el camión amarillo y el propio Doc, que se había jubilado de su puesto de veterinario el año anterior, sin sospechar que el destino le reservaba una experiencia como aquélla.

—¡Corra! —gritó Collie a la cara mojada, boquiabierta y medio borracha de Gary. En aquel momento, hubiera querido matarlo; sencillamente cogerlo y quemarlo vivo o algo por el estilo—. ¡Corra a su casa!

Oyó que Marinville gritaba lo mismo, aunque seguramente se refería a la casa de los Carver.

—¿Qué demonios...? —empezó Marielle acercándose a su marido, luego miró más allá de Gary y sus ojos se abrieron como platos. Se llevó las manos a la cara, abrió la boca y por un loco instante Collie creyó que iba a caer de rodillas y empezar a cantar *Mammy*, como Al Jolson. Pero lo que hizo fue gritar.

Y como si ese grito fuera la señal que esperaban los atacantes, se oyeron los primeros disparos, unas explosiones secas, compactas, que nadie habría podido confundir con truenos.

El hippie cogió a Peter Jackson de la muñeca derecha e intentó apartarlo de su esposa muerta, pero Peter no quería dejarla. Seguía llorando y parecía completamente ajeno a lo que sucedía alrededor. Se oyó un KA-PU ensordecedor como una explosión de dinamita, seguido del ruido de cristales rotos. Un KA-BAM aún más fuerte y un grito de dolor o de miedo. Collie estaba entre los que sentían miedo, al menos esta vez. Un tercer disparo barrió del mapa al pastor alemán de cerámica de Billingsley. La puerta de la casa de Billingsley estaba abierta detrás de una rejilla decorada con una B con arabescos. Aquel agujero rectangular, la abertura que podía llevarlos a un reducto seguro, parecía a mil kilómetros de distancia.

Collie corrió primero hacia Peter. No es que quisiera hacerse el héroe, simplemente fue el primer sitio donde se le ocurrió ir. Oyó otra detonación y contrajo los músculos de la espalda y el trasero, preparándose para el impacto mortal, aunque era perfectamente consciente de que esta vez se trataba de un trueno. Pero el siguiente estallido no fue un trueno. Fue otro latigazo, KA-PU, y sintió que algo atravesaba el aire junto a su oreja derecha.

Pensó que aquélla podría ser su primera herida. Nueve años de policía antes de que me tendieran una trampa y me echaran —cuatro de rondas, cuatro en la secreta, uno en asuntos internos—, y nunca me habían disparado antes.

Otra detonación. Una de las ventanas del salón de Billingsley estalló y las cortinas se agitaron como los brazos de un fantasma. Ahora las armas a su espalda sonaban como artillería (bang, bang, bang, bang), sintió pasar otra bala caliente a su lado, esta vez junto a su mano izquierda, y apareció un agujero negro debajo de la ventana rota. A Collie le pareció un ojo grande, asombrado. La siguiente rozó su cadera. No podía creer que no estuviera muerto; sencillamente, no podía creerlo. Sintió olor a cedro quemado y tuvo tiempo de pensar en las tardes de octubre que había pasado en el patio trasero de su casa, quemando aromáticas y humeantes montañas de hojas.

Tenía la impresión de que llevaba horas corriendo, se sentía como un pato de cerámica en una galería de tiro, y ni siquiera había alcanzado a Peter. ¿Qué diablos estaba ocurriendo allí?

Sólo hace cinco segundos que empezó el tiroteo, le informó la parte lúcida de su mente. Quizá apenas tres.

El hippie seguía tirando de la muñeca de Peter y ahora la chica, Cynthia, se había unido a él. Pero Collie vio que Peter se resistía con todas sus fuerzas. Quería quedarse con su mujer, que había escogido un pésimo momento para volver a casa.

Sin reducir la velocidad (cuando se lo proponía, sabía mover el esqueleto) Collie

se agachó y metió una mano debajo de la axila del hombre arrodillado al pasar a su lado. Llamadme el tren correo, dijo para sí. Peter tiró hacia atrás, intentando detener a las tres personas que querían separarlo de su esposa. La mano de Collie empezó a resbalar. A la mierda, pensó. A la mierda con todos.

Oyó otro grito a su espalda, en la casa de los Carver. Por el rabillo del ojo vio la furgoneta rosa, que ahora se alejaba de ellos y aceleraba cuesta abajo, hacia la calle Hyacinth.

—¡Mary! —gritó Peter—. ¡Está herida!

—¡Ya la tengo, Pete, tranquilo! —gritó el viejo Doc con alegría, y aunque no tenía a nadie, y de hecho corría alejándose del cadáver de Mary sin dedicarle una sola mirada, Peter asintió aliviado. Tiene que ser el tono, pensó Collie. Ese absurdo tono de alegría.

Ahora el hippie ayudaba de verdad en lugar de limitarse a intentarlo. Había cogido a Peter del cinturón y estaba haciendo progresos.

—Colabore —le dijo a Peter—, aunque sea un poco.

Peter no le hizo el menor caso. Miró a Collie con los ojos muy abiertos y vidriosos.

—El viejo Doc la va a ayudar, ¿verdad?

—Exactamente —dijo Collie, intentando imitar el tono alegre del veterinario (una versión rápida del que se usa para animar a un enfermo), pero su voz sonó cargada de terror. La furgoneta rosa se había ido, pero la negra seguía allí, avanzando despacio, como si estuviera a punto de detenerse. En la torreta había unas figuras brillantes, casi fluorescentes—. Billingsley...

Marielle Soderson pasó como un rayo a su izquierda y estuvo a un tris de atropellarlo en su carrera hacia la casa del viejo Doc. Gary la adelantó por la derecha, golpeando a la dependienta con el hombro y haciéndola caer de rodillas. La chica, que aparentemente se había torcido el tobillo, gritó de dolor, abriendo la boca en forma de arco. Gary ni siquiera la miró; tenía los ojos fijos en la meta. La joven se levantó en el acto. La mueca de dolor no se borró de su cara, pero tiraba estoicamente del brazo de Peter, todavía intentando ayudar. A Collie empezaba a caerle simpática, a pesar de su esquizofrénico color de pelo.

Los Soderson llevaban la delantera. Habían necesitado un par de minutos para darse cuenta de lo que pasaba, pero era evidente que ahora lo sabían.

Se oyó otra estampida. El tipo del pelo largo soltó un grito de dolor y sorpresa, cogiéndose la pierna derecha. Collie vio sangre entre sus dedos, una sangre asombrosamente brillante a la luzpectral de la tormenta. La chica lo miraba con la boca abierta y los ojos como platos.

—Estoy bien —dijo el hippie, recuperando el equilibrio—. Sólo ha sido un rasguño. ¡Sigan, sigan!

Por fin Peter se levantó y recuperó la compostura.

—¿Qué demonios... está pasando? —preguntó a Collie. Parecía drogado.

Antes de que Collie pudiera responderle, hubo un último disparo desde la furgoneta negra y el ruido de una granada. Collie habría jurado que se trataba de una granada. Marielle Soderson, que había llegado al zaguán (Gary no era ningún caballero y ya había desaparecido dentro de la casa), gritó y chocó de lado contra la puerta, levantando el brazo izquierdo. La sangre salpicó la pared de aluminio y volvió al suelo con la lluvia. Collie oyó gritar a la dependienta de la tienda y sintió la tentación de imitarla. El proyectil había dado en el hombro de Marielle y le había arrancado el brazo casi de cuajo. La extremidad se balanceaba precariamente, colgando de un brillante nudo de carne con un lunar. Curiosamente era ese lunar —una imperfección que quizás Gary había besado con amor en sus días jóvenes y sobrios— lo que hacía que la escena pareciera real. Marielle seguía en la puerta, gritando a voz en cuello, con el brazo izquierdo suspendido en el aire como una puerta a la que le han quitado dos de las tres bisagras. Y a su espalda, la furgoneta negra aceleró cuesta abajo, cerrando el panel de la torreta. Desapareció entre la lluvia y el humo que salía de la casa de los Hobart, donde el techo comenzaba a compartir su ofrenda de fuego con las paredes.

2

Tenía un sitio adonde ir.

A veces le parecía una bendición, otras veces una maldición (ya que prolongaba las cosas, mantenía en marcha aquel juego infernal), pero de un modo u otro, era lo único que le permitía seguir siendo ella misma; lo único que impedía que la devoraran viva. Como le había pasado a Herb. Sin embargo, al final Herb había conseguido encontrarse a sí mismo por última vez. Había tenido la lucidez necesaria para meterse en el garaje y volarse los sesos de un tiro.

Al menos eso era lo que Audrey quería creer.

Sin embargo, a veces sospechaba que no había sido así. Recordaba las interminables tardes antes del disparo en el garaje y volvía a ver a Seth en su silla, la que Herb y ella habían decorado con una calcomanía de un jinete y un caballo tras descubrir cuánto le gustaban los güestens al pequeño. Veía a Seth sentado allí, sin prestar atención a la televisión (a menos que pusieran un *western* o una película del espacio, claro está), mirando a Herb con sus horribles ojos color barro, los ojos de una criatura que ha vivido siempre en un pantano. Sentado en la silla que su tío y su tíos habían decorado con tanto amor en los primeros días, antes de que comenzara la

pesadilla. O al menos, antes de que se enteraran de que había comenzado. Sentado allí, mirando a Herb, rara vez a ella en aquel entonces. Mirándolo; pensándolo, consumiéndolo como haría un vampiro en una película de terror. Porque eso era la criatura que habitaba en el interior de Seth, ¿verdad? Un vampiro. Y sus vidas en la calle Poplar eran la película. Vaya por Dios, la calle Poplar, donde había como mínimo un álbum de los Carpenter en cada casa. Buenos vecinos, la clase de gente que lo deja todo cuando oye que la Cruz Roja necesita sangre del grupo O, y ninguno de ellos sabía que Audrey Wyler, la tranquila viuda que vivía entre los Soderson y los Reed, ahora protagonizaba su propia película de terror.

En los días buenos pensaba que Herb, cuyo sentido del humor había servido al mismo tiempo de escudo y acicate contra la criatura que poseía a Seth, había aguantado todo lo posible antes de huir. En los días malos sabía que eso era mentira, que Seth había usado todo lo que podía usar de él y que luego lo había enviado al garaje con un programa de autodestrucción parpadeando en su cabeza como un cartel luminoso en la ventana de un salón de baile.

Pero *no* era Seth. No era el Seth que de vez en cuando (en los primeros tiempos) los abrazaba y les daba besos con la boca abierta que sonaban como pompas de jabón al estallar. «Yo aquero», decía a veces mientras estaba sentado en su silla especial. Entonces, cuando dejaba su balbuceo ininteligible para articular una frase normal («Yo vaquero») les hacía sentir, al menos fugazmente, que estaba haciendo progresos. Aquel Seth era dulce, adorable, y no a pesar de su autismo, sino en parte gracias a él. Sin embargo, aquel Seth también era un caldo de cultivo, como la sangre contaminada que nutre y transporta a un virus al mismo tiempo.

El virus —el vampiro— era Tak. Un pequeño obsequio del gran desierto americano. Según Bill, la familia Garin no había vuelto a Desesperación, no se había detenido a investigar qué había detrás de la montaña de tierra que habían visto desde la carretera y que había entusiasmado a Seth lo suficiente para hacerle hablar en un lenguaje inteligible. «No podíamos, Aud», había dicho Bill. «Yo quería llegar a Carson City antes de que oscureciera». Pero Bill le había mentido. Lo sabía porque había recibido una carta de un hombre llamado Allen Symes.

Symes, un ingeniero de minas que trabajaba para una compañía llamada Deep Earth, había visto a la familia Garin el 24 de julio de 1994, el mismo día que el hermano de Audrey había enviado la entusiasta postal. Symes le había asegurado que no había ocurrido nada interesante, que se había limitado a llevar a los Garin al borde de una mina (lo que, siempre según la carta, iba en contra de las reglas de la compañía) y les había dado una breve clase de historia antes de que siguieran su camino. Era una buena historia, aburrida y verosímil al mismo tiempo, y en circunstancias normales Audrey la habría creído. Sin embargo, ella sabía algo que el señor Allen Symes, de la compañía Deep Earth de Desesperación, Nevada, ignoraba:

que Bill había negado que se hubieran detenido allí. Bill había dicho que habían seguido su viaje porque quería asegurarse de llegar a Carson City antes de que oscureciera. Y si Bill había mentido, ¿no era posible, o muy probable, que también mintiera Symes?

¿Mentir sobre qué? ¿Sobre qué?

«Para, papá. Seth quiere ver la montaña».

¿Por qué me mentiste, Bill?

Audrey creía que podía responder esa pregunta: Bill había mentido porque Seth lo había obligado a hacerlo. Suponía que Seth estaba junto al teléfono durante su conversación con Bill, mirando a la criatura a quien ya no consideraba su padre con los ojos color marrón lodo que en realidad pertenecían a un ser de los pantanos. Bill sólo había dicho lo que Tak quería, como una persona encañonada con una pistola. Por eso había contado unas cuantas mentiras torpes y reido con su risa artificial: ja, ja, ja.

En mayo de 1982, cuando tenía veintiún años y todavía era Audrey Garin, ella y su compañera de cuarto (que también era y seguiría siendo su mejor amiga), Janice Goodlin, habían pasado un maravilloso fin de semana —probablemente el mejor de la vida de Audrey— en Monhonk Mountain, al norte de Nueva York. El viaje era un regalo del padre de Jan, que además de ganar un dinero extra por una venta en su empresa, había ascendido dos o tres peldaños en la escala jerárquica. Si lo que deseaba era compartir su felicidad, lo había conseguido espléndidamente con las dos chicas.

El sábado de aquel fin de semana mágico se habían llevado comida del hotel (en la cocina la habían puesto en un precioso y anticuado cesto de mimbre) y habían caminado durante horas, buscando el sitio perfecto. Aunque siempre es difícil hallar un lugar ideal cuando uno se lo propone, las jóvenes habían tenido suerte. Encontraron un hermoso prado lleno de anémonas, margaritas y rosas silvestres. Las abejas zumbaban y las mariposas blancas danzaban en el aire cálido como una clase de confeti mágico que nunca caía al suelo. En un extremo del prado había una especie de cenador, desde donde se veía todo Monhonk. Estaba techado para dar sombra y refugio, pero abierto a los lados para dejar pasar el aire y una maravillosa vista.

Las dos mujeres comieron mucho, charlaron hasta cansarse y en tres ocasiones rieron con tantas ganas que se les saltaron las lágrimas. Audrey no recordaba haber vuelto a reír de aquella forma. Nunca olvidó la luz clara de aquella tarde o la danza de las mariposas blancas.

Ése era el sitio adonde regresaba cuando Tak salía a la superficie y dominaba a Seth. Allí se escondía, con una Janice que aún llevaba el apellido Goodlin, en lugar de Conroy, una Janice que seguía siendo joven. A veces le hablaba de Seth; le contaba por qué había ido a vivir con ellos y cómo al principio ni ella ni Herb habían

imaginado que había alguien en su interior, una criatura silenciosa que los observaba y medía sus fuerzas, esperando el momento para salir. A veces le confiaba a Jan cuánto echaba de menos a Herb y lo asustada que estaba... que se sentía atrapada, como una mosca en una telaraña o un coyote en una trampa.

Pero ese tema era peligroso e intentaba evitarlo. La mayor parte del tiempo se limitaba a repetir mentalmente los dulces e insignificantes detalles de aquel día lejano, cuando Reagan comenzaba su carrera política y todavía había discos de pasta en las tiendas. Discutían si Ray Soames, el novio de Jan en esos tiempos, llegaría a ser un buen amante (resultó ser un cerdo egoísta, según le confió Jan tres semanas más tarde, después de despedirse de su voluptuoso cuerpo), qué empleos conseguirían, cuántos hijos tendrían y cuál de sus amigos tendría más éxito en la vida.

Detrás de todo aquello, y aunque no lo mencionaran (quizá no se atrevieran a hablar de ello por temor a estropearlo) estaba siempre presente el profundo deleite por aquel día juntas, por la maravillosa salud que disfrutaban y por el amor que sentían la una por la otra. En esas cosas, y no en los problemas del presente, se concentraba Audrey cuando sentía que Tak hendía en ella sus dientes invisibles pero exquisitamente crueles para crecer alimentándose de ella. Huía al resplandor y al amor de aquel día lejano, que hasta el momento le servía de ayuda y refugio.

Hasta el momento seguía viva.

Y lo más importante era que seguía siendo ella.

En el prado, la confusión y la oscuridad se desvanecían y todo parecía muy claro: los astillados postes grises de madera que sostenían el techo del cenador, cada uno con su sombra delgada y precisa; la mesa (también astillada) flanqueada por dos bancos de madera y tallada con los nombres de innumerables amantes; el cesto (todavía abierto, pero sin restos de comida) que habían dejado en el suelo de tablas; los utensilios y los recipientes de plástico que habían cerrado con cuidado para devolverlos al hotel. Podía ver los reflejos dorados del cabello de Jan y un hilo suelto en el hombro izquierdo de su blusa. Podía oír el canto de los pájaros.

Sólo una cosa era diferente: en la mesa donde habían apoyado el cesto de mimbre hasta que terminaron de comer y lo pusieron a un lado, había un teléfono de plástico rojo. Audrey tenía uno exactamente igual a los cinco años y lo usaba para mantener largas y delirantes conversaciones con una amiga invisible llamada Melissa Heart.

En algunas visitas al cenador del prado, el auricular del teléfono tenía grabada la marca PLAYSKOOL. Otras veces (sobre todo los días particularmente horribles, que eran muy frecuentes en los últimos tiempos), veía un nombre más corto en el auricular: el nombre del vampiro.

Era el teléfono de Tak, y nunca sonaba, al menos de momento. Audrey sabía que si algún día sonaba sería porque Tak había descubierto su lugar secreto. Entonces

sería su fin; estaba segura. Puede que siguiera respirando y comiendo por un tiempo, igual que Herb, pero de todos modos sería su fin.

De vez en cuando intentaba hacer desaparecer el teléfono de Tak. Se le había ocurrido de que si podía deshacerse del maldito teléfono, librarse de él para siempre, quizá podría escapar de la criatura de la calle Poplar. Y a veces desaparecía, pero nunca cuando lo miraba o pensaba en él. Miraba la cara risueña de Jan (Jan hablando de cómo en ocasiones sentía la tentación de arrojarse a los brazos de Ray Soames y comerle la cara a besos, y cómo otras veces —por ejemplo, cuando lo descubría hurgándose la nariz— deseaba que se muriera en el acto), luego volvía a mirar la mesa y veía que la superficie estaba vacía, que el teléfono había desaparecido. Eso significaba que Tak se había ido, al menos por un rato, que dormía (o dormitaba) o se había retirado. La mayoría de estas veces volvía y encontraba a Seth en el lavabo, mirándola con ojos ausentes y extraños, pero decididamente humanos. Por lo visto, Tak detestaba estar presente cuando Seth iba al lavabo. En opinión de Audrey, aquél era un remilgo inaudito en una criatura tan cruel e implacable.

Miró hacia abajo y vio que el teléfono había desaparecido.

Se levantó y Jan —la joven Jan, con los pechos todavía intactos— se interrumpió de inmediato y miró a Audrey con tristeza.

—¿Tan pronto?

—Lo siento —dijo Audrey, aunque no tenía idea de si era temprano o tarde. Lo sabría cuando regresara y mirara el reloj, pero mientras estaba allí, el propio concepto del tiempo parecía ridículo. El prado que estaba encima de Mohonk en mayo de 1982 era una zona sin relojes, felizmente atemporal.

—Tal vez algún día consigas deshacerte de ese maldito teléfono y quedarte —dijo Jan.

—Quizá. Sería muy bonito.

Pero ¿lo sería? Audrey no estaba segura. Por el momento, tenía que cuidar de un niño. Además, aún no estaba dispuesta a rendirse, y regresar para siempre a 1982 equivalía a una rendición. Y quién sabe qué le parecería aquel maravilloso prado en la montaña si no pudiera marcharse de él. Con esa limitación, hasta era probable que el paraíso se convirtiera en infierno.

Aunque las cosas estaban cambiando, no era para mejor. Para empezar, la fuerza de Tak no se debilitaba, como ella había esperado ingenuamente que ocurriera con el tiempo. Por el contrario, su poder parecía aumentar. La televisión estaba encendida permanentemente, emitiendo las mismas cintas y reposiciones (*Bonanza*, *El hombre del rifle...* y, por supuesto, *MotoKops 2200*) una y otra vez. Los personajes de las series comenzaban a sonar como demagogos dementes, voces crueles exhortando a una multitud inquieta a hacer cosas abominables. Iba a ocurrir algo, y muy pronto; estaba prácticamente segura. Tak planeaba algo... si es que podía atribuirse la

capacidad de planear, o incluso de pensar. Quizá la palabra «cambio» fuera demasiado suave. Daba la impresión de que iba a dejarlo todo patas arriba, como después de un terremoto. Y si era así, o cuando fuera así...

—Huye —dijo Jan con los ojos brillantes—. Deja de fantasear y *hazlo*, Aud. Abre la puerta mientras Seth está durmiendo o cagando y corre como si te persiguiera el demonio. Sal de esa casa. Escapa de esa maldita criatura.

Era la primera vez que Jan se arriesgaba a darle un consejo y Audrey se sintió confundida. No sabía cómo responder.

—Lo pensaré.

—Será mejor que no lo pienses mucho, cariño. Tengo la impresión de que te queda poco tiempo.

—Tengo que irme. —Echó otro vistazo a la mesa para asegurarse de que el teléfono PlaySkool no había reaparecido, y no lo había hecho.

—Sí, de acuerdo. Adiós, Aud. —Ahora la voz de Jan parecía llegar desde muy lejos y su figura se desvanecía como si fuera un fantasma. Cuando perdió el color, comenzó a parecerse más a la mujer que sería en el futuro, una mujer con un solo pecho y una visión estrecha, a menudo poco generosa del mundo—. Vuelve pronto. Hablaremos de *Sergeant Pepper*.

—De acuerdo.

Audrey salió del cenador, mirando cuesta abajo, hacia el muro de piedra rodeado de rosas silvestres, contemplando las piruetas de las mariposas. Un trueno resonó en el borroso cielo azul. Dios enviaba lluvia desde las montañas Catskill y no era sorprendente; nada tan perfecto como aquella tarde podía durar eternamente. «Los tiempos dorados no pueden durar...». ¿Quién era el poeta que había dicho aquello? No importaba. Janice Goodlin Conroy había descubierto que era cierto, además de poético. Y con el tiempo, también lo confirmaría Audrey Garin.

Se volvió para mirar las nubes, pero en lugar de cúmulos tormentosos sobre las montañas vio su propio salón, mugriento, pidiendo a gritos una buena limpieza. Debajo de todos los muebles había polvo y todas las superficies de cristal estaban sucias con marcas de dedos, grasa, refrescos o las tres cosas a la vez. El aire olía a sudor y calor, pero sobre todo a espaguetis de lata y hamburguesa frita, que era todo lo que su extraño huésped quería comer.

Estaba de vuelta.

Y tenía frío. Vio que sólo llevaba un par de pantalones cortos y zapatillas. Pantalones azules, por supuesto, pues ése era el atuendo habitual de Cassie Styles, y Cassie Styles era el personaje favorito de Seth. La blusa blanca de manga corta que se había puesto por la mañana (antes de que la criatura se apoderara de ella; había conseguido escapar varias veces desde entonces, pero Tak la controlaba la mayor parte del tiempo, como si fuera un tren eléctrico) estaba sobre el sofá. Le dolían los

pezones.

Me ha obligado a pellizarme otra vez, pensó mientras iba a recoger la blusa. ¿Por qué? ¿Acaso porque Cary Ripton, el chico de los periódicos la había visto sin la blusa? Puede que sí. Tal vez. Era sólo una intuición, como siempre, pero estaba casi segura de estar en lo cierto. Tak se había enfadado... había decidido castigarla... y ella había escapado a los maravillosos días de su juventud tan pronto como él había vuelto a su guarida a mirar aquella maldita película por enésima vez.

Los pellizcos la asustaban. El dolor era peor otras veces, sobre todo con las pequeñas y siniestras humillaciones —Tak era un verdadero maestro en el arte de humillar—, pero los pellizcos en los pezones tenían una clara connotación sexual. También le preocupaba la forma en que iba vestida... o desvestida. Con una frecuencia cada vez mayor, Tak la obligaba a desnudarse siempre que estaba enfadado o aburrido, como si él, o Seth, o ambos, la vieran como una versión particular de la dura pero perversamente apetitosa Cassie Styles. Eh, chicos, mirad las tetas de vuestro personaje favorito de los MotoKops.

No entendía bien la relación entre el parásito y su anfitrión, y eso complicaba las cosas. Creía que Seth estaba más interesado en vaqueros que en tetas; al fin y al cabo, sólo tenía ocho años. Pero ¿qué edad tenía la criatura que llevaba dentro? ¿Y qué quería? Había posibilidades más alarmantes que unos pellizcos en los pezones, y prefería no imaginarlas. Aunque, poco antes de la muerte de Herb...

No. No quería pensar en eso.

Se puso la blusa y abrochó los botones mientras miraba el reloj que había encima de la chimenea. Sólo eran las cuatro y cuarto. Jan tenía razón; era demasiado pronto. Pero el tiempo no había cambiado sólo en las montañas Catskill. Había truenos y relámpagos y la lluvia caía con tanta furia contra la ventana del salón que parecía humo.

En el estudio estaba encendida la tele. La película, por supuesto. Aquella horrible, odiosa película. Iban por la cuarta copia de *Los vigilantes*. Herb había traído la primera del videoclub del centro comercial aproximadamente un mes antes de suicidarse. Y por razones que Audrey no comprendía, aquella vieja película había sido la última pieza del puzzle, el último número de una combinación. Había liberado a Tak... o lo había concentrado, del mismo modo que una lupa concentra la luz y la convierte en fuego. Pero ¿cómo podía saber Herb lo que iba a ocurrir? ¿Cómo podían saberlo ninguno de los dos? En aquel entonces, apenas sospechaban la existencia de Tak. Había estado apoderándose de Herb —Audrey lo sabía ahora—, pero lo había hecho tan silenciosamente como una sanguijuela que se pega a alguien debajo del agua.

—¿Quiere ponerme a prueba, sheriff? —decía Rory Calhoun con los dientes apretados.

Sin darse cuenta, Audrey murmuró:

—¿Por qué no nos tranquilizamos y discutimos este asunto con calma?

—¿Por qué no nos tranquilizamos... —dijo John Payne en la televisión; Audrey podía ver la luz de la pantalla parpadeando sobre la arcada que separaba las dos habitaciones— y discutimos este asunto con calma?

Caminó de puntillas hacia la arcada metiéndose la blusa dentro de los pantalones cortos (uno de los doce pares que tenía, todos azules y rematados con ribetes blancos; en la casa Wyler no faltaban pantalones azules) y espió dentro del estudio. Seth estaba sentado en el sofá, vestido sólo con unos mugrientos calzoncillos de los MotoKops. Las paredes, que Herb había cubierto con paneles de pino de primera calidad, estaban remachadas con clavos que Seth había encontrado en el taller del garaje. Muchos de los paneles tenían grietas verticales. De los clavos colgaban fotografías que Seth había recortado de revistas, casi todas de vaqueros, astronautas y, por supuesto, MotoKops. Intercalados entre ellas, había unos cuantos dibujos de Seth, sobre todo paisajes dibujados con rotuladores negros. Frente a él, sobre la mesa de centro, había vasos con borra de cacao, que era lo único que Seth (o Tak) bebía, y un montón de platos con restos de las comidas favoritas de Seth: espaguetis con hamburguesa, macarrones con hamburguesa, y sopa de tomate con grandes trozos de hamburguesa flotando sobre el gelatinoso líquido como marchitos atolones del Pacífico después de generaciones de pruebas nucleares.

Seth tenía los ojos abiertos, pero en blanco —tanto él como Tak estaban ausentes, quizás recargando las pilas o durmiendo con los ojos abiertos, como una lagartija al sol, quizás metiéndose en la puñetera película de una forma compleja y profunda que Audrey no podía, o no quería, comprender. Lo cierto es que importaba una mierda dónde estuvieran. Puede que la dejaran comer en paz; le bastaba con eso. Faltaban veinte minutos para que terminara la millonésima sesión de *Los vigilantes* en casa de los Wyler, y Audrey pensó que podría disponer de ese tiempo para sí. Tiempo suficiente para comer un bocadillo y quizás escribir unas cuantas líneas en el diario que podía costarle la vida si Tak descubría su existencia.

Huye. Deja de fantasear y hazlo.

Se detuvo en medio del salón, olvidando momentáneamente el salchichón y la lechuga de la nevera. Aquella voz era tan clara que por un instante no pareció venir de su mente. Por un momento creyó que Janice la había seguido desde 1982, que estaba con ella en la habitación, pero cuando se volvió con los ojos llenos de asombro, vio que allí no había nadie. Sólo las voces de la televisión, Rory Calhoun diciéndole a John Payne que se había acabado el tiempo de hablar, y John Payne respondiéndole:

—Muy bien, si eso es lo quiere.

Muy pronto Karen Steele se interpondría entre ellos, gritándoles que pararan, que

pararan de una vez. La mataría una bala de la escopeta de Rory Calhoun que en realidad iba dirigida a John Payne, y entonces empezaría el tiroteo final, KA-PU y KA-BAM otra vez.

Allí no había nadie más que ella y sus amigos muertos de la tele.

Abre la puerta y corre como si te persiguiera el demonio.

¿Cuántas veces había fantaseado con hacerlo? Pero tenía que pensar en Seth; el niño era un rehén como ella. A pesar de su autismo, seguía siendo un ser humano. No quería ni imaginar lo que Tak podría llegar a hacerle si se enfadaba. Y Seth seguía allí; estaba segura de ello. Los parásitos se alimentan de sus víctimas, pero no las matan... a menos que deseen hacerlo, quizá porque se enfadan.

También tenía que pensar en sí misma. Era fácil para Janice aconsejarle que escapara, que abriera la puerta de calle y corriera como si la persiguiera el demonio, porque seguramente no entendía que si Tak la cogía, la mataría sin compasión. Y si lograba salir de la casa, ¿adónde tendría que ir para estar segura?, ¿a la acera de enfrente?, ¿a la esquina?, ¿a Terre Haute?, ¿a New Hampshire?, ¿a Micronesia? No creía que pudiera esconderse ni siquiera en Micronesia, porque estaban unidos por un vínculo mental. El teléfono rojo de PlaySkool —el teléfono de Tak— era una demostración clara de ello.

Sí, deseaba escapar. Claro que lo deseaba. Pero a veces malo conocido es mejor que bueno por conocer.

Comenzó a andar hacia la cocina y se detuvo nuevamente, esta vez para mirar por el ventanal que daba a la calle. Había pensado que el cristal parecía cubierto de humo por la fuerza de la lluvia, pero en realidad la tormenta estaba amainando. Lo que había visto no parecía humo, era humo.

Corrió hasta la ventana, miró a la calle y vio que la casa de los Hobart ardía bajo la lluvia. Grandes nubes blancas de humo subían hacia el cielo encapotado. No vio coches ni gente en los alrededores (y el humo le impedía ver al chico y el perro muertos), así que miró hacia la calle Bear. ¿Dónde estaban los coches de la policía?, ¿y los bomberos? No estaban allí, pero en su lugar vio algo que la hizo llevarse las manos a la boca para sofocar un grito.

Un coche —creía que era el de Mary Jackson— estaba sobre la hierba, entre la casa de los Jackson y la del viejo Doc, con el morro empotrado en la valla que separaba las dos propiedades. La puerta del maletero estaba abierta y la parte trasera abollada. Pero no fue el coche lo que la hizo gritar. Más allá, tendido en el jardín de Doc, como una estatua caída, había un cadáver de mujer. Por un instante Audrey quiso pensar que era otra cosa —quizá el maniquí de una tienda que por alguna misteriosa razón alguien había arrojado en el jardín de Billingsley—, pero enseguida se rindió a las evidencias. Era un cuerpo, no cabía duda. El cuerpo de Mary Jackson, que estaba tan muerta como... bueno, tan muerta como el marido de Audrey.

Tak, pensó. ¿Había sido él? ¿Había salido a la calle? Sabías que se estaba preparando para algo, pensó con frialdad. Lo sabías. Sentiste cómo reunía fuerzas, siempre en el cajón de arena jugando con las malditas furgonetas o delante de la televisión comiendo hamburguesas, bebiendo leche con cacao y mirando, mirando. Lo sentiste, como cuando se avecina una tormenta en una tarde calurosa.

Más allá, en la casa de los Carver, había otros dos cadáveres. David Carver, que a veces jugaba al póquer con Herb y sus amigos las noches de los jueves, estaba tendido en el camino particular de su casa como una ballena encallada en la playa. Tenía un agujero enorme en la barriga, justo encima del bañador que solía usar para lavar el coche. Tendida boca abajo sobre el zaguán de los Carver, había una mujer vestida con pantalones cortos blancos. Una corona crespa de pelo rojo rodeaba su cabeza y la lluvia brillaba sobre su espalda desnuda.

No es una mujer, pensó Audrey. Sintió frío en todo el cuerpo, como si alguien le hubiera frotado la piel con hielo. Es una joven de unos diecisiete años; la chica que había ido a visitar a los Reed aquella misma tarde, antes de que me escapara un rato a 1982. Era la amiga de Susi Geller.

Audrey miró hacia el final de la calle, súbitamente convencida de que lo estaba imaginando todo y de que la realidad volvería a su sitio —como cuando uno suelta una banda elástica después de estirarla— en cuanto viera que la casa de los Hobart seguía en pie e intacta. Pero la casa de los Hobart continuaba ardiendo, despidiendo densas nubes de humo blanco, y cuando volvió a mirar, los cadáveres de sus vecinos aún estaban en la calle.

—Ha empezado —murmuró, y desde el estudio, como si anunciara una terrorífica maldición, Rory Calhoun gritó: «¡Vamos a borrar a este pueblo del mapa!».

«¡Huye!», gritó Jan. Esta vez la voz no venía de la tele, sino del interior de su cabeza, pero sonaba igualmente apremiante. «¡No es que te quede poco tiempo! ¡No tienes un segundo más! ¡Huye! ¡Vete! ¡Escapa! ¡Corre!».

De acuerdo, se olvidaría de Seth y escaparía. Quizá se arrepintiera en el futuro —si es que había un futuro—, pero ahora...

Corrió a la puerta y en el preciso momento en que cogía el pomo, una voz habló a su espalda. Era una voz infantil, pero sólo porque era producida por las cuerdas vocales de un niño. Sin embargo, también era fría, cruel, terrorífica.

Lo peor era que no carecía de sentido del humor.

—Un momento, señora —dijo Tak con la voz de Seth Garin imitando a John Payne—. ¿Por qué no nos tranquilizamos y discutimos este asunto con calma?

Intentó girar el pomo de la puerta, dispuesta a arriesgarse de cualquier modo; ya había llegado demasiado lejos para echarse atrás. Saldría corriendo bajo la lluvia torrencial. ¿Adónde iría? A cualquier sitio.

Pero en lugar de girar el pomo, su mano se dejó caer, balanceándose como un

péndulo agotado. Luego, a pesar de sus esfuerzos por resistirse, su cuerpo se volvió como si tuviera voluntad propia y se enfrentó al ser situado bajo la arcada que conducía al despacho... mejor dicho, a la pocilga en que se había convertido el despacho.

Había regresado de su refugio, que Dios la ayudara. Había regresado de su refugio, y el demonio oculto dentro del cuerpo de su sobrino autista la había pillado intentando escapar.

Sintió a Tak dentro de su cabeza, controlándola, y aunque todavía era capaz de ver y sentir, ni siquiera podía gritar.

3

Johnny saltó por encima del cuerpo tendido de la amiga pelirroja de Susi Geller. Le zumbaban los oídos: una bala acababa de rozarle la oreja izquierda con un sonido similar a un aullido. Su corazón saltaba como un conejo dentro de su pecho. Corría en dirección a casa de los Carver y se hallaba en tierra de nadie cuando las dos furgonetas abrieron fuego. Era consciente de su suerte. Por un instante se había quedado prácticamente paralizado, como un animal deslumbrado por los faros de un coche. Entonces oyó pasar el proyectil —que según le pareció tenía el mismo tamaño de una losa sepulcral— y corrió como una rayo hacia la puerta abierta de los Carver, agachando la cabeza y sacudiendo los brazos. La vida se había simplificado de una forma asombrosa. Había olvidado a Soderson con su ebria expresión de complicidad, había olvidado su preocupación de que Jackson no se enterara de que su recién fallecida esposa regresaba de la clase de aventura que inspiraba las canciones country, había olvidado a Entragian, a Billingsley, a todos. Sólo pensaba en que iba a morir en tierra de nadie, entre las dos casas, asesinado por una banda de psicópatas que usaban máscaras y ridículos disfraces y brillaban como fantasmas.

Ahora estaba en un vestíbulo oscuro, orgulloso de sí mismo por la simple hazaña de no haberse meado en los pantalones. Oía gritos a su espalda. En la pared había un jurado de figuras de porcelana, colocadas sobre pequeñas repisas... Y los Carver parecían tan normales, pensó. Se cubrió la boca con la mano para reprimir la risa. No era una situación para reírse. Sintió un sabor extraño en la piel. Tenía que ser el sudor, por supuesto, pero por un momento le pareció el sabor de un coño, y se inclinó hacia adelante, creyendo que iba a vomitar. Sin embargo, se dio cuenta de que si lo hacía se desmayaría, y esa idea le ayudó a controlarse. Se quitó la mano de la boca y se sintió mejor. Ya no sentía ganas de reír, lo que probablemente era una buena señal.

—¡Papá! —gritaba Ellen Carver a su espalda. Johnny intentó recordar si alguna

vez (en Vietnam, por ejemplo) había oido salir un grito tan estremecedor y desgarrado de una garganta tan joven, pero no lo consiguió—. ¡Papá!

—Tranquila, cariño. —Era la nueva viuda (a quien David llamaba Bombón), todavía llorosa, pero esforzándose por consolar a su hija.

Johnny cerró los ojos, intentando evadirse de ese modo, pero su cruel memoria le mostró el cuerpo que acababa de saltar. La amiga de Susi Geller, una pequeña muñeca pelirroja, como el amor imposible de Carlitos en las tiras cómicas de los *Peanuts*.

No podía dejarla fuera. Parecía tan muerta como Mary y el pobre Dave, pero había saltado por encima de ella sin apenas mirarla, con el oido zumbando por el ruido de la bala y las pelotas contraídas y duras como un par de huesos de melocotones. Ningún hombre habría podido hacer un diagnóstico certero en una situación semejante.

Abrió los ojos. Una de las figuras de la pared, una niña con un gorro y un cayado de pastor, lo miraba con incitantes ojos de porcelana. Eh, marinero, ¿quieres cardar la lana conmigo? Johnny estaba apoyado con los brazos contra la pared. Otra de las figuras de porcelana había caído de su pequeña repisa y estaba hecha añicos a sus pies. Johnny supuso que la había arrojado al suelo cuando intentaba contener el vómito y quitarse de la cabeza aquel horrible chiste («No sé las otras dos, pero la del medio parece la mujer barbuda»).

Giró la cabeza despacio y miró a la izquierda, oyendo crujir los tendones de su cuello, y vio que la puerta de los Carver seguía abierta. La puerta de rejilla estaba entreabierta, y la mano de la pelirroja, blanca e inmóvil como una estrella de mar en la playa, había quedado atascada en el quicio. Fuera, la lluvia había teñido el aire de gris. Caía con un zumbido constante, como el que produciría la mayor plancha de vapor del mundo. Podía oler el perfume dulzón y húmedo de la hierba, con una ligera nota a humo de cedro. Dio gracias a Dios por el rayo. El incendio atraería a la policía y los bomberos. Pero por el momento...

La niña, la pequeña pelirroja, tan parecida a aquella otra por la que suspiraba Charlie Brown. Johnny había saltado por encima de su cuerpo, poseído por el ciego impulso de salvar su propio pellejo. Su reacción había sido comprensible en el calor del momento, pero no podía dejar las cosas así si quería seguir durmiendo tranquilo por las noches.

Comenzó a andar hacia la puerta, pero alguien lo cogió del brazo. Se volvió y vio la cara seria y asustada de Dave Reed, el mellizo moreno.

—No lo haga —dijo Dave con un murmullo ronco de conspirador. La nuez subía y bajaba por su cuello como un objeto en una ranura—. No lo haga, Marinville. Es probable que sigan ahí fuera, y los incitaría a disparar otra vez.

Johnny miró la mano que le cogía el brazo, y la retiró suave, pero firmemente.

Brad Josephson estaba detrás de Dave, mirándolos. Había rodeado con un brazo la cintura rolliza de su mujer, Belinda, cuyo cuerpo temblaba de arriba abajo... y eso era mucho cuerpo. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, dejando brillantes estelas color café.

—Brad —dijo Johnny—. Lleva a todo el mundo a la cocina. Supongo que es la habitación más apartada de la calle. Diles que se sienten en el suelo, ¿de acuerdo?

Empujó con suavidad al chico de los Reed en esa dirección. Dave caminó hacia la cocina, pero despacio, con apatía. Johnny pensó que parecía un juguete a cuerda con el mecanismo oxidado.

—¿Brad?

—Vale, pero ya ha habido suficientes muertos, así que no dejes que te vuelen la cabeza.

—No te preocupes; la llevo pegada al cuerpo.

—Pues asegúrate de que siga así.

Johnny miró cómo Brad, Belinda y Dave Reed cruzaban el vestíbulo para ir a reunirse con los demás —unas sombras apiñadas en la penumbra— y se volvió una vez más hacia la puerta de rejilla. Notó que en el panel superior había un agujero del tamaño de un puño, con los bordes dentados y retorcidos hacia dentro. Algo más grande de lo que estaba dispuesto a admitir (quizá tan grande como una piedra sepulcral) había pasado por ese agujero y no había alcanzado a sus vecinos por milagro... o eso esperaba. Al menos no oía a ninguno gritar de dolor. Pero, por Dios, ¿a quién demonios disparaban los tipos de la furgoneta? ¿Y a santo de qué?

Se arrodilló y gateó hacia el aire fresco y húmedo que pasaba por la rejilla, hacia el agradable olor a lluvia y hierba. Se acercó cuanto pudo, casi hasta rozar la tela metálica con la nariz, y miró a derecha e izquierda. El lado derecho estaba despejado: podía ver prácticamente hasta la esquina, aunque la calle Bear quedaba oculta tras un manto de lluvia. Allí no había nadie —ni furgonetas, ni alienígenas, ni locos vestidos como refugiados del ejército de Jackson—. Miró hacia su casa, situada justo al lado; recordó que poco antes estaba allí tocando la guitarra, recreándose en sus viejas fantasías románticas: el aventurero Johnny Marinville siempre en pos de nuevos horizontes con sus infatigables botas, buscando las violetas del amanecer. Ahora pensaba en su guitarra con una nostalgia tan grande como absurda.

La vista de la izquierda no era tan esperanzadora. De hecho era horrible. La valla y el coche de Mary no le permitían ver nada cuesta abajo. Cualquiera —un francotirador con uniforme gris de la confederación, por ejemplo— podía estar agazapado allí abajo, en cualquier sitio, esperando otra diana fácil. Y un escritor de segunda, con la cabeza todavía llena de fantasías juveniles, serviría tan bien como el que más. Siempre cabía la posibilidad de que no hubiera nadie, desde luego —sabían que la policía y los bomberos llegarían en cualquier momento y que los superarían en

número—, pero esa posibilidad no bastaba para tranquilizarlo porque nada de lo que estaba sucediendo tenía sentido.

—Oye —dijo, dirigiéndose a la enmarañada melena roja al otro lado de la rejilla—. Eh, ¿me oyes? —Tragó saliva y oyó un ruido en su garganta. Ya no le zumbaba el oído, pero oía un martilleo en lo más profundo de su cabeza. Johnny supo que ese ruido permanecería allí—. Si no puedes hablar, mueve los dedos.

No oyó ningún sonido, y los dedos de la niña no se movieron. No había señales de que respirara. Veía gotas de lluvia deslizándose sobre su pálida piel de pelirroja, entre el tirante de la camiseta y la cinturilla del pantalón, pero eso era lo único que se movía. Sólo la cabellera frondosa y exuberante, dos tonos más oscura que el color naranja, parecía viva. Las gotas de lluvia brillaban sobre ella como perlas.

Sonó otro trueno; esta vez más débil, como si la tormenta se alejara. Cuando se acercaba a la puerta de rejilla, Johnny oyó un estallido más fuerte. Le pareció un disparo de rifle de pequeño calibre y se arrojó al suelo.

—Creo que sólo ha sido una teja —murmuró una voz a su espalda y Johnny gritó, sobresaltado.

Era Brad Josephson, también a gatas en el suelo. El blanco de sus ojos resplandecía en su cara morena.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Johnny.

—Es que los blancos sois muy juerguistas. Alguien tiene que asegurarse de que no os divirtáis demasiado. Es malo para el corazón.

—Creí que ibas a llevar a los demás a la cocina.

—Y allí están —respondió Brad—. Sentados en fila en el suelo. Cammie Reed intentó llamar por teléfono, pero no hay línea, igual que en tu casa. Puede que haya sido la tormenta.

—Puede que sí.

Brad miró la melena roja sobre el zaguán de los Carver.

—Está muerta, ¿verdad?

—No lo sé; eso creo, pero... voy a abrir la puerta de rejilla para asegurarme. ¿Alguna objeción? —Esperaba que Brad dijera que sí, que tenía un montón de objeciones, pero el negro se limitó a negar con la cabeza—. Será mejor que permanezcas agachado mientras lo hago —dijo Johnny—. La costa está despejada a la derecha, pero a la izquierda no puedo ver nada más allá del coche de Mary.

—No te preocupes. Me quedaré más pegado al suelo que una culebra en una prensa de troquelar.

—Espero que nunca se te ocurra asistir a uno de mis talleres literarios —dijo Johnny—. Y ten cuidado con esa figura de porcelana rota. No te vayas a cortar una mano.

—Vamos, Johnny. Si vas a hacerlo, hazlo de una vez.

Johnny tiró de la puerta de rejilla. Vaciló un instante, como si no supiera qué hacer a continuación, luego cogió la mano blanca y fría de la chica y le tomó el pulso. Primero no sintió nada, pero luego...

—¡Creo que está viva! —murmuró con la voz cargada de entusiasmo—. Me parece que tiene pulso.

Olvidando que todavía podía haber gente armada acechando bajo la lluvia, Johnny abrió del todo la puerta de rejilla, cogió a la pelirroja de los pelos y le levantó la cabeza. Brad se había acercado a la puerta; Johnny oyó su respiración agitada, y olió una mezcla de sudor y loción para después de afeitarse.

Levantó la cara de la chica, pero no... no fue exactamente así, porque la chica ya no tenía cara. Sólo vio una masa de carne sanguinolenta y un agujero negro donde había estado la boca. Debajo había una tendalera blanca que al principio confundió con arroz. Luego comprendió que eran los dientes de la niña, o lo que quedaba de ellos. Los dos hombres gritaron al unísono, en perfecta armonía, y el grito de Brad se clavó como una lanza en el oído de Johnny. El dolor le atravesó las entrañas.

—¿Qué pasa? —gritó Cammie Reed desde la puerta basculante que conducía a la cocina—. ¡Dios mío! ¿Qué pasa ahora?

—Nada —dijeron los dos hombres, otra vez al unísono, y cambiaron una mirada. La cara de Brad Josephson había adquirido un peculiar color ceniza.

—¡Quédate allí! —dijo Johnny. Habría querido gritar más alto, pero su voz no le respondía—. ¡Quédate en la cocina!

Cayó en la cuenta de que todavía tenía el pelo de la niña muerta en la mano. Era crespo, como una esponja de lavar platos.

Pero no, pensó con frialdad. No era una esponja sino un cuero cabelludo, un cuero cabelludo humano.

Hizo una mueca de asco y abrió la mano. La cara de la chica cayó sobre el suelo de cemento con un chasquido húmedo que Johnny hubiera preferido no oír. Junto a él, Brad gimió, cubriéndose la boca con la parte interior del antebrazo para sofocar el ruido.

Johnny retiró la mano, y al tiempo que la puerta de rejilla se cerraba, creyó ver un movimiento al otro lado de la calle, en casa de los Wyler. Una figura se movía en la sala, detrás de la ventana. Sin embargo, no podía preocuparse por la gente que vivía allí. En aquellos momentos estaba demasiado nervioso para preocuparse por nadie, incluso por sí mismo. Lo que quería —al parecer, lo único que quería— era oír las sirenas de los coches de la policía y los bomberos.

Pero lo único que oía eran truenos, el crepitar del fuego en la casa de los Hobart, y el tamborilleo de la lluvia.

—Déja... —empezó Brad, pero se interrumpió y emitió un sonido extraño, como si hiciera una arcada y tragara saliva al mismo tiempo. El espasmo pasó y lo intentó

otra vez—: Déjala.

Sí. ¿Qué otra cosa podía hacer, al menos de momento?

Comenzaron a retroceder a gatas por el vestíbulo. Al principio, Johnny avanzaba de espaldas y luego se giró, arrastrando los trozos de la figura de porcelana con sus mocasines. Brad ya había atravesado la puerta del comedor y se acercaba a la cocina, donde lo esperaba su mujer, también de rodillas. El enorme trasero de Brad se balanceaba de una forma que Johnny habría encontrado graciosa en otras circunstancias.

Algo le llamó la atención y se detuvo. Había una pequeña mesa auxiliar en la entrada del comedor, donde David Carver no volvería trinchar un pavo de Acción de Gracias ni un pato de Navidad. Sobre esta pequeña mesa reposaba —¡ja, sorpresa!— otra docena de figurillas de porcelana. La mesa no estaba equilibrada sobre las patas, sino inclinada contra la pared, a la derecha de la puerta, como un borracho dormitando contra una farola. Le habían arrancado una pata. Casi todos los granjeros, pastoras y lecheras de porcelana habían caído de espaldas o boca abajo, y había más fragmentos de porcelana debajo de la mesa, donde una o más de las figurillas se habían hecho añicos. Entre los trozos pintados había algo más, algo negro. En la penumbra, Johnny lo confundió con el cadáver de un bicho enorme, pero cuando se acercó cambió de idea.

Miró por encima del hombro el agujero del tamaño de un puño en el panel superior de la puerta de rejilla. Si lo había hecho un proyectil en la recta final de un trayecto descendente... Imaginó el curso que habría podido seguir ese proyectil hipotético y vio que, sí, podría haber arrancado la pata de la mesa, inclinándola en aquella precaria postura de ebria sorpresa. Y luego, ya sin fuerza, ¿se había detenido?

Johnny metió la mano entre los trozos de porcelana con cuidado de no cortarse (le temblaba la mano, y por mucho que se concentrara, no conseguía detenerla), y levantó el objeto negro.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Brad, gateando hacia Johnny.

—¡Vuelve aquí, Brad! —murmuró Belinda furiosa.

—Calla —dijo Brad—. ¿Qué has encontrado, John?

—No lo sé —contestó levantando el objeto. Creía saberlo, de hecho lo había sabido desde el momento en que había llegado a la conclusión de que no eran los restos de un extraño escarabajo de verano. Pero no se parecía a ningún proyectil que hubiera visto antes. No era el mismo que había acabado con la pelirroja, pues en tal caso tendría la punta plana y estaría deformado. Y esa cosa no parecía tener ni un rasguño, a pesar de que había sido disparado, había atravesado un panel de la puerta de rejilla y arrancado la pata de la mesa.

—Déjamelo ver —dijo Brad. Su mujer se había acercado a él y miraba por encima de su hombro.

Johnny dejó caer el proyectil en la palma pálida de Brad. Era un cono negro, de unos quince centímetros de largo, con una punta lo bastante filosa para desgarrar la carne, y la base circular. La parte más ancha tendría unos cuatro centímetros de diámetro. Estaba hecho de metal sólido y no parecía tener ninguna marca. No había círculos concéntricos estampados en la base, ninguna señal de haber sido disparado (ni una muesca brillante producida por el percutor del arma que lo había lanzado), ni nombre del fabricante, ni número de calibre.

Brad levantó la vista.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó, tan asombrado como Johnny.

—Dámelo —pidió Belinda en voz baja—. Mi padre solía llevarme a las prácticas de tiro y yo le ayudaba a recargar.

Brad le entregó el proyectil. Belinda giró el cono metálico entre los dedos y luego lo levantó para examinarlo mejor. Fuera se oyó un trueno, el más fuerte en los últimos minutos, y todos se sobresaltaron.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Belinda a Johnny. Éste señaló los trozos de porcelana desperdigados debajo de la mesita—. ¿De veras? —añadió con escepticismo—. ¿Cómo es que no atravesó la pared?

Johnny pensó que aquella era una buena pregunta. El proyectil sólo había atravesado una puerta de rejilla y arrancado la pata de una mesa frágil, ¿por qué no había atravesado la pared, dejando un agujero a su paso?

—Nunca he visto nada parecido en mi vida —dijo Belinda—. Claro que no he visto muchos proyectiles, pero puedo asegurarte que éste no ha salido de una pistola, un rifle o una escopeta.

—Sin embargo, esos tipos llevaban escopetas —observó Johnny—. Escopetas de doble cañón. ¿Estás segura de que no podría...?

—Ni siquiera entiendo cómo lo dispararon. Le falta la cápsula fulminante de la base. Y es tan tosca, como la idea que puede tener un niño de una bala.

De repente se abrió la puerta basculante que separaba el pasillo del comedor, golpeándose contra la pared y sobresaltándolos aún más que el trueno de hacía un momento. Era Susi Geller.

Su cara tenía una palidez pavorosa, y Johnny pensó que no aparentaba más de once años.

—Hay alguien gritando en la casa de al lado, en casa de Billingsley —dijo—. Parece una mujer, pero es difícil asegurarlo. Ha asustado a los niños.

—Muy bien, cariño —dijo Belinda con absoluta serenidad y Johnny admiró su temple—. Ahora vuelve a la cocina; nosotros te seguiremos dentro de un minuto.

—¿Dónde está Debbie? —preguntó Susi. Por suerte, el voluminoso cuerpo de Josephson le ocultaba la vista del zaguán—. ¿Ha ido a la casa de al lado? Me pareció que venía detrás de mí. —Hizo una pausa—. No será ella la que grita, ¿verdad?

—No, estoy seguro de que no es ella —dijo Johnny y una vez más tuvo que contenerse para no reír—. Ahora vete, Susi.

La joven volvió a la cocina, dejando que la puerta se cerrara tras ella. Johnny, Belinda y Brad se miraron con expresión cómplice. Nadie dijo nada. Luego Belinda devolvió el tosco cono negro a Johnny, se arrastró hasta la puerta de la cocina y la empujó. Brad la siguió gateando. Johnny observó el proyectil otro instante, pensando en lo que había dicho la mujer, que parecía la idea que podría tener un niño de una bala. Tenía razón. Había visitado muchas clases de parvulario promocionando las aventuras del gatito *Pat* y había tenido ocasión de ver innumerables dibujos —grandes mamás y papás sonrientes debajo de soles amarillos pintados con lápices de cera, curiosos paisajes verdes rodeados de toscos árboles marrones— y el objeto que tenía en la mano parecía escapado de uno de esos dibujos, entero e intacto, convertido en realidad por algún extraño sortilegio.

«Bebé chuleta, bebé probeta», dijo la voz de un niño en su mente. Pero cuando intentó perseguir a aquella voz, deseoso de preguntarle si sabía algo o simplemente hablaba sin ton ni son, desapareció.

Johnny se metió la bala en un bolsillo del pantalón, junto con las llaves del coche, y siguió a los Josephson.

4

Steven Jay Ames, una especie de concursante descalificado en la Gran Carrera de Obstáculos Americana, tenía un lema y su lema era

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Había sacado las notas más bajas en su primer trimestre en el Instituto Tecnológico de Massachusetts —eso a pesar de haber superado las pruebas de aptitud en algún lugar de la estratosfera—, pero

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Se había pasado de ingeniería electrónica a ingeniería a secas, y cuando comprobó que a pesar de todo sus notas apenas superaban el aprobado, había hecho las maletas y se había matriculado en la Universidad de Boston, decidido a cambiar las estériles salas de la ciencia por los verdes campos de la literatura inglesa: Coleridge, Keats, Hardy, algo de T. S. Elliot. Yo debería haber sido un par de afiladas

garras recorriendo los suelos del universo; daremos la vuelta a la higuera de tuna; la angustia del siglo xx, tío. En la Universidad de Boston le fue bien durante un tiempo, aunque luego suspendió el tercer año, víctima de su obsesiva pasión por el bridge, el vino y las drogas. Pero

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Había pasado por Cambridge, holgazaneando, tocando la guitarra y ligando. No era un buen guitarrista, se le daba mejor ligar, pero

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Había cogido su guitarra y había hecho autostop hasta Nueva York.

En los años siguientes, había clavado sus afiladas garras en empleos de vendedor, había dado una vuelta a la higuera de tuna como pinchadiscos en una efímera emisora de heavy-metal en Fiskill, Nueva York, y una segunda vuelta como técnico de otra emisora, había trabajado como promotor de un grupo de rock (seis funciones estupendas seguidas de una horrorosa huida a medianoche de Providence, donde había dejado debiendo sesenta mil pavos a unos tipos duros, pero

NO HAY PROBLEMA, TÍO),

había leído las manos de los paseantes en las ramblas de Willwood, Nueva Jersey, y por fin se había convertido en un técnico en guitarras. Por lo visto, eso era lo suyo, pues pronto empezaron a llamarlo del norte de Nueva York y el este de Pensilvania. Le gustaba afinar y reparar guitarras; era un trabajo pacífico. Además, se le daba mucho mejor repararlas que tocarlas. Durante este período incluso había dejado de fumar hierba y de jugar al bridge, lo que le había simplificado aún más las cosas.

Dos años antes, cuando vivía en Albany, se había hecho amigo de Deke Ableson, el propietario del club Smile, un sitio donde uno podía hartarse de blues cualquier noche de la semana. Steve había llegado al club a trabajar como técnico, pero luego había ascendido cuando el tipo del teclado tuvo un amago de infarto. Al principio, eso sí había sido un problema, quizás el primero en la vida adulta de Steve, pero por alguna razón había continuado tocando a pesar de su miedo a fallar y acabar linchado por una pandilla de motoristas borrachos. En parte fue por Deke, que era muy distinto de los propietarios de los clubes que había conocido hasta entonces: no era un ladrón ni un chulo, y tampoco uno de esos tipos que pretenden demostrar su propia valía amedrentando a los demás y haciéndoles la vida imposible. Además, era un auténtico

forofo del rock, mientras que los demás empresarios que había conocido Steve lo detestaban, y cuando estaban solos en el coche, ponían a Yanni o a Zanfir and his Pan Flute. Deke era la clase de tipo que le gustaba a Steve, un

TIPO SIN PROBLEMAS.

Su mujer también era legal; tranquila, dulce, con ojos soñolientos, sentido del humor, hermosas tetas y, según le parecía a Steve, sin un pelo de adultera en la cabeza. Lo mejor es que Sandy también era una adicta al bridge en vías de recuperación, y los dos mantenían profundas conversaciones sobre la incontrolable necesidad de sobrelicitar una mano, sobre todo cuando jugaban por dinero.

En mayo de aquel año Deke había comprado un club muy grande —una especie de «casa del blues»— en San Francisco, y tres semanas antes, él y Sandy se habían marchado para siempre de la costa Este. Deke le había prometido un buen trabajo a Steve a cambio de que éste empacara todos los bártulos de la pareja (en su mayor parte, álbumes de música, más de dos mil; anacronismos como Hot Tuna y Quicksilver Messenger Service y Canned Heat) y se los llevara en un camión de alquiler.

NO HAY PROBLEMA, DEKE,

había respondido Steve. Hacía siete años que no iba a la costa Oeste y pensó que el cambio le vendría bien. Que le ayudaría a recargar las pilas.

Había tardado más tiempo del que esperaba en empacar sus propios bártulos en Albany, alquilar el camión, cargarlo y salir. Había recibido varias llamadas de Deke, y en la última sonaba casi desconfiado. Cuando Steve le había mencionado este hecho, Deke había respondido que eso era lo que le pasaba a uno después de tres semanas durmiendo en sacos de dormir y usando las mismas camisetas, ¿pensaba ir allí, o no? Tranquilízate, muchacho, claro que voy, claro que voy, había respondido Steve.

Y lo había hecho. Había salido tres días atrás. Al principio todo iba bien, pero aquella tarde se le había reventado una tubería, había cogido la salida a Wentworth en busca de una gasolinera y entonces —guau, tío— había oído un estallido debajo del capó y todos los chivatos del panel de mandos empezaron a dar malas noticias. Esperaba que sólo fuera una junta, pero había sonado como un pistón. Fuera lo que fuese, el camión Ryder, que se había comportado como la Bella desde que saliera de Nueva York, ahora se había convertido en la Bestia. Sin embargo,

NO HAY PROBLEMA, TÍO;

busca al señor Repáralotodo y deja que él solucione el problema.

Pero Steve se había equivocado de cruce, y en lugar de dirigirse al centro se había metido en un barrio de las afueras, un sitio donde había pocas posibilidades de encontrar al señor Repáralotodo en horas de trabajo. A esas alturas, controlaba al camión como si se tratara de un niño enfermo: salía vapor del radiador, la presión del aceite bajaba, la temperatura subía y el respirador despedía un desagradable olor a frito... pero

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Bueno... quizá sólo

UN PEQUEÑO PROBLEMA

para los técnicos de Ryder, pero Steve confiaba en que pudieran soportarlo. Entonces había visto —oh, genial, chico— una pequeña tienda azul de barrio con un cartel de teléfono público en la puerta... Y el número para llamar en caso de avería estaba ahí mismo, en el visor solar del lado del conductor. Como siempre,

NINGÚN PROBLEMA, TÍO.

Sin embargo, ahora tenía un problema, un problema que hacía que aprender a tocar el teclado en el club Smile pareciera una ridícula nimiedad.

Estaba en una casa pequeña que olía a tabaco de pipa, estaba en el salón, rodeado de fotografías enmarcadas de animales —unos bichos muy especiales, a juzgar por las leyendas al pie—, un salón donde el único mueble que parecía en uso era el grande e informe sillón situado delante del televisor, y acababa de usar el pañuelo de la cabeza para hacerse un torniquete en la pierna, encima de una herida de bala, superficial pero auténtica herida de bala, y la gente gritaba de miedo, y la mujer esquelética de la camiseta sin mangas también estaba herida (aunque la suya no era una herida superficial), y fuera había gente muerta, y si eso no era un problema, Steve supuso que la palabra «problema» no tenía ningún significado.

Alguien le cogió el brazo por encima de la muñeca y le hizo daño. En realidad, más que cogerlo lo estaban pellizcando. Miró hacia abajo y vio a la chica de la bata azul y el pelo ridículo.

—No me deje sola —dijo con voz desgarrada—. Esa mujer necesita ayuda o morirá, así que no me deje sola.

—No hay problema, nena —dijo, y oír esas palabras (o más bien comprobar que

todavía podía articular palabra) lo hizo sentirse un poco mejor.

—No me llame nena y yo no le llamaré macho —dijo la chica con voz firme.

Steve soltó una carcajada. La risa sonó extraña en aquella habitación, pero no le importaba. A la chica tampoco pareció importarle, y lo miraba con un esbozo de sonrisa.

—Vale, yo no la llamaré nena, usted no me llamará macho y ninguno de los dos dejará solo al otro. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Qué hay de su pierna?

—Está bien. Parece más un rasponazo que una herida de bala.

—Ha tenido suerte.

—Sí. Si tengo ocasión la desinfectaré, pero comparada con la herida de esa mujer...

—¡Gary! —gritó el objeto de comparación. Steve vio que el brazo apenas permanecía unido al resto del cuerpo; parecía colgar de un fino tirante de carne. Su marido, también esquelético (pero con una barriga incipiente) daba vueltas alrededor con una mezcla de pánico e impotencia. A Steve le recordaba a un nativo de la selva bailando una danza ritual en torno a un ídolo de piedra—. ¡Gary! —volvió a gritar la mujer. La sangre manaba del hombro mutilado, dando a la blusa rosa un sucio tono naranja. Su cara, blanca como un papel, estaba empapada de sudor, y el pelo se pegaba a la curva del cráneo en mechones untuosos—. Gary, deja de actuar como un perro que busca un sitio donde mear y ayúdame...

Se reclinó contra la pared que separaba el salón de la cocina, intentando recuperar el aliento. Steve supuso que iba a desmayarse, pero no fue así. En su lugar, se cogió la muñeca izquierda con la mano derecha y levantó el brazo herido con cuidado en la dirección a Cynthia y Steve. El cartílago sanguinolento que aún mantenía unido el brazo al cuerpo hizo un ruido húmedo, como cuando uno estruja una rejilla de cocina, y Steve hubiera querido decirle que dejara de jugar o se arrancaría el maldito brazo como si fuera un ala de pollo.

Entonces Gary empezó a bailar su danza alrededor de Steve, arriba y abajo como un muñeco sobre una varilla de madera, y su semblante pálido se cubrió de manchas rojas de excitación. Dame más bajos en el sintetizador, pensó Steve.

—¡Ayúdenla! ¡Ayuden a mi esposa! ¡Se está desangrando!

—No puedo... —empezó Steve.

Gary extendió un brazo y cogió la camiseta de Steve, estampada con la siguiente inscripción: «Cuando no haya más sitio en el infierno, los muertos caminarán sobre la tierra». Gary pegó su cara febril y delgada a la de Steve. Sus ojos brillaban por los efectos del miedo y la ginebra.

—¿Usted está con ellos? ¿Es uno de ellos?

—No...

—¿Ha venido con los pistoleros? ¡Dígame la verdad!

Steve, más furioso de lo que habría creído posible (la furia no era lo suyo), apartó las manos del otro hombre de su vieja y querida camiseta y le dio un empujón. Gary se tambaleó hacia atrás; abrió los ojos como platos y luego volvió a entornarlos.

—Muy bien —dijo—. Muy bien. Usted se lo ha buscado. —Y dio un paso al frente.

Cynthia se interpuso entre los dos, miró un segundo a Steve (quizá para asegurarse de que no se proponía atacar) y luego se volvió furiosa hacia Gary.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó.

—Este tipo no es del barrio —dijo con una sonrisa tensa.

—¡Caray! ¡Yo tampoco! Soy de Bakersfield, California. ¿Acaso eso me convierte en asesina?

—¡Gary! —Sonó como el aullido de un perro que ha recorrido un largo camino de tierra y ya no puede ladrar—. ¡Déjate de puñetas y ayúdame! Mi brazo... —Seguía sosteniendo el brazo extendido.

Muy a su pesar Steve pensó en el carnicero de su barrio de la infancia. Un tipo de bata blanca, gorro blanco y delantal salpicado de sangre, mostrándole un trozo de asado a su madre. Sírvalo poco hecho, con un poco de jalea de menta, señora Ames, y su familia no querrá comer pollo nunca más, señora Ames. Se lo garantizo.

—¡Gary!

El flacucho con aliento a ginebra dio un paso hacia ella, y luego se volvió hacia Steve y Cynthia una vez más. La sonrisa tensa y arrogante había desaparecido de su rostro y parecía a punto de vomitar.

—No sé qué hacer —dijo.

—Gary, maldita rata asquerosa —masculló Marielle, desesperada—. Eres un zoquete.

Su cara estaba cada vez más blanca; de hecho ya había adquirido el tono más claro de la legendaria gama de la palidez. Tenía manchas marrones debajo de los ojos, unas ojeras que parecían extenderse como alas, y su zapatilla izquierda ya no era blanca sino completamente roja.

Si no la ayudan, va a morir, pensó Steve, y esa idea lo llenó de asombro, además de hacerlo sentirse estúpido. Se refería a ayuda profesional, por supuesto, a tipos con batas blancas que decían cosas como «necesito diez centímetros cúbicos de epinefrina». Pero allí no había tipos como éhos, ni parecían estar de camino. Aún no oía ninguna sirena, sólo el ruido de los truenos retirándose hacia el este.

En la pared de la izquierda había una fotografía enmarcada de un pequeño perro marrón de mirada inteligente. Debajo, en la cartulina, se leía con letras de imprenta: DAISY, GALÉS DE PEMBROKE, 9 AÑOS. PODÍA CONTAR. DEMOSTRÓ CAPACIDAD PARA REALIZAR SUMAS SENCILLAS. A la izquierda de *Daisy*, en un cuadro salpicado con la sangre de la

mujer delgada, había un collie que parecía sonreír para la cámara. Debajo de éste, se leía: CHARLOTTE, COLLIE, 6 AÑOS. PODÍA IDENTIFICAR A LOS SERES HUMANOS QUE CONOCÍA POR FOTOGRAFÍAS.

A la izquierda de *Charlotte* había una foto de un loro que fumaba un Camel.

—Nada de esto está ocurriendo —dijo Steve con tono despreocupado, casi jovial. No sabía si hablaba con Cynthia o consigo mismo—. Creo que estoy en el hospital. He tenido un accidente con el camión. Es como *Alicia en el país de las maravillas*, sólo que en una versión más dura.

Cynthia abrió la boca para contestar y entonces el viejo, aquel que presuntamente había observado a *Daisy*, la perra galesa de Pembroke, sumar seis más dos y obtener un resultado de ocho,

ABSOLUTAMENTE NINGÚN PROBLEMA PARA DAISY,

entró en la habitación con un maletín negro. El poli (Steve se preguntó si realmente se llamaría Collie o aquello era una fantasía inspirada por las fotos de las paredes) entró detrás de él, quitándose el cinturón. En último lugar, con aspecto aturdido, desorientado, venía Peter Comosellame, el marido de la mujer que estaba muerta en la calle.

—¡Ayúdenla! —gritó Gary, olvidándose de Steve y la teoría de la conspiración, al menos de momento—. Ayúdela, Doc. Se está desangrando como un cerdo.

—Ya sabe que no soy médico, Gary, ¿verdad? Sólo un viejo veterinario...

—No me llames cerdo —interrumpió Marielle. Su voz era casi inaudible, pero sus ojos, fijos en su marido, brillaban con maléfica vida. Intentó enderezarse, no pudo, y en su lugar se deslizó hacia abajo contra la pared—. No... me llames así.

El viejo veterinario se giró hacia el poli, que estaba en el umbral de la puerta de la cocina, con el torso desnudo y el cinturón extendido entre los puños. Parecía el vigilante de un club sado donde Steve había reparado el teclado de un grupo llamado Agujeros Negros.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó el poli con el torso desnudo. Él también estaba bastante pálido, pero a Steve le pareció dispuesto a ayudar, al menos de momento.

Billingsley asintió y apoyó el maletín negro en el sillón que había enfrente del televisor. Lo abrió y comenzó a buscar algo.

—Y dése prisa. Cuanta más sangre pierda, menos probabilidades tendrá. —Alzó la vista. Tenía un ovillo de hilo para suturas en una mano y un par de tijeras quirúrgicas en la otra—. No crea que a mí me gusta este asunto. El último paciente que atendí en una situación similar fue un pony a quien dispararon en la pata después de confundirlo con un ciervo. Póngalo tan arriba como pueda, tire en dirección al

pecho y apriete fuerte.

—¿Dónde está Mary? —preguntó Peter—. ¿Dónde está Mary? ¿Dónde está Mary? —Cada vez que repetía la pregunta, su voz se volvía más suplicante. De hecho, la tercera repetición, sonó como un chillido en falsete. De repente, se cogió la cara entre las manos y se apartó de todos los demás, apoyándose en la pared entre *Barón*, un labrador que podía leer su nombre en letras mayúsculas, y *Carasucia*, una cabra de aspecto cansino que al parecer era capaz de tocar varias melodías con una armónica. Steve pensó que si alguna vez oía a una cabra tocar *The Yellow Rose of Texas* en un teclado, se suicidaría.

Mientras tanto, Marielle Soderson miraba a Billingsley con la fijeza con que un vampiro miraría a un tipo que se ha hecho una herida al afeitarse.

—Duele —gimió—. Déme algo para el dolor.

—Sí —respondió Billingsley—, pero primero haremos el torniquete.

Le hizo una señal impaciente al policía, y éste dio un paso al frente. Había pasado el extremo del cinturón por la hebilla, haciendo un lazo. Extendió los brazos hacia la mujer delgada, cuyo cabello rubio había oscurecido al menos dos tonos con el sudor, y ella lo cogió con el brazo sano, tirando de él con sorprendente fuerza. El poli, pillado por sorpresa, retrocedió dos pasos, chocó contra el brazo del sillón y cayó sentado. Parecía un cómico que acababa de caer de culo en una película.

La mujer esquelética no volvió a mirarlo. Tenía la vista fija en el maletín negro del viejo.

—¡Ahora! —gritó, y esta vez su voz sonó como un auténtico ladrido—. ¡Déme algo *ahora*, viejo asqueroso! ¡El dolor me está matando!

El poli se levantó del sillón y miró a Steve. Éste captó el mensaje, asintió y comenzó a acercarse a la mujer llamada Marielle, encerrándola por la derecha. Ten cuidado, se dijo, está histérica y podría Arañarte, morderte o sabe Dios qué cosas, así que ten cuidado.

Marielle se separó con esfuerzo de la pared, se tambaleó, se enderezó y avanzó hacia el viejo. Otra vez sostenía el brazo extendido hacia adelante, como si fuera la prueba A en un juicio. Billingsley dio un paso atrás, mirando con nerviosismo al poli con el torso desnudo y a Steve.

—¡Déme un calmante, cabrón! —gritó con su voz de perro agotado—. ¡Démelo o le retorceré el cuello hasta que se cague encima! Le...

El poli hizo otra señal a Steve y saltó hacia la izquierda. Steve avanzó con él y rodeó el cuello de la mujer con un brazo. No pretendía estrangularla, pero le daba miedo ponerse a su espalda, ya que podría coger el hombro herido por error y hacerle más daño.

—¡Quieta! —gritó. No hubiera querido gritar, pero salió así. Al mismo tiempo, el policía pasó el lazo del cinturón por la mano izquierda y lo subió hasta el hombro.

—¡Sosténgala, amigo! —gritó Collie—. Sosténgala con fuerza.

Steve lo hizo durante un par de segundos, pero luego le entró en el ojo una gota de sudor, caliente y urticante, y relajó ligeramente el brazo en el preciso momento en que Collie Entragian apretaba el torniquete. Marielle se giró violentamente hacia la derecha, con los ojos llenos de odio todavía fijos en el viejo veterinario, y el brazo cayó en las manos del policía. Steve vio su reloj de pulsera, un Indigo con el minutero parado entre las cuatro y las cinco. El cinturón permaneció colgado de su hombro unos segundos y luego cayó al suelo; un simple lazo sin nada dentro. La dependienta gritó, mirando el brazo con ojos desorbitados. El poli también lo miró boquiabierto.

—¡Póngalo en hielo! —gritó Gary—. ¡Póngalo en hielo de inmediato! De repente, pareció caer en la cuenta de lo que pasaba, como si acabara de comprender qué tenía el policía en las manos. Abrió la boca, torció la cabeza de una forma extraña, y vomitó sobre la foto del loro que fumaba un cigarrillo.

Marielle no se enteró de nada. Caminó hacia el aterrorizado veterinario con el brazo que le quedaba extendido.

—¡Quiero una inyección y la quiero ahora! ¿Me ha oído, viejo de mierda? Quiero una maldita inye....

Cayó de rodillas con la cabeza gacha, colgando. Luego levantó la barbilla con un esfuerzo sobrehumano y por un instante sus ojos de lince se encontraron con los de Steve.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó con voz clara, perfectamente comprensible, antes de caer desmayada boca abajo. Su cabeza aterrizó a escasos centímetros de los talones de Peter, el hombre que había perdido a su esposa. Jackson, recordó Steve de repente, ése era su apellido. Peter Jackson seguía apoyado contra la pared, con las manos en la cara. Si da un paso atrás, le pisará la cabeza, pensó Steve.

—¡Mierda! —dijo el policía en voz baja, asombrado. Entonces miró hacia abajo y vio que aún tenía el brazo de la mujer en la mano. Se dirigió a la cocina con el brazo extendido delante de su cuerpo. El tamborileo de la lluvia sonaba muy fuerte en los oídos de Steve.

—Vamos —dijo el viejo, recuperando la compostura—. Todavía no hemos acabado. Pásele el cinturón por el hombro y apriete tirando hacia el pecho. ¿Puede hacerlo?

—Supongo que sí —dijo Steve, pero se sintió inmensamente aliviado cuando vio que la dependienta de la tienda cogía el cinturón y se arrodillaba junto a la mujer inconsciente.

De *El pasillo de la fuerza*, episodio 55 de *MotoKops 2200*, guión original para televisión de Allen Smithee:

ACTO 2

FUNDIDO:

INT. CENTRO DE CRISIS.
CUARTEL GENERAL DE LOS MOTOKOPS

La habitación está dominada, como siempre, por la enorme Pantalla. Delante de ella, sobre un cojinete flotante está el CORONEL HENRY, con aire preocupado. Sentados en la Mesa de Crisis, que tiene forma de herradura, están el resto de la escuadrilla de los MotoKops: CAZASERPIENTES, BOUNTY, EL COMANDANTE PIKE, ROOTY Y CASSIE.

En la pantalla, una vista panorámica del espacio. A lo lejos se divisa la tierra, que a esta distancia parece una moneda verde azulada. Todo está tranquilo.

CAZASERPIENTES (*con su habitual tono burlón*):
¿Dónde está el problema? No veo nada que parezca... ¿Qué...?

De repente, el PASILLO DE LA FUERZA aparece en la pantalla, prácticamente llenándola y tapando las estrellas a ambos lados. Es como ver la llegada de la nave de Darth Vader al principio de la primera película de *La guerra de las galaxias*, en una palabra, ¡imponente!

El pasillo está formado por dos largas planchas metálicas de las que sobresalen a intervalos regulares grandes protuberancias en forma de cubo. Se oye un ZUMBIDO SINIESTRO y un FUEGO AZUL crepita de lado a lado, entre los cubos.

CASSIE STYLES contiene el aliento y mira la pantalla con desolación. El CORONEL HENRY aprieta un botón en la mesa de control y la imagen se CONGELA. Todavía podemos ver la tierra, pero con el pasillo a cada lado, parece atrapada en una RED ELÉCTRICA potencialmente letal.

CORONEL HENRY
(a *Cazaserpientes*): ¡Ése es el problema! ¡El Pasillo de la Fuerza, una fuerza creada por un pueblo alienígena desaparecido tiempo atrás! ¡Un arma destructiva que avanza directamente hacia la tierra!

CASSIE (*desolada*):
¡Oh, cielos!

CORONEL HENRY:
Relájate, Cassie. Todavía está a más de 150.000 años luz. Estás viendo una fotografía superpuesta.

COMANDANTE PIKE:
Sí, pero ¿a qué velocidad avanza?

CORONEL HENRY:
Ése es el problema. Digamos que si no resolvemos esta crisis en las próximas setenta y dos horas, tendréis que cancelar vuestros planes para el fin de semana.

ROOTY:
¡Root-root-root-root!

CAZASERPIENTES:
¡Calla, Rooty! (*al coronel Henry*)
¿Cuál es el plan?

EL CORONEL HENRY
eleva el cojinete flotante para poder señalar con el puntero luminoso un par de protuberancias en los bordes interiores del pasillo.

CORONEL HENRY:
Según la telemetría, el Pasillo

de la Fuerza tiene más de 300.000 kilómetros de largo y 75.000 de ancho. Es un corredor de la muerte, donde nadie puede sobrevivir, ¡pero podría tener un punto débil! Yo creo que estas formas cuadrangulares son generadores de potencia. Si pudiéramos destruirlas...

BOUNTY:

¿Está pensando en un ataque con los Supercarros, jefe?

La cámara enfoca la cara sombría del CORONEL HENRY.

CORONEL HENRY:

Es la única posibilidad para la tierra.

INT. MESA DE CRISIS, CON LOS MOTOKOPS

CAZASERPIENTES:

¿Un asalto intergaláctico con los Supercarros? Podría ser un viaje rápido a la Colina de la Muerte en el cielo.

ROOTY:

¡Root-root-root-root-root!

TODOS:

¡Cierra el pico, Rooty!

INT. UN PASILLO DEL CENTRO DE CRISIS

EL CORONEL HENRY y CASSIE STYLES están delante, los demás MotoKops detrás. ROOTY, como siempre, los sigue con pasos torpes.

CORONEL HENRY:
Estás preocupada, pequeña.

CASSIE:
¡Claro que estoy preocupada!
Cazaserpientes tiene razón. Los Supercarros no han sido diseñados para un asalto intergaláctico.

CORONEL HENRY:
Pero eso no es lo único que te preocupa.

CASSIE:
A veces detesto tus poderes telepáticos, Hank.

CORONEL HENRY:
Venga... dilo.

CASSIE:
Me preocupan esas formas cuadrangulares del Pasillo de la Fuerza. ¿Y si no son generadores de potencia?

CORONEL HENRY:
¿Qué otra cosa pueden ser?

Han llegado a la puerta deslizante de la Cochera de los Supercarros. El CORONEL HENRY da una palmada sobre la cerradura de reconocimiento táctil y la puerta se eleva.

CASSIE:
No sé, pero...

INT. COCHERA DE LOS SUPERCARROS,
CON LOS MOTOKOPS

CASSIE está asustada, con la boca y los ojos muy abiertos. El CORONEL HENRY, con aspecto sombrío, le pasa un brazo por los hombros. Los demás miembros de la escuadrilla los rodean.

ROOTY:
!Root-root-root-root!

CAZASERPIENTES:
Sí, Rooty. Tienes toda la razón.

Mira con amargura a:

INT. EL GARAJE DE LOS SUPERCARROS,
CON LOS MOTOKOPS

En medio de los Supercarros aparcados, entre la Flecha Rastreadora de CAZASERPIENTES y el Rooty-toot de laterales plateados, un funesto visitante -el Carro de la Muerte- flota mientras emite UN SUAVE ZUMBIDO.

INT. CONTINÚA CUADRILLA DE LOS MOTOKOPS

CORONEL HENRY:

¡MotoKops, preparaos para la batalla!

CAZASERPIENTES (*que ya ha desenfundado la pistola de impacto*): Cuando usted diga, jefe.

Los demás se acercan.

INT. OTRA VEZ CARRO DE LA MUERTE

La Torreta de la Muerte se abre, revelando a SINROSTRO, tan siniestro como siempre con su uniforme negro. A su espalda, sentada ante los mandos del vehículo con su habitual expresión sensual y arrogante, está la CONDESA LILLI. La Hipnojoya que lleva al cuello PARPADEA con todos los colores del espectro.

SINROSTRO:

Cojinete flotante, condesa.
¡Ahora!

CONDESA LILLI:

¡Sí, excelencia!

La CONDESA sube una palanca y aparece un cojinete flotante. SINROSTRO se sube a él y desciende al suelo de la cochera. No está armado, de modo que el CORONEL HENRY enfunda su pistola de impacto mientras se acerca a él.

CORONEL HENRY:
¿No está un poco lejos de casa,
Sinrostro?

SINROSTRO:
Nuestro hogar está allí donde
está el corazón, mi querido
Hank.

BOUNTY:
No es momento para bromas.

SINROSTRO:
En eso no estoy de acuerdo. El
Pasillo de la Fuerza se acerca,
y usted, coronel Henry, está
planeando un ataque con los
Supercarros...

COMANDANTE PIKE:
¿Cómo lo sabe?

SINROSTRO (*con extrema
frialdad*):
Porque es lo mismo que haría
yo, idiota (*al coronel Henry*).
Atacar con los Supercarros
podría ser extremadamente
arriesgado, pero es probable
que sea la única posibilidad
para la tierra. Necesita toda
la ayuda que pueda conseguir, y
no tiene ningún vehículo a su
disposición tan poderoso como
el Carro de la Muerte.

CAZASERPIENTES:

No esté tan seguro, imbécil. Mi Flecha Rastreadora...

CORONEL HENRY:

¡Cierra el pico! (*a Sinrostro*)
¿Qué propone?

SINROSTRO:

Una alianza hasta que haya pasado la crisis. Que dejemos nuestras viejas rencillas a un lado, al menos por el momento. Le propongo un ataque conjunto al Pasillo de la Fuerza.

Ofrece su mano enfundada en un guante negro. El CORONEL HENRY extiende la suya, pero en ese momento el COMANDANTE PIKE da un paso al frente. Sus ojos almendrados están llenos de asombro y su boca en forma de cuerno tiembla de alarma.

COMANDANTE PIKE:

¡No lo haga, Hank! No puede confiar en él. ¡Es un truco!

SINROSTRO:

Comprendo cómo se siente, comandante... Los dos lo comprendemos, ¿verdad, condesa?

CONDESA LILI:

Sí, excelencia.

SINROSTRO:

Pero esta vez no hay trucos, no

escondemos ninguna carta debajo
de la manga.

CORONEL HENRY (*al
comandante Pike*):
No tenemos alternativa.

SINROSTRO:
Claro que no. Y se nos acaba el
tiempo.

El CORONEL HENRY estrecha la mano de
SINROSTRO.

SINROSTRO:
¿Socios?

CORONEL HENRY:
Al menos por ahora.

ROOTY:
¡Root-root-root-root!

FUNDIDO EN NEGRO. Fin del acto 2.

VI

1

Ahora hablando en la voz de Ben Cartwright, patriarca de La Ponderosa, Tak dijo:
—Señora, tengo la impresión de que intentaba tomarse las de Villadiego.

—No... —Era su voz, pero débil y lejana, como una transmisión radiofónica procedente de la costa Oeste en una noche lluviosa—. No. Sólo iba a la tienda porque nos hemos quedado sin... —¿Sin qué? ¿Qué podía faltar en la casa que preocupara a aquel monstruo, que hiciera que le creyera? Afortunadamente se le ocurrió una idea —: ¡Sin salsa de chocolate!

Aquel ser, en la forma de Seth Garin vestido con sus calzoncillos de MotoKops, avanzaba hacia ella desde la puerta del estudio. Entonces Audrey vio algo sorprendente, espeluznante: los dedos de los pies descalzos de Seth se arrastraban sobre la alfombra, pero el resto de su cuerpo flotaba como un globo con forma de niño. Era el cuerpo de Seth, asquerosamente sucio en las muñecas y los talones, pero en los ojos no se veía a Seth. Ni rastro de él. Allí sólo estaba el ser que parecía proceder de un pantano.

—Dice que sólo iba a la tienda —dijo la voz de Ben Cartwright. Por odioso que fuera Tak, nadie podía negar que era un gran imitador. Había que reconocerlo—. ¿Tú que crees, Adam?

—Creo que miente, pa —dijo la voz de Pernell Roberts, el actor que interpretaba a Adam Cartwright. Aunque con el tiempo había perdido el pelo, Roberts había sido el más afortunado de los compañeros de reparto. Los actores que interpretaban a su padre y sus hermanos habían muerto mientras *Bonanza* galopaba hacia el ocaso de las reposiciones y la televisión por cable.

Mientras la criatura se acercaba lo suficiente para que Audrey oliera un hedor a sudor rancio mezclado con un ligerísimo aroma a champú No Más Lágrimas, volvió a la voz de Ben Cartwright:

—¿Tú qué crees, Hoss? Habla, chico.

—Que miente, pa —dijo la voz de Dan Blocker... y por un instante el niño que flotaba en el aire se pareció realmente a Blocker.

—¿Y tú, Pequeño Joe?

—Que miente, pa.

—¡Root-root-root-root!

—¡Cierra el pico, Rooty! —dijo la voz de Cazaserpientes. Era como si una compañía invisible de locos con talento estuviera montando una función sólo para

ella. Cuando la criatura que tenía delante volvió a hablar, Cazaserpientes había desaparecido y Ben Cartwright, aquel severo Moisés de Sierra Nevada, estaba de vuelta—. En La Ponderosa no nos gustan los mentirosos, señora. Y tampoco los fugitivos. Así pues, ¿qué cree que deberíamos hacer con usted?

No me hagáis daño, quiso decir, pero fue incapaz de articular palabra, de emitir un murmullo. Intentó conectar con algún circuito interno, visualizar el teléfono rojo, pero con la inscripción SETH en el auricular. La idea de comunicarse directamente con Seth la asustaba, pero nunca se había encontrado en un atolladero como aquél. Si aquel ser decidía matarla...

Vio el teléfono en su mente, se vio a sí misma hablando, y lo que tenía que decir era penosamente simple: No dejes que me haga daño, Seth. Al principio tú estabas al mando; estoy segura. No sé si tenías mucho poder, pero sí algo. Si aún te queda algo de poder o de influencia... por favor, no dejes que me haga daño, no dejes que me mate. Soy infeliz, pero no lo bastante para querer morir. Todavía no.

Buscó un atisbo de humanidad en los ojos del ser flotante, un mínimo vestigio de Seth, pero no vio nada.

De repente, su mano izquierda se levantó y abofeteó la mejilla izquierda con un ruido similar al de un leño que se parte. Su piel ardía; era como si alguien hubiera enfocado una lámpara de rayos UVA hacia ese lado de la cara. Su ojo izquierdo comenzó a lagrimear.

Ahora su mano derecha se levantó frente a sus ojos, como la serpiente de un maestro indio saliendo de su cesto. Permaneció unos segundos frente a su cara y luego se cerró en un puño.

No, quiso decir, por favor, Seth, no, no dejes que lo haga; pero su voz se negó a salir otra vez, el puño descendió con los nudillos muy blancos en la penumbra de la habitación, y su nariz pareció estallar en una nube de puntos blancos como mariposas. Los puntos bailaban frenéticamente delante de sus ojos, mientras la sangre caliente se deslizaba sobre sus labios y su barbilla. Se balanceó hacia atrás.

—Esta mujer es un insulto al concepto de justicia del siglo veintitrés —dijo el coronel Henry con voz severa, una voz que Audrey encontraba más odiosa y farisea en cada nuevo episodio de los dibujos animados—. Alguien debe enseñarle a enmendar sus errores.

—Es verdad, coronel —respondió Hoss—. Tenemos que demostrarle a esta puta quién manda aquí.

—¡Root-root-root-root!

—Estoy de acuerdo, Rooty —dijo Cassie Styles—. Para empezar, vamos a endulzarla.

Audrey caminaba otra vez... o más bien, la hacían caminar. El salón pasaba ante sus ojos como un paisaje que se aleja por la ventanilla de un tren. Le dolían la nariz y

la mejilla. Sentía sabor a sangre en la boca. Esta vez imaginó un teléfono de los MotoKops, los que permiten ver a la persona con quien se habla. Se imaginó hablando cara a cara con Seth a través de uno de esos aparatos. Por favor, Seth, soy tu tía Audrey. Dime que me reconoces, aunque ahora tengo el pelo de otro color. Tak me obligó a teñírmelo, y cuando salgo tengo que llevar una cinta azul en la cabeza, igual que ella. Pero soy yo, tu tía Audrey, la que te trajo a su casa, la que ha estado cuidándote, o al menos intentándolo. Ahora tú tienes que cuidarme a mí. No dejes que me haga daño, Seth, por favor, no se lo permitas.

Las luces de la cocina estaban apagadas y la estancia parecía una cueva llena de sombras siniestras. Mientras la empujaban sobre el suelo de linóleo amarillo (alegre cuando estaba limpio, pero nauseabundo cuando estaba sucio como ahora), la asaltó una idea terrible por su lógica: ¿Por qué iba a ayudarla Seth? Incluso si recibía el mensaje y si tenía posibilidades de ayudarla, ¿por qué iba a hacerlo? Escapar de Tak equivalía a abandonar a Seth a su destino, y eso era exactamente lo que había intentado hacer. Si el niño seguía allí, debía de ser tan consciente de eso como el propio Tak.

Dejó escapar un sollozo, débil y distante como la respiración de un inválido. Sus dedos encontraron el interruptor situado junto a la cocina y encendieron la luz.

—Endúlzala, pa —gritó el pequeño Joe Cartwright—. De repente, la voz se volvió más aguda, convirtiéndose en la risa en falsete del robot Rooty. Audrey se sorprendió deseando volverse loca. Cualquier cosa sería mejor que aquello, ¿no es cierto? Sí. Cualquier cosa.

Sin embargo, siguió observando, prisionera indefensa dentro de su propio cuerpo, cómo Tak la giraba, la obligaba a caminar hasta la repisa de las especias y con su mano abría el armario que estaba encima. La otra mano empujó un recipiente amarillo de plástico, que cayó al suelo, esparciendo macarrones sobre el linóleo amarillo. Luego siguió el paquete de harina, que aterrizó a sus pies, rebozándole las piernas. La mano buscó en el agujero que había abierto y cogió el envase de miel con forma de oso. La otra mano desenroscó la tapa y la dejó a un lado. Un momento después, el oso de plástico estaba patas arriba sobre su boca abierta, expectante.

La mano que rodeaba el abultado estómago del oso comenzó a apretar rítmicamente, como cuando Audrey apretaba la bocina de goma de su bicicleta de la infancia. La sangre de la nariz rota descendió a la garganta. Luego su boca se llenó de miel espesa y empalagosa.

—¡Traga! —gritó Tak, esta vez con su propia voz—. ¡Traga, puta!

Audrey obedeció. Un trago, dos, tres. Al tercero, su garganta pareció cerrarse. Quería respirar y no podía. Su tráquea estaba bloqueada por un asqueroso pegamento dulce. Cayó de rodillas y comenzó a gatear por el suelo de la cocina, con el pelo rojo oscuro colgando sobre la cara, escupiendo miel mezclada con sangre. También tenía

miel en la nariz, impidiéndole respirar y goteando por las fosas nasales.

Por unos instantes fue incapaz de respirar y los puntos blancos que danzaban frente a sus ojos se volvieron negros. Me ahogaré, pensó. Moriré ahogada en miel.

Entonces su tráquea se abrió, al menos un poco, lo suficiente, y jadeó para llevar aire a sus pulmones, aspirando a través de la garganta oleosa, sollozando de miedo y dolor.

Tak se dejó caer delante de ella, sobre las rodillas llenas de arañosas de Seth Garin, y comenzó a gritarle a la cara:

—¡No intentes escapar de mí! ¡No vuelvas a hacerlo nunca! ¿Me oyes? ¡Asiente con tu estúpida cabeza, cerda! Que yo vea que me has entendido.

Las manos del ser —las que Audrey no podía ver, aunque estaban en el interior de su propia mente— comenzaron a sacudirle la cabeza arriba y abajo, golpeándole la frente contra el suelo con cada movimiento, y Tak reía. Reía. Audrey pensó que seguiría golpeándola hasta que se desmayara sobre la basura que ella misma acababa de arrojar al suelo.

Pero entonces todo acabó tan súbitamente como había empezado. Las manos habían desaparecido. Aquella extraña sensación en su mente también se disipó. Alzó la vista con cautela, limpiándose la nariz con el dorso de la mano, todavía esforzándose por respirar y exhalando el aire en bocanadas que podían confundirse con arcadas. Le dolía la frente y supo que había comenzado a hincharse.

El niño la miraba, o al menos Audrey creía que era el niño. No estaba segura, pero...

—¿Seth?

Por un instante el niño permaneció inmóvil, sin asentir ni negar con la cabeza. Luego estiró una mano y le limpió la miel de la barbilla con unos dedos que Audrey apenas podía sentir.

—¿Adónde ha ido, Seth? ¿Dónde está Tak?

Seth se debatía. Audrey podía percibir la lucha en su interior. Quizá luchara contra el miedo, aunque Audrey no estaba segura de que sintiera miedo. Incluso si lo hacía, lo más probable era que en aquellos momentos sólo intentara vencer sus defectuoso sistema de comunicación. Emitió una especie de gorgoteo, un sonido similar al que hace el aire en las cañerías, y su tía supuso que no podría esperar nada más de él. Pero entonces, mientras empezaba a levantarse, Seth dijo dos palabras:

—Ido. Fabrica.

Audrey lo miró. Todavía respiraba a través de una fina película de miel, pero por el momento se olvidó de ella. Al oír la palabra «ido», su corazón comenzó a latir deprisa. Debería haber supuesto que no era para siempre, sobre todo después de lo que acababa de ocurrir, pero...

—¿Está en una fábrica, cariño? ¿Se ha ido a una fábrica? ¿A qué fábrica?

—Fabrica —repitió Seth. Hizo un esfuerzo y negó con la cabeza. Finalmente añadió—: Hacer.

Había dicho «fabrica», el verbo, no el sustantivo. Tak estaba fabricando, haciendo algo. ¿Qué otra cosa podía hacer... además de crear problemas?

—Él —dijo Seth—. Él, él, él... —Se dio un puñetazo con una expresión de impotencia que Audrey nunca le había visto.

Cogió el puño del niño y lo abrió con suavidad.

—No, Seth. —Su diafragma se contrajo otra vez en una arcada (la miel había formado una pesada bola en su estómago), pero consiguió contenerse—. No, no. Tranquilízate. Dime lo que puedes; si no puedes no pasa nada. —Mentía, pero si lo ponía más nervioso de lo que estaba, Seth nunca lograría expresarse. Peor aún, era probable que se marchara y dejara en su lugar ese cálido cuerpo vacío que Tak habitaba con tanta facilidad.

—¡Él...! —Seth extendió las manos y le tocó las orejas. Luego se cogió sus propias orejas y tiró de ellas hacia adelante.

Audrey vio que estaban sucias, mugrientas, sin duda a consecuencia de las innumerables horas que pasaba jugando en el cajón de arena, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero la miraba con fijeza y ella asintió. Sí, entendía. Cuando Seth se esforzaba, se hacía entender bastante bien.

Él te oye, quería decir el niño. Tak te escucha a través de mis oídos. Y claro que lo hacía. Tak el Magnífico, la criatura de las mil voces (casi todas con acento del Salvaje Oeste) y un único par de orejas, la oía.

Tak se había arrodillado frente a ella, pero el que ahora se levantaba era Seth, un niño delgado vestido con un par de calzoncillos mugrientos. Audrey seguía arrodillada, intentando decidir si podría estirarse y agarrarse de la encimera de la cocina o si debía arrastrarse hasta acercarse un poco más.

Al ver que Seth volvía se encogió. Le pareció ver un gélido brillo de inteligencia en los ojos del niño y supo que Tak había regresado. Sin embargo, cuando Seth se aproximó, comprendió que había cometido un error. El pequeño lloraba. Nunca lo había visto llorar, ni siquiera en aquellas ocasiones en que se había rasguñado la rodilla o se había dado un golpe en la cabeza. Hasta entonces estaba completamente segura de que era *incapaz* de llorar.

Seth le rodeó el cuello con los brazos y apoyó su frente contra la de ella. Le hacía daño, pero Audrey no se apartó. Por un instante tuvo una visión vaga pero lo suficientemente clara del teléfono rojo, aunque en un tamaño gigantesco. Cuando la imagen se desvaneció, oyó la voz de Seth en su mente. Más de una vez le había parecido oírlo y había sospechado que intentaba comunicarse con ella telepáticamente. Aquella sensación se presentaba sobre todo cuando se estaba quedando dormida o cuando se despertaba. Era un sonido lejano, como si una voz la

llamara desde el otro lado de un manto de niebla. Ahora, sin embargo, la oía asombrosamente cerca. Era la voz de un niño que parecía inteligente, sin ninguna clase de tara.

No te culpo por intentar escapar, decía la voz. Audrey experimentó una sensación de impaciencia y furtividad, como cuando una compañera de clase le contaba un chisme importante mientras la profesora estaba de espaldas. *Vete enfrente, con los demás. Tendrás que esperar, pero no será mucho, porque él está...*

No hubo más palabras, pero otra imagen borrosa llenó toda su mente, desalojando temporalmente cualquier pensamiento. Era Seth, vestido con un traje de bufón y un gorro con cascabeles. Estaba haciendo juegos malabares, pero no con bolas, sino con muñecos. Con pequeños muñecos de porcelana. Hasta que Seth dejó caer una de las figuras, ésta se rompió y vio la cara de Mary Jackson, tendida junto a una de las zapatillas rojas y blancas del bufón, Audrey no comprendió que las figuras representaban a sus vecinos. Suponía que ella era responsable de esa imagen —había visto la colección de figuras de porcelana de Kirstie Carver (una afición que Audrey consideraba agotadora) miles de veces—, pero supo que lo que ella hubiera podido añadir a la escena no cambiaba en absoluto lo que Seth intentaba decirle. Cualquiera que fuera la locura en que estaba enfrascado Tak —lo que fabricaba, lo que hacía—, era evidente que lo mantenía ocupado.

Aunque no lo suficiente para no verme cuando intenté salir hace unos minutos, pensó. No lo suficiente para no detenerme. No lo suficiente para no castigarme. Quizá la próxima vez me llene la boca de sal, en lugar de miel, pensó.

O de desatascador de tuberías. La voz del niño dijo:

Yo te diré cuándo. Intenta escucharme, tía Audrey. Cuando los Supercarros vuelvan, intenta escucharme. Es importante que escapes porque...

Esta vez vio una sucesión de imágenes. Algunas pasaron con demasiada rapidez para conseguir identificarlas, pero consiguió quedarse con algunas: una lata de espaguetis vacía en el cubo de la basura, un viejo inodoro roto a su lado, un coche sin ruedas ni cristales sobre una rampa de mecánico. Objetos rotos. Objetos gastados.

Lo último que vio antes de perder contacto con Seth fue el retrato de sí misma que estaba sobre la mesa del vestíbulo. Le faltaban los ojos; habían sido arrancados. Seth la soltó y se apartó, mirándola mientras ella se cogía a la encimera de la cocina y se esforzaba por levantarse. Su estómago, pesado y denso por la miel que Tak le había obligado a tragar hacia de contrapeso. Seth ahora la observaba con su actitud habitual, distante y ausente, con el mismo interés que podría demostrar una piedra. Sin embargo, aún había señales de lágrimas debajo de sus ojos. Sí, allí estaban.

—Oo-Aa —dijo con su voz inexpresiva (unos sonidos que ella y Herb solían interpretar como «hola, Audrey») y salió de la cocina en dirección al estudio, donde todavía continuaba el tiroteo final de la película. ¿Y qué pasaría cuando acabara? Sin

duda rebobinaría la cinta hasta el aviso de «Las autoridades advierten...» y la pondría otra vez.

Pero me habló, pensó. En voz alta y dentro de mi cabeza. En su versión particular del teléfono PlaySkool. Aunque su versión es tan grande...

Audrey sacó la escoba de la alacena y comenzó a barrer la harina y los macarrones. En el estudio, Rory Calhoun gritó:

—Tú no vas a ninguna parte, cerdo yanqui.

—No tiene por qué ser así, Jeb —murmuró Audrey mientras barría.

—No tiene por qué ser así, Jeb —dijo Ty Hardin (en la película, el agente Laine), y entonces el viejo y malo de Murdock le disparó. Era su último acto perverso, pues treinta segundos después, él también estaría muerto.

Audrey sintió otro nudo en el estómago. Se acercó al fregadero de la cocina con la escoba en una mano y se agachó. Hizo varias arcadas, pero no consiguió vomitar. Un instante después, la molestia desapareció. Abrió el grifo del agua fría, se inclinó para beber directamente de él y luego se mojó la frente dolorida. Fue una sensación agradable. Maravillosa.

Cerró el grifo, volvió a la alacena y cogió el recogedor. Seth había dicho que Tak estaba fabricando algo, que estaba haciendo algo, pero ¿qué? Y mientras se arrodillaba torpemente junto a la pila de desperdicios, con la escoba en una mano y el recogedor en la otra, la asaltó una duda más apremiante: si ella conseguía escapar, ¿qué sería de su sobrino? ¿Qué le haría Tak a Seth?

2

Belinda Josephson sostuvo la puerta de la cocina para que entrara su marido, luego se incorporó y miró alrededor. La luz no estaba encendida, pero aún así la habitación estaba un poco más iluminada que antes. La tormenta amainaba. Supuso que en un par de horas el tiempo se despejaría y volvería a hacer calor.

Miró el reloj de pared que había encima de la mesa de la cocina y sintió una sensación de irrealidad. Las cuatro y tres minutos. ¿Era posible que hubiera pasado tan poco tiempo? Miró mejor y vio que el segundero no se movía. Johnny entró a gatas en la cocina y se incorporó. Belinda buscó el interruptor de la luz detrás de la puerta.

—No se moleste —dijo Jim Reed. Estaba sentado en el suelo, entre el frigorífico y el horno, con Ralphie Carver en su regazo.

Ralphie tenía el pulgar en la boca y los ojos vidriosos y ausentes. A Belinda nunca le había caído demasiado bien (de hecho, Ralphie no le caía bien a ningún

vecino, excepto a su madre y a su padre), pero de todos modos la conmovió.

—¿Que no se moleste con qué? —preguntó Johnny.

—Con la luz. Está cortada.

Belinda le creyó, pero de todos modos probó el interruptor un par de veces. Nada.

Había mucha gente en la cocina —Belinda contó once personas, ella incluida— pero el silencio que reinaba sobre ellos hacía que parecieran menos. Ellie Carver aún dejaba escapar un gemido ahogado de vez en cuando, pero tenía la cara apoyada sobre el pecho de su madre, y Belinda pensó que quizás estuviera dormida. David Reed había rodeado los hombros de Susi Geller con un brazo. Sentada al otro lado de Susi, también con un brazo alrededor de su cuerpo (una chica con suerte, pensó Belinda, tanto consuelo) estaba su madre. Cammie Reed, la madre de los mellizos, estaba reclinada contra una puerta con un cartel: LA VIEJA DESPENSA. A Belinda no le pareció que Cammie estuviera tan alterada como los demás. Tenía una expresión fría y pensativa.

—Has dicho que oías gritos —dijo Johnny a Susi—. Yo no oigo nada.

—Ya no —respondió Susi—. Tal vez fuera la señora Soderson.

—Seguro —dijo Jim. Cambió de posición a Ralphie sobre sus rodillas e hizo una mueca de dolor—. Reconozco su voz. La hemos oído gritarle a Gary toda la vida, ¿verdad, Dave?

Dave Reed hizo un gesto de asentimiento.

—Yo ya la habría matado. De veras.

—Ah, pero tú no bebes, chico —dijo Johnny imitando a W. C. Fields. Levantó el auricular del teléfono de la cocina, escuchó, marcó el cero un par de veces y luego volvió a colgar.

—Debbie ha muerto, ¿verdad? —preguntó Susi a Belinda.

—Calla, cariño, no digas eso —advirtió Kim Geller con voz de alarma.

Susi no le hizo caso.

—No fue a la casa de al lado, ¿verdad? No me mienta.

Belinda pensaba hacerlo, pero por alguna razón no le pareció lo más indicado. Sabía por experiencia que incluso las mentiras mejor intencionadas sólo conseguían complicar las cosas. Sacarlas de quicio. Y Belinda pensó que en la calle Poplar las cosas ya estaban suficientemente fuera de quicio.

—Tienes razón, bonita —dijo sorprendiéndose del acento sureño que le salía siempre que tenía que dar malas noticias, aunque quizás nadie más que ella fuera consciente de él. Puede que aquel acento formara parte de su identidad racial, algo que todavía nadie había conseguido enseñar en un curso de universidad. Lo paradójico en su caso era que Belinda nunca había estado más al sur de la frontera entre Pensilvania y Maryland—. Sí, bonita. Me temo que está muerta.

Susi se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar. Reed la estrechó contra

sí y Susi apoyó la cabeza sobre su hombro. Cuando Kim intentó tirar de ella hacia el otro lado, la joven se resistió.

Su madre dirigió una mirada fulminante a David Reed, pero el muchacho no le hizo el menor caso. Entonces giró la cara furiosa hacia Belinda.

—¿Por qué se lo ha dicho?

—La chica está tendida en el zaguán, y con tanto pelo rojo es muy fácil de identificar.

—Calla —dijo Brad. La cogió de la muñeca y tiró de ella hacia el fregadero—. No la pongas nerviosa.

Demasiado tarde, pensó Belinda, pero fue lo suficientemente prudente para no decir nada.

Encima del fregadero había una ventana cubierta con tela metálica. A la derecha podía ver la valla de madera que separaba la propiedad de los Carver de la del viejo Doc. También alcanzaba a ver el techo verde de la casa de Billingsley. Más arriba, las nubes empezaban a disiparse.

Se volvió y se encaramó sobre el borde del fregadero. Luego se inclinó contra la ventana, aspirando el olor a metal y el húmedo aire de verano que se filtraba a través de la rejilla. Aquella combinación de olores despertó una momentánea nostalgia por su infancia, una sensación agradable y dolorosa al mismo tiempo. Belinda pensó que, curiosamente, el olfato era el sentido con mayor poder de evocación.

—¡Eh! —gritó con las manos alrededor de la boca. Brad la cogió de un hombro para detenerla, pero ella se soltó—. ¡Eh, Billingsley!

—No haga eso, Bee —dijo Cammie Reed—. No me parece prudente.

¿Qué era prudente?, pensó Belinda. ¿Seguir sentados en el suelo de la cocina, esperando que la caballería llegara a rescatarlos?

—Joder, que lo haga —dijo Johnny—. ¿Qué daño puede hacer? Si los locos que nos dispararon siguen por ahí, nuestro escondite no será ningún secreto para ellos. —Mientras decía esto, le asaltó una idea y se arrodilló junto a la viuda del cartero—. Kirsten, ¿David tenía algún arma? Quizá una escopeta de caza o...

—Hay una pistola en su escritorio —respondió la mujer—. En el segundo cajón de la izquierda. El cajón está cerrado, pero encontrarás la llave en el cajón grande de arriba. Es la que tiene un hilo verde.

Johnny asintió.

—¿Y dónde está el escritorio?

—Ah. En el estudio de Dave. Arriba, al fondo del pasillo. —Mientras hablaba, parecía contemplar fijamente sus rodillas, pero de repente alzó los ojos y lo miró con una mezcla de perplejidad y desesperación—. Dave está fuera bajo la lluvia, Johnny, y la amiga de Susi también. No deberíamos dejarlos allí.

—La lluvia está amainando —dijo Johnny. Su expresión demostraba que era

consciente de lo ridículas que sonaban esas palabras. Sin embargo, parecieron tranquilizar a Bombón, al menos de momento, y Belinda supuso que eso era lo más importante. Tal vez fuera el tono de Johnny. Las palabras eran absurdas, pero Belinda nunca lo había oído hablar con tanta dulzura—. Tú cuida de los niños, Kirstie. No te preocupes por nada más.

Se incorporó y comenzó a andar hacia la puerta basculante, semiagachado, como si estuviera en un campo de batalla.

—¿Puedo ir con usted, Marinville? —preguntó Jim Reed.

Sin embargo, cuando intentó dejar a Ralphie Carver, los ojos del niño se llenaron de pánico. Se quitó el pulgar de la boca con un sonoro chasquido y se pegó a Jim como una lapa, murmurando «No, Jim; no, Jim» de una forma que estremeció a Belinda. Suponía que los locos hablaban así por las noches, cuando estaban solos en sus celdas.

—Quédate donde estás, Jim —dijo Johnny—. ¿Brad? ¿Tienes ganas de hacer una pequeña excursión a las alturas? Nos vendrá bien respirar un poco de aire fresco.

—Claro. —Brad miró a su esposa con esa mezcla de afecto y exasperación característica de las parejas que llevan más de diez años casadas—. ¿De verdad crees que está bien que mi mujer siga dando gritos?

—Te lo repito, ¿qué daño puede hacer?

—Ten cuidado —dijo Belinda, acariciando ligeramente el pecho de Brad—. Mantén la cabeza gacha. Promételo.

—Prometo mantener la cabeza gacha.

Belinda miró a Johnny.

—Ahora tú.

—¿Qué? Ah. —Le dedicó una sonrisa encantadora y Belinda tuvo una especie de visión: ésa era la forma en que John Edward Marinville sonreía siempre que hacía una promesa a una mujer—. Lo prometo.

Los dos hombres se marcharon, arrodillándose con cierta timidez para pasar por la puerta basculante, en dirección al salón de los Carver. Belinda volvió a inclinarse contra la ventana. Además la lluvia y la hierba húmeda, podía oler el incendio de la casa de los Hobart. Cayó en la cuenta de que también lo oía: un sonido crepitante, sibilante. La lluvia seguramente evitaría que el incendio se propagara, pero ¿dónde demonios estaban los bomberos? ¿Para qué coño pagaban impuestos?

—¡Ehhh, Billingsley! ¿Hay alguien ahí?

Después de un instante, una voz de hombre que fue incapaz de identificar respondió:

—Sí. Somos siete. La pareja de la esquina... —Belinda supuso que se refería a los Soderson—, el policía y el marido de la mujer asesinada. También está el señor Billingsley y Cynthia, la dependienta de la tienda.

—¿Quién es usted? —gritó Belinda.

—Steve Ames. Soy de Nueva York. Tuve un problema con el camión y me perdí en el cruce de carreteras. Paré en la tienda para llamar por teléfono.

—Pobre tipo —dijo Dave Reed—. Es como si hubiera ganado la lotería en el infierno.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la voz desde el otro lado de la valla—. ¿Lo saben?

—¡No! —respondió Belinda, mientras se devanaba los sesos. Tenía que haber otras cosas que decir, otras cosas que preguntar, pero no se le ocurría ninguna.

—¿Han mirado calle arriba? —gritó Ames—. ¿Está despejada?

Belinda abrió la boca para responder, pero vio una tela de araña al otro lado de la ventana y se distrajo momentáneamente. El saliente de la ventana la había protegido de la lluvia, pero las gotas colgaban de los hilos de la tela de araña como pequeños diamantes temblorosos. La propietaria y creadora de la obra estaba en el centro de la red, inmóvil, quizá muerta.

—¡Señora! Le he preguntado si...

—¡No lo sé! —gritó Belinda—. Johnny Marinville y mi marido miraron, pero ahora han ido arriba a... —No quería mencionar la pistola. Quizá fuera una idea estúpida y cobarde, pero intuía que no debía hacerlo—, a mirar mejor —concluyó—. ¿Y qué han hecho ustedes?

—Hemos estado bastante ocupados. La mujer de la esquina... —Una pausa—. ¿Funciona el teléfono?

—¡No! —gritó Belinda—. ¡No tenemos luz ni teléfono!

Otra pausa. Luego más bajo, apenas audible por encima del murmullo de la lluvia, le oyó decir «mierda». Enseguida oyó otra voz, una voz que no pudo identificar.

—Belinda, ¿es usted?

—¡Sí! —gritó y miró a los demás, pidiendo ayuda.

—Es el señor Jackson —dijo Jim Reed por encima del hombro de Ralphie.

El pequeño aún no había conseguido unirse a su hermana en el refugio de los sueños, pero Belinda supuso que no tardaría en hacerlo. El pulgar ya comenzaba a colgar entre los labios entreabiertos.

—¡He estado en la puerta principal! —gritó Peter—. La calle está desierta hasta la esquina. ¡Completamente desierta! No hay un solo mirón entre Hyacinth y la siguiente travesía de Poplar. ¿Le parece lógico?

Belinda reflexionó un momento, arrugando la frente, y miró alrededor. Pero sólo vio ojos perplejos y cabezas gachas. Se volvió otra vez hacia la ventana.

—¡No!

Peter rió y el sonido de su risa estremeció a Belinda tanto como los murmullos

incoherentes de Ralphie Carver.

—¡Bienvenida al club, Bee! ¡A mí tampoco me parece lógico!

—¿Quién iba a venir? —preguntó Kim Geller con tono burlón—. ¿Creen que alguien en su sano juicio iba a atreverse a venir con tanto disparo y tanto grito?

Belinda no supo qué responder. Lo que decía Kim era razonable, pero aún así no encajaba, porque la gente nunca se comportaba razonablemente cuando había problemas. Siempre salían a mirar. Solían hacerlo desde una distancia prudencial, pero lo hacían.

—¿Está seguro de que no hay gente en la esquina de enfrente? —preguntó.

Esta vez la pausa fue tan larga, que estaba a punto de repetir la pregunta, cuando oyó una tercera voz. No tuvo dificultad para reconocer al viejo Doc.

—No vemos a nadie, pero la lluvia ha formado un manto de niebla en la esquina. No podremos estar seguros hasta que la niebla se desvanezca.

—¡Pero no se oyen sirenas! —Era Peter otra vez—. ¿Oyen alguna desde el norte?

—¡No! —respondió Belinda—. ¡Puede que sea por la tormenta!

—No lo creo —dijo Cammie Reed. Hablaba para sí, no para el grupo. De hecho, si LA VIEJA DESPENSA no hubiera estado tan cerca del fregadero, Belinda no la habría oído—. Estoy segura de que no es por eso.

—¡Voy a salir a buscar a mi esposa! —gritó Peter Jackson.

De inmediato se oyeron otras voces de protesta. Belinda no pudo descifrar las palabras, pero el tono era inconfundible.

De repente la araña que había dado por muerta se movió en el centro de la tela y trepó por uno de los hilos de seda hasta desaparecer debajo del alero. Después de todo, no estaba muerta, pensó Belinda. Sólo fingía.

Entonces Kirsten Carver se inclinó junto a ella y la empujó con tanta fuerza que Belinda tuvo que cogerse de uno de los armarios superiores para no acabar empotrada dentro del fregadero. La cara de Bombón estaba pálida como un papel y sus ojos brillaban de miedo.

—¡No salgas! —gritó—. ¡Si lo haces volverán y te matarán! ¡Nos matarán a todos!

Por unos segundos no hubo respuesta. Luego Collie Entragian habló con una voz que reflejaba culpa y asombro al mismo tiempo:

—¡No malgaste saliva, señora! ¡Ya se ha ido!

—¡Debería haberlo detenido! —gritó Kirsten. Belinda le pasó un brazo por los hombros y se asustó al sentir una vibración en su cuerpo, como si Kirsten estuviera a punto de estallar—. ¿Qué clase de policía es?

—No es policía —dijo Kim con un tono de qué-coño-esperabais—. Lo echaron. Estaba metido en asuntos de drogas.

—No lo creo —dijo Susi levantando la cabeza.

—¿Qué puedes saber tú, a tu edad? —preguntó su madre.

Belinda estaba a punto de bajar del fregadero, cuando vio algo en el jardín trasero que le congeló la sangre. Estaba cogido contra la pata de un columpio, y al igual que la tela de araña, brillaba con las gotas de lluvia.

—¿Cammie?

—¿Qué?

—Venga aquí.

Si alguien podía identificar aquello era Cammie. Tenía un jardín en el patio trasero, una auténtica selva en el interior de su casa, y un montón de libros sobre plantas.

Cammie se levantó de su sitio junto a la alacena y se acercó a la ventana. Susi y su madre se unieron a ella, y Dave Reed las siguió.

—¿Qué pasa? —preguntó Bombón Carver, mirando a Belinda con ansiedad. Ellie le había rodeado una pierna con los brazos, como si fuera el tronco de un árbol, e intentaba ocultar la cara detrás de la cadera enfundada en el bermudas de tela tejana —. ¿Qué pasa?

Belinda no le hizo caso y se dirigió a Cammie.

—Mire eso. Junto al columpio. ¿Lo ve?

Cammie iba a decir que no, pero Belinda señaló mejor y lo vio. Se oyó un trueno en el este y se levantó una brisa fuerte. La tela de araña de la ventana tembló, dejando caer minúsculas gotitas de agua. La planta que Belinda había visto se liberó de la pata del columpio y rodó por el jardín trasero de los Carver, en dirección a la valla de madera.

—Es imposible —dijo Cammie con tono apagado—. La barrilla de borde no crece en Ohio. Y aunque lo hiciera... estamos en verano. No echan raíces en verano.

—¿Qué es una barrilla de borde, mamá? —preguntó Dave con un brazo alrededor de la cintura de Susi—. Nunca había oído hablar de esa planta.

—Es una planta rodadora —contestó Cammie con el mismo tono apagado.

3

Brad asomó la cabeza por la puerta del despacho de Carver justo a tiempo para ver a Johnny sacando una caja verde y blanca de cartuchos del cajón del escritorio. En la otra mano, el escritor tenía la pistola de David Carver. Había girado el cilindro para comprobar que la recámara estuviera vacía, y lo estaba, pero aún así sostenía el arma con cautela, evitando tocar el gatillo. A Brad le recordó a uno de esos tipos que venden objetos increíbles por televisión. «Señores, esta pequeña belleza alejará a

cualquier intruso lo bastante tonto para colarse en su casa en plena noche. Pero eso no es todo, esta maravilla tiene muchas ventajas más: corta, rebana y por si eso fuera poco... ¿le encantan las patatas rebozadas pero nunca tiene tiempo de hacerlas en casa?».

—¿Johnny?

El aludido alzó la cabeza, y por primera vez Brad vio con claridad lo asustado que estaba. Aquel detalle hizo que Johnny le cayera aún mejor. No supo por qué, pero fue así.

—Algún tonto ha salido al jardín delantero de Billingsley. Supongo que será Jackson.

—¡Mierda! No es muy listo, ¿verdad?

—No. No te vayas a disparar con esa pistola. —Brad comenzó a andar hacia la puerta, pero luego se volvió—. ¿Nos hemos vuelto locos? Tengo esa impresión.

Johnny levantó las manos con las palmas hacia arriba, dando a entender que no lo sabía.

4

Johnny volvió a examinar la recámara de la pistola, como si pudiera haber brotado una bala mientras no miraba, y giró el cilindro en su sitio. Luego se metió la pistola en la cinturilla del pantalón y guardó la caja de municiones en el bolsillo de la camisa.

El pasillo era un campo de minas atestado de juguetes. Era evidente que los padres de Ralphie Carver aún no habían inculcado a su hijo la costumbre de ordenar después de jugar. Brad entró en la habitación que debía ser de la niña y Johnny lo siguió. Brad señaló la ventana.

Johnny miró hacia abajo. Sí, era Peter Jackson. Estaba en el jardín de Doc, arrodillado junto al cadáver de su esposa. Había vuelto a sentarla en el suelo, le sostenía la espalda con un brazo e intentaba pasar la otra por debajo de las rodillas. Tenía la falda subida hasta la mitad de los muslos y Johnny recordó que iba sin bragas. Bueno, ¿y qué?, ¿qué coño importaba? Vio que la espalda del hombre se sacudía con los sollozos.

Divisó una luz plateada en el límite de su campo de visión. Miró calle arriba y vio algo similar a un viejo remolque —o quizás un carro de comestibles— girando a la izquierda, desde Hyacinth a Poplar. Detrás iba la furgoneta roja desde la que habían disparado al chico de los periódicos y al perro y en último lugar el vehículo azul metalizado. Miró hacia el otro lado, hacia la calle Bear, y vio la furgoneta rosa con el

radar en forma de corazón, la amarilla que había chocado él con el coche de Mary Jackson y se había dado a la fuga y la negra con la torreta.

Eran seis. Seis en dos líneas convergentes de tres. Hacía mucho tiempo, en Vietnam, había visto aviones de guerra americanos en la misma formación.

Iban a crear un pasillo de fuego.

Por un momento no pudo moverse. Sus manos se quedaron suspendidas en los extremos de sus brazos como bloques de cemento. No podéis, pensó con furia e incredulidad. No podéis volver, cabrones, no podéis volver una y otra vez.

Brad no los vio. Estaba pendiente del hombre arrodillado en el jardín de la casa de al lado, absorto en los esfuerzos de Peter para levantar el peso muerto de su mujer. Y Peter...

Johnny consiguió levantar la mano derecha. Hubiera querido moverla a la velocidad de un rayo, pero más bien parecía flotar. Cogió la pistola que tenía a la cintura. No podía disparar; la recámara estaba vacía. Tampoco estaba en condiciones de cargarla, así que golpeó con la culata, rompiendo la ventana de la habitación de Ellie.

—¡Adentro! —gritó a Peter, pero su voz sonó apagada y débil en sus oídos. Dios mío, qué pesadilla, ¿cómo se habían metido en aquel lío?—. ¡Adentro! ¡Vienen hacia aquí! ¡Han vuelto!

Dibujo encontrado doblado en un cuaderno sin título, que al parecer Audrey Wyler usaba como diario. Aunque no tiene firma, seguramente es obra de Seth Garin. Suponiendo que la fecha del dibujo coincide con la de la página del diario en que fue hallado, el dibujo dataría del verano de 1995, poco después de la muerte de Herbert Wyler y de la inesperada mudanza de la familia Hobart. (*Nota del editor.*)



VII

Calle Poplar/15 de julio de 1996/16.44 h

Parecen materializarse de la niebla que se levanta en la calle, como dinosaurios metálicos. Las ventanillas se deslizan, la portilla en el flanco de la rosada Carroza de los Sueños se abre otra vez, el parabrisas del Carro de la Justicia azul de Bounty se levanta para revelar una tersa oscuridad, en la que destacan tres cañones grisáceos de escopeta.

Suena otro trueno y en algún lugar un pájaro emite un chillido agudo. Un segundo de silencio y comienzan los disparos.

Es como si empezara a tronar de nuevo, pero mucho peor, pues esta vez la afrenta es personal. Y los disparos suenan más fuertes que antes. Collie Entragian, tendido boca abajo en el portal de la puerta que separa la cocina y el salón de la casa de Billingsley, es el primero en notarlo, pero los demás no tardan en darse cuenta. Cada tiro es casi un estallido de granada, seguido de una especie de gemido sordo y agudo, un sonido intermedio entre un zumbido y el pitido de un silbato.

Dos disparos de la Flecha Rastreadora y la punta de la chimenea de la casa de Collie Entragian se convierte en polvo rojo al viento y en guijarros de ladrillo repiqueteando en el techo. Un proyectil roza el plástico extendido sobre el cuerpo de Cary Ripton y lo ondula como si fuera un paracaídas; otro arranca la rueda trasera de su bicicleta. Delante de la Flecha Rastreadora va la furgoneta plateada, la que parece un antiguo carro de reparto. Una parte del techo se levanta en ángulo, se asoma una figura plateada, un robot con uniforme de infantería de la Confederación, y tirotea la casa de los Hobart con un antiguo rifle. Cada disparo suena tan fuerte como una carga de dinamita.

La Carroza de los Sueños y el Carro de la Justicia, que bajan por la calle Bear, disparan a los números 251 y 249: la casa de los Josephson y la de los Soderson. Las ventanas estallan hacia dentro. Una salva que suena como artillería antiaérea alcanza el viejo Saab de Gary. La carrocería trasera se contrae, el aire se llena de fragmentos de cristal rojo de los faros y el depósito de combustible estalla con un *;bum!* ensordecedor, envolviendo al coche en una bola de llamas anaranjadas. Las pegatinas del parachoques —SERÉ LENTO, PERO VOY DELANTE, a la derecha, y VEHÍCULO DEL PERSONAL DE LA MAFIA, a la izquierda— brillan como un espejismo con el calor del fuego. El trío de coches que avanza hacia el sur y el trío que avanza hacia el norte se encuentran, se cruzan y se detienen en la valla que separa la casa de Billingsley de la de Carver.

Audrey Wyler, que estaba en la cocina comiendo un bocadillo y bebiendo cerveza cuando comenzó el tiroteo, ahora está en el salón, mirando a la calle con los ojos

como platos, sin darse cuenta de que aún tiene en la mano un trozo de pan de centeno con salchichón y lechuga. Los tiros se funden en un rugido continuo, ensordecedor, como si hubiera estallado la tercera guerra mundial, pero ella no corre peligro; los disparos van dirigidos a las dos casas de enfrente.

Ve cómo el carrito rojo de Ralphie Carver —*Buster*— vuela por los aires convertido en una retorcida flor de metal. Salta por encima del cadáver empapado de David Carver, aterriza con las ruedas hacia arriba, girando, y entonces otro proyectil lo dobla por la mitad y lo arroja sobre un macizo de flores, a la izquierda del camino. Otra salva de disparos arranca la puerta de los Carver de las bisagras y la lanza hacia el interior del vestíbulo. Dos disparos más desde el Carro de la Justicia de Bounty convierten en polvo la mayoría de las figuras de porcelana de Bombón Carver.

La carrocería trasera del coche de Mary Jackson está llena de agujeros. Luego el Lumina también estalla, despidiendo enormes llamas que engullen al coche de atrás adelante. Las balas arrancan dos postigos de la casa de Billingsley. En el buzón colgado junto a la puerta aparece un agujero del tamaño de una pelota de béisbol; acto seguido, el buzón cae sobre el felpudo, echando humo. En el interior arden un folleto publicitario y una carta de la Asociación Colegial de Veterinarios de Ohio. Otro KA-BAM, y el llamador de la casa, una cabeza de San Bernardo de plata, desaparece con la misma rapidez que una moneda en la mano de un mago. Aparentemente ajeno a todo lo que ocurre, Peter Jackson se levanta con el cadáver de su esposa en brazos. Sus gafas redondas sin montura, salpicadas por la lluvia, brillan en la creciente luz del día. La pálida cara de Peter no parece simplemente distraída, sino ausente; es la expresión de un hombre a quien se le han quemado todos los fusibles. Sin embargo, según puede comprobar Audrey, sigue allí, milagrosamente entero, milagrosamente...

—¡Tía Audrey!

Es la voz de Seth. Casi inaudible, pero clara.

—¿Puedes oírme, tía Audrey?

—Sí, Seth, ¿qué pasa?

—¡No importa! —La voz está cargada de pánico—. Tienes un sitio adonde ir, ¿verdad?, ¿un refugio?

¿Mohonk?, ¿se refería a Mohonk? Audrey llegó a la conclusión de que sí.

—Sí, tengo...

—¡Márchate allí! —grita la voz—. Márchate allí de inmediato porque...

La voz no termina la frase, y no tiene necesidad de hacerlo. Audrey ha vuelto la espalda a la frenética galería de tiro en que se ha convertido la calle, se ha girado hacia el estudio, donde han vuelto a poner la película (*La Película*). De algún modo han conseguido subir el volumen hasta alcanzar un número de decibelios muy superior al que el aparato Zenith es capaz de producir. La sombra de Seth sube y baja

por la pared como si el niño estuviera en trance, larga y horrible, evocando uno de los recuerdos de infancia más terroríficos de Audrey: el demonio con cuernos del episodio de «Una noche en el monte pelado», en la película *Fantasía*. Es como si Tak se retorciera dentro del cuerpo del niño, encorvándolo, estirándolo, forzándolo cruelmente más allá de sus límites naturales.

Pero eso no es todo. Audrey se vuelve hacia la ventana y mira a la calle. Al principio cree que son sus ojos, que acaso Tak los ha derretido o deformado el cristalino, pero extiende las manos delante de ellos y las ve normales. No; el problema está en la calle Poplar, que parece salirse de la perspectiva de una forma que Audrey es incapaz de explicar. Los ángulos cambian, las esquinas se ensanchan, los colores se difuminan. Es como si la realidad estuviera a punto de licuarse, y Audrey cree entender por qué: el largo período de preparación de Tak, su silenciosa incubación, ha llegado a su fin. Tak está haciendo algo, está *fabricando*. Seth le pidió que se marchara, al menos por un tiempo, pero ¿adónde puede ir él?

—¡Seth! —Audrey intenta concentrarse con todas sus fuerzas—. ¡Seth!
Escúchame.

—¡No puedo! ¡Vete, tía Audrey!, ¡vete!

La angustia de aquella voz se le hace insopportable. Vuelve a girarse hacia la arcada que conduce al estudio, pero en su lugar ve un prado que desciende hasta un muro de piedra. Está lleno de rosas silvestres; Audrey aspira su aroma y siente el delicado y sensual calor de la primavera que ahora avanza hacia el verano. Entonces Janice aparece a su lado y le pregunta cuál es su canción favorita de Simón y Garfunkel. Enseguida se enfrascan en una discusión sobre las virtudes de *Homeward bound*, *I am a rock* y aquella otra que dice «si nunca hubiera amado, nunca habría llorado».

En la cocina de los Carver, los refugiados están tendidos en el suelo, con las manos entrelazadas en la nuca y las frentes pegadas a las baldosas. El mundo parece desmoronarse a su alrededor.

Cristales que se rompen, muebles que caen, algo que explota. Las balas atravesan las paredes con espeluznantes ruidos de taladros.

De repente, Bombón Carver no puede soportar que Ellie siga cogida a ella. Ama a Ellen, por supuesto, pero a quien realmente quiere tener en sus brazos en este momento es a Ralphie; al astuto, al insolente Ralphie que tanto se parece a su padre. Empuja a Ellie con fuerza, sin hacer caso a sus desconsolados gritos, y corre hacia el hueco entre el horno y la nevera, donde Jim está acuclillado sobre el histérico, lloroso Ralphie, sosteniéndole la cabeza con una mano.

—¡Maaamááá! —grita Ellen e intenta correr tras ella. Cammie Reed se aparta de la puerta de la despensa, coge a la niña por la cintura y la empuja nuevamente al suelo en el preciso momento en que algo que suena como el canto de una cigarra

gigante retumba en la cocina, golpea el grifo, y lo hace saltar por los aires como el bastón de una *majorette*. El grifo atraviesa la tela metálica de la ventana y rompe la telaraña al otro lado. El agua brota con furia de lo que queda del grifo y casi alcanza el techo.

—¡Dámelo! —grita Bombón—. ¡Dame a mi hijo! ¡Dame a mi...!

Se oye otro zumbido, esta vez seguido de un ruido seco y metálico cuando uno de las ollas de cobre que cuelgan encima de la cocina estalla en un montón de fragmentos retorcidos y metralla voladora. Bombón grita a voz en cuello, pero ahora sin palabras. Se ha llevado las manos a la cara, y la sangre mana de a través de sus dedos, deslizándose por el cuello. Su camisa mal abotonada está cubierta de hilos de cobre. Hay más fragmentos de cobre en su pelo y un trozo grande tiembla en el centro de su frente como la cuchilla de una navaja recién arrojada.

—¡No veo! —grita y baja las manos. Claro que no ve; sus ojos han desaparecido junto con la mayor parte de su cara. Astillas de cobre brillan en sus mejillas, sus labios, su barbilla—. ¡Ayúdenme! ¡No veo! ¡Ayúdame, David! ¿Dónde estás?

Johnny, tendido boca abajo junto a Brad en la habitación de Ellie, oye los gritos y comprende que ha sucedido algo terrible. Las balas cosen el aire por encima de sus cabezas. En la pared del fondo hay un cartel de Eddie Vedder, y mientras Johnny se arrastra hacia la puerta del pasillo, ve aparecer un agujero de bala en el pecho de Eddie. Otro proyectil alcanza el espejo de la cómoda de la niña y lo hace añicos. En algún lugar de la calle, fundiéndose favorosamente con los gritos de Bombón Carver, se oye el pitido de una alarma de automóvil. Y el tiroteo continúa.

Mientras se arrastra hacia el pasillo atestado de juguetes, Johnny oye la respiración agitada de Brad a su lado. Demasiado aeróbic en un día para un tipo con una barriga como la suya, piensa Johnny... pero de repente esa idea, los gritos de la mujer en la planta baja y el rugido de los disparos desaparecen de su mente. Por un instante siente como si acabara de descubrir una estrella.

—Es el mismo tipo —murmura—. ¡Dios mío, es el mismo cabrón!

—Agáchate, idiota. —Brad lo coge del brazo y tira de él.

Johnny cae hacia adelante como un coche que se desploma por culpa de un gato mal colocado; sin reparar en que estaba a gatas hasta se da de bruces contra el suelo. Balas invisibles atraviesan el aire sobre su cabeza. El cristal de un retrato de bodas colgado en lo alto de las escaleras estalla, y el cuadro cae con un ruido sordo sobre la alfombra del pasillo. Un segundo después, la bola de madera que corona el extremo de la barandilla de la escalera se desintegra, esparciendo un peligroso ramillete de astillas. Brad se agacha y se cubre la cara con las manos, pero Johnny mira fijamente un objeto en el centro del pasillo, sin prestar atención a nada más.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunta Brad—. ¿Quieres morir?

—Es él —repite Johnny. Se coge un mechón de pelo y tira con fuerza, como si

quisiera asegurarse de que aquello está sucediendo de verdad—. El... —Oyen un zumbido escalofriante sobre sus cabezas, similar a la vibración de una cuerda de guitarra pulsada con una púa, y el plafón del techo estalla desatando una lluvia de cristales—. El tipo que conducía la furgoneta —termina—. El otro, el humano, le disparó a Mary, pero éste es el que conducía.

Estira el brazo y coge uno de los muñecos articulados de Ralphie Carver del suelo del pasillo, que ahora está lleno de cristales y astillas además de juguetes. Es un alienígena con la frente abultada, oscuros y enormes ojos almendrados y una boca que más que boca es una especie de cuerno de carne. Está vestido con un uniforme verdoso fosforescente. Es prácticamente calvo, con un único mechón de pelo rubio y tieso en la cabeza, que a Johnny le recuerda el penacho del casco de un centurión romano. ¿Dónde está tu sombrero?, pregunta mentalmente al muñequito mientras las balas zumban por encima de su cabeza, perforando el papel de las paredes, destrozando los listones de madera que están debajo. La figura parece una versión en miniatura del E.T. de Spielberg. ¿Dónde está tu sombrero de la caballería, amigo?

—¿De qué hablas? —pregunta Brad, tendido de cuerpo entero sobre su estómago. Coge la figura, que tiene unos quince centímetros de altura, y la observa. Brad tiene un corte en una de sus mejillas regordetas, y Johnny supone que le ha caído un cristal de la lámpara. Abajo, la mujer deja de gritar. Brad mira al alienígena con los ojos tan redondos que resultan cómicos—. Estás como una regadera —dice.

—No —replica Johnny—. Te juro por Dios que es cierto. Nunca olvido una cara.

—¿Qué quieres decir? ¿Que los tipos que están haciendo todo esto llevan máscaras para que los supervivientes no puedan identificarlos?

Johnny no lo había pensado, pero es una buena idea.

—Supongo que sí, pero...

—Pero ¿qué?

—No parecía una máscara. Eso es todo. No lo parecía.

Brad lo mira fijamente un segundo, luego arroja la figura y comienza a arrastrarse hacia la escalera. Johnny coge el muñeco, y mientras lo está examinando, un proyectil procedente de la ventana del fondo del pasillo, la que da a la calle, pasa zumbando por encima de su cabeza. Guarda el muñeco en el otro bolsillo del pantalón y comienza a arrastrarse detrás de Brad.

En el jardín del viejo Doc, Peter Jackson se pone en pie con su mujer en brazos, ileso en medio de la tormenta de disparos. Ve las furgonetas con sus cristales oscuros y sus contornos futuristas, ve los cañones de las escopetas que escupen fuego, y entre la furgoneta plateada y la roja ve también el viejo Saab de Gary Soderson quemándose en el camino particular de la casa. Sin embargo, nada de lo que ve lo impresiona. Esta abstraído pensando que acaba de llegar a casa del trabajo. Por alguna razón, eso le parece importante. Piensa que cada vez que cuente lo sucedido

esa tarde terrible (no se le ha ocurrido pensar que quizá no sobreviva a esa tarde terrible, al menos hasta el momento), comenzará diciendo: «Acababa de llegar del trabajo». Esta frase se ha convertido en una especie de conjuro mágico en su cabeza, un puente hacia el mundo cuerdo y ordenado del que formaba parte apenas una hora antes y del que volvería a formar parte durante años o décadas: «Acababa de llegar del trabajo».

También piensa en el padre de Mary, profesor en la Facultad de Odontología de Meermont, Brooklyn. Henry Kaepner, o su intimidante entereza, siempre le ha dado miedo. Sabe que en el fondo de su corazón Henry Kaepner lo considera indigno de su hija (y en el fondo de su corazón, Peter Jackson siempre ha estado de acuerdo con él). Ahora Peter está en medio de la tormenta de disparos, con los pies en la hierba húmeda, preguntándose cómo hará para explicarle al señor Kaepner que el peor de sus temores se ha hecho realidad: su indigno yerno ha permitido que maten a su única hija.

Pero no ha sido culpa mía, piensa Peter. Quizá pueda hacérselo entender si le cuento que acababa de llegar del...

—Jackson.

La voz disipa sus preocupaciones, lo hace tambalearse, le despierta el impulso de gritar. Es como si una boca alienígena hubiera abierto un agujero dentro de su mente, desgarrándola. Mary se desliza, está a punto de caerse, y Peter la abraza con fuerza contra sí, haciendo caso omiso al dolor en sus brazos. En el mismo momento recupera parte de la noción de la realidad. La mayoría de las furgonetas se mueven otra vez, aunque muy despacio, sin dejar de disparar. La rosa y la amarilla están abriendo fuego contra las casas de los Reed y los Geller, destruyendo las fuentes para los pájaros, arrancando las espitas de los bebederos, rompiendo las ventanas del sótano, haciendo jirones flores y arbustos, cortando los canalones que descienden en pendiente hacia los jardines.

Sin embargo, una de ellas, la negra, permanece inmóvil. Está aparcada al otro lado de la calle, ocultando casi toda la casa de los Wyler. Se ha abierto la torreta y una figura resplandeciente, gris brillante y negro opaco, sale de ella como un espíritu por la ventana de una casa encantada. Pero Peter ve que esta figura está subida a algo. Es una especie de almohada flotante que se mueve con un zumbido.

¿Es un hombre? Peter no podría asegurarlo. Parece llevar un uniforme nazi de tela negra sedosa y ribetes plateados, pero encima del cuello con puntas no se ve una cara humana; de hecho, no se ve cara alguna. Sólo oscuridad.

—¡Jackson! Ven aquí, socio.

Intenta resistirse, quedarse donde está, pero cuando la voz vuelve a hablar ya no es una boca, sino un anzuelo clavado en el interior de su cabeza, desgarrando sus pensamientos. Ahora entiende lo que debe de sentir una trucha recién pescada.

—¡Muévete, amigo!

Peter camina sobre las borrosas casillas de una rayuela dibujada en la acera (Ellen Carver y su amiga, Mindy, que vive una calle más allá, la dibujaron aquella misma mañana) y luego baja a la cuneta. Uno de sus zapatos se llena de agua, pero ni siquiera se da cuenta. En su mente ahora escucha algo muy extraño, una especie de banda sonora. Es una guitarra tocando una melodía antigua, similar a las de Duane Eddy. Una melodía que conoce, pero no puede identificar. Es la guinda, el toque final de esa locura.

La figura brillante sobre la almohada flotante desciende al nivel de la calle. A medida que se aproxima, Peter espera ver la tela negra (quizá de nilón o de seda) que cubre su cara y le da un aspecto fantasmal, pero no la ve, y en el preciso momento en que estalla la puerta de cristal de la tienda de la esquina, comprende algo terrible: no la ve porque no está allí. El hombre de la furgoneta negra no tiene cara.

—¡Dios mío! —dice en voz tan baja que apenas puede oírse a sí mismo—. ¡Dios mío, ayúdame!

Otros dos individuos lo miran desde la torreta de la furgoneta negra. Uno tiene barba y va vestido con un uniforme harapiento de la guerra civil. El otro es una mujer de cabello liso negro y rasgos crueles y hermosos. Es tan pálida como un vampiro de tebeo. Su atuendo es negro y plateado, igual que el del hombre sin cara, y recuerda a los uniformes de la Gestapo. Una piedra del tamaño de un huevo de paloma cuelga de una cadena en su cuello y destella como una reminiscencia de los psicodélicos años sesenta.

Es un personaje de cómic, piensa Peter. Un primer y torpe esbozo de una fantasía sexual adolescente.

Mientras se acerca al hombre sin cara, cae en la cuenta de algo todavía más horrible: la criatura no está allí. Tampoco están allí los otros dos, ni la furgoneta negra. Recuerda una *matiné* de sábado de su infancia, cuando tenía seis o siete años, en que caminó hasta la pantalla y descubrió que el cine era un burdo espejismo. A apenas cuarenta centímetros de distancia, las imágenes eran sólo bruma; lo único real era el fondo reflectante de la pantalla, que era completamente lisa y tan blanca como un banco de nieve. Tenía que ser así para que la ilusión funcionara. Esto es igual, y Peter siente la misma estúpida incredulidad que experimentó entonces. Puedo ver la casa de Herbie Wyler, piensa. Puedo ver a través de la furgoneta.

—¡Jackson!

Pero la voz es real, tan real como las balas que mataron a Mary. Hace una mueca de dolor y grita, aprieta el cuerpo de su mujer contra su pecho durante unos instantes y luego lo deja caer al suelo sin siquiera darse cuenta. Es como si alguien hubiera apretado un megáfono eléctrico contra uno de sus oídos, subido el volumen al máximo y luego gritado su nombre. Su nariz y sus lacrimales comienzan a sangrar.

—*¡Por allí, amigo!* —La figura negra y plateada, ahora insustancial pero todavía amenazante, señala la casa de los Wyler. La voz es lo único real, pero también es la única realidad que Peter necesita; es como la cuchilla de una sierra. Gira la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que las gafas caen hasta la punta de su nariz—. *¡Tenemos mucho que hacer! ¡Será mejor que empecemos de una vez!*

Más que caminar hacia la casa de Herbie y Audrey Wyler, siente que lo empujan hacia ella. Mientras atraviesa la figura negra sin cara, una imagen fugaz y demencial cruza su mente: espaguetis (de esos rojos y artificiales que se venden en lata) y hamburguesa. Los dos alimentos aparecen mezclados en un bol blanco y los personajes de dibujos animados de la Warner Brothers —Bugs, Elmer, Daffy— bailan sobre el borde del recipiente. Por lo general, el solo hecho de pensar en esa clase de comida le da náuseas, pero ahora, mientras la imagen se mantiene en su mente, siente un hambre voraz; daría cualquier cosa por esos pálidos hilos de pasta y la artificial salsa roja. Durante un instante, incluso olvida su dolor de cabeza.

En el preciso momento en que atraviesa la imagen proyectada de la furgoneta negra, ésta se pone en marcha otra vez. Enseguida comienza a andar sobre el camino de cemento que conduce a la casa. Las gafas pierden su precario equilibrio y caen, pero Peter no lo nota. Aún oye disparos aislados, pero suenan muy lejanos, como si procedieran de otro mundo. La guitarra sigue sonando en su cabeza, y cuando la puerta de los Wyler se abre sola, se le unen las trompetas e identifica la melodía. Es la banda sonora de una vieja serie de televisión, *Bonanza*.

Acabo de llegar a casa del trabajo, piensa mientras entra en una habitación oscura y fétida que huele a sudor y hamburguesas podridas. Acabo de llegar a casa del trabajo, y la puerta se cierra a su espalda. Acabo de llegar a casa del trabajo, y está cruzando el salón, hacia la arcada y las voces del televisor.

—¿Por qué llevas ese uniforme? —pregunta alguien—. Hace más de tres años que terminó la guerra, ¿es que no te has enterado?

Acabo de llegar a casa del trabajo, piensa Peter, como si eso lo explicara todo: la muerte de su mujer, el tiroteo, el hombre sin cara, el aire fétido en esa pequeña habitación. Pero entonces la criatura que está delante del televisor se vuelve a mirarlo y Peter ya no piensa nada.

En la calle, las furgonetas que formaron el corredor de fuego aceleran, y la negra pronto alcanza a la Carroza de los Sueños y al Carro de la Justicia. El hombre de la torreta negra lanza una última salva de disparos. Un proyectil atraviesa el buzón azul situado en la puerta de la tienda, dejando un agujero del tamaño de una pelota de softball. Luego los atacantes tuercen a la izquierda por la calle Hyacinth y desaparecen. Rooty-Toot, el Carro de la Justicia y Flecha Rastreadora se marchan por la calle Bear, se pierden en la niebla que primero los desdibuja y luego los devora.

En casa de los Carver, Ralphie y Ellen lloran a voz en cuello por su madre, que se

ha desplomado en la puerta del pasillo. Sin embargo, no está inconsciente. Su cuerpo se sacude con fuerza de lado a lado, poseído por las convulsiones. Es como si su sistema nervioso fuera atacado por fuertes ráfagas de viento. La sangre mana a borbotones de su cara destrozada y desde lo más profundo de su garganta sale un sonido extraño, una especie de gruñido musical.

—¡Mamá, mamá! —grita Ralphie. Jim Reed hace todo lo posible para evitar que el niño corra hacia su madre, pero está perdiendo la batalla.

Johnny y Brad bajan las escaleras de culo, un peldaño por vez, como dos niños jugando; pero cuando Johnny llega abajo y comprende lo que ha pasado, se levanta y corre. Aparta la puerta de rejilla de una patada y luego gatea entre los restos de las queridas figuras de porcelana de Kirsten.

—¡Agáchate! —grita Brad, pero Johnny no le hace caso. Sólo piensa en una cosa: en separar a la mujer moribunda de sus hijos lo antes posible. No es necesario que sean testigos de su agonía.

—¡Mamá! —grita Ellen intentando soltarse de los brazos de Cammie. Le sangra la nariz y tiene los ojos desorbitados, aunque horrorosamente conscientes—. ¡Maaamááá!

Pero Kirsten no oye a sus hijos. Sus días de esposa y madre amorosa y su secreta ambición de crear sus propias figuras de porcelana (la mayoría de las cuales se parecerían a su hermoso Benjamín) han terminado, y Kirsten Carver se sacude inconsciente en la puerta, pataleando, levantando y bajando las manos, que golpean brevemente su regazo y vuelven a volar como pájaros asustados. Gruñe y canta, gruñe y canta sonidos que son casi palabras.

—¡Sacadla de aquí! —grita Cammie a Johnny, mirando a Bombón con horror y compasión—. ¡Separadla de los niños, por el amor de Dios!

Johnny se inclina, y cuando comienza a levantar a Kirsten, Belinda viene a ayudarlo. La llevan al salón y la dejan sobre el sofá que compró tras semanas de angustiosa indecisión y que ahora pierde plumas por un agujero enorme. Brad se aparta para dejarles paso, mirando con nerviosismo hacia la calle, que otra vez parece desierta.

—No me pidáis que lo cosa —dice Bombón con tono burlón y deja escapar una horrible tos ahogada.

—Kirsten —dice Belinda inclinándose sobre ella y cogiéndole una mano—. Te pondrás bien. Te recuperarás.

—No me pidáis que lo cosa —repite la mujer en el sofá y en esta ocasión parece que estuviera dando una clase. El cojín que está debajo de su cabeza comienza a oscurecerse; la mancha de sangre se extiende ante la vista de los tres espectadores. A Johnny le recuerda el halo que los pintores renacentistas pintaban alrededor de sus vírgenes. Entonces se reanudan las convulsiones.

Belinda se inclina y coge a Kirsten por los hombros.

—Ayudadme a sostenerla —grita con furia a Johnny y a su marido—. ¡Estúpidos! ¿No veis que no puedo sola? ¡Ayudadme!

En la casa de al lado, Tom Billingsley ha seguido intentando salvar la vida de Marielle incluso durante el ataque, trabajando con el aplomo de un cirujano en un campo de batalla. La herida ya está cosida y la hemorragia se ha reducido a una pequeña y oscura filtración a través de tres capas de gasa, pero cuando el viejo Doc mira a Collie, sacude la cabeza. Está más nervioso por los gritos en la casa vecina que por la operación que acaba de realizar. No siente mayor afecto por Marielle Soderson, pero está prácticamente seguro de que la mujer que grita es Kirstie Carver, y él quiere mucho a Bombón.

—Vaya, vaya —dice en voz alta—. ¡Caray!

Collie mira a Gary para asegurarse de que no los oye y lo descubre fisgoneando en la pequeña cocina del viejo Doc, ajeno a los gritos y a los llantos infantiles en la casa de al lado, ignorando que la operación de su esposa ha terminado; abre y cierra los armarios con la minuciosidad de un alcohólico empedernido que busca algo de beber. Su inspección del frigorífico en busca de cerveza o vodka frío fue comprensiblemente corta: el brazo de su mujer está allí dentro, en el segundo estante. El propio Collie lo puso allí, apartando alimentos —aliño para ensalada, encurtidos, mayonesa, restos de carne de cerdo asado envuelto en plástico transparente— para hacerle sitio. Collie no cree que puedan cosérselo, ni siquiera esta época de milagros y prodigios permite una hazaña semejante, pero de cualquier modo no se atrevió a dejar el brazo en la alacena. Demasiado calor. Atraería a las moscas.

—¿Piensa que morirá? —pregunta Collie.

—No lo sé —responde Billingsley. Hace una pausa, mira a Gary, suspira y se alisa la enmarañada melena a lo Albert Einstein—. Es probable, o más bien seguro si no la trasladan pronto a un hospital. Necesita atención médica, sobre todo una transfusión. Parece que al lado han herido a alguien; creo que a Kirsten. Y tal vez no sea la única. —Collie asiente—. ¿Qué cree que está pasando aquí, Entragian?

—No tengo la menor idea.

Cynthia recoge un periódico del suelo (es el *Dispatch* de Columbus, no el *Shopper* de Wentworth), lo enrolla y gatea despacio hacia la puerta de entrada. Usa el periódico para retirar de su camino los cristales rotos, que son muchísimos, mientras avanza.

Steve piensa en detenerla, en preguntarle si quiere morir, pero se calla. A veces tiene visiones extrañas, visiones muy impactantes. Una vez, mientras leía tranquilamente las líneas de una mano en las ramblas de Wildwood, tuvo una visión tan clara que dejó el trabajo aquella misma noche. Era la visión de una risueña joven de diecisiete años con cáncer de ovarios. Un tumor maligno en estado avanzado,

hacía probablemente un mes que estaba fuera del alcance de cualquier remedio humano. No era la clase de visión de una bonita colegiala de ojos verdes que quiere tener alguien cuyo lema es

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

La visión que tiene ahora es tan clara como la otra, pero más optimista: los atacantes se han ido, al menos por el momento. No tiene forma de saberlo, pero de todos modos está seguro.

En lugar de llamar a Cynthia, se une a ella. Los disparos han abierto la puerta hacia adentro (está tan doblada que Steve duda que vuelva a cerrarse jamás) y la brisa que pasa por la rejilla metálica es como una bendición, dulce y fresca en su cara sudorosa. En la casa de al lado los niños siguen llorando, pero los gritos se han acallado, al menos por el momento. Es todo un alivio.

—¿Dónde está? —pregunta Cynthia con voz de asombro—. Mire, allí está su mujer. —Señala el cadáver de Mary, que ahora está tendido en la calle, lo bastante cerca de la otra acera como para que su pelo flote en el canal oeste de desagüe—. Pero ¿dónde está él? Me refiero a Jackson.

Steve señala a través del panel destrozado de la puerta de rejilla.

—Tiene que estar en aquella casa. ¿No ve sus gafas? —Cynthia aguja la vista y luego asiente—. ¿Quién vive allí?

—No lo sé. No he estado aquí el tiempo suficiente para...

—La señora Wyler y su sobrino —dice Collie detrás de ellos. Se giran y lo ven acuclillado, mirando entre sus cuerpos—. El chico es autista o disléxico o catatónico... vamos, una de esas cosas. No sé distinguir una de otra. El marido de la señora Wyler murió el año pasado. Jackson debe... debe... de haber... —No se interrumpe, sino que baja la voz gradualmente, sus palabras son cada vez menos audibles, hasta perderse en el silencio. Cuando vuelve a hablar, su tono sigue bajo y pensativo—: ¿Qué demonios...?

—¿Qué? —pregunta Cynthia—. ¿Qué pasa?

—¿Me toma el pelo? ¿No lo ve?

—¿Si veo qué? Veo a la mujer y veo su... —Ahora es su turno de bajar la voz.

Steve va a preguntar qué pasa, pero entonces lo comprende todo. Supone que, a pesar de ser un extraño en el barrio, habría caído antes si no lo hubieran distraído el cadáver, las gafas en el camino y su preocupación por la señora Soderson. Sabe lo que debería hacer al respecto y se ha estado preparando para hacerlo.

Sin embargo ahora se limita a mirar la calle, dejando que sus ojos vaguen desde la tienda al edificio contiguo y de éste a la casa donde los crios jugaban con el disco de playa cuando él torció la esquina. Luego mira la casa de enfrente, donde Jackson

debió de esconderse cuando empezó el tiroteo.

Ha habido un cambio allí desde la llegada de las furgonetas con pistoleros.

Es un extraño en el barrio, y no sabe hasta qué punto han cambiado las cosas. No conoce la calle, en parte porque el humo del incendio y la niebla que todavía cubre la calle húmeda da a las casas un aspecto casi fantasmal, como si formaran parte de un espejismo... pero ha habido un cambio, de eso está seguro.

En casa de los Wyler, las paredes de cemento ahora son de troncos, y donde antes había un ventanal ahora hay varias ventanas más convencionales, ventanas anticuadas con postigos. Los paneles verticales de la puerta están cruzados por tablones de madera remachados en forma de «Z». La casa de la izquierda...

—Díganme —dice Collie mirando el mismo edificio—, ¿desde cuándo los Reed viven en una cabaña?

—¿Y desde cuándo los Geller viven en una hacienda de adobe? —responde Cynthia mirando la casa siguiente.

—Me están tomando el pelo —dice Steve, y luego añade más bajo—: ¿Verdad?

Ninguno de los dos responde. Parecen hipnotizados.

—No puedo creer lo que estoy viendo —dice por fin Collie con una voz inusualmente vacilante—. Es...

—Una imagen trémula —termina la chica.

Collie se gira hacia ella.

—Sí, como se ve algo a través del humo de un incinerador o...

—¡Que alguien ayude a mi mujer! —grita Gary desde las sombras del salón. Ha encontrado una botella, Steve no alcanza a ver de qué, y está junto a la foto de *Hester*, una paloma que pintaba con los dedos. Aunque las palomas no tienen dedos, piensa Steve. Gary se tambalea y sus palabras suenan pastosas—. ¡*E alguien ayude a Mar... el! ¡Ha erdido el bazo!*!

—Tenemos que buscar ayuda para ella —asiente Collie—. Y...

—Para nosotros —concluye Steve.

Se alegra de que alguien más parezca consciente de ello. Puede que no tenga que ir solo. El niño de la casa de al lado ha dejado de llorar, pero Steve aún oye a la niña sollozar entre grandes hipos estrangulados. Maaargrit la Maaarmota, piensa. Así la llamó su hermano. Margrit la Marmota está enamorada de Ethan Hawke, dijo.

Steven siente el súbito impulso, tan fuerte como insólito en él, de ir a la casa de al lado a buscar a la niña. De arrodillarse frente a ella, abrazarla y decirle que puede enamorarse de quien quiera, de Ethan Hawke o de Juan de los Palotes. Pero en lugar de hacerlo, mira calle abajo. Por lo visto, la tienda ha conservado su aspecto, el típico estilo de un colmado del siglo xx, más conocido como Bloque de Cemento en Tonos Pastel o Bodegón con Cubo de Basura. No es hermoso, ni mucho menos, pero sí familiar, y en las presentes circunstancias eso es un alivio. El camión Ryder sigue

aparcado delante, el cartel de teléfono público continúa colgado del gancho, el hombre de Marlboro sigue en la puerta y...

... y la valla para encadenar las bicicletas ha desaparecido.

Bueno, más que desaparecido, ha sido reemplazada por otra cosa. Por algo que se parece sospechosamente a una de esas barras donde atan los caballos en las películas del Oeste.

Steve hace un esfuerzo considerable para desviar primero los ojos y luego la atención de la barra y girarse hacia Collie, que le dice que tiene razón, que todos necesitan ayuda. A juzgar por los gritos, tanto en casa de los Carver como en la del viejo Doc.

—Detrás de las casas de este lado de la calle hay un bosque —dice Collie—. En medio hay un camino, que usan sobre todo los crios, pero que yo también suelo tomar. Detrás de la casa de los Jackson se divide en dos. Una rama va hacia Hyacinth y sale a la parada de autobús, en la avenida Anderson. La otra va hacia el este y acaba en el otro extremo de la avenida. Si en la avenida Anderson también hay problemas...

—¿Por qué iba a haberlos? —pregunta Cynthia—. No hemos oído tiros en esa dirección.

Collie la mira con expresión extraña, como si se esforzara por mantener la paciencia.

—Tampoco ha venido ayuda de esa dirección. Y por si no se ha dado cuenta, en esta calle hay cambios que no tienen nada que ver con el tiroteo.

—Ya —dice Cynthia en voz baja.

—Como decía, si en la avenida Anderson hay tanto follón como aquí... Espero que no, pero si fuera así, hay un viaducto que pasa por debajo de toda la calle y que quizá llegue más allá. Podría llegar hasta la calle principal de Columbus, y allí tiene que haber gente. —Sin embargo, Collie no parece demasiado convencido.

—Iré con usted —dice Steve.

Al policía le sorprende su ofrecimiento, pero de todos modos se toma unos segundos para pensar.

—¿Cree que sería buena idea?

—Sí. Creo que los malos se han ido, al menos por el momento.

—¿Qué le hace pensar eso?

Steve, que no tiene la menor intención de mencionar su breve carrera como adivino ambulante, responde que es sólo un pálpito. Ve que Collie Entragian reflexiona otro instante y sabe que va a decir que sí antes de que abra la boca. Esta vez no se trata de poderes paranormales. En lo que va de la tarde en la calle Poplar han asesinado a cuatro personas (y eso sin contar a *Aníbal*, el ladrón de discos de playa), han herido a varias más, una casa está ardiendo sin que haya aparecido un solo coche de bomberos y un grupo de locos, maníacos homicidas, anda suelto por el

barrio... En resumen, ese tipo tendría que estar loco para internarse solo en el bosque que separa esta calle de la siguiente.

—¿Y qué me dicen de él? —pregunta Cynthia señalando a Gary.

Collie hace una mueca de disgusto.

—En el estado en que está, no iría con él ni al cine, y mucho menos al bosque en medio de un caos como éste. Pero si su oferta iba en serio, señor... Ames, ¿verdad?

—Llámeme Steve. Y mi oferta va en serio.

—De acuerdo. Veamos si el viejo Doc guarda algún arma en el sótano. Sospecho que sí.

Empiezan a retroceder, agachados. Cynthia se vuelve para seguirlos, pero justo en ese momento algo llama su atención. Se gira una vez más hacia la calle y queda boquiabierta. Una sensación de asco sucede a la sorpresa y tiene que cubrirse la boca con las manos para reprimir un grito. Considera la posibilidad de llamar a los hombres, pero no lo hace. ¿De qué serviría?

Un buitre —puede que sea un buitre, aunque no se parece a ninguno de los que ha visto en los libros o las películas— acaba de surgir de las nubes de humo de la casa de los Hobart y ha aterrizado en la calle, junto a Mary Jackson. Es un bicho enorme y grotesco, con una horrible cabeza calva. Camina alrededor del cadáver, como un comensal experto que inspecciona una selección de alimentos antes de escoger un plato, y por fin da un picotazo y arranca la mayor parte de la nariz de la mujer.

Cynthia cierra los ojos e intenta convencerse de que se trata de un sueño, sólo un sueño. Sería agradable poder creérselo.

Del diario de Audrey Wyler:

10 de junio de 1995

Esta noche estoy asustada, muy asustada. Seth ha estado bastante tranquilo en los últimos días, pero ahora todo ha cambiado.

Al principio ninguno de los dos entendía qué pasaba. Herb estaba tan perplejo como yo. Fuimos a comprar helados a Milliy's, en la playa; es parte de nuestro ritual de los sábados cuando Seth se porta «bien» (es decir, cuando Seth es realmente Seth). Todo fue bien, pero luego, cuando subíamos por el camino de la casa, Seth empezó a olfatear como hace algunas veces; levanta la nariz y se pone a olfatear el aire como un perro. Herb y yo detestamos verle hacer eso. Supongo que tanto como un granjero detesta oír que anuncian un tornado por la radio. He leído que los padres de niños epilépticos aprenden a detectar las señales que preceden los ataques... cosas como rascarse obsesivamente la cabeza, decir palabrotas o incluso burlarse la nariz. En el caso de Seth, es la costumbre de olfatear. Sin embargo, no tiene ataques epilépticos. A veces desearía que los tuviera.

Herb le preguntó qué le pasaba en cuanto vio lo que

bacía, pero no obtuve respuesta, ni siquiera los típicos sonidos guturales. Lo intenté yo, y lo mismo: ni una palabra, ni siquiera un balbuceo. Sencillamente, siguió olfateando el aire. Y cuando llegó a la casa, empeñó a caminar de un sitio a otro con aire furtivo y las piernas rígidas, como si fuera incapaz de doblarlas. Fue al cajón de arena del jardín, luego a la planta alta, después al sótano... todo en absoluta y abominable silencio. Herb lo siguió durante un rato, preguntándole qué le pasaba, pero al final se dio por vencido. Mientras yo vaciaba el lavavajillas, Herb apareció con un folleto religioso que encontró en la puerta trasera, debajo del cajón de la leche, y empezó a gritar: «¡Aleluya, Jesús nos salvará!» Es un cielo; siempre intentando animarme, aunque yo sé que él tampoco lo está pasando bien. Se ha puesto muy pálido y me horroriza pensar en lo mucho que ha adelgazado desde enero hasta ahora. Calculo que ha perdido unos diez kilos, quizás quince, pero siempre que le pregunto, me responde con alguna broma.

El folleto en cuestión era la típica basura de los bautistas. En la portada había una foto de un moribundo con la lengua afuera, la cara empapada en sudor y los ojos en blanco. UN MILLÓN DE AÑOS SIN BEBER UN SORBO DE AGUA, decía

arriba de la cara. Y abajo: ¡BIENVENIDO AL INFIERNO! Miré la última página y sí, estaba en lo cierto: era la Iglesia Bautista de Sión. «Mira, es igual que mi padre por las mañanas, antes de peinarse», dijo Herb.

Intenté reír —sé que Herb es feliz cuando consigue hacerme reír—, pero no pude. Intuía la presencia de Seth, la sentía en la piel, como se siente la proximidad de una tormenta.

En ese mismo momento entró en la cocina, con el mismo aire furtivo y esa horrible mueca que hace cuando ocurre algo que no encaja con sus planes. Pero no es él, no es él. Seth es el niño más dulce, amable y dócil que uno pueda imaginar, pero tiene otra personalidad y últimamente aparece cada vez con mayor frecuencia. Es el Seth de las piernas rígidas, el que olfatea el aire como un perro.

Herb le preguntó si le pasaba algo, en qué pensaba, y de repente él —quiera decir, Herb— se cogió el labio inferior, tiró de él como si fuera el visillo de una ventana y lo retorció una y otra vez, hasta que empezó a sangrar. El pobrechillo lagrimeaba de dolor y tenía los ojos desorbitados de miedo, mientras Seth lo miraba con esa odiosa expresión que pone en ocasiones, como si quisiera decir: «Yo hago lo que me da la gana; no podéis detenerme». Y quizás no podamos, pero creo que a veces, sólo a veces, él —Seth— puede conseguirla.

-¡No le obligues a hacer eso! -le grité-. ¡Para de inmediato!

Cuando el otro, el doble de Seth, se enfada, sus ojos parecen cambiar de color y pasan del marrón al negro. Me miró con esos ojos y entonces, súbitamente, mi mano se levantó y me abofeteé la cara. Tan fuerte que el ojo de ese lado comenzó a lagrimear.

-Dile que pare, Seth -dijo-. Esto no es justo. Pare lo que pase, no es culpa nuestra. Ni siquiera sabemos de qué se trata.

Al principio no pasó nada; se limitó a mirarme otra vez con esos ojos negros. Pero luego, cuando mi mano volvía a levantarse, su odiosa mirada cambió un poco. No mucho, pero lo suficiente. Mi mano bajó y Seth se volvió a mirar el armario abierto donde guarda los vasos. En el estante superior están los que me dejó mi madre, un juego fino de cristal de Waterford que sólo usamos en ocasiones especiales. Bueno, allí estaban, porque cuando Seth los miró estallaron uno tras otro, como patos de cerámica en una galería de tiro. Cuando los once vasos que quedaban desaparecieron, Seth me miró con esa sonrisa expresión mezquina y arrogante que se dibuja en su cara cuando lo hacemos enfadar y decide vengarse. Con unos ojos muy negros, demasiado maduros para su cara de niño.

Me eché a llorar; no pude evitarlo. Le dije que era un niño malo y que se marchara. Entonces se le borró la sonrisa. No le gusta que le digan nada, y mucho menos eso. Pensé que iba a obligarme a hacerme daño otra vez, pero Herb se interpuso entre los dos y le dijo lo mismo, que se fuera y que volviera cuando estuviera más tranquilo, que quizás entonces pudieramos ayudarle a resolver lo que le preocupaba.

Seth salió de la cocina, y antes de que cruzara el salón en dirección a las escaleras, supe que el otro se había ido o estaba a punto de hacerlo. Ya no caminaba de esa forma horrible, con las piernas rígidas (Herb lo llama «el andar del robot Rooty»). Más tarde, lo oímos llorar en su habitación.

Herb me ayudó a recoger los cristales y yo lloré todo el tiempo como una imbécil. Esta vez no intentó consolarme ni animarme con sus bromas. A veces es muy lista. Cuando acabamos (milagrosamente, sin cortarnos), Herb dio la explicación más obvia, que Seth debía de haber perdido algo. Yo le respondí: «No me digas, Sherlock, ¿cómo lo has descubierto?» Pero enseguida me arrepentí, lo abracé y le dije que lo sentía, que no pretendía ofenderlo. Herb respondió que lo sabía, luego giró el estúpido folleto bautista y escribió en la última página: «¿Qué vamos a hacer?»

Sacudí la cabeza. A veces ni siquiera nos atrevemos a hablar de esto en voz alta, por miedo a que nos esté escuchando (me refiero al doble de Seth). Herbie hizo una bola con el folleto y la arrojó a la basura, pero para mí no era suficiente. La saqué y la rompi en trozos, pero antes me sorprendí mirando la cara sudada y angustiosa de la portada:

«Bienvenido al infierno.»

(Es ése Herb?) (O acaso soy yo?) Me gustaría decir que no, pero a veces me siento como si realmente estuviéramos en el infierno. Muchas veces. (Por qué, si no, escribo este diario?)

11 de junio de 1995

Seth duerme. Debió de estar agotado. Herbie está en el jardín trasero, buscando por todas partes, aunque creo que Seth ya ha buscado allí antes. Al menos sabemos qué es lo que ha perdido: la Carroza de los Sueños, una de los Supercarrros. Tiene toda la basura de los MotoKops: los muñecos articulados, el cuartel general de Crisis, el vestido de fiesta de Cassie, la cochera de los Supercarrros, dos pistolas de impacto e incluso dos sábanas estampadas con

«cojinetes flotantes». Pero sus favoritos son los Supercarros. Son furgonetas a pilas, bastante grandes y de estilo futurista. La mayoría tienen alas que se abren cuando se tira de una palanca en la base, luces parpadeantes, sirenas, dispositivos con ruidos de despegue y radares circulares que giran en el techo (el radar de la furgoneta de Cassie Styles, la Carroza de los Sueños, tiene forma de corazón; y eso después de treinta años de monsergas sobre la igualdad de derechos entre los sexos y los modelos de conducta más adecuados para las niñas).

La cuestión es que Seth volvió de California con las seis furgonetas que hay en el mercado: la roja (Flecha Rastreadora), la amarilla (el Carro de la Justicia), la azul (Libertad), la negra (el Carro de la Muerte, propiedad del malo de la serie), la plateada (la de Rooty-Toot) y la estúpida furgoneta rosada, conducida por Cassie Styles, el gran amor de nuestro sobrino (¡pensar que hay gente que gana dinero por crear toda esta basura!). La devoción de Seth por Cassie es graciosa y conmovedora, pero lo que está ocurriendo aquí no tiene la más mínima gracia: la cadoza de los sueños ha desaparecido y todo lo que ha pasado desde entonces es resultado de su rabia.

Herbie me despertó a las seis de la mañana, me sacó de

la cama. Tenía la mano fría como el hielo. Le pregunté qué pasaba, si algo iba mal, pero no me contestó. Me llevó hasta la ventana y me preguntó si veía algo. Supuse que lo que en realidad quería saber era si veía lo mismo que él.

Y lo veía: era la Carroza de los Sueños, que tiene un estilo casi art decó, como los dibujos de los viejos tebeos de Batman. Pero no era la Carroza de los Sueños de Seth, no era el juguete que tenía unos sesenta centímetros de largo y unos treinta de altura. La que vimos Herb y yo tenía aproximadamente cuatro metros de largo y dos de altura. La trampilla del techo estaba entreabierta y el radar con forma de corazón giraba igual que hace en los dibujos animados.

—¡Dios mío! (De dónde ha salido?) —dijo. La única que se me ocurrió es que había llegado volando con sus cortas y gruesas alas retráctiles. Fue como salir de la cama con un solo ojo abierto y descubrir que un platillo volante acaba de aterrizar en tu jardín. No podía ni respirar. Me sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Cuando Herb me dijo que en realidad no estaba allí, al principio no le entendí, pero luego el sol subió un poco en el cielo y me di cuenta de que podía ver a través de la furgoneta: de hecho, veía los álamos que hay al otro lado de la valla. El vehículo estaba y no estaba allí.

-Nos está mostrando lo que fue incapaz de decirnos
-dijo Herb.

Le pregunté si Seth estaba despierto y me respondió que no, que había ido a comprobarlo y que dormía profundamente. Eso me produjo un escalofrío indescriptible, porque significaba que estábamos en pijama junto a la ventana contemplando el sueño de nuestra sobrina. Un sueño que estaba en el jardín trasero como una inmensa pampa rosa de jabón.

Seguimos mirando durante unos veinte minutos. No sé si esperábamos que saliera Cassie Styles o qué, pero no ocurrió nada semejante. La furgoneta rosa permaneció allí, con la trampilla del techo entreabierta y el disco del radar girando. Luego empezó a desvanecerse hasta quedar reducida a un leve resplandor. Si no la hubiéramos visto antes, al final habriamos sido incapaces de identificarla. Entonces oímos a Seth que se levantaba para ir al lavabo. Cuando oímos el ruido de la cadena, ya no quedaban rastros de la furgoneta.

Durante el desayuno, Herb acercó su silla a la de Seth, como hace siempre que quiere hablar con él. En cierto sentido, creo que Herb es mucho más valiente que yo. Sobre todo teniendo en cuenta que es él quien...

No; no quiero escribir sobre eso.

La cuestión es que Herb acerca su cara a la de Seth, para obligarlo a mirarle, y luego le habla en voz baja y amable. Le dice que sabemos lo que pasa, que entendemos por qué está tan nervioso, pero que no se preocupe porque el Supercarro de Cassie tiene que estar en algún sitio de la casa o del jardín. Le asegura que lo encontraremos.

Mientras le hablaba, Seth parecía tranquilo. Siguía comiendo el cereal sin cambiar de expresión, pero por lo general se nota cuando es realmente él, cuando escuchaba y entiende, al menos un poco. Luego Herb le dijo «si no podemos encontrarla, compraremos otra» y todo se fue al infierno.

El tazón voló por los aires, esparciendo leche y cereales por el suelo de la cocina, chocó contra la pared y se rompió. El cajón que hay abajo del horno se abrió y todas las cosas que guardo allí —sartenes, fuentes para pasteles— comenzaron a flotar. Se supone que el lavavajillas no puede ponerse en marcha con la puerta abierta, pero la hizo y el suelo se inundó. El florero que estaba sobre el alféizar de la ventana, encima del fregadero, cruzó la estancia volando y se estrelló contra la pared. Pero lo más aterrador fue la tostadora, que estaba encendida porque me estaba preparando una tostada para acompañar el zumo de naranja. De repente, los pequeños

radiadores se pusieron al rojo vivo, como si en lugar de un pequeño electrodoméstico fuera un horno industrial. La palanca se levantó y la tortada saltó hasta el techo. Estaba negra y humeante, parecía un arma nuclear. Por fin aterrizó en el fregadero y seguía lo bastante caliente para sibar al contacto con las gotas del grifo.

Seth se levantó y salió de la cocina. Otra vez andaba con las piernas rígidas. Herb y yo nos miramos un par de segundos, hasta que me dijo:

—Puede que esa tortada sepa bien con un poco de mantequilla de cacahuete.

Primero lo miré boquiabierto, pero luego me eché a reír. Eso lo tentó a él también, y los dos nos lastamos de reír con la cabeza apoyada sobre la mesa de la cocina. Supongo que intentábamos evitar que Seth nos oyera, aunque en realidad es una estupidez: Seth no necesita oírnos para enterarse de lo que hacemos. No sé si es capaz de leer la mente, pero de un modo u otro lo consigue.

Cuando conseguí controlarme lo suficiente para levantar la cabeza, vi que Herb estaba pasando la fregona debajo del lavavajillas. Todavía se reía y se secaba las lágrimas. Es una bendición. Yo fui a coger la escoba y el recogedor para barrer los cristales.

-Supongo que está muy encariñado con la vieja Carroza de los Sueños - se limitó a decir Herb. ¿Y por qué decir más? Eso lo explica todo.

Ahora son las tres de la tarde y hemos puesto patas arriba nuestra «bonita choza», como diría Jan, mi antigua compañera de colegio. Seth intentó ayudar a su manera. Me rompió el corazón verlo levantar los cojines del sofá, como si la furgoneta pudiera haberse caído detrás como una moneda o una migaja de pizza. Herb empeñó la búsqueda con entusiasmo, diciendo que el coche era demasiado grande y chillón como para pasar inadvertido, y yo pensé que tenía razón. De hecho, todavía creo que tiene razón, pero ¿cómo es posible que no podamos encontrarlo? Desde donde estoy escribiendo, sentada a la mesa de la cocina, veo a Herb de rodillas en el jardín trasero, pasando el mango de un rastillo por debajo del seto. Es la tercera vez que lo hace, y quisiera decirle que parara, pero no me atrevo.

Oigo ruidos en la planta alta. Seth se está levantando de la siesta, así que debo dejar de escribir y esconder el diario en algún sitio. También tengo que quitármelo de la cabeza, aunque en ese sentido no creo que tenga problemas. Es evidente que a Seth le resulta mucho más fácil leer la mente de Herb que la mía. No sé por qué, pero estoy segura de ello, de modo que

he tomado la precaución de no contártelo a Herb que estoy escribiendo un diario.

Supongo que cualquiera que lea esto pensará que estamos locos por dejar que Seth siga viviendo con nosotros. Tiene algún problema, un problema grave, y no sabemos cuál es. Lo que sí sabemos es que es peligroso. Así que, (por qué lo hacemos), (por qué seguimos adelante) (Porque lo queremos) (Porque nos controla) No. A veces ocurren cosas que dan a entender que sí (como cuando Herb se retuerce el labio o yo me abofeteo), como si nos tuviéramos hipnotizados, pero no es siempre así. La mayor parte del tiempo Seth es simplemente un niño encerrado en la prisión de su propia mente. También es todo lo que queda de mi hermano.

Pero más allá de eso (por encima de todo), nos impulsa el amor. Y cada noche cuando nos acostamos, veo en los ojos de mi marido lo mismo que seguramente él verá en los míos: que hemos conseguido ganar la batalla un día más, y que si lo hicimos hoy, también podremos hacerlo mañana. Por las noches resulta fácil convencerte de que todo esto es una faceta más del autismo de Seth; nada realmente importante.

Oigo pasos arriba. Seth va al lavabo. Cuando salga, bajará con la esperanza de que hayamos encontrado su juguete. Pero (quién oirá la mala noticia) (Seth, que sólo

parecerá decepcionado y quizás lloré un poco) (O el otro?)

(El que camina con las piernas rígidas y destruye todo lo que encuentra a su paso cuando no puede salirse con la suya?)

He pensado en volver a llevarlo al médico, y estoy segura de que Herb también lo ha pensado. Desde luego. Pero después de la última vez, no parece tener mucho sentido... Los dos estábamos allí y vimos como el otro -el doble de Seth- se esconde, cómo Seth le permite esconderse: el autismo es un escudo infalible. Pero el verdadero problema no es el autismo, independientemente de lo que puedan ver o no ver todos los médicos del mundo. Cuando abro mi mente y dejo a un lado todas mis esperanzas y deseos, lo sé con absoluta certeza. Y cuando intentamos explicarle al médico cuál era la verdadera razón de nuestra visita, no pudimos hacerlo. Me pregunto si quiénquiera que lea esto alguna vez será capaz de entender la espantosa sensación de tener una mano en la garganta, una barrera entre las cuerdas vocales y la lengua:
NI SIQUIERA PODÍAMOS HABLAR.

Tengo mucha mieda. Miedo de la criatura de las piernas rígidas, pero también de otras cosas, de algunas que ni siquiera soy capaz de expresar y de otras que por desgracia puedo expresar perfectamente. Pero lo que más me asusta

ahora mismo es lo que pasará si no conseguimos encontrar

la Carroza de los Sueños, esa estúpida furgoneta rosa.

¿Dónde puede estar la muy púñetera? Si pudieramos
encontrarla...

VIII

1

En el preciso momento en que moría Kirsten Carver, Johnny pensaba en su agente literario, Bill Harris, y en su reacción al ver la calle Poplar: el más puro, genuino horror. Como buen agente literario, había conseguido mantener una sonrisa neutral, aunque algo acartonada, en el viaje desde el aeropuerto, pero la sonrisa comenzó a borrarse en cuanto entraron en el barrio (LA COMUNIDAD FELIZ DE OHIO, según proclamaba el cartel del cruce) y desapareció por completo cuando su cliente, que alguna vez había sido comparado con John Steinbeck, Sinclair Lewis y (después de *Placer*) Vladimir Nabokov, torció por el camino particular de una casa pequeña y perfectamente anónima, situada en la esquina de las calles Poplar y Bear. Bill había mirado con una especie de aturdida incredulidad el regador automático, la puerta de rejilla con una «M» gótica en el centro y el símbolo por excelencia de los barrios de las afueras, un cortacésped manchado de hierba situado en el camino como un dios de la gasolina que espera ser venerado. Luego Bill había mirado a un niño que patinaba en la acera de enfrente con los cascos de un *walkman* en la cabeza, un helado de la tienda de Milly derritiéndose en sus manos y una estúpida sonrisa de felicidad en su cara acneica. Esto había ocurrido seis años antes, en el verano de 1990, y cuando Bill Harris, célebre agente literario, volvió a mirar a Johnny, su sonrisa había desaparecido.

No puedes hablar en serio, había dicho Bill con voz apagada, incrédula. Claro que sí, Bill, había respondido Johnny, y algo en su tono había convencido a Bill, porque cuando éste volvió a hablar su voz pasó de la incredulidad a la queja. Pero ¿por qué? ¿Por qué?, había preguntado. ¡Cielo santo!, ¿por qué aquí? Acabo de llegar y ya tengo la sensación de que mi coeficiente intelectual ha empezado a bajar en picado. Siento la imperiosa necesidad de suscribirme al *Reader's Digest* y de escuchar debates por la radio. Así que explícame por qué. Creo que me lo debes. Primero ese maldito detective del cuento y ahora un barrio donde probablemente crean que la macedonia de frutas es un plato de alta cocina. Explícame qué pasa, ¿quieres? Y Johnny se lo había explicado: Muy bien, todo ha terminado.

No, claro que no. Eso acababa de decirlo Belinda. No Johnny, sino Belinda Josephson. Ahora mismo.

Johnny hizo un esfuerzo para aclararse la mente y echó un vistazo alrededor. Estaba sentado en el suelo del salón, con una de las manos de Kirsten entre las suyas. La mano estaba fría e inmóvil. Belinda estaba inclinada sobre Kirstie con un paño de

cocina en una mano y un cuadrado de tela blanca (Johnny supuso que era una servilleta) en el hombro, como si fuera un camarero. Belinda no lloraba, pero tenía una expresión de amor y pena en la cara que conmovió a Johnny. Estaba limpiando la cara ensangrentada de Kirsten con el paño de cocina, revelando lo que quedaba de sus rasgos.

—¿Has dicho que...? —empezó a preguntar Johnny.

—Has oído bien. —Belinda extendió el paño de cocina sin mirarlo y Brad lo cogió. Luego se quitó la servilleta del hombro, la desplegó y cubrió con ella la cara de Kirsten—. Que Dios se apiade de su alma.

—Lo mismo digo —dijo Johnny, hipnotizado por las pequeñas manchas rojas, como semillas de amapola, que empezaban a brotar sobre la servilleta blanca, tres a un lado de la prominencia que debía corresponder a la nariz de Kirsten, dos al otro lado, y quizás una docena en la frente. Johnny se llevó la mano a su propia frente y se secó el sudor—. Dios mío. Lo siento.

Belinda lo miró primero a él y luego a su marido.

—Supongo que todos lo sentimos, pero lo importante es qué hacemos ahora.

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, Cammie Reed salió de la cocina y entró en la habitación. Tenía la cara pálida pero serena.

—¿Marinville?

—Johnny —dijo el aludido.

La mujer necesitó unos instantes para darse cuenta de que Johnny le pedía que lo llamara por su nombre de pila (otro caso típico de pensamiento entorpecido por la tensión). Cuando por fin lo entendió, hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, Johnny. ¿Ha encontrado la pistola? ¿Y había balas?

—Sí a las dos cosas.

—¿Me la da? ¿Los chicos quieren ir a buscar ayuda? Lo he pensado y he decidido darles permiso. Siempre que usted les deje llevar la pistola de David, claro está.

—No tengo ningún inconveniente en darles el arma —dijo Johnny, sin saber si decía la verdad—, pero ¿no cree que puede ser muy peligroso?

La mujer lo miró de igual a igual, sin indicios de impaciencia en sus ojos o en su voz, pero mientras respondía se tocó una mancha de sangre en la blusa, un recuerdo de la hemorragia nasal de Ellen Carver.

—Soy perfectamente consciente del peligro que corren, y si fueran a salir a la calle, les diría que no. Pero los muchachos conocen bien un sendero en la zona verde que está detrás de las casas de este lado. Por él podrán llegar a la avenida Anderson. Allí hay un edificio deshabitado, un antiguo almacén de una compañía de mudanzas...

—Hermanos Veedon —dijo Brad con un gesto de asentimiento, y un viaducto que pasa por detrás del terreno y llega hasta la calle principal de Columbus, donde se

vacía en el arroyo. Quizá puedan encontrar un teléfono que funcione y llamar a la policía.

—¿Alguno de sus hijos sabe usar un arma, Cam? —preguntó Brad.

Otra mirada de igual a igual, como si aquella pregunta hubiera sido un insulto a su inteligencia.

—Los dos hicieron un cursillo de seguridad ciudadana con su padre, hace dos años. Estaba centrado sobre todo en rifles y armas de caza, pero también aprendieron a usar una pistola.

—Si Jim y Dave conocen ese camino, es probable que también lo conozcan los pistoleros —dijo Johnny—. ¿Lo ha pensado?

—Sí. —Aparecieron las primeras señales de impaciencia en la voz de Cammie, pero de todos modos Johnny admiró su dominio de sí misma—. Pero esos... locos... son extraños. Tienen que serlo. ¿Habían visto alguna de esas furgonetas antes?

Puede que sí, pensó Johnny. No sé exactamente dónde, pero si me dejaran pensar un rato...

—No, pero creo... —comenzó Brad.

—Nos mudamos aquí en 1982, cuando los mellizos tenían tres años —dijo Cammie—. Dicen que hay un camino que nadie conoce o usa, excepto los niños del barrio. También dicen que hay un viaducto, y yo les creo.

Claro, pensó Johnny, pero eso es secundario. Como también lo es la esperanza de que traigan ayuda. Usted sólo quiere que salgan de aquí, ¿no es cierto? Seguro que sí, y no la culpo.

—Johnny —añadió la mujer, quizá tomando su silencio como una negativa—, no hace tanto tiempo que chicos apenas un poco mayores que mis hijos iban a combatir a Vietnam.

—Y algunos incluso más jóvenes —dijo Johnny—. Yo estuve allí y los vi. —Se levantó, sacó la pistola de la cintura de pantalón con una mano y la caja de cartuchos del bolsillo de la camisa con la otra—. No me importaría darle esto a sus hijos, pero me gustaría acompañarlos.

Cammie miró la barriga de Johnny, no tan voluminosa como la de Brad, pero aún así bastante considerable. No le preguntó por qué quería ir, ni si creía que su presencia serviría de algo. Al menos por el momento, su mente razonaba con absoluta frialdad.

—Los muchachos juegan al fútbol y participan en carreras atléticas todas las primaveras. ¿Podrá seguirles la marcha?

—No en una maratón ni en una carrera olímpica, por supuesto —respondió—. Pero creo que podré seguirlos por un camino en el bosque y por el viaducto.

—Es absurdo —dijo Belinda con brusquedad. No hablaba con Johnny, sino con Cammie—. ¿Cree que si funcionara algún teléfono en los alrededores de la calle

Poplar todavía estaríamos aquí sentados, con varios muertos en la puerta y una casa en llamas en la acera de enfrente?

Cammie la miró, volvió a tocarse la mancha de sangre en la blusa, y miró otra vez a Johnny. A su espalda, Ellie los espiaba por la puerta de la sala. Los ojos de la niña estaban desorbitados de pena y temor y tenía la boca y la barbilla manchadas de sangre.

—Si los muchachos creen que pueden conseguirlo, yo también lo creo — respondió Cammie haciendo caso omiso de la pregunta de Belinda. Era evidente que no tenía ningún interés en hacer especulaciones. Quizá más tarde, pero no ahora. Lo único que le importaba en ese momento era apostar por sus hijos mientras la suerte estuviera a su favor. Apostar por sus hijos y conseguir que salieran de allí.

—De acuerdo —dijo Johnny. Le entregó la pistola y las municiones y se dirigió a la cocina. Los mellizos eran buenos chicos, y eso era una gran cosa. Unos chicos que habían sido programados para hacer nueve de cada diez veces lo que querían los adultos, y en las actuales circunstancias, eso era aún mejor. Mientras caminaba hacia la cocina, Johnny palpó el objeto que se había guardado en el bolsillo delantero izquierdo del pantalón—. Pero antes de irnos, es importante que hablemos con alguien. Es muy importante.

—¿Con quién? —preguntó Cammie.

Johnny cogió a Ellen Carver en brazos. La abrazó, le besó una mejilla manchada de sangre y se alegró al ver que la niña se cogía con fuerza de su cuello. Era imposible comprar un abrazo como ése.

—Con Ralphie Carver —dijo llevando Ellie de nuevo a la cocina.

2

De hecho, Tom Billingsley tenía un par de armas en la casa, pero primero buscó una camiseta para Collie. No era ninguna maravilla, sólo una vieja camiseta de los Browns de Cleveland con un agujero en una axila, pero era de la talla supergrande, y mejor internarse en el camino del bosque con eso que con el torso desnudo. Collie había tomado aquel camino muchas veces con la frecuencia suficiente para saber que estaba flanqueado por moreras y otros arbustos espinosos.

—Gracias —dijo poniéndose la camiseta mientras el viejo Doc los conducía al otro lado de la mesa de pimpón al fondo del sótano.

—De nada —respondió Billingsley mientras tiraba del cordel que encendía las luces fluorescentes—. Ni siquiera recuerdo de dónde salió. Yo siempre he sido un forofa de los Bengals.

En un rincón, junto a la mesa de pimpón, había un revoltijo de utensilios de pesca, unos cuantos chalecos de caza anaranjados, y un arco sin cuerda. El viejo Doc se agachó con una mueca de dolor, apartó los chalecos y retiró una manta doblada y atada con un cordel. En el interior había cuatro rifles, aunque dos de ellos estaban desmontados. Billingsley levantó los dos enteros.

—Esto servirá —dijo.

Collie cogió el de calibre 30-06, que probablemente era más adecuado para una ronda por el bosque que su pistola reglamentaria (y que despertaría menos sospechas si se veía obligado a dispararlo). Ames se quedó con el arma más pequeña, una Mossberg.

—Sólo dispara balas del veintidós —dijo Doc con tono culpable mientras buscaba en el armario situado junto al contador de la luz. Sacó un par de cajas de municiones y las puso sobre la mesa de pimpón—. Pero de todos modos es un arma excelente. Tiene sitio para nueve balas en la recámara. ¿Qué le parece?

Ames le dedicó una sonrisa de oreja a oreja que Collie encontró encantadora.

—Me parece estupendo, vaquero —dijo cogiendo la escopeta. Billingsley dejó escapar una cascada risita de viejo y los condujo otra vez arriba.

Cynthia había puesto una almohada debajo de la cabeza de Marielle, pero ésta seguía tendida en el suelo del salón (más precisamente debajo del cuadro de *Daisy*, la perra galesa con vocación para las matemáticas). No se habían atrevido a moverla, pues Billingsley temía que se le abrieran los puntos. Por suerte seguía viva y —también por fortuna, dadas sus circunstancias— estaba inconsciente. Sin embargo, respiraba con profundos e irregulares resuellos que no sonaban nada saludables a oídos de Collie. Daba la impresión de que en cualquier momento dejaría de respirar.

Su marido, el encantador Gary, estaba sentado en una silla de la cocina que había girado en dirección al salón para mirar a su esposa mientras bebía. Collie vio que la botella que había encontrado contenía jerez para guisar, y sintió náuseas.

Gary vio (o intuyó) que lo observaba y alzó la vista. Tenía los ojos rojos e hinchados. Irritados. Patéticos. Collie rebuscó en el fondo de su corazón y encontró un poco de compasión por él... aunque no mucha.

—*Da pedido er mardito bazo* —dijo a Collie con voz pastosa y tono confidencial—. *Aidayudala*.

Collie reflexionó un instante y tradujo del *ebriolés*: «Hay que ayudarla».

—Sí —dijo—. Encontraremos ayuda.

—*Erdió er mardito bazo. Esa er da nevera*.

—Lo sé.

Cynthia se unió a ellos.

—Usted era veterinario, ¿verdad, Billingsley? —Este hizo un gesto afirmativo—. Me lo parecía. Venga conmigo. Quiero enseñarle algo que hay delante de la puerta de

calle.

—¿Le parece prudente?

—En este momento, sí. Lo que hay ahí fuera... Bueno, será mejor que lo vea con sus propios ojos. —Miró a los demás hombres—. Y ustedes también.

Condujo a Billingsley al otro lado del salón, hasta la puerta que daba a la calle Poplar. Collie miró a Steve, que se encogió de hombros. El policía supuso que Cynthia quería mostrarle al viejo Doc cómo habían cambiado las casas de la calle, aunque no sabía qué tenía que ver aquello con el hecho de que Billingsley fuera veterinario.

—¡Joder! —dijo a Steve cuando llegaron junto a la puerta—. Han vuelto a la normalidad. ¿O es que todo fue fruto de nuestra imaginación? —Miraba sobre todo la casa de los Geller. Diez minutos antes, cuando él, el hippie y la dependienta habían mirado por aquella misma puerta, podría haber jurado que la casa de los Geller era una choza de adobe, como las que había en Nuevo México o en Arizona en la época de los primeros colonos. Ahora estaba revestida con las planchas de aluminio características de Ohio.

—No fue fruto de nuestra imaginación y las cosas no han vuelto a la normalidad —dijo Steve—. Al menos, no del todo. Mire eso.

Collie siguió la dirección del dedo de Collie y vio la casa de los Reed. Las modernas planchas de aluminio estaban allí otra vez, reemplazando a los troncos, y el techo era de tejas de asfalto, en lugar del material que había visto antes (creía que era tierra). La antena parabólica estaba nuevamente encima del garaje. Pero la casa reposaba sobre toscas planchas de madera, en lugar de cimientos de ladrillo, y todos los postigos estaban cerrados a cal y canto. Además, en las ventanas había troneras, como si los habitantes de la casa esperaran que a las molestas visitas cotidianas de adventistas del Séptimo Día y vendedores de seguros se sumara un ataque de los indios. Collie no habría podido jurarlo, pero tenía la impresión de que la casa de los Reed ni siquiera tenía postigos antes de aquella tarde, y mucho menos postigos con troneras para rifles.

—Oh, vamos —dijo Billingsley con el tono de alguien que comienza a creer que lo han pillado en un programa de *Objetivo indiscreto*—. ¿Esos postes para caballos están realmente enfrente de la casa de Audrey? No, ¿verdad? ¿Qué demonios es todo esto?

—Olvide ese asunto —dijo Cynthia. Cogió la cara del anciano con las dos manos y la giró para que mirara el cadáver de la mujer de Peter Jackson.

—¡Dios mío! —dijo Collie.

Había un pájaro enorme posado sobre el muslo desnudo de la mujer, con las garras amarillas clavadas en su piel. El ave ya había dado cuenta de la mayor parte de lo que quedaba de la cara de Mary y ahora estaba excavando un hueco debajo de la

barbilla. Collie tuvo un recuerdo fugaz e inoportuno de la noche en que había besado a Kellie Eberhart exactamente en el mismo sitio, en un cine al aire libre de Columbus. La chica le había dicho que si le dejaba marca, su padre los mataría a tiros a los dos.

No se dio cuenta de que había colocado la escopeta en posición de tiro, hasta que Steve le bajó el cañón con la palma de la mano.

—Yo no lo haría, amigo. Mejor no hacer ruido.

Tenía razón, pero... ¡cielos!, no era sólo lo que hacía, sino también lo que *era*.

—*Eerdió er mardito bazo* —anunció Gary desde la cocina, como si temiera que lo olvidaran si les daba la más mínima oportunidad. El viejo Doc no le hizo caso. Había cruzado el salón con la expresión de un hombre que teme ser asesinado en cualquier momento, pero ahora parecía haber olvidado por completo a los pistoleros, las extrañas furgonetas y las casas mutantes.

—¡Dios mío! ¡Miren eso! —exclamó fascinado—. Tengo que hacer una foto. Sí. Voy a coger mi cámara...

Comenzó a volverse, pero Cynthia lo cogió de un hombro.

—La cámara puede esperar, señor Billingsley.

El viejo pareció recapacitar y volver a la realidad.

—Supongo que sí, pero...

El pájaro se volvió como si los hubiera oído y miró fijamente la casa del veterinario con los ojos inyectados en sangre. Un rastrojo negro oscurecía su cráneo rosado y su pico era un burdo gancho amarillo.

—¿Es un gallinazo? —preguntó Cynthia—. ¿O un buitre?

—¿Un gallinazo?, ¿un buitre? —preguntó el viejo Doc, atónito—. Cielos, no. No he visto un pájaro igual en mi vida.

—Querrá decir en Ohio —observó Collie. Sabía perfectamente que Billingsley no había querido decir eso, pero quería oírlo de su boca.

—En ninguna parte.

El hippie miró al pájaro, luego a Billingsley, y por fin al pájaro otra vez.

—Entonces ¿qué es? ¿Una especie nueva?

—¡Y una mierda! Perdone mi lenguaje, señorita, pero se trata de un maldito mutante. —Billingsley miró hipnotizado cómo el pájaro desplegaba las alas y las agitaba para ascender sobre la pierna de Mary—. Fíjense qué grande es el cuerpo y qué pequeñas las alas en proporción. ¡A su lado, una avestruz parecería un milagro de la aerodinámica! Las alas ni tienen la misma longitud.

—No —respondió Collie—. A mí tampoco me parecen iguales.

—¿Cómo puede volar? —preguntó Doc—. ¿Cómo demonios puede volar?

—No lo sé, pero lo hace. —Cynthia señaló las espesas nubes de humo que ocultaban cualquier vestigio del mundo más allá de la calle Hyacinth—. Salió volando del humo. Yo lo vi.

—Seguro que sí. En ningún momento he pensado que alguien lo subió al cielo en un... en un *pajaromóvil* y luego lo arrojó al suelo, pero es totalmente incomprendible... —Se interrumpió y miró a la criatura con mayor detenimiento—. Sin embargo, es lógico que a primera vista lo haya confundido con un buitre. —Collie pensó que el viejo Doc hablaba mayormente para sí, pero de todos modos lo escuchó con atención—. Se parece un poco a un buitre. Un niño lo dibujaría así.

—¿Qué? —preguntó Cynthia.

—Un niño lo dibujaría así —repitió Billingsley—. Un niño que no tuviera demasiado clara la diferencia entre un buitre y un águila calva.

3

La sola visión de Ralphie Carver rompió el corazón de Johnny. Jim Reed, cuya solicitud se había trocado en entusiasmo por la misión inminente, lo había dejado solo, y Ralphie estaba de pie entre el horno y el refrigerador, con el pulgar en la boca y una mancha húmeda extendiéndose en la parte delantera de sus pantalones cortos. Su insolencia se había esfumado. Tenía los ojos vidriosos, grandes como platos, y miraba a Johnny con la expresión de un drogadicto.

Johnny se detuvo en la puerta de la cocina y dejó a Ellie en el suelo. La niña no quería soltarse, pero él le apartó las manos de su cuello con suavidad. Los ojos de Ellen también reflejaban horror, pero les faltaba el misericordioso brillo que había en los de su hermano. Más allá, Kim y Susi Geller estaban sentadas en el suelo, abrazadas. Mamá estará contenta, pensó Johnny recordando cómo pocos momentos antes Kim se disputaba la posesión de su hija con David Reed. El chico había ganado la primera batalla, pero ahora tenía cosas más importantes en que pensar; el destino lo llevaba a la avenida Anderson y a lo desconocido. Sin embargo, allí había dos niños pequeños que habían quedado huérfanos de padre y madre en lo que iba de la tarde.

—¿Kim? —dijo—. ¿No podrías ayudar a...?

—No —respondió ella. Ni más ni menos, y con absoluta serenidad. Sin una mirada de desafío, sin histerismo en la voz... y sin ningún sentimiento. Tenía un brazo alrededor del cuerpo de su hija y su hija tenía un brazo alrededor del suyo. Muy enternecedor; como una pareja de niñas abrazadas esperando que pase la tormenta.

Quizá fuera comprensible, pero Johnny se enfureció con ella de todos modos. De repente, Kim encarnaba a todos los que ponían cara de aburrimiento cuando salía el tema del sida, de los niños sin hogar o de la defoliación de los bosques tropicales; a todos los que pasaban por encima de un hombre o a una mujer que dormía en la calle sin dirigirles una mirada. Tal como había hecho él mismo alguna que otra vez.

Johnny imaginó que la cogía por los brazos, la levantaba, le daba media vuelta y le asestaba una rápida patada en su culo de burguesa del Medio Oeste. Puede que así consiguiera despertarla; y si no lo hacía, al menos él se sentiría mejor.

—No —repitió sintiendo que le latían las sienes con una furia irracional.

—No —ratificó ella con una vaga sonrisa que parecía decir «celebro que por fin lo entiendas». Luego giró la cabeza hacia Susi y comenzó a acariciarle el pelo.

—Ven, preciosa —dijo Belinda a Ellen, agachándose y abriendo los brazos—. Ven un rato con Bee. —La niña se acercó en silencio, con una patética mueca de dolor en la cara que hacía aún más insopportable su silencio, y Belinda la abrazó.

Los mellizos Reed contemplaban la escena, pero en realidad no la veían. Estaban de pie junto a la puerta trasera, con los ojos brillantes y aire de nerviosismo. Cammie se aproximó a ellos y los miró con una expresión que en un primer momento Johnny confundió con malhumor. Un instante después comprendió que se trataba de un terror tan grande que era imposible de disimular.

—Muy bien —dijo por fin, con voz fría y expeditiva—. ¿Quién llevará la pistola?

Los muchachos se miraron y Johnny tuvo la impresión de que se comunicaban mediante un sistema peculiar, rápido pero complejo, la clase de comunicación que sólo puede darse entre mellizos. O quizás se te hayan recalentado los sesos, John. No era una idea demasiado descabellada; después de todo, los sentía recalentados.

Jim extendió una mano. Por un instante, a Cammie le tembló el labio superior, pero enseguida recuperó la compostura y le entregó la pistola de David Carver. Dave cogió la caja de municiones y la abrió mientras su hermano giraba el cilindro de la 45 y levantaba el arma a la luz, para comprobar que la recámara estuviera vacía, tal como había hecho John. Tomamos precauciones porque somos conscientes del poder potencial de un arma para mutilar y matar, pensó Johnny. Pero hay algo más. También sabemos que las armas son malas, demoníacas. Hasta los mayores aficionados a las armas lo saben.

Dave extendió la palma de la mano, ofreciendo un puñado de municiones a su hermano. Jim las cogió una a una hasta acabar de cargar la pistola.

—Comportaos como si vuestro padre estuviera con vosotros —dijo Cammie mientras tanto—. Si se os ocurre hacer algo que él no os permitiría, no lo hagáis. ¿Entendido?

—Sí, mamá. —Jim cerró el cilindro de la pistola y luego extendió el arma, con los dedos fuera del gatillo y el cañón apuntando al suelo. Parecía avergonzado por las órdenes de su madre —que hablaba como el comandante en jefe de una vieja novela de León Uris leyéndole la cartilla a un par de detectives novatos— y al mismo tiempo excitado por la misión que se le había encomendado.

Cammie miró al otro mellizo.

—¿David?

—Sí, mamá.

—Si veis personas extrañas en el bosque, volved de inmediato. Eso es lo más importante. No hagáis preguntas, no respondáis a nada de lo que digan, ni siquiera os acerquéis.

—Pero, mamá, si no van armados... —comenzó Jim.

—No hagáis preguntas y no os acerquéis a ellos —repitió Cammie. No subió el tono, pero había algo en su voz que hizo que los dos jóvenes retrocedieran unos pasos. Algo que zanjaba la cuestión.

—Suponga que ven policías, señora Reed —dijo Brad—. Quizá hayan decidido que el bosque es el mejor camino para acercarse a la calle.

—Será más seguro mantenerse a distancia —dijo Johnny—. Si hay policías seguramente estarán... bueno, nerviosos. Y un policía nervioso puede herir a personas inocentes. No lo harían adrede, por supuesto, pero es mejor actuar con prudencia. Evitar accidentes.

—¿Vendrá con nosotros, señor Marinville? —preguntó Jim.

—Sí.

Aunque ninguno de los dos chicos dijo nada, a Johnny le alegró ver una expresión de alivio en sus ojos.

Cammie dirigió una mirada reprobadora a Johnny —como si dijera «¿ha terminado?, ¿puedo continuar?»— y siguió con sus instrucciones:

—Id a la avenida Anderson. Si allí no hay problemas... —vaciló un momento, como si tomara conciencia de lo improbable que era eso—, pedid permiso para usar un teléfono y llamad a la policía. Pero si la avenida Anderson está como esta calle, o si las cosas parecen ligeramente... bueno...

—Liadas —dijo Johnny. En Vietnam los soldados tenían tantas palabras para describir esa clase de intuiciones como los indios para las variaciones del tiempo, y era curioso cómo volvían a su mente en ese momento, encendiéndose como carteles luminosos en una habitación oscura: liadas, torcidas, podridas, pachuchas. Sí, de repente recuerdo todo muy bien. Pronto me ataré un pañuelo al cuello para evitar el sudor y dirigiré la expedición dando gritos de guerra.

Cammie seguía mirando a sus hijos y Johnny deseó que se diera prisa. Los mellizos continuaban mirándola con respeto (y un poco de miedo), pero cualquier cosa que les dijera a partir de ese momento les entraría por un oído y les saldría por el otro.

—Si veis algo raro en la avenida Anderson, coged ese viaducto que conocéis. Cruzad hasta la calle principal de Columbus y llamad a la policía. Explicadles lo que ocurre aquí. ¡Y no se os ocurra volver a la calle Poplar!

—Pero, mamá... —empezó Jim.

Cammie se puso de puntillas, extendió una mano y le apretó los labios, sin

hacerle daño, pero con firmeza. Johnny la imaginó haciendo lo mismo cuando los mellizos tenían diez años menos, aunque entonces tendría que haberse agachado.

—Deja los peros para otra ocasión —dijo—. Esta vez haréis exactamente lo que yo diga. Buscad un sitio seguro, llamad a la policía y luego manteneos al margen de toda esta locura, ¿de acuerdo?

Los muchachos asintieron. Su madre respondió con un gesto afirmativo y soltó los labios de Jim. El muchacho sonreía avergonzado —qué vamos a hacer si mi madre es así— y estaba ruborizado hasta las orejas. Sin embargo, sabía que no debía rebelarse.

—Y tened cuidado —concluyó Cammie. Johnny vio algo en sus ojos, quizá el impulso de besarlos o quizás impaciencia porque se marcharan antes de que perdiera la compostura. Pero la expresión se desvaneció enseguida.

—¿Preparado, Marinville? —preguntó Dave, que miraba con envidia la pistola de su hermano. Johnny sospechó que cuando hubieran recorrido un trecho del bosque le pediría permiso para llevarla un rato.

—Un segundo —dijo y se arrodilló delante de Ralphie.

El pequeño retrocedió hasta chocar con la pared y lo miró por encima del pulgar. Allí abajo, a la altura de Ralphie, el olor a orina y a miedo era tan fuerte que le pareció volver a estar en la jungla.

Johnny sacó del bolsillo la figura que había encontrado en el pasillo de la planta alta: el alienígena de ojos grandes, boca de cuerno y un penacho de pelo amarillo en el centro de la cabeza calva. Se lo enseñó a Ralphie.

—¿Qué es esto, pequeño?

Al principio pensó que el niño no iba a responder. Pero luego el niño estiró la mano libre, sin quitarse la otra de la boca, y cogió el muñeco. Por primera vez desde el comienzo del tiroteo Johnny vio una chispa de vida en su rostro.

—Es el comandante Pike —respondió.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es un *canopaliano*. —Pronunció esta última palabra con cuidado y orgullo—. Eso significa que es un *nanielígena*, pero un *nanielígena* bueno. No como Sinrostro. —Hizo una pausa—. A veces conduce el Supercarro de Bounty. El comandante Pike no estaba con ellos, ¿verdad?

Los ojos de Ralphie se llenaron de lágrimas y Johnny recordó una anécdota célebre entre los niños de su generación, sobre un escándalo ocurrido durante un partido de béisbol en 1919. Al parecer, un niño lloroso se había acercado al jugador Joe Jackson y le había suplicado que le dijera que la bola había sido buena. Y aunque Johnny había visto a aquel monstruo, o a alguien usando una máscara del monstruo, negó con la cabeza y tranquilizó a Ralphie con una palmadita en el hombro.

—¿El comandante Pike es un personaje de una película o de una serie de

televisión? —preguntó Johnny, aunque ya sabía la respuesta. Las piezas comenzaban a encajar, y quizá deberían haberlo hecho mucho antes. En los últimos años había dado muchas clases en colegios donde los adultos habrían tenido que agacharse para beber de la fuente de la sabiduría, había leído sus libros en bibliotecas donde las sillas tenían apenas noventa centímetros de altura. Escuchaba sus conversaciones, pero nunca había mirado sus series o películas favoritas en el cine o en la tele. Tenía la impresión de que esa clase de investigación obstaculizaría su trabajo, en lugar de facilitarlo. Aunque estaba muy lejos de saberlo todo sobre el mundo de los niños y aún tenía un montón de dudas, empezaba a creer que podía haber una explicación para aquella locura—. ¿Ralphie?

—De una serie de dibujos animados —dijo Ralphie con el pulgar en la boca. Seguía observando con atención al comandante Pike, tal como Johnny había hecho antes—. Es uno de los MotoKops.

—¿Y qué es la Carroza de los Sueños, Ralphie?

—Señor Marinville, tendríamos que... —comenzó Dave.

—Dale un minuto, hijo —dijo Brad.

Johnny no había apartado los ojos de Ralphie.

—¿La Carroza de los Sueños?

—Es el Supercarro de Cassie —dijo Ralphie—. De Cassie Styles. Yo creo que es la novia del coronel Henry. Mi amigo Jason dice que no, porque los MotoKops no tienen novia, pero yo creo que sí. ¿Qué hacen los Supercarros en la calle Poplar, señor Marinville?

—No lo sé, Ralphie. —Aunque comenzaba a sospecharlo.

—¿Por qué son tan grandes? Y si son buenos, ¿por qué han disparado a mi papá y a mi mamá?

Ralphie arrojó al comandante Pike al suelo y le propinó una patada, arrojándolo al otro extremo de la habitación. Luego se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Cammie Reed se dirigió a él, pero antes de que pudiera llegar a su lado, Ellen Carver se soltó de los brazos de Belinda y abrazó a su hermano.

—Tranquilo, Ralphie, tranquilo —dijo—. Yo cuidaré de ti.

—Genial —dijo el pequeño entre sollozos. Johnny se llevó una mano a la boca y apretó con fuerza suficiente para hacer sangrar los labios. Era la única forma de reprimir una carcajada histérica y demencial.

«Si son buenos, ¿por qué han disparado a mi papá y a mi mamá?».

—Vamos, muchachos —dijo a los mellizos Reed mientras se incorporaba—. Salgamos a explorar.

El sol comenzaba a ponerse sobre la calle Poplar. Aún era demasiado pronto, pero el sol no parecía hacer caso de la hora. Brillaba sobre el horizonte oeste como un maléfico ojo púrpura que trocaba en fuego los charcos de la calle, los caminos particulares y los zaguanes. Convirtió en brasas los cristales esparcidos sobre la acera, y en cuencas rojas los ojos del falso buitre, que acababa de levantar vuelo con sus improbables alas y se alejaba del cuerpo de Mary Jackson en dirección al jardín de los Carver. El ave se posó allí y paseó la vista entre el cuerpo de David Carver y el de la amiga de Susi Geller. No sabía por dónde empezar: era mucha comida para tan poco tiempo. Por fin escogió al padre de Ellen y Ralphie y se acercó a él dando saltos torpes. Una de sus patas amarillas tenía cinco garras; la otra, sólo dos.

Al otro lado de la calle, en casa de los Wyler, entre la peste a suciedad, hamburguesas rancias y sopa de tomate, la tele sonaba a toda pastilla. Era la primera escena en la taberna de *Los vigilantes*.

—Tienes razón, preciosa —decía Rory Calhoun con un dejo lascivo y astuto, como si en realidad quisiera decir: «Antes de que termine esta mierda de culebrón, voy a comerte entera como si fueras un helado, bomboncito, y tú lo sabes tan bien como yo»—. ¿Por qué no te sientas y tomas algo? Tal vez me des suerte.

—Yo no bebo con canallas —respondió Karen Steele, y todos los hombres de Rory (excepto los que estaban escondidos en las afueras de la ciudad, desde luego) rieron a carcajadas.

—¡Vaya! Eres un pequeño volcán —dijo Rory Calhoun con absoluta serenidad y sus hombres volvieron a reír.

—¿Quieres cortezas de trigo, Pete? —preguntó Tak con la voz de Lucas McCain, el protagonista del *Hombre del rifle*.

Peter Jackson, sentado en frente del televisor, no respondió. Sonreía de oreja a oreja. De vez en cuando, las sombras que danzaban sobre su cara hacían que su sonrisa pareciera una silenciosa mueca de grito, pero no; era una sonrisa.

—Debería probarlos, pa —dijo ahora Tak con la voz casi adolescente de Johnny Crawford, que interpretaba al hijo de Lucas—. Son estupendas. Vamos, señor Jackson, arriba, al centro ¡y adentro!

El niño agitó las cortezas con sus sucias manos delante de la cara de Peter Jackson, pero Peter no le hizo el menor caso. Miraba al televisor, a través del televisor, con los ojos tan desorbitados como los de esos peces exóticos de las profundidades marinas que han sufrido descompresión a consecuencia de una explosión submarina. Y seguía sonriendo.

—Parece que no tiene hambre, pa.

—Yo creo que sí, hijo, que tiene un hambre voraz. Tienes hambre, ¿verdad Pete?

Sólo necesita una ayudita, eso es todo. Así que ¡coge las malditas cortezas!

Se oyó una especie de zumbido y apareció una raya de interferencia en la pantalla del televisor, donde Rory Calhoun intentaba besar a Karen Steele. Ella lo abofeteó, haciéndole caer el sombrero. La sonrisa burlona y lasciva de Rory se borró de su cara. Nadie, ni siquiera una mujer, podía quitarle el sombrero a Jeb Murdock y quedar impune.

Peter levantó despacio la bolsa de cortezas. Sin embargo, pasó por encima de la incansable boca risueña y comenzó a aplastarlas contra su nariz, rompiéndolas, metiéndose algunos de los trozos más pequeños en los orificios nasales. Sus ojos desorbitados no se apartaron de la pantalla.

—Demasiado alto, señor Jackson —dijo la severa voz de Hoss Cartwright. Hoss era uno de los favoritos de Seth antes de que Tak se metiera dentro de él, así que ahora también era uno de los favoritos de Tak. Se amoldaban así, como una mano y un guante—. Probemos otra vez, ¿de acuerdo?

La mano descendió despacio y a trompicones, como un montacargas. Esta vez las cortezas entraron en la boca de Peter, que comenzó a masticar mecánicamente. Tak sonrió con la boca de Seth. Esperaba que a Peter le gustaran las cortezas (a su manera, también tenía sentimientos, aunque ninguno de ellos precisamente humanos), porque iban a ser su última comida. Ya le había extraído una importante cantidad de fuerza vital, la suficiente para reemplazar la energía perdida durante la tarde y un poco más. Se preparaba para el próximo paso.

Se preparaba para la noche.

Peter masticaba y masticaba. Algunos trozos de cortezas caían de las comisuras de su boca sonriente y aterrizaban en la camiseta estampada con la cara del señor Sonrisas. Sus ojos, tan desorbitados que parecían suspendidos sobre las mejillas, temblaban con el movimiento de las mandíbulas. El izquierdo había estallado como una uva aplastada cuando Tak invadió su mente y se apoderó de la mayor parte de ella —la parte útil—, pero aún podía ver un poco por el derecho. Lo suficiente para cumplir con su tarea sin ayuda. Pero eso sería cuando su motor se pusiera en marcha otra vez.

—¿Peter? ¿Puedes oírme, muchacho? —Tak hablaba ahora con el remilgado acento británico de Andrew Case, el jefe de Peter. Era una buena imitación, como todas las que hacía Tak. Quizá no tan buena como las imitaciones de *westerns* y series de la tele, para las que tenía mucha más práctica, pero así y todo no estaba nada mal.

Había descubierto que la voz de la autoridad hacía maravillas, incluso en los casos de lesiones cerebrales en grado terminal. Una ligera chispa de vida cruzó la cara de Peter, que se giró y vio a Andrew Case vestido con una elegante chaqueta a cuadros, en lugar de a Seth Garin con un par de calzoncillos de los MotoKops,

decorados con manchas rojizas de salsa de tomate.

—Ahora quiero que cruces la calle y te metas en el bosque. No te preocunes, no tendrás que ir hasta la casa de la abuelita. Sólo al camino. ¿Conoces el camino del bosque?

Peter negó con la cabeza. Sus ojos saltones temblaron sobre el tenso y payasesco rictus de sus labios.

—No importa, lo encontrarás. Es sencillo, muchacho. Cuando llegues al cruce, siéntate allí con tu... amigo.

—Mi amigo —dijo Peter. Más que una pregunta era una afirmación.

—Exacto.

Peter no conocía al hombre que se uniría a él en el cruce, y de hecho nunca le conocería, pero no tenía sentido darle explicaciones. Por un lado, no le quedaba suficiente inteligencia para entenderlas; por otro, pronto estaría muerto, tan muerto como Herb Wyler. Tan muerto como el hombre del carrito de la compra, con quien pronto se encontraría en el bosque.

—Mi amigo —repitió Peter, esta vez con mayor seguridad.

—Sí. —El británico jefe de departamento se había marchado y Tak volvía a ser John Payne, actuando a lo Gary Cooper—. Será mejor que te des prisa, colega.

—Por el camino hasta el cruce.

—Exactamente.

Peter levantó los pies como un viejo muñeco a cuerda con el mecanismo oxidado. Sus globos oculares zangolotearon en la luz trémula y plateada del televisor.

—Será mejor que me dé prisa. Y cuando llegue al cruce, me sentaré a esperar a mi amigo.

—Perfecto, amigo, ése es el trato. —Otra vez hablaba la voz socarrona de Rory Calhoun—. Tu amigo es un gran muchacho. Podríamos decir que fue él quien empezó todo este asunto. Al menos, el que encendió la chispa. Ahora adelante, socio. Buen viaje y hasta la próxima.

Peter pasó por debajo de la arcada sin mirar con su ojo moribundo a Audrey, que estaba tendida transversalmente sobre uno de los sillones del salón con los ojos entreabiertos. Parecía en trance, quizá incluso en estado de coma. Respiraba despacio y con regularidad. Sus piernas largas y bonitas (lo primero que había atraído a Herb cuando ella aún era Audrey Garin), estaban extendidas y Peter estuvo a punto de chocar con ellas en su sonámbulo viaje hacia la puerta. Cuando abrió la puerta y la luz crepuscular cayó sobre su sonrisa, ésta volvió a parecerse a una mueca de grito.

Cuando bajaba por el camino, bajo la luz roja que se filtraba como gotas de sangre a través de la columna de humo de la casa de los Hobart, la voz de Rory Calhoun volvió a llenar su mente, lacerándola como si fuera una cuchilla de afeitar: *Cierra la puerta, socio. ¿O acaso has nacido en un granero?*

Peter puso una mueca de borrachín, volvió atrás e hizo lo que le ordenaban. La puerta estaba entera, intacta. Era la única en toda la calle que parecía un colador. Peter hizo otra mueca rara (estuvo a punto de caerse en el zaguán en el proceso) y se puso en marcha hacia su propia casa, donde subiría por el sendero de la entrada y luego por el pasillo que conducía al jardín trasero. Allí saltaría la baja valla de alambre y entraría en el bosque. Debía encontrar el camino, encontrar el cruce, encontrar a su amigo y sentarse con él.

Pasó por encima del cadáver de su mujer y se detuvo al oír un aullido en el aire caliente, humeante: *Juu, juu, juu...* Pese a lo trastornado que estaba, sus brazos se cubrieron de piel de gallina. ¿Qué hacía un coyote en Ohio, en las afueras de Colum...?

Será mejor que te des prisa, colega. Adelante, becerro descarrilado.

Sintió un dolor horrible, más fuerte incluso que antes. Gimió a través de la paralizada curva de su sonrisa. Del ojo reventado brotó sangre fresca y se deslizó por la mejilla.

Siguió andando, y cuando oyó otro aullido —esta vez seguido de un segundo, un tercero y por fin un cuarto— no reaccionó. Sólo pensaba en el camino, en el cruce, en el amigo. Tak registró por última vez la mente de Peter (no se entretuvo, pues no quedaba mucho por registrar) y luego se retiró.

Ahora sólo estaban él y la mujer. Sabía por qué le había permitido sobrevivir, como el pájaro que vive en las fauces del cocodrilo a salvo de su voracidad porque le limpia los dientes, pero no estaba dispuesto a permitírselo mucho tiempo más. En muchos sentidos, el niño era el anfitrión ideal, quizás el único en el que habría podido vivir y crecer durante tanto tiempo, pero, paradójicamente, tenía una desventaja: el cuerpo del pequeño no podía llevar a cabo todo lo que Tak concebía y deseaba. Si quería, podía vestir a la mujer a su gusto, teñirle el pelo, desnudarla, obligarla a pellizcarse los pezones y otras tantas cosas pueriles. Pero no era eso lo que deseaba. Lo que de verdad quería era copular con ella, y eso era imposible. En ciertas ocasiones creyó posible algún tipo de acoplamiento, a pesar de la inmadurez de su anfitrión... pero Seth seguía allí, y cuando lo había intentado, se lo había impedido. Tak podría haberlo desafiado y seguramente habría ganado, pero no le había parecido prudente. Al fin y al cabo, no había salido de su oscuro escondite en Nevada, después de varios milenios de reclusión, para tener relaciones sexuales con una mujer mucho más joven que él y mucho mayor que su anfitrión.

¿Y para qué había salido?

Bueno... a divertirse. Y...

A mirar la tele, murmuró una voz en lo más profundo de su mente. *A mirar la tele, a comer espaguetis y a fabricar. A hacer.*

—¿Quiere ponerme a prueba, sheriff? —preguntó Rory Calhoun y los ojos de Tak

volvieron a la pantalla del televisor. Era probable que algunos de los otros anduvieran en el bosque. Si hubiera querido, podría haberse asegurado de ello, pero no lo hizo. Que se internaran en el bosque si les daba la gana. Lo que encontrarían allí no les gustaría nada. Además, ¿adónde podían ir? Atrás, sólo atrás. De vuelta a las casas. En realidad, no existía otro sitio. Mientras tanto, él ahorraría energía. Se relajaría y vería la tele. Pronto sería la hora de hacer caer la noche.

—¿Por qué no nos tranquilizamos y discutimos este asunto? —preguntó John Payne, y Seth y Tak volvieron a unirse. Los *westerns*, y en particular éste, siempre los unían. Tak se inclinó hacia adelante, sin apartar los ojos de la pantalla, y cogió un cuenco lleno de una pastosa mezcla de espaguetis y hamburguesas. Empezó a comer con la vista fija en la tele, sin hacer caso a los trozos de carne que caían sobre su pecho y aterrizaban en su regazo. Pronto comenzaría el tiroteo final; otra vez KA-PU y KA-BAM. Seth se dejó absorber por la historia y por las trémulas imágenes en blanco y negro, regodeándose en la atmósfera de violencia, tan poderosa y electrificante como el aire antes de una tormenta.

Mientras miraba la pantalla, hipnotizado, Seth Garin se separó de Tak y se alejó de él con el mismo cuidado que el pequeño Juan del cuento, cuando intenta burlar al gigante dormido. Echó un vistazo a la tele y comprobó que, al margen de lo que pensara Tak, ya no disfrutaba con *Los vigilantes*. Se volvió, halló uno de los pasadizos secretos que había construido durante el reinado de Tak, y desapareció en silencio. Cuanto más se adentraba en la profundidad de su mente, el pasadizo lo conducía más abajo. Al principio caminaba, pero por fin echó a correr. No entendía aquel mundo interior más que el exterior. Sólo esperaba ser capaz de reconocer lo que buscaba cuando lo encontrara.

De *Los vigilantes*, guión original de Craig Goodis y Quentin Woolrich:

EXT. CALLE PRINCIPAL. DÍA

El SHERIFF STREETER mira al AGENTE LAINE levantar a CANDY. Detrás de ellos, en el edificio de adobe donde está la lavandería china, un grupo de trabajadores chinos espían desde el portal, donde están apiñados.

CANDY:

¿Qué miráis con vuestros asquerosos ojos rasgados?

Esta vez no retroceden.

TRABAJADOR CHINO:

¡Eh, amigo! Ahola sus lopas necesitan un buen lavado.

Los demás chinos ríen. Hasta STREETER esboza una pequeña sonrisa. CANDY parece confundido. No puede creer que STREETER lo

haya vencido en una pelea justa. No puede creer que esos malditos chinos se rían de él, no puede creer nada de lo que pasa.

STREETER:

Será mejor que entréis,
muchachos. -Los trabajadores de
la lavandería vuelven dentro,
pero miran por las ventanas-.
(A Laine) Asegúrate de que coja
su sombrero, Josh. No quiero que
vaya a la cárcel sin su
sombrero.

LAINE sonríe y recoge el sombrero de CANDY. Es un sombrero de la caballería, que cayó de la cabeza de CANDY cuando STREETER lo empujó contra la empalizada de los caballos. Ahora, con una sonrisa de oreja a oreja, el AGENTE LAINE lo planta sobre la cabeza del bandolero vencido. Hay una polvareda.

LAINE:

Vamos, capitán. Le he reservado
la mejor tienda del campamento.
Ya lo verá.

CONTINÚA LA ESCENA. CALLE

Empuja al aturdido y derrotado CANDY hacia la cárcel. El SHERIFF STREETER los mira con una sonrisa. No se da cuenta de que se abren las puertas basculantes de la taberna Lady Day y sale el MAYOR MURDOCK. Por una vez, MURDOCK no luce su característica sonrisa.

MURDOCK:

¿Cree que meter en la cárcel a CANDY es la solución para sus problemas, sheriff?

STREETER se vuelve. MURDOCK se aparta la polvorienta chaqueta de la caballería, dejando al descubierto la empuñadura de su Colt.

STREETER (*sonriendo*):

Parece que acabo de detener al primer fantasma. ¿Dónde se esconde el resto de sus vigilantes? ¿En el cañón de Desatoya? ¿Va a decírmelo por fin?

MURDOCK:

Está más loco que un zorro con una picadura de serpiente.

STREETER:

¿De veras? Ya veremos. Supongo que esta noche no habría jinetes fantasmas, ya que el capitán Candell no podrá entregarles las sábanas. (*Siempre sonriente, se vuelve hacia la cárcel.*)

MURDOCK:

Suponga que le digo que los vigilantes están mucho más cerca que la montaña Desatoya o Skate Rock. Suponga que le digo que están en las afueras del pueblo, esperando el primer disparo.

¿Qué le parecería, maldito yanqui?

STREETER:

Me parecería muy bien. (*Mira hacia arriba, se lleva los dedos a la boca y silba.*)

EXT. TECHOS DE LA CALLE PRINCIPAL, CALLE

Aparecen HOMBRES detrás de todos los carteles, chimeneas y fachadas. Son los mismos HOMBRES DEL PUEBLO que antes estaban aterrorizados, pero ahora llevan rifles y tienen un aspecto amenazador. Están en la lavandería china, en el almacén El Búho, en la tienda de Worrell e incluso en la funeraria de Craven. Entre ellos vemos al PASTOR YEOMAN y al ABOGADO BRADLEY. YEOMAN, que ya no cree que los vigilantes sean seres sobrenaturales dispuestos a castigar al pueblo por sus pecados, levanta una mano para saludar al SHERIFF.

OTRA VEZ CALLE PRINCIPAL, CON STREETER Y MURDOCK

STREETER devuelve el saludo de YEOMAN, y se vuelve a MURDOCK, que está furioso y confundido. ¡Una combinación peligrosa!

STREETER:

Sí, tráigalos si quiere.

La cara de MURDOCK se tensa. Baja la mano hasta rozar la empuñadura de la Colt.

Ninguno de los dos ve a LAURA, que sale corriendo de la taberna, detrás de MURDOCK. Lleva un vestido de lentejuelas y empuña una pistola DERRINGER.

MURDOCK:

¿Quiere ponerme a prueba, sheriff?

STREETER:

¿Por qué no nos tranquilizamos un poco y discutimos este asunto con calma? (Pero sabe que es demasiado tarde, que ha llegado demasiado lejos; baja la mano hasta la empuñadura de su arma.)

MURDOCK:

El tiempo de las palabras se ha terminado, sheriff.

STREETER:

Muy bien, si eso es lo que quiere...

MURDOCK:

Si usted hubiera permanecido al margen, no habría habido heridos.

STREETER:

Aquí no hacemos las cosas de ese modo. Nosotros...

CONTINÚA. CALLE

STREETER (*ve a Laura*):
¡Laura, no!

Mientras está distraído, MURDOCK desenfunda su pistola. LAURA se interpone entre los dos hombres, apuntando a MURDOCK con su DERRINGER. Aprieta el gatillo, pero sólo se oye un chasquido. ¡Ha fallado! Una décima de segundo después, MURDOCK dispara su Colt de la caballería, y la bala destinada a MURDOCK derriba a LAURA. La mujer cae al suelo.

EXT. TEJADOS

Los CIUDADANOS levantan las armas para disparar.

OTRA VEZ CALLE PRINCIPAL, DELANTE DE LA TABERNA

MURDOCK intuye lo que va a ocurrir y se refugia en la taberna Lady Day. STREETER le dispara un par de veces, luego corre hacia LAURA y se arrodilla a su lado.

OTRA VEZ TEJADOS

FLIP MORAN, el mozo de cuadra, dispara una salva. Un par de CIUDADANOS lo imitan, pero, afortunadamente, sólo un par.

OTRA VEZ CALLE PRINCIPAL, FRENTE AL SALÓN

Una bala pasa rozando las puertas basculantes, astillando la madera.

STREETER:

¡No disparen! ¡Se ha ido!

OTRA VEZ TEJADOS

Los hombres bajan las armas. FLIP MORAN parece confuso y avergonzado de sí mismo.

EXT. STREETER Y LAURA, PRIMER PLANO

La expresión dura del SHERIFF ha desaparecido de su rostro. Mira a la BAILARINA MORIBUNDA y se da cuenta de que la ama.

STREETER:

¡Laura!

LA ESCENA CONTINÚA

LAURA (*tosiendo*):

La pistola... errado el tiro...
Siempre me dijiste que... no
confiara... en una pistola
escondida...

La tos le impide continuar.

STREETER:

No hables. Mandaré a Joe Prudum
a buscar al méd...

LAURA (*tosiendo*):

Demasiado... demasiado tarde.
¡Abrácame!

STREETER lo hace. Ella lo mira con
curiosidad.

LAURA: ¿Por qué... llora,
sheriff?

EXT. PARTE TRASERA DEL LADY DAY

MURDOCK sale corriendo. El SARGENTO MATHIS
sigue allí con los caballos.

SARGENTO:

¿Qué ha pasado? He oído
disparos.

MURDOCK (*montándose al
caballo*): No importa. Es hora de
ir a buscar a los muchachos.

SARGENTO:

¿Quiere decir que...?

De repente, MURDOCK parece loco. Sus ojos
brillan y sus labios dibujan una mueca
similar a una sonrisa. Es la sonrisa de un
ANIMAL acorralado.

MURDOCK:

¡Vamos a borrar del mapa a este
pueblo!

Giran los caballos y galopan al encuentro
de los demás vigilantes.

FUNDIDO ENCADENADO ABRIENDO A:

IX

1

Steve y Collie no tuvieron necesidad de saltar la valla del jardín de Doc. Había una aldaba, aunque para poder usarla tuvieron que arrancar un montón de ramas de hiedra enredadas entre las rejas. Sólo hablaron un par de veces antes de llegar al camino. La primera vez, lo hizo Steve. Echó un vistazo a los árboles, casi todos pequeños y esmirriados, casi espectrales con el murmullo de las gotas de lluvia cayendo de sus hojas; preguntó:

—¿Son álamos?

Collie, que acababa de abrirse paso con dificultad entre un grupo de arbustos espinosos particularmente intrincados, se volvió a mirarlo:

—¿Qué dice?

—Le preguntaba si estos árboles son álamos. Como venimos de la calle Poplar...

[1]

—Ah. —Collie miró alrededor con aire dubitativo, cambió la escopeta de mano y se pasó un brazo por la frente. Hacía mucho calor en el bosque—. Con franqueza, no sé si son álamos, pinos o eucaliptus. La botánica nunca fue lo mío. Ese tan enjuto de ahí es un abedul, y eso es todo lo que sé del tema. —Dicho esto, continuó avanzando.

Cinco minutos más tarde, cuando Steve comenzaba a preguntarse si de verdad había un camino en el bosque o todo había sido una fantasía, Collie se detuvo. Miró detrás de Steve con una expresión tan vehemente que el propio Steve se volvió a mirar qué ocurría. No vio nada más que la enmarañada maleza que acababan de dejar atrás. Ni rastro de la casa del viejo Doc o de la de Jackson. Vislumbró una pequeña mancha roja, quizá la chimenea de la casa de los Carver, pero eso fue todo. Era como si estuvieran a centenares de kilómetros de la población más cercana. Esa impresión, o más bien la posibilidad de que fuera algo más que una impresión, heló la sangre de Steve.

—¿Qué pasa? —preguntó, creyendo que el policía le preguntaría por qué no podían oír coches, ni un monopatín de crío, un equipo de sonido, una moto, una bocina, un grito... nada.

Sin embargo, Collie dijo:

—Se está yendo la luz.

—Es imposible. Sólo son... —Steve consultó su reloj, pero estaba parado. Quizá se había quedado sin pila. Su hermana le había regalado el reloj para Navidad, dos años antes, y él nunca le había cambiado la pila. Sin embargo, era curioso que se

hubiera parado poco después de las cuatro, aproximadamente la hora en que había llegado a ese maravilloso barrio.

—¿Sólo qué?

—No lo sé con seguridad, el reloj se me ha parado, pero piense. No pueden ser más de las cinco y media o las seis menos cuarto. Quizá menos. ¿No dicen que en momentos de crisis tenemos la impresión de que el tiempo pasa con mayor lentitud?

—No sé quién dice eso —repuso Collie—, pero mire la luz.

Steve lo hizo y tuvo que reconocer que el poli tenía razón. No le gustaba admitirlo, pero era así. Los rayos rojos y cálidos de luz caían oblicuamente sobre la maraña de vegetación (una expresión más apropiada para aquel sitio que «zona verde»). Sol rojo por la noche, un regalo para los ojos de los marineros, pensó, y de repente, como si aquella idea hubiera actuado como un detonador, el mundo entero, todo lo que estaba ocurriendo y no entendía, pareció precipitarse sobre él. Se cubrió los ojos con las manos, dándose un buen golpe en la cabeza con la empuñadura del 22, y sintió que perdía el control de la vejiga, que en cualquier momento se mearía en los pantalones y que no le importaba. Se tambaleó hacia atrás y oyó la voz de Collie Entragian, vaga y lejana, preguntándole si se encontraba bien. Con un esfuerzo sobrehumano, Steve dijo que sí y se obligó a bajar las manos para mirar aquella delirante luz roja otra vez.

—Permita que le haga una pregunta muy personal —dijo Steve, con la sensación de que la voz que salía de su garganta no se parecía ni remotamente a la suya—. ¿Tiene miedo?

—Mucho. —El hombretón volvió a secarse el sudor de la frente. Hacía mucho calor, y a pesar de la humedad de la lluvia en las hojas, Steve tenía la impresión de que era un calor seco, nada parecido al clima de un invernadero. Los olores también eran así; nada desagradables, pero secos. Como si estuvieran en Egipto—. Pero no se desanime. Veo una zona más despejada. Debe de ser el camino.

Era el camino. Salieron a él tras menos de un minuto de marcha, y Steve vio señales —reconfortantes, dadas las circunstancias— de los animales que lo recoman habitualmente: una bolsa vacía de patatas fritas, el envoltorio de un paquete de cromos de béisbol, un par de pilas que algún niño habría arrojado de su *walkman* una vez agotadas, unas iniciales talladas en un árbol.

Pero al otro lado del camino vio algo menos reconfortante: entre los zumaques y las zarzas, había una planta deforme y espinosa, de un color verde virulento. Detrás de ella había otras dos, con sus gruesas ramas rígidas extendidas hacia arriba, como los brazos de un policía alienígena.

—¡Mierda! ¿Ha visto eso? —preguntó Steve.

Collie asintió.

—Parecen cactus.

Sí, pensó Steve; aunque tanto como las mujeres retratadas por Picasso en su época cubista parecían mujeres reales. La simplicidad de los cactus y su falta de simetría les daban un aspecto surrealista que lastimaba la vista, como había ocurrido con el pájaro de las alas desiguales. Era como mirar una imagen desenfocada.

«Se parece un poco a un buitre —había dicho el viejo Doc—. Un niño lo dibujaría así».

Las cosas comenzaban a ordenarse en su mente; no a encajar, al menos por el momento, pero sí a formar lo que en las clases de álgebra hubieran llamado un conjunto. Las furgonetas, que parecían escapadas de una serie de televisión infantil, el pájaro, y ahora este grupo de cactus verde chillón, que podrían haber sido dibujados por un entusiasta alumno del primer curso de primaria.

Collie se aproximó al más cercano al camino y extendió un dedo.

—¿Está loco? ¡No lo toque! —dijo Steve.

Collie no le hizo caso. Acercó el dedo más y más, hasta que...

—¡Ay! ¡Mierda!

Steve se sobresaltó. Collie apartó la mano y se la miró como un niño que observa con curiosidad su último rasguño. Luego se volvió y le enseñó el dedo a Steve. Sobre la yema del dedo índice se había formado una pequeña perla de sangre, oscura y perfecta.

—Son lo bastante reales para pinchar —dijo—. Por lo menos éste.

—Claro. ¿Y si son venenosos, como una de esas plantas exóticas del Congo?

Collie se encogió de hombros, como quien dice «demasiado tarde, amigo», y tomó el sendero que conducía hacia el sur, en dirección a Hyacinth. Con la luz rojiza que se filtraba entre los árboles de la derecha era casi imposible desorientarse. Comenzaron a andar cuesta abajo, y a medida que avanzaban, Steve vio más y más cactus deformes al este del camino. En algunos sitios, superaban en número a los árboles. La vegetación comenzaba a ralear, y por una buena razón: el humus de la tierra también comenzaba a ralear, reemplazado por una arenisca gris que parecía... parecía...

Las gotas de sudor le escocían los ojos a Steve. Se los secó. Hacía tanto calor, y la luz era tan roja y deslumbrante... Sentía náuseas.

—Mire —dijo Collie.

Veinte metros más allá, otro grupo de cactus montaban guardia junto a la bifurcación del camino. Entre ellos, como la proa de un barco hundido, sobresalía un carro de la compra volcado. En la luz mortecina, las varillas metálicas del carro parecían empapadas en sangre.

Collie corrió hacia el cruce. Steve se dio prisa para alcanzarlo, pues no quería separarse de él ni siquiera unos metros. Cuando Collie llegó a la bifurcación, el aire espectral vibró con unos aullidos estridentes y al mismo tiempo nauseabudamente

dulces, como la melodía de una canción popular entonada por un cuarteto desafinado: *Juu, juu, juu, juuuu...* Tras una pequeña pausa, los aullidos se repitieron. Esta vez eran más, fundiéndose y elevándose, cubriendo cada centímetro del cuerpo de Steve con carne de gallina. Criaturas de las tinieblas, pensó Steve y en su imaginación vio a Bela Lugosi, un fantasma en blanco y negro, desplegando su capa. Quizá no fuera una imagen muy adecuada para las circunstancias, pero a veces los caminos de la mente son inescrutables.

—¡Dios mío! —exclamó Collie y Steve pensó que se refería a los aullidos de coyote que venían del este, donde se suponía que debía de haber casas, tiendas y cinco cadenas diferentes de hamburgueserías, pero el corpulento policía no miraba hacia allí. Miraba hacia abajo. Steve siguió su mirada y vio un hombre sentado junto al carro del supermercado. Estaba apoyado contra el cactus, clavado a las espinas como un grotesco memorándum humano.

Juu, juu, juuuu...

Involuntariamente, Steve extendió la mano y rozó la del policía. Collie se la cogió quizás con demasiada fuerza, pero a Steve no le importó.

—¡Mierda! ¡Yo he visto a este tipo antes! —dijo Collie.

—¿Cómo puede estar seguro? —preguntó Steve.

—Por la ropa y el carro. Ha pasado por nuestra calle dos o tres veces durante el verano. Pensaba ahuyentarlo si volvía a verlo. Quizá fuera inofensivo, pero...

—¿Pero qué? —Steve, que había vagado por las calles un par de veces en su vida no sabía si ofenderse o reírse—. ¿Qué temía que hiciera? ¿Robar un retrato de Elvis? ¿Pelearse con Soderson por una copa?

Collie se encogió de hombros.

El hombre clavado al cactus estaba vestido con pantalones caqui llenos de remiendos y una camiseta más vieja, sucia y andrajosa que la que Billingsley le había dado a Collie. Sus viejas zapatillas estaban pegadas con cinta aislante. Eran las ropas de un vagabundo, y las posesiones que habían caído del carro completaban la estampa: un viejo par de zapatos de vestir, un trozo de soga deshilachada, una muñeca Barbie, una chaqueta azul con la inscripción BUCKEYE LANES bordada en hilo dorado en la espalda, una botella de vino medio vacía, tapada con lo que parecía el dedo de un guante de mujer, y una radio portátil que debía de tener al menos diez años. La carcasa de plástico había sido reparada con cola de carpintero. También había al menos una docena de bolsas de plástico, cada una de ellas cuidadosamente enrollada y atada con una cuerda.

Un vagabundo muerto en el bosque. Pero ¿cómo demonios había muerto? Los ojos habían saltado de sus órbitas y colgaban sobre las mejillas de un par de nervios ópticos secos. Los dos parecían desinflados, como si la fuerza que los había impulsado hacia fuera también los hubiera reventado. La sangre que había manado

copiosamente por la nariz le cubría los labios y la barbilla cerdosa. Sin embargo, para desconsuelo de Steve, no alcanzaba a ocultar la boca, que estaba distendida en una grotesca sonrisa, con las comisuras a medio camino de las mugrientas orejas. Alguna fuerza misteriosa había matado al vagabundo, empujándolo contra el cactus con la fuerza suficiente para hacerle saltar los ojos de las órbitas. Sin embargo, esa misma fuerza lo había dejado sonriendo.

Collie apretó bruscamente la mano de Steve.

—¿Le importaría soltarme? Me está rompiendo...

Miró la bifurcación este del camino, la que supuestamente los conduciría a la avenida Anderson. Se extendía unos diez metros más allá y luego se abría como un embudo en un abominable mundo desierto. Steve no se detuvo a pensar que aquel paisaje no tenía cabida en un sitio como Ohio por la sencilla razón de que no tenía cabida en ningún sitio que hubiera visto en su vida, o incluso vislumbrado en sueños.

Más allá de los últimos árboles normales y verdes había un vasto terreno árido que se extendía hacia un horizonte inverosímil de montañas serradas. No se veían zonas de sombra o relieve, ni promontorios ni valles. Eran las montañas negras y lisas de un dibujo infantil hecho con lápices de cera.

El camino no desaparecía, sino que se ensanchaba convirtiéndose en una especie de carretera de tebeo. A la izquierda había una rueda de carro semienterrada en el suelo. Más allá, un barranco de piedra lleno de sombras. A la derecha, un cartel escrito con temblona caligrafía infantil sobre una tabla de madera descolorida:

A LA PONDEROSA

El cartel estaba coronado por un cráneo de vaca tan deformé como los cactus. Más allá, el camino se extendía recto hasta el horizonte, dibujado con una perspectiva artificialmente decreciente que a Steve le recordó los carteles de la película: *Encuentros en la tercera fase*. Ya había estrellas en el cielo, unas estrellas demasiado grandes para ser verosímiles. No parpadeaban, sino que se encendían y se apagaban como las luces de un árbol de Navidad. Volvieron a oír aullidos, y esta vez no era un trío ni un cuarteto, sino un coro completo. Tampoco podía decirse que procedieran de las estribaciones de las montañas, porque no había estribaciones. Sólo un desierto llano y blanco, cactus verdes, el camino, el barranco y, a lo lejos, un collar de montañas serradas como dientes de tiburón.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró Collie.

Antes de que Steve pudiera responder («La mente de un niño», habría dicho si hubiera tenido la oportunidad) oyeron un rugido procedente del barranco. A Steve le sonó como un potente motor de barco. En ese momento, dos ojos verdes se abrieron entre las sombras y Steve retrocedió con la boca seca. Levantó el Mossberg, pero sus

manos eran dos bloques de madera y el arma parecía ridícula, inútil. Los ojos flotaban en la oscuridad (como en las viñetas de los tebeos) y eran del tamaño de un par de balones de fútbol. Steve no quería ver ni imaginar las dimensiones del animal al cual pertenecían.

—¿Podremos matarlo? Si se acerca a nosotros, ¿cree que...?

—¡Mire alrededor! —interrumpió Collie—. ¡Mire lo que está pasando!

Steve lo hizo. La vegetación se alejaba de ellos y el desierto avanzaba. A sus pies, el follaje primero empalideció, como si una misteriosa fuerza le hubiera extraído la savia, y luego desapareció, al tiempo que la tierra húmeda y oscura comenzaba a aclararse y granularse. *Cuentas de collares*. Eso era lo que se le había cruzado por la cabeza unos minutos antes, que el humus había sido reemplazado por curiosos guijarros con forma de cuentas de collares. A la derecha, uno de los árboles canijos se hinchó de repente con un ruido similar al que se produce cuando uno se mete un dedo en la boca y lo saca tirando de la mejilla.

El tronco blanquecino del árbol se volvió verde y se llenó de espinas. Las ramas se fundieron, el color de las hojas extendiéndose y difuminándose a medida que se convertían en costillas de cacto.

—Creo que deberíamos volver —dijo Collie.

Steve ni siquiera se molestó en contestar; sus pies hablaron por él. Un instante después, ambos corrían por el camino en dirección al punto donde habían iniciado el recorrido. Al principio, Steve sólo temía pincharse con las espinas de los arbustos, caer en una maraña de zarzas o pasarse del sitio donde habían visto las pilas, que era donde debían torcer al oeste rumbo a la casa de Billingsley. Pero cuando volvió a oír el rugido de la bestia, todo lo demás quedó reducido a una mera inconveniencia. Se acercaba. La criatura de ojos verdes del barranco los perseguía. ¡Demonios!, los perseguía y estaba a punto de alcanzarlos.

2

Se oyó un disparo y Peter Jackson giró la cabeza despacio. Comprendió (en la medida en que era capaz de comprender algo) que estaba en el jardín trasero de su casa, mirando fijamente (en la medida en que era capaz de mirar a algo) la mesa del patio. Encima de ella había una pila de libros y revistas, de cuyas páginas sobresalían unos papelitos rosas. Había estado trabajando en un artículo académico titulado «James Dickey y la nueva realidad sureña», disfrutando anticipadamente con la posibilidad de que desatara una polémica en selectos círculos académicos. Era probable que lo invitaran a debatirlo con otros colegas en mesas redondas. ¡Y eso

significaba viajes con todos los gastos pagados! (Dentro de unos límites razonables, por supuesto.) ¡Cómo había soñado con eso! Ahora todo parecía lejano e irrelevante, como el disparo en el bosque, el grito que sonó a continuación y los otros dos disparos que siguieron al grito. Incluso los rugidos (como si un tigre se hubiera escapado del zoo y ocultado en el bosque) le parecían lejanos e irrelevantes. Lo único que importaba era... era...

—Encontrar a mi amigo —dijo—. Llegar a la bifurcación del camino y sentarme con mi amigo.

Cruzó el patio trasero en diagonal, golpeándose la cadera contra la mesa al pasar junto a ella. Un ejemplar de *Verse Georgia* y varios de sus libros de consulta cayeron al húmedo suelo de ladrillos. Peter no hizo el menor caso. Su borrosa vista estaba fija en el bosque que se extendía detrás de la acera este de la calle Poplar. Su sempiterno interés por las notas académicas se había desvanecido.

3

Cuando ocurrió, Jan no hablaba específicamente de Ray Soames; se preguntaba por qué Dios había creado un mundo donde una no podía evitar desear que la besara y la tocara un hombre que por lo general —¡qué puñetas, casi siempre!— tenía los tobillos sucios y se lavaba el pelo una vez al mes. Y eso en los meses buenos. De modo que sí hablaba de Ray, aunque omitiera el nombre.

Por primera vez desde que iba allí, desde que huía allí, Audrey experimentó cierta impaciencia, una ligera sensación de aburrimiento. Al parecer, la obsesión de Jan empezaba a cansarle.

Audrey estaba en la puerta del cenador, mirando hacia el muro de piedra al final del prado, escuchando el zumbido de las abejas y preguntándose qué hacía allí. Había gente que necesitaba ayuda, gente que conocía y que, en la mayoría de los casos, le caía bien. Una parte de ella —bastante persuasiva, por cierto— intentaba convencerla de que no importaban, de que no sólo estaban a seiscientos kilómetros de distancia, sino también catorce años más allá, en el futuro. Pero por convincente que fuera ese razonamiento, no era cierto. Ese sitio era el espejismo. Ese sitio era la mentira.

Pero tengo que estar aquí, pensó. Es necesario que esté aquí.

Sin embargo, la relación de amor-odio entre Jan y Ray Soames le producía un aburrimiento de muerte. Tenía ganas de volverse y decir a su amiga: «¿Por qué no dejas de quejarte y lo dejas? Eres joven, eres bonita, tienes una buena figura. Seguro que encontrarás a alguien sin mal aliento y con el pelo limpio que te rasque las zonas donde más te pica».

Si le decía algo tan horrible a Jan seguramente tendría que abandonar su refugio, igual que Adán y Eva habían tenido que abandonar el paraíso por comer la manzana equivocada, pero eso no cambiaba sus sentimientos. Y si conseguía reprimir sus comentarios sobre la obsesión amorosa de Jan, ¿qué tendría que oír después? ¿La quincuagésima repetición de que, si bien Paul era el más guapo de los Beatles, Jan sólo aceptaría acostarse con John?

Entonces, antes de que pudiera decir o hacer nada, un sonido nuevo se coló en aquel tranquilo lugar donde sólo se oía el zumbido de las abejas, el canto de los grillos y los murmullos de las dos jovencitas. Era como un cascabeleo, suave pero imperioso, como la campanilla con que las antiguas maestras de escuela llamaban a sus alumnos después del recreo.

Notó que Jan había parado de hablar y se volvió. Jan había desaparecido. Y sobre la mesa astillada, con iniciales que se remontaban a los tiempos de la Primera Guerra Mundial, el teléfono de Tak estaba llamando.

Era la primera vez en todas sus visitas a aquel lugar que el teléfono de Tak sonaba.

Se acercó despacio —sólo necesitó dar tres pasos— y lo miró con el corazón desbocado. Una parte de su ser le decía que no respondiera. Siempre había sabido que el timbre de aquel teléfono sólo podía significar una cosa: que el demonio de Seth la había encontrado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Huir, sugirió fríamente una voz, quizá la voz de su propio demonio. Huir de este mundo, Audrey. Correr colina abajo, espantando a las mariposas, trepar por encima del muro de piedra, y saltar al camino que está al otro lado. Ese camino conduce a New Paltz, y no importa si tienes que caminar todo el día para llegar allí y acabas con los talones llenos de ampollas. Es una ciudad de estudiantes, y en la puerta de alguna cafetería habrá un cartel pidiendo camareras. Podrás trabajar allí y salir adelante. Eres joven, vuelves a tener poco más de veinte años. Eres sana, atractiva, y la pesadilla que te atormenta aún no ha comenzado.

Pero no podía hacer eso, ¿verdad? Después de todo, nada de aquello era real. Sólo era un refugio en su cabeza.

Ring, ring, ring.

Un timbrazo suave, pero apremiante. Levántame, decía. Descuelga, Audrey, colega. Tenemos que ir a La Ponderosa, aunque esta vez no regresarás.

Ring, ring, ring.

Audrey se inclinó y apoyó las manos a ambos lados del pequeño teléfono rojo. Sintió la madera seca debajo de sus palmas, la forma de las iniciales talladas debajo de sus dedos, y comprendió que si se clavaba una astilla en este mundo, aún sangraría cuando regresara al otro. Porque aquello era real. Sí, era real, y sabía quién lo había creado. De repente tuvo la absoluta convicción de que Seth había creado aquel

paraíso para ella. Lo había forjado con sus mejores recuerdos y sus sueños máspreciados, le había ofrecido un sitio donde refugiarse cuando la amenazara la locura, y si la fantasía comenzaba a desgastarse, como una alfombra que muestra hilachas en las zonas de mayor paso, no era culpa de él.

No podía dejarlo solo. No lo haría.

Audrey descolgó el auricular. Era ridículamente pequeño, a la medida de un niño, pero apenas se fijó en eso.

—¡No le hagas daño! —gritó—. ¡No le hagas daño, monstruo! Si tienes que hacer daño a alguien, házmelo...

—¡Tía Audrey! —Era la voz de Seth, aunque cambiada, sin tartamudeos, balbuceos o vacilaciones, y aunque sonaba asustada, no llegaba a demostrar pánico. Al menos de momento.

—¡Escúchame, tía Audrey!

—Te escucho. Dime.

—¡Vuelve! Ahora puedes salir de la casa. ¡Puedes huir! Tak está en el bosque... pero los Supercarros volverán pronto. Tienes que escapar antes de que regresen.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien —dijo la voz del teléfono, aunque a Audrey le sonó poco convincente, insegura—. Tienes que reunirte con los demás, pero antes de irte...

Escuchó lo que Seth quería que hiciera y sintió un absurdo deseo de reír. ¿Por qué no se le había ocurrido a ella? ¡Era tan sencillo! Sin embargo...

—¿Podrás ocultarlo de Tak? —preguntó.

—Sí. Pero tienes que darte prisa.

—¿Qué haremos? Incluso si consigo reunirme con los demás, qué podemos...

—No puedo explicártelo ahora, no hay tiempo. Tendrás que confiar en mí, tía Audrey. ¡Vuelve! ¡¡Vuelve!!

El último grito fue tan estridente que Audrey se apartó el auricular de la oreja y dio un paso atrás. Tras un instante de absoluto y vertiginoso desconcierto, cayó al suelo y se golpeó la cabeza. La alfombra del salón amortiguó el golpe, pero de todos modos, su visión se llenó momentáneamente de estrellas. Se sentó y aspiró el nauseabundo olor de la casa que llevaba un año sin limpiar mezclado con el aroma a grasa de hamburguesas. Miró primero el sillón de donde había caído y luego el teléfono que tenía en la mano derecha. Debía de haberlo cogido de la mesa en el mismo momento en que había cogido el de Tak en su sueño.

Pero no había sido un sueño, no había sido una alucinación.

Acercó el auricular a la oreja (esta vez era negro y de un tamaño apropiado para su cara) y escuchó. Nada, por supuesto. Su casa era la única de la calle que todavía tenía luz —Tak necesitaba ver la tele—, pero el teléfono no funcionaba.

Audrey se levantó, miró la arcada que separaba el salón del estudio, y supo lo que

vería si se acercaba: a Seth en trance mientras Tak estaba fuera. Sin embargo, esta vez la criatura no se había metido en la película. Oyó gritos de confusión y un disparo en la acera de enfrente. Entonces evocó un pasaje del Génesis, algo referido al espíritu de Dios caminando sobre las aguas. Tenía la impresión de que el espíritu de Tak también estaba en movimiento, ocupado en sus propios asuntos, y que si esta vez intentaba escapar, seguramente lo conseguiría. Pero si se reunía con los demás y les contaba lo que sabía, incluso si le creían, ¿qué harían para escapar del hechizo donde estaban atrapados? ¿Qué le harían a Seth para escapar de Tak?

Me dijo que me marchara, pensó. Será mejor que confíe en él. Pero primero...

Antes de marcharse tenía que hacer lo que le había dicho Seth. Algo muy sencillo, pero que podía ahorrarles muchos problemas. Todos, si tenían suerte. Audrey corrió hasta la cocina, haciendo caso omiso de los gritos y las voces en la acera de enfrente. Una vez tomada la decisión, sintió la imperiosa necesidad de darse prisa, de llevar a cabo su última tarea antes de que Tak volviera a fijarse en ella.

O antes de que volviera a enviar al comandante Henry y sus amigos.

4

Cuando las cosas se torcieron, lo hicieron con una rapidez asombrosa. Cuando todo hubo pasado, Johnny se preguntó una y otra vez si la culpa había sido suya, pero no consiguió una respuesta clara. No podía negar que se había distraído un momento, pero eso había sido antes de que se desatara la catástrofe.

Había seguido a los mellizos Reed hacia el camino del bosque, y si había dejado vagar su mente era porque los muchachos se movían con angustiosa lentitud, temerosos de mover una hoja o pisar una ramita. Ninguno de ellos sabía que no estaban solos en el bosque. Cuando se internaron en él, Collie y Steve ya les llevaban la delantera y avanzaban silenciosamente hacia el sur.

Johnny volvió a recordar la reacción de horror de Bill Harris ante la calle Poplar el día de su visita al barrio, en 1990. Primero le había dicho que no podía ir en serio, y luego, al comprobar que lo hacía, le había preguntado qué le pasaba. Y Johnny Marinville, cronista de las aventuras de un gato detective que iba por la vida con un equipo para identificar huellas digitales, le había respondido: Lo que pasa es que todavía no quiero morir, y eso significa hacer algún trabajo editorial propio. Algo así como una segunda versión de Johnny Marinville. Y puedo hacerlo porque tengo la motivación, lo que es importante, y las herramientas, que son vitales. Podríamos decir que es otra forma de hacer lo que siempre he hecho. Voy a reescribir mi vida, a reesculpirla.

Aunque no se lo había confesado a Bill, había sido Terry, su ex mujer, quien le había proporcionado una oportunidad que podía ser la última para él. Bill ni siquiera sabía que después de casi quince años de comunicarse a través de abogados, Johnny y la ex señora Marinville habían iniciado un diálogo cauteloso, a veces por carta, pero mayormente por teléfono. Los contactos se habían vuelto más frecuentes a partir de 1988, cuando Johnny había dejado las drogas y el alcohol, esperaba que para siempre. Sin embargo, todavía tenía la sensación de que algo no iba bien, y en la primavera de 1989 había confesado a su ex mujer, a quien en una ocasión había intentado apuñalar con el cuchillo de la mantequilla, que su vida de abstinencia le parecía inútil y sin sentido. Que no podía imaginarse escribiendo otra novela. Su pasión literaria se había consumido y ya no echaba de menos levantarse por la mañana con la fiebre de escribir bullendo en su cabeza... junto con la inevitable resaca. Esa etapa había concluido y podía soportarlo. Lo que no era capaz de soportar era la sensación de que su antigua vida de novelista seguía acechándolo, presente en todos los rincones, murmurándole desde su vieja máquina de escribir eléctrica cada vez que la encendía. Yo soy lo que tú eras y lo que siempre serás, susurraba la máquina. No es una cuestión de autoimagen, ni siquiera de amor propio; sino de algo que está escrito en tus genes. Huye al último confín de la tierra, coge una habitación en el último hotel, ve hasta el fondo del último pasillo y cuando abras la puerta allí estaré yo, en la mesa, cantándote la misma vieja canción, la que escuchaste tantas veces en tus temblorosas mañanas de resaca, y habrá una lata de cerveza junto a tus notas y un gramo de coca en el primer cajón de la izquierda, porque al fin y al cabo eso es lo que eres, todo lo que eres. Como dijo un sabio, la gravedad no existe; la tierra simplemente nos chupa.

—Tendrías que desenterrar tu libro para niños —había dicho Terry despertándolo de su sueño.

—¿Qué libro para niños? Yo nunca...

—¿No recuerdas a *Pat, el gato detective*?

Le llevó un minuto hacerlo, pero por fin recordó.

—Terry, sólo era una pequeña historia que inventé para el diablillo de tu hermana una noche que no paraba de dar la lata. Creí que su madre iba a tener un ataque de nervios y...

—Disfrutaste escribiéndola, ¿verdad?

—No lo recuerdo —dijo, aunque lo recordaba bien.

—Sabes que sí. Y debes de tenerla en algún sitio, porque tú nunca tiras nada. ¡Con tu fijación anal! Siempre sospeché que guardabas hasta los mocos. Quizá en una cajita metálica, como si fueran anzuelos.

—Podrían ser buenos anzuelos —había respondido Johnny, sin pensar en lo que decía, preguntándose dónde estaría aquel cuento de seis o siete páginas. ¿En Fordham? Tal vez. ¿En la casa de Connecticut donde había vivido con Terry, donde

ella seguía viviendo, y desde donde le hablaba en ese preciso momento? Quizá. El día de aquella conversación, estaba a menos de quince kilómetros de distancia.

—Tendrías que buscar ese cuento —dijo Terry—. Era bueno. Lo escribiste en una época en que eras mejor de lo que pensabas en muchos sentidos. —Hubo una pausa—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Siempre sé cuándo te digo algo que no quieres oír —dijo ella con astucia—, porque es el único momento en que cierras el pico. Te pones a rumiar.

—No estoy rumiando.

—Claro que sí.

Y entonces había dicho lo más importante de todo. El recuerdo casual de un cuento que Johnny había escrito para hacer dormir al malcriado sobrino de Terry había generado más de veinte millones de dólares de derechos de autor. Se habían vendido millares de ejemplares con las estúpidas aventuras de *Pat* en todo el mundo, pero la siguiente frase que salió de boca de Terry había sido más importante para Johnny que todo el dinero y todos los libros. Tanto entonces, como ahora. Suponía que su ex mujer había hablado con voz perfectamente normal, pero sus palabras habían calado en lo más hondo de su corazón, como si salieran del oráculo de Delfos.

—Tienes que volver atrás —había dicho la mujer que ahora se llamaba Terry Alvey.

—¿Qué? —había preguntado él en cuanto había sido capaz de recuperar el aliento. No había querido que ella notara cuánto lo habían sacudido sus palabras. No había querido que supiera que, después de tantos años, aún tenía ese poder sobre él—. ¿Qué quieres decir?

—Que deberías volver a la época en que te sentías bien. En que estabas bien. Recuerdo a ese tipo. No era perfecto, pero valía.

—Es imposible volver al hogar, Terr. Por lo visto, la semana que tocó Thomas Wolfe en la clase de literatura norteamericana, tú estabas enferma.

—Eh, vamos. Nos conocemos demasiado bien para esta clase de juegos. Tú naciste en Connecticut, te criaste en Connecticut, tuviste éxito en Connecticut y te convertiste en alcohólico y drogadicto en Connecticut. No necesitas volver al hogar, sino marcharte de él.

—Eso no es volver atrás, sino lo que los tipos de Alcohólicos Anónimos llaman una cura geográfica. Y no funciona.

—Tienes que volver atrás en tu cabeza —dijo con paciencia, como si hablara con un niño—. Creo que tu cuerpo necesita nuevos territorios. Además, ya no bebes ni te drogas. —Y tras una pequeña pausa—: ¿O sí?

—No. Aparte de la heroína, claro.

—Ja, ja.

—¿Adónde sugieres que vaya?

—Al último sitio que se te ocurra —había respondido sin vacilar—. Al lugar más improbable. Akron o Afganistán, da lo mismo.

Aquella conversación había convertido a Terry en una mujer rica, porque Johnny compartió con ella hasta el último céntimo de sus ingresos por el libro. No se había ido a Akron, sino a Wentworth, la Comunidad Feliz de Ohio. Un sitio donde nunca había estado antes. Para escoger la zona, había cerrado los ojos y clavado una chincheta en un mapa de Estados Unidos. Y Terry había acertado, por mucho que Bill Harris creyera lo contrario. Lo que al principio Johnny había considerado como una especie de año sabático, había...

Abstraído en sus pensamientos, chocó con la espalda de Jim Reed. Los muchachos se habían detenido al borde del camino. Jim, con la cara pálida y sombría, había levantado el arma y apuntaba hacia el sur.

—¿Qué...? —preguntó Johnny, pero Dave Reed le tapó la boca con la mano antes de que pudiera decir nada más.

5

Se oyó un disparo y luego un grito. Como si el grito hubiera sido una señal, Marielle Soderson abrió los ojos, arqueó la espalda, emitió un largo sonido gutural y comenzó a temblar de la cabeza a los pies. Sus pies sonaban como una matraca contra el suelo.

—¡Doc! —gritó Cynthia, corriendo al lado de Marielle—. ¡Doc!

Gary fue el primero en llegar. Se tambaleó en la puerta de la cocina y habría caído sobre el estómago de su esposa si Cynthia no lo hubiera atajado. El olor a jerez para guisar lo envolvía como una nube dulzona.

—¿*Epassa*? —preguntó Gary—. ¿*E le passa a mi mu...*?

Marielle sacudió la cabeza con fuerza, golpeándosela contra la pared. El retrato de *Daisy*, la perrita que sabía contar y sumar, cayó y aterrizó sobre su pecho. Por suerte, el cristal del cuadro no se rompió. Cynthia lo cogió y lo arrojó a un lado, y mientras lo hacía, vio que la gasa que cubría el muñón de la mujer se había teñido de rojo. Los puntos se habían abierto.

—¡Doc! —gritó a voz en cuello.

Billingsley corrió desde la puerta, donde había estado mirando hipnotizado los cambios que aún tenían lugar en la calle. Oyeron rugidos, gritos y disparos procedentes del bosque. Dos disparos por lo menos. Gary miró en esa dirección, parpadeando con expresión aturdida.

—*Epassa?* —volvió a preguntar.

Marielle dejó de temblar. Sus dedos se movieron, como si intentara coger algo, y luego se detuvieron. Miró el techo con los ojos en blanco, y una lágrima se deslizó por el rabillo del izquierdo. Doc le cogió la muñeca y le tomó el pulso. Entretanto, miró a Cynthia con vehemencia.

—Creo que si quiere seguir trabajando en la esquina, tendrá que cambiarse la bata de dependienta por un vestido de fiesta —dijo—. La tienda se ha convertido en un *saloon*, el Lady Day.

—¿Está muerta? —preguntó Terry.

—Sí —dijo Doc, dejando caer la mano de Marielle—. Perdió su última posibilidad de sobrevivir hace unos quince minutos. Necesitaba una cama en la UCI, no un viejo veterinario con manos temblorosas.

Más gritos. En la calle, alguien lloraba y gritaba, deberías haberlo detenido, deberías haberlo detenido. De repente, Cynthia tuvo la absoluta certeza de que Steve, un tipo que empezaba a gustarle, había muerto. Los pistoleros estaban ahí fuera y lo habían matado.

—*É passa?* —preguntó Gary por tercera vez.

Ni el anciano ni la joven le respondieron. Aunque había estado allí mismo, arrodillado en la puerta de la cocina, cuando Billingsley había declarado que su esposa estaba muerta, Gary no pareció comprender lo que había ocurrido hasta que el viejo Doc retiró la funda de pana marrón del sofá y la usó para cubrir el cuerpo de Marielle. Entonces entendió, a pesar de su borrachera. Su cara tembló. Rebuscó debajo de la funda, encontró la mano de su mujer y la besó. Luego la apoyó contra su mejilla y se echó a llorar.

6

Cuando Jim Reed vio las sombras que se aproximaban a él en el camino, su entusiasmo se desvaneció, dejando un espacio que pasó a ocupar el miedo. Por primera vez pensó que la decisión de internarse en el bosque no había sido sensata.

Si veis personas extrañas en el bosque, volved de inmediato, había dicho su madre. Pero ni siquiera podía moverse; estaba paralizado. Entonces oyó el rugido de un animal entre la vegetación y se dejó llevar por el pánico. En lugar de ver a Collie Entragian y a Steve cuando éstos salieron a su encuentro, vio a unos asesinos que habían dejado momentáneamente sus furgonetas para adentrarse en el bosque. No oyó el grito ahogado de Johnny ni lo vio luchar para soltarse de las manos de Dave.

—¡Dispara, Jimmy! —gritó Dave con un falsete tembloroso—. ¡Dispara, por

Dios! ¡Son ellos!

Jim disparó y el hombre de la izquierda cayó cogiéndose la cabeza, que estalló en una nube roja de pelo, huesos y cuero cabelludo. El rifle que llevaba en la mano cayó a un lado del camino. La sangre se filtraba entre sus dedos y se deslizaba sobre su cara.

—¡Ahora el otro! —gritó Dave—. ¡Rápido, Jimmy, antes de que él nos dispare a nosotros!

—¡No! ¡No dispare! —gritó el otro hombre levantando las manos, en una de las cuales llevaba un rifle—. ¡Por favor! ¡No dispare!

Sin embargo, Jim iba a hacerlo. Lo apuntó con el arma, apenas consciente de sus propios gritos, de sus insultos: cabrón, hijo de puta, malparido. Lo único que quería era matar a ese tipo y volver con su madre. Volver con Dave junto a su madre. Salir al bosque había sido un terrible error.

7

Johnny clavó los codos en el vientre liso y duro de Dave Reed, pillándolo desprevenido. Dave dejó escapar un grito de sorpresa y Johnny se soltó de sus brazos. Antes de que Jim pudiera volver a disparar, Johnny le cogió el brazo y se lo retorció con fuerza. El chico gritó de dolor. Su mano se abrió, y la pistola de David Carver cayó al suelo.

—¿Qué hace? —gritó Dave—. Nos matará, ¿está loco?

—Tu hermano acaba de matar a Collie Entragian, su vecino, ¿no crees que el loco es él? —dijo Johnny. Sí, el muchacho había disparado, pero ¿quién tenía la culpa? Al fin y al cabo, él era el adulto y debería haber cogido la pistola en cuanto estuvieron fuera del alcance de los ojos fanáticos de Cammie Reed y de sus secas órdenes. ¿Por qué no lo había hecho?

—No —murmuró Jim girándose hacia él y sacudiendo la cabeza—. ¡No! —Pero sus ojos decían lo contrario. Estaban abiertos como platos y llenos de lágrimas.

—¿Qué hacía aquí? ¡Dios santo! ¿Por qué no nos avisó...?

El rugido, que se había apagado momentáneamente, volvió a vibrar en el aire abrasador y se elevó hasta convertirse en un gruñido. El hombre que seguía de pie, el conductor del camión, se volvió hacia él y levantó las manos automáticamente. El rifle que llevaba era muy pequeño, y quizás fuera más acertado usarlo para protegerse el cuello que para disparar.

Entonces la criatura que los había seguido salió de la vegetación. Cuando Johnny la vio, perdió toda su capacidad para pensar y razonar con coherencia; lo único que

podía hacer era mirar. El sentido de la vista, que en ese momento le pareció una maldición, no lo había abandonado nunca antes ni lo hizo ahora.

La criatura era un personaje de pesadilla, con piel leonada, feroces ojos verdes y una boca llena de serrados dientes amarillos. No era un gato, sino un indescriptible monstruo felino. Saltó, partiendo el Mossberg con sus enormes garras y arrancándolo de las manos que lo tenían cogido. Luego, sin dejar de rugir, se lanzó al cuello de Steve.

Del diario de Audrey Wyler:

12 de junio de 1995

La fantasía, si es que se trata de una fantasía, ha vuelto. Es la tercera o cuarta vez, pero la primera (creo) desde que empecé a escribir este diario. También fue la más vivida. Siempre parece presentarse cuando las cosas van mal... y últimamente las cosas van de mal en peor.

Esta mañana, Herb se levantó a la misma hora que Seth y se duchó con él (de ese modo ahorraron mucho tiempo). Cuando bajaron, Seth estaba retraído y Herb tenía un ojo morado. No necesité preguntarle qué había pasado. Seth lo obligó a golpearse, por supuesto, igual que le obligó a retorcerse el labio cuando volvimos de la heladería y descubrió que su maldito Supercarro había desaparecido. Miré a Herb y él sacudió la cabeza, como si quisiera decirme que no hablara. Le obedecí. He descubierto que siempre tenemos algunas razón para sentirnos agradecidos, y en este caso teníamos que dar gracias porque Seth sólo le había obligado a golpearse (aunque el que hace estas cosas no es Seth, sino el otro, el niño que camina con las piernas rígidas). A Seth le gusta mirar a Herb mientras se afeita por las mañanas, y supongo que el de las piernas rígidas podría haberlo obligado a

cortarse el cuello con la cuchilla desechable. Me asusta escribir esto, pero creo que es saludable ponerlo por escrito. Es como apretar un corte para que salga el pus.

El niño de las piernas rígidas empezó a dar la lata antes de que yo hubiera acabado de poner el desayuno en la mesa. Siempre sé cuando es él, en lugar de Seth, porque sus ojos no son castaños sino casi negros.

-¿Dónde está mi cadoza de los sueños? -preguntó.

-Todavía no la hemos encontrado, pero estoy segura de que la haremos -dijo.

-¡Quiero mi cadoza de los sueños! -gritó a voz en cuello. Herb dio un respingo, pero yo no. A menos cuando grita no tira cosas. ¡Quiero la puta cadoza de los sueños!

-No digas palabrotas delante de tu tía Audrey -dijo Herb. El niño de las piernas rígidas le dirigió una mirada fulminante y yo me asusté, me asusté mucho, pero Herb ni siquiera pestañeó. Es tan valiente. Auténtica, genuinamente valiente. El niño de las piernas rígidas acabó por bajar la vista.

-Quiero mi cadoza de los sueños -murmuró con la voz caprichosa que tanto odio-. Quiero mi cadoza de los sueños. Encontradla.

Le había preparado una torrija, su desayuno favorito,

pero no la comió. Se fue al estudio caminando con las piernas rígidas. Poco después una de las películas de video de los MotoKops. Tiene cuatro o cinco, cada una con una docena de episodios. Detesto las voces de esos malditos dibujos animados, sobre todo la de Carrie. A veces desearía que Simostro la matara y arrojara su cuerpo decapitado en alguna zanja. Ojalá estuviera bromeando, pero no es así. Que Dios me ayude.

Cuando empecé a oír esas voces cascadas (Seth pone el volumen a toda pastilla, lo que a veces es una muerte), le pregunté a Herb cómo iba a explicar lo del ojo morado en el trabajo. Él parpadeó y me contestó con voz de falso:

-les diré a los muchachos que choqué con una puerta, cariño.

Intentaba hacerme reír, pero no lo consiguió.

Hoy a Seth no le dio por romper cosas como cuando Herb sugirió que le compraría otra Carraza de los Sueños. Ojalá lo hubiera hecho. Se pasó el día yendo de una habitación a otra, siempre con las piernas rígidas, buscando el Supercarro perdido. A ratos se metía en el estudio a mirar la televisión, pero ni siquiera Bonanza conseguía mantenerlo entretenido mucho tiempo. Intenté hacerlo hablar, pero no lo conseguí. La cuestión es que... Ay, ojalá pudiera escribir mejor,

expresarme mejor. De ese modo, si alguien lee esto (aunque sé que nadie lo hará), podrá entenderme. Es como si el niño de las piernas rígidas generara una especie de electricidad venenosa cuando está enfadado. Parece brotar de su cuerpo, como una araña tejiendo una tela eléctrica o un cielo de tormenta lanzando rayos. La energía se acumula y se acumula hasta que uno la siente pasar de habitación en habitación, gritando y golpeándose la cabeza contra las cosas. No es sólo una sensación, sino algo real, físico. Sudas (un sudor apesado, como cuando tienes fiebre), te tiemblan los músculos, se te seca la boca. Ahora escribiré algo que nunca le he confesado a Herb: a veces, cuando la situación llega a este punto, me encierro en el cuarto de baño y empiezo a masturbarme como loca. Es la única que me ayuda a aliviar la tensión. Los orgasmos son tan fuertes que me asustan. ¡Son como bombas!

He tenido esta misma sensación otra vez cuando Seth está enfadado, pero nunca había sido tan intensa ni había durado tanto. A media tarde era como si la casa estuviera llena de gas, esperando una chispa para estallar. Yo daba vueltas inútilmente por la cocina, con un dolor de cabeza tan fuerte que me latían los ojos, pero no podía dejar de sonreír. No sé por qué. La cosa no tenía la más mínima

gracia, pero cuanto más me dolía la cabeza, más me latían los ojos y más me agobiaba la atmósfera de la casa, más ganas tenía de sonreír. ¡Dios santo!

Me acerqué al fregadero y miré por la ventana que da al jardín trasero. Seth estaba sentado en el cajón de arena, jugando con los Supercarrros. Creo que si cualquier otra persona hubiera visto cómo jugaba, lo encerrarían en una institución pública, uno de esos sitios donde estudian a los niños con poderes sobrenaturales.

Los Supercarrros tienen alas retráctiles, pero por supuesto no vuelan. Sin embargo, los de Seth lo hacen. Él estaba sentado en la arena con las manos en el regazo y las furgonetas giraban y giraban alrededor de su cabeza. La Flecha Rastreadora, Rooty-Toot, el Carro de la Muerte y las demás, ascendían y descendían unas encima de otras, hacían acrobacias, bajaban en picada a repostar a una pista de aterrizaje que había construido Seth para ellas en la arena, a veces volaban en formación hasta el columpio y pasaban por debajo del asiento como los aviones acróbatas de las películas, luego giraban y regresaban. ¡Juguetes infantiles de colores chillones volando en el jardín trasero! Sé que todo esto parece una locura, pero juro por Dios que es verdad. A veces bombardea a Amíbal, el perro de los vecinos, y el animal buuje

con el rabo entre las patas. Herb también lo ha visto.

Cualquier niño que viera a los Supercarros de los MotoKops haciendo estas piruetas reiría, aplaudiría y daría gritos de alegría, pero el niño de las piernas rígidas no. Él simplemente mira la escena con ojos furiosos y una mueca de enfado en los labios.

Seth miraba los coches y yo lo miraba a él, con la sensación de que lo que sea que habita en su interior salía en oleadas y llenaba el aire con un zumbido que está sólo en mi cabeza. Estaba a punto de desmoronarme, de desplomarme delante del plegadero, cuando surgió la fantasía. Es maravillosa, y aunque yo la defino como fantasía, en todo momento parece real. En ella revivo la tarde de un fin de semana que pasé en Mohonk House con mi amiga Jan. Fue en 1982, cuando las dos éramos solteras. Nos sentamos y hablamos durante muchísimo tiempo: ella sobre un tipo ronosa e impresentable por el que estaba loca en aquellos tiempos, yo sobre lo mucho que me gustaría tomarme tres meses libres después de la graduación para recorrer el país.

Mohonk es tan bonito, tan pacífico. Comemos en el campo, el aire es cálido, Jan está radiante y yo meiento igual. Sé que nada de esto es real y que tengo que regresar a este caos, pero durante el tiempo que estoy allí, eso no me

preocupa. Jan y yo hablamos, siento el sol en mi piel, huelo el perfume las flores. Es maravillosa. No sé qué es ni por qué pasa, pero como antídoto a las rabietas del niño con las piernas rígidas, supera ampliamente a las pajas en el baño. Me pregunto si Seth tiene algo que ver con esto.

Ojalá Herb también tuviera un sitio adonde ir. Pobrecillo, sus bromas estúpidas son su único escape. Me gustaría hablarle de mi refugio, quizás incluso llevarlo allí, pero creo que no sería sensato. Tengo la impresión de que el niño de las piernas rígidas le saca información que no puede sacarme a mí. Ninguno de los dos nos merecemos lo que está pasando, pero creo que en el caso de Herb es mucho más injusto.

13 de junio de 1995

Hemos recuperado la cadera de los niños, aunque ahora mismo no sé si siento alivio o pánico.

Por supuesto que siento alivio, cualquiera en mi lugar lo sentiría, pues esta casa ha sido como un campo de concentración desde el sábado pasado. Pero (qué pasará ahora?) (Cómo reaccionará el niño de las piernas rígidas?)

Gracias a Dios estaba durmiendo la siesta cuando llamaron al timbre y gracias a Dios que Herb estaba en el trabajo, pues el niño de las piernas rígidas escucha sus pensamientos. Sé que lo hace. No creo que pueda hacer lo mismo conmigo, a menos que yo se lo permita o que me pille desprevenida.

Cielos. Acabo de releer lo que he escrito y sé que parece una locura. Voy a respirar hondo y a empezar por el principio. Creo que tengo tiempo. Seth no ha dormido bien desde el viernes por la noche, así que con un poco de suerte dormirá hasta las cuatro y media. Tengo al menos una hora.

A eso de las tres, cuando estaba pasando la aspiradora, oí llamar a la puerta de la cocina. Abrí la puerta y allí estaban nuestro vecino el señor Hobart y su hijo, un pelirrojo regordete con gafas de culo de botella y un aparato en los dientes. Francamente, un crío bastante repulsivo. Bueno; la cuestión es que el niño tenía una Carroza de los Sueños en las manos, y no cabía duda que era la de Seth. No necesitaba ver el faro trasero roto o el rasguño en la puerta del conductor para saberlo, pero lo cierto es que vi ambas cosas. Casi me caigo de culo. Intenté decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. No sé qué habría dicho si hubiera sido capaz de hablar.

Aunque hoy hace calor —unos 26 °C—, el señor Hobart

estaba vestido como un feligrés devoto (estoy segura de que lo es) en traje de domingo; es decir, con traje y zapatos negros.

El niño vestía una versión infantil del mismo atuendo y estaba llorando. También tenía un hematoma en la mejilla, y apostaría todo lo que tengo en el banco a que se lo hizo su padre.

Dijo igual que ya no pudiera hablar, porque el señor Hobart traía su discurso bien ensayado:

—Mi hijo tiene algo que decirle, señora Wyler —dijo y miró al crío como diciéndole di lo que tienes que decir y no la cagues. (Hugh?)

Hugh se echó a llorar más fuerte y dijo que había cedido a la tentadora voz de Satanás y robado la furgoneta de Seth.

Hablaban muy deprisa, con sollozos más y más dramáticos.

Por fin terminó diciendo:

—Si quiere llamar a la policía, lo confesaré todo. Puede pegarme, y si no lo hace, me pegará mi padre.

Esa parte me recordó a la voz grabada del servicio meteorológico telefónico, cuando dicen «si desea información sobre la temperatura actual, pulse la tecla uno. Si desea el pronóstico para mañana, pulse la tecla dos. Si desea información sobre la situación de las carreteras, pulse la tecla tres». Supongo que fue una suerte que me quedara tan

sorprendida, pues de no haber sido así me habría reido y lo cierto es que aquella pareja tan avergonzada y piadosa no tenía la menor gracia. Me daban más miedo que Seth en sus días malos (sobre todo el padre).

Pero también tenía miedo por ellos.

-Lo siento mucho -dijo el niño, recitando como si alguien le sostuviera delante el texto de su discurso-. He pedido perdón a mi padre, he pedido perdón a Jesús Nuestro Señor y ahora le pido perdón a usted.

Me recuperé lo suficiente para coger la furgoneta de sus manos (estaba tan nerviosa que estuve a punto de dejarla caer al suelo) y le dije que no tenía intención de pegarle.

-El niño también debe pedir disculpas a su hijo -dijo el señor Hobart, que parece Moisés con un buen corte de pelo y la cara afeitada, si es que uno puede imaginarse a Moisés en un traje cruzado de los almacenes Sears. Después de todo lo que ha ocurrido por aquí en los últimos tiempos, ya soy capaz de imaginar cualquier cosa. Es parte de mi problema.

Si es usted tan amable de conducirnos hasta él, señora Wyler...

¡Y el maldito chupacabras hizo además de entrar en la casa! Pero yo lo atajé (y otra vez estuve a punto de dejar caer la Carroza de los Sueños). Lo último que deseaba era ver a ese

ladranguelo gordinflón frente a frente con el niño de las piernas rígidas. Lo que quería era que se largaran, y rápido, antes de que sus voces o sus dramáticas vibraciones (Hobart no lloraba, pero estaba tan nerviosa como su hijo) despertaran a Seth.

-Seth no es mi hijo, sino mi sobrino, y en este momento está durmiendo la siesta -respondí.

-Muy bien -dijo Hobart con un rígido gesto de asentimiento-. Volveremos más tarde. ¿Le parece bien esta noche? Si no, traeré a Hugh mañana por la tarde. No debería tomarme otra tarde libre, trabajo en el molino de Ten Mile, (sabe), pero los asuntos divinos siempre tienen prioridad sobre los asuntos...

A medida que hablaba subía el volumen de su voz, como suelen hacer los tipos como él. Es como si no pudieran decirte que tienen ganas de cagar sin convertir la frase en un sermón. Empezaba a temer seriamente que Seth se despertara. Además, mientras hablábamos, hubiera jurado que el pequeño gordinflón miraba alrededor como si buscara alguna otra cosa para robar. Yo diría que el pequeño Hughie tarde o temprano será carne de diván, aunque la gente coma los Hobart no creen en los psiquiatras, ¿verdad?

Los acompañé al zaguán y al camino de entrada; es decir,

prácticamente los eché. Entretanto, el crío me preguntaba «(Me perdonas?), (me perdonas?)» una y otra vez, como un disco rayado. Cuando llegué al final del camino, me di cuenta de que estaba furiosa con los dos, y no sólo por el infierno que nos habían hecho pasar, sino también porque se comportaban como si ya fuera responsable del alma inmortal de aquel pequeño ladrón. Además, no dejaba de recordar la forma en que el niño miraba hacia todas partes, como si quisiera ver si teníamos algo que él no tuviera.

Estoy bastante segura —casi completamente segura— de que los «poderes» de Seth tienen un alcance muy limitado, como los transmisores que solían tener en los cines al aire libre para conectar el sonido de la película directamente a la radio del coche. Así que cuando llegué a la calle, me sentí lo bastante segura (o casi) para preguntar a Hugh en qué momento había cogido el Supercarro de Seth.

Padre e hijo cambiaron una mirada. Fue una mirada cómica y turbada, y me di cuenta de que aunque ninguna de los dos temía que agotara a Hugh o incluso llamara a la policía, no les gustaba nada hablar del robo. Ni pizca. No me extraña que los fundamentalistas odien tanto a los católicos. La sola idea de una confesión debe de hacer que se les encojan los huevos.

Sin embargo, los tenía acorralados y por fin hablaron. Sobre todo el padre, pues a esta altura era evidente que el niño había llegado a la conclusión de que ya no era santo de su devoción. Me miraba con el entrecejo fruncido y había dejado de llorar.

Debería habérmelo imaginado. Los Hobart pertenecen a la Iglesia Bautista de Sión, y una de sus actividades fundamentales es «difundir los Evangelios». Esa significa repartir folletos como el que Herb encontró en el bujón, aquél que hablaba de pasar un millón de años en el infierno sin un solo sorbo de agua. William y Hugh cumplen esta tarea juntos. Supongo que para ellos es una actividad familiar, un piadoso sustituto de los partidos de béisbol o de fútbol. Por lo general, visitan las casas cuando sus habitantes están fuera (según palabras del propio William «quieren difundir la palabra de Dios y plantar la semilla de la fe, no enfascarse en discusiones») o dejan sus folletos debajo de los parabrisas de los coches.

Deben de haber venido a casa cuando fuimos a la heladería. Hugh subió corriendo por el camino, dejó el folleto debajo del cajón de la leche y via la Carroza de los Sueños dondequiera que la había dejado Seth. Más tarde, cuando su padre le dio el resto de la tarde libre, pero antes

de que regresáramos del centro comercial, Hugh pasó delante de la casa y cedió a la Tentadora Voz de Satán. Su madre encontró la furgoneta ayer, lunes, mientras Hugh estaba en el colegio y ella entró a limpiar su habitación. Anoche tuvieron una «conferencia familiar» sobre el asunto, llamaron al pastor para pedirle consejo, rezaron juntos en el teléfono y por fin vinieron a verme.

Una vez conferada toda la historia, el crío empezó otra vez con la cantilena: «(Me perdonas), (me perdonas)». Sin embargo, yo lo paré en seco:

-Deja de preguntar siempre lo mismo.

Fue como si le hubiera dado una bofetada. Su padre puso cara de ofendido, pero no me importó. Me acuclillé para poder mirar directamente a los ojos porcinos de Hugh, aunque no era muy fácil verlos con tanta caspa y manchas de grasa en sus gafas.

-El perdón es un asunto entre tú y tu Dios -dije-. Con respecto a mí, pienso mantener la boca cerrada sobre este asunto, y aconsejaría a tus padres que hicieran lo mismo.

Lo harán, estoy segura. Me bastó con mirar el hematoma en la cara de Hugh para saberlo. No sé qué pensará la imbécil de su madre, pero es evidente que la conducta del niño está destrozando al padre.

Hugh retrocedió un paso. Supe por la expresión de sus ojos que las cosas no estaban saliendo según sus planes y que me odiaba por ello. Me da igual; yo también lo odio un poco. Nada sorprendente, teniendo en cuenta el fin de semana que pasamos por culpa de sus dedos ligeros.

-Si ha terminado, nos vamos, señora Wyler -dijo Hobart-. Hugh tiene mucho en qué pensar, y lo hará de rodillas en su habitación.

-Pero todavía no he terminado -dije sin mirarlo. Sólo miraba al niño. Creo que intentaba traspasar la barrera de odio, vergüenza y arrogancia para descubrir si había un niño real del otro lado. (Lo vi) Con franqueza, no estoy segura.

-Tú sabes que la gente sólo tiene que pedir perdón si hace algo malo, (verdad, Hugh) -dijo. El niño asintió con aire cauteloso, como si estuviera testificando en un juicio y temiera que el abogado le tendiera una trampa-. Así que sabes que robar el juguete de Seth ha estado mal.

Asintió otra vez, aún más a regañadientes. A esta altura, estaba prácticamente oculto detrás de la pierna de su padre, como si tuviera tres años en lugar de ocho o nueve.

-Señora Wyler, creo que no hace falta amedrentar gratuitamente al niño -protestó el padre.

¡Menudo mojigato! Estaba dispuesto a permitir que le

diera una azotaina a su hijo, pero cuando quiero que el crío reconozca que se ha portado mal, el tío lo considera una ofensa. Supongo que esto debería enseñarme una lección, pero no tengo idea de cuál es.

-No es mi intención amedrentarlo, pero quiero que sepa que los últimos días lo hemos pasado muy mal. -Aunque le respondía al adulto, seguía hablándole al niño-. Seth está muy encariñado con sus Supercarrros. La única que te pido, Hugh, es que admitas que lo que has hecho está mal y que digas que lo lamentas. Entonces quedaremos en paz.

Hugh me miró con odio. Si las miradas mataran, ahora no estaría escribiendo esto. Pero (acaso pretendía asustarme?) Vamos, (cómo podía asustarme a mí, que vivo con el campeón mundial de las rabietas?)

-¿Cree que es realmente necesario, señora Wyler?
-preguntó Hobart.

-Sí, señor, y más por su hijo que por mí -respondí.

-¿Tengo que hacerlo, papá? -gimoteó el niño. Seguía mirándome con expresión asesina detrás de sus rojas gafas.

-Dile lo que quiere oír -respondió Hobart-. La mejor manera de tragar una medicina amarga es hacerla de un solo trago. -Luego le dio una palmada en el hombro como si

dijera, sí, es una mala mujer, una mala puta, pero tenemos que aguantarnos.

-Lo que hice estuvo muy mal y lo siento -dijo el niño, nuevamente como si leyera un texto. Me miraba con auténtico odio y había dejado de llorar.

Levanté la vista y vi que su padre tenía una expresión idéntica en la cara. Nunca había notado un parecido tan evidente entre ellos. La gente es increíble. Cruzan la calle, asustados pero al mismo tiempo entusiasmados con la idea de que los crucifiquen, como hicieron con su comandante en jefe. Y en lugar de crucificarlos, yo intento que el niño admita que lo que hizo estuvo mal, y me odian por eso.

Bueno, lo que realmente importa es lo siguiente: 1) hemos recuperado la Carroza de los Sueños, y 2) los Hobart no hablarán del tema. A veces el miedo es la única mordaza capaz de hacer callar a la gente. Debo inventarme algo para explicarle lo sucedido a Seth y luego contarle la misma historia a Herb. No creo que sea prudente decir la verdad.

Arriba oigo pisadas en dirección al lavabo. Seth se ha levantado. Dios mío, espero que no pueda leer mis pensamientos.

Fiuuu... (gran suspiro de alivio). Tal vez también debería darme una palmadita en la espalda. Creo que la crisis de la Carroza de los Sueños ha pasado sin más daños que unos cuantos platos rotos y mi hermosa cristalería Waterford en la basura. Seth y Herb están durmiendo, y yo también pienso irme a la cama en cuanto escriba unas cuantas líneas en este cuaderno. (Sé que llevar un diario en estas circunstancias es peligroso, pero ¡Dios mío!, también es un alivio.) Luego guardaré el cuaderno en el armario de la cocina, donde lo pongo siempre.

El hecho de que Seth se levantara cuando lo higo, sin darme tiempo a pensar en una excusa, resultó ser una bendición. Cuando bajó a la cocina, todavía con los ojos entrecerrados e hinchados, le tendí la Carroza de los Sueños sin decir nada. Lo que vi a continuación -la cara de Seth abriendose como una flor al sol, llena de sorpresa y dicha- me hizo pensar que todo el horror que paramos había valido la pena. En aquella expresión de alegría los vi a los dos, a Seth, al niño de las piernas rígidas. El segundo sólo se alegraba por recuperar el Supercarro, pero juraría que Seth se alegraba por algo más. Quizá me equivoque al confiar tanto

en él, pero no lo creo. Creo que Seth se alegró porque sabía que a partir de ese momento el niño de las piernas rígidas nos dejaría en paz. Al menos por un tiempo.

Al principio pensaba ingenuamente que el niño de las piernas rígidas era otra faceta de la personalidad de Seth, la parte amoral que los freudianos llaman el Ego, pero ya no estoy segura. No dejo de pensar en el viaje que hicieron los Garin poco antes de que mataran a Bill, a June y a los dos niños mayores. Luego recuerdo lo que mi padre nos dijo a Bill y a mí cuando éramos adolescentes y estábamos aprendiendo a conducir. Nos dijo que había tres cosas que no debíamos hacer jamás: conducir con poca presión en las llantas, conducir bebidos o recoger autoestopistas.

(Es probable que Bill recogiera a un autoestopista en el desierto sin ni siquiera saberlo) (Y que éste viga dentro de Seth) Ya sé que es una idea descabellada, pero casi siempre tengo ideas descabelladas en momentos como éste, cuando la casa está tranquila y los demás duermen. Además, descabellada no significa necesariamente equivocada.

La cuestión es que al no tener tiempo para inventar una mentira verosímil, me limité a mentir sin más. Dije que había encontrado la furgoneta en el sótano, cuando había bajado a ver si quedaban bolsas para la aspiradora. Seth

aceptó la historia sin hacer preguntas. (Supongo que le traía sin cuidado. ¡Estaba tan contento con su cadoza de los sueños! En realidad le hablaba al niño de las piernas rígidas.) Herb sólo hizo una pregunta: ¿cómo había llegado allí la furgoneta? Seth nunca baja al sótano porque le da miedo, y Herb lo sabe. Le dije que no tenía idea y, milagrosamente, eso pareció zanjar la cuestión.

Por la noche Seth se sentó a mirar la televisión en el estudio, con la Carroza de los Sueños en el regazo, como una niña abrazada a su muñeca favorita. Herb trajo una película del videoclub. Es una peli vieja en blanco y negro que encontró entre las ofertas, pero a Seth le encanta. Es un western (por supuesta) de finales de los cincuenta. El niño ya la ha visto dos veces.

La película se llama Los vigilantes y el protagonista es Rory Calhoun.

19 de junio de 1995

Creo que tenemos problemas.

Esta mañana vino a verme William Hobart hecho una

furia. Gracias a Dios, Herb se había marchado a trabajar veinte minutos antes y Seth estaba en el jardín.

-Quiero hacerle una pregunta, señora Wyler -dijo.

(Usted o su marido han tenido algo que ver con lo que le ocurrió a mi coche?) Bastará con que diga si o no. Será mejor que lo admita ahora.

-No sé de qué habla -respondí y debía de haber sonado convincente, porque Hobart pareció calmarse un poco.

Me condujo hasta la calle (me alegré de acompañarlo; cuanto más nos alejáramos de Seth, mejor) y señaló hacia su casa. Hobart tiene un todoterreno, un Explorer, según creo. La cuestión es que el coche tenía las cuatro ruedas pinchadas y todas las ventanillas rotas, incluyendo el parabrisas y la ventana trasera.

-¡Dios mío! Lo siento mucha -dije y era verdad, aunque no por las razones que él creía.

-Me disculpa por mi acusación -dijo, tan rígido como si lo hubieran almidonado-. Pensé que... bueno... el juguete que cogió Hugh. Quizá todavía estuvieran enfadados y...

Creo que quería decir ojo por ojo, o un vehículo por otro.

-Ya he olvidado ese asunto, señor Hobart -afirmé-. Y no soy una persona vengativa.

-«La venganza es mía, dijo el Señor, y yo la administraré» -recitó.

-Exacto -respondí. No sé si es así o no, pero en ese momento sólo quería librarme de él. Es un tipo siniestro.

-Debe de haber sido un grupo de gamberros -dijo.

Borrachos. Ningún vecino haría una cosa así.

Espero que fueran gamberros. (Cómo iba a ver Seth (o el niño de las piernas rígidas) si es verdad que su poder tiene un alcance limitado?) A menos que sus facultades estén creciendo, que su campo de acción comience a extenderse.

No me atrevo a contarle todo esto a Herb.

24 de junio de 1995

Esta mañana, cuando bajé a la cocina a preparar el desayuno, vi a Jack y a Cammie Reed en el camino de su casa, todavía en bata. Salí. Ha estado haciendo mucho calor, pero llovía mucha durante la noche y esta mañana el aire estaba más fresco, con el aroma dulzón y húmedo de las tormentas de verano.

De no haber sido sábado, y a una hora tan temprana,

todos los vecinos habrían salido a la calle. Delante de la casa de los Hobart había un coche de la policía y cristales por todas partes, en el camino, en el jardín, parpadeando bajo el sol. William y su esposa, Irene, estaban en el zaguán, en pijama, hablando con la policía. El ladronzuelo estaba detrás de ellos, chupándose el dedo. Era demasiado mayor para eso, pero era evidente que en chez Hobart tenían una mala mañana. Por lo visto, habían roto todas las ventanas de la casa, las de la planta baja y las del primer piso.

Cammie dijo que ocurría a eso de las seis menos cuarto y que había oído los ruidos.

-No tan fuertes como habría cabido esperar, teniendo en cuenta que han roto tantos cristales, pero lo bastante para que pudiera identificar el sonido. Es extraño, ¿verdad? -dijo.

-Mucho -respondí. Creo que mi voz sonó normal, pero no me atreví a decir nada más por si se volvía vacilante.

Cammie me contó que había mirado por la ventana al oír los ruidos, pero que ya no había señales de los que habían tirado las piedras (si la policía encuentra alguna piedra, me la comeré con salsa de tomate y mozzarella.)

-Quienquiera que fuera escapó muy rápidamente -dijo y señaló con el codo a su marido-. Este grandullón ni siquiera se despertó.

-Primero el coche y ahora esto -observó Charlie-. De gamberros, nada. Ha sido alguien que se la tiene jurada a Will Hobart.

-Sí -respondió-. Eso parece.

Más tarde

Encontré las zapatillas de conejito de Seth debajo de su cama. Fue un encuentro casual, pues buscaba un calcetín perdido. Las zapatillas estaban húmedas, con la piel manchada y restos de hierba en las suelas. Eso quiere decir que ha estado fuera durante la noche o a primera hora de la mañana. Y yo sé dónde fue, (verdad?)

Es horrible... pero gracias a Dios el alcance de su poder no se está extendiendo como ya sospechaba. Eso sería aún peor.

26 de junio de 1995

Esperé hasta que Herb se marchó a trabajar (está tan pálido y desmejorado que yo no quería que fuera, pero dijo que tenía que terminar un informe y hacer una presentación importante por la tarde), luego fui a hablar con Seth.

Estaba sentado en el cajón de arena, jugando en silencio con sus MotoKops, el Centro de Crisis del cuartel general, y lo que Herb llama en broma «La Ponderosa». Es una granja con corral que Herb descubrió en una feria de objetos de segunda mano cuando volvía del trabajo, en marzo o abril. Hizo un giro en U y volvió a comprarlo. No es el rancho La Ponderosa de Bonanza, por supuesto, pero la casa principal, con sus paredes de troncos, se le parece un poco. También tiene un barracón (con una parte del techo rota, pero aparte de eso en buen estado) y varios caballos de plástico (un par con sólo tres patas). Herb por ella pagó dos pavos y desde entonces es uno de los juguetes favoritos de Seth. Resulta gracioso, y en cierto modo extraño, ver con qué rapidez y facilidad Seth ha incorporado la granja a sus juegos con los MotoKops. Supongo que todos los niños son iguales y cuando juegan no se preocupan por respetar límites arbitrarios, pero aún así Cassie o Sinrostro

cabalgando en un caballo de tres patas por el viejo corral componen una disparatada mezcla de géneros.

No es que pensara en nada de esto por la mañana, os lo aseguro. Estaba aterrorizada, el corazón me latía como un tambor, pero cuando el niño alzó la vista me sentí un poco mejor. Era Seth, no el otro. Cada vez que vea la cara pálida y tierna de Seth, siento que lo quiero un poco más. Quizá sea una locura, pero es verdad. Quiero protegerlo, y odio aún más al otro.

Le pregunté qué pasaba con los Hobart (ya no puedo seguir mintiéndome y creer que no sabe qué pasó con su Carroza de los Sueños) y no respondió. Se quedó allí sentado, mirándome. Le pregunté si el sábado por la mañana se había escapado de casa y había roto los cristales de los Hobart, pero tampoco contestó. Luego le pregunté qué quería, qué debía ocurrir para que se detuviera, y entonces me dijo con una claridad insólita en él:

—Tienen que mudarse. Tienen que mudarse pronto. No puedo retenerlos más.

—(Retener qué) —le pregunté, pero se negó a decir nada más, y se ausentó de allí sin moverse, como hace a menudo.

Más tarde, mientras Seth comía (espaguetis y leche con cacao, como siempre), subí a mi habitación y me senté en la

cama a pensar. Después de la muerte de mi hermano y su familia, algunos testigos mencionaron una furgoneta roja con una especie de radar o equipo de telecomunicación en el techo. El periódico la llamaba «la furgoneta misteriosa».

Flecha Rastreadora es roja y tiene un radar en el techo.

Me dije que estaba completamente loca y luego recordé la Carroza de los Sueños que Herb y yo vimos en el jardín trasero. No era real, desde luego, pero era del mismo tamaño que una furgoneta auténtica... Cuando la vimos, Seth dormía, y es lógico suponer que no estaba usando todos sus poderes.

Supongamos que el niño de las piernas rígidas se causa de romper cristales, y que envía a Flecha Rastreadora (o a la Carroza de los Sueños, el Carro de la Justicia o Libertad) a hacer una pequeña visita a los Hobart.

«No puedo retenerlo más tiempo», dijo Seth.

27 de junio de 1995

He pasado casi todo el día en Mohonk con Jan Goodlin. Sé que no debería hacerlo, que es una evasión igual que las

drogas o el alcohol, pero es difícil resistirse. Como de costumbre, hablamos de nuestras familias y de algunas situaciones incómodas que vivimos en el instituto. Todo trivial y maravilloso hasta el final. Cuando vi que el teléfono rojo había desaparecido, lo que significa que debía volver, Jan me dijo:

-Sabes de dónde saca la energía para hacer daño a los Hobart, ¿verdad, Audrey?

Claro que sí: de Herb. Se la está robando como un vampiro que chupa la sangre de sus víctimas. Y creo que Herb también lo sabe.

28 de junio de 1995

A última hora de la mañana estaba sentada a la mesa de la cocina haciendo la lista de la compra cuando oí la sirena de una ambulancia. Salí a la calle justo a tiempo para verla detenerse delante de casa de los Hobart, con las luces parpadeando. Los camilleros corrieron dentro y yo también corrí, aunque rumbo a mi casa. Me metí en la cocina y miré al jardín trasero por la ventana. Seth había desaparecido. Los

Supercarros estaban alineados en el cajón de arena, aparcados en diagonal, como los deja siempre que hace una pausa en el juego. La Ponderosa perfectamente ordenada, con los caballos de plástico en el corral, el cuartel general de los MotoKops cerca del columpio... pero ni rastro de Seth. Si dijera que me sorprendí, mentiría.

Cuando volví a salir a la calle había un montón de gente en la acera mirando la casa de los Hobart. Dave y Jim Reed estaban en el jardín y les pregunté si habían visto a Seth.

-Allí está, señora Wyler -dijo Dave señalando hacia la tienda. Seth estaba junto a la barra donde se atan las bicicletas, mirando al otro lado de la calle, como todo el mundo. Debe de haber ido a comprar una chocolatina.

-Sí -respondí, aunque sabía que: a) Seth no tiene dinero, b) Seth apenas habla con Herb y conmigo, y mucho menos con dependientas que no conoce, y c) Seth nunca sale del jardín trasero.

Bueno, aunque Seth no salga, es evidente que el niño de las piernas rígidas lo hace de vez en cuando. Supongo que para extender su radio de acción.

Cinco minutos después, los camilleros ayudaron a salir a Irene de la casa. Hugh salió cogido de la mano de su

madre, llorando. Yo odiaba a ese crío con toda mi alma, pero ya no le odio. Sólo lo compadezco y temo por él. La pechera del vestido de Irene estaba manchada de sangre. La mujer se sostenía un apósito sobre la nariz y uno de los camilleros le apretaba la nuca con la mano. Subieron en la ambulancia (Hugh atrás, con su madre) y se marcharon.

Regresaron menos de dos horas después (para entonces, Seth estaba en el estudio, viendo un viejo western en la televisión). Kim Geller pasó a tomar un café y me contó que había ido a ver si podía hacer algo por Irene. Es la única persona del barrio que tiene una relación mínimamente amistosa con los Hobart. Dijo que todo iba bien, pero que Irene estaba aterrorizada. Tiene la tensión muy alta, y aunque toma medicación, no consigue controlarla. Había tenido hemorragias nasales anteriores, pero ninguna tan grave como ésta. Le dijo a Kim que había sucedido de repente, que la sangre había empezado a manar a chorros y que no había conseguido detener la hemorragia ni siquiera con hielo. Hugh se asustó y llamó a urgencias. Los tipos de la ambulancia insistieron en llevarla al hospital, por si necesitaban cauterizarle la nariz, aunque cuando llegó la ambulancia la hemorragia prácticamente había parado.

Llevé a Seth dentro de la casa y comencé a sacudirlo. Le

dije que tenía que detenerse. Él me miró con los labios tembloroso y los ojos llenos de lágrimas. Por fin fui yo quien se detuvo, furiosa y avergonzada de mí misma. Estaba sacudiendo a la persona equivocada.

Sin embargo, podía ver al otro, lo juro. Estaba oculto detrás de los ojos de Seth y se reía de mí. Lo más cruel de todo esto es que el niño de las piernas rígidas ha decidido no meterse directamente con Hugh. Darle el papel de simple espectador.

29 de junio de 1995

Esta mañana me desperté a las tres de la madrugada y vi que Herb no estaba en la cama ni en el cuarto de baño. Bajé las escaleras, muerta de miedo. No había nadie en el salón, en el estudio ni en la cocina. Salí al garaje y encontré a Herb sentado a la mesa del taller, vestido sólo con los calzoncillos que usa para dormir, llorando. Hace dos años, Herb puso las lámparas de alto voltaje en el taller (de esas con pantallas metálicas como las que hay en las salas de billar) y a la luz deslumbrante de esas lámparas vi cuánto peso ha perdido. Tiene

un aspecto espantoso, como si tuviera anorexia nerviosa. Lo abracé y él lloró como un niño. No dejaba de repetir que estaba cansado, muy cansado. Le dije que por la mañana lo acompañaría a ver al doctor Evers, pero él rió y contestó que ya sabía perfectamente lo que le pasaba.

Y es verdad, por supuesto.

1 de julio de 1995

Esta tarde a última hora apareció otra ambulancia en casa de los Hobart. En cuanto la vi, subí las escaleras corriendo para controlar a Seth, que supuestamente dormía la siesta. Pero no lo encontré. La ventana estaba abierta (la ventana de la planta alta) y no había rastros de Seth. Cuando salí a la calle, lo vi en la acera de enfrente, cogido de la mano de Tom Billingsley. Crucé y lo cogí.

-No hay razón para preocuparse, Aud. Está bien. Sólo ha salido a dar un paseo, (verdad, Seth) -dijo Tom.

-¡No vuelvas a cruzar la calle sola! ¡Me oyes? ¡Nunca más! -Y muy a mi pesar, volví a sacudirlo. Fue como si sacudiera a un muñeco de cera.

Esta vez los tipos de la ambulancia salieron con una camilla, y William Hobart estaba tendido en ella.

-Parece que en los últimos tiempos los Hobart no tienen mucha suerte -observó Tom.

Esta semana el señor Hobart tenía vacaciones, pero las pasará en el Hospital del Condado. Se cayó de las escaleras y se rompió una pierna y la cadera. Kim dice que a pesar de ser miembro de la Iglesia Bautista de Sión, le gusta empinar el codo. Puede que sea cierto, pero no creo que la bebida tenga nada que ver con su accidente.

3 de julio de 1995

El niño de las piernas rígidas no existe ni ha existido nunca. Hay alguien dentro de Seth. No es su inconsciente, ni otra manifestación de su personalidad, ni un autoestopista, sino algo similar a una tensión, a la solitaria. Puede pensar y también hablar. Hoy me ha hablado. Se hace llamar Tak.

6 de julio de 1995

Anoche, alguien disparó al gato de angora de los Hobart. Parece que no quedó nada más que piel y sangre. Kim dice que Irene está histérica, que cree que todos los vecinos del barrio estamos contra ellos porque sabemos que ellos irán al cielo y nosotros al infierno.

-Por eso nos están creando un infierno en la tierra -le dijo a Kim.

Le rogó a Kim que le dijera quién había sido, y le contó que Hugh está destrozado, que se pasa el día en la cama llorando y diciendo que todo es culpa suya porque es un pecador. Cuando Kim le dijo que no sabía quién había sido y que no creía que ninguna persona del barrio fuera capaz de dispararle a su gato, Irene le contestó que era igual que todos los demás y que ya no la consideraba una amiga. Kim estaba disgustada, aunque no tanto como yo.

(Qué puedo hacer? Todavía no ha le ha hecho daño a nadie, pero...

8 de julio de 1995

¡Gracias, Dios mío! Esta mañana había un camión de mudanzas aparcado delante de la casa de los Hobart.

¡Se marchan!

16 de julio de 1995

Maldito cabrón de mierda, ¡cómo has podido hacerlo?

Ay, maldito cabrón, si pudiera cogerte. Si dejaras ir a Seth y pudiera cogerte... Dios mío Dios mío Dios mío. ¡Es culpa mía! Sí. La cuestión es hasta qué punto es culpa mía. Dios, ¡cómo podré vivir sin él? ¡Cómo podré seguir adelante? No sabía que podía llegar a sentir tanto dolor, y es mi culpa, mi culpa. Eres un cabrón, Tak, un maldito hijo de puta. Ya no volveré a escribir en el diario. Al fin y al cabo, ¡de qué me ha servido?

Ay, Herb, lo siento tanto. Te quiero. Lo siento.

19 de octubre de 1995

Hoy he recibido respuesta a mi carta, cuando ya había perdido toda esperanza. Me contestó un tal Allen Symes, ingeniero de minas. Trabaja en un sitio llamado La Mina de los Chinos, en el pueblo de Desesperación, Nevada. Dice que vio a Bill y a su familia, pero que no ocurrió nada anormal. Les enseñó la mina, ellos siguieron viaje y eso fue todo.

Miente. Puede que nunca llegue a descubrir qué pasó allí, pero estoy segura de una cosa: ese tipo me ha mentido.

Que Dios me ayude.

X

1

Todo ocurrió muy aprisa, pero la capacidad de Johnny para ver el futuro, mitad bendición y mitad maldición, siguió funcionando.

Entragian, moribundo pero demasiado grave para saberlo, se arrastraba hacia uno de los cactus de la vera izquierda del camino, con la cabeza tan baja que dejó un reguero de sangre en el suelo. Parecía que le habían arrancado el cuero cabelludo.

En medio del camino bailaban un grotesco vals. La criatura del barranco, un siniestro puma picassiano con filosos dientes anaranjados, estaba encaramado sobre las patas traseras y apoyaba las delanteras sobre los hombros de Steve Ames. Si Steve hubiera bajado las manos cuando el felino le arrancó el arma, ahora estaría muerto. Sin embargo, las había cruzado sobre su pecho, y tenía los codos y los antebrazos sobre el torso del animal.

—¡Disparad! —gritó—. ¡Disparad, por Dios!

Ninguno de los mellizos hizo ademán de recoger la pistola del suelo. Aunque no eran gemelos idénticos, sus rostros reflejaban idéntica expresión de angustia.

El puma, cuya sola visión lastimaba la vista de Johnny, dejó escapar un agudo chillido e inclinó la cabeza triangular hacia adelante. Steve echó su propia cabeza hacia atrás e intentó arrojarlo a un lado, pero el animal siguió aferrado a él y juntos interpretaron una siniestra y ebria danza. Las garras del animal, tan exageradas como sus dientes, pero negras en lugar de anaranjadas, se clavaron más profundamente en los hombros de Steve, y Johnny vio manchas rojas extendiéndose en su camisa. La bestia agitaba furiosamente el rabo.

Después de otra media vuelta, Steve tropezó. Por un instante pareció a punto de perder el equilibrio, aunque continuó protegiéndose del puma con los brazos cruzados sobre el pecho. Detrás de ellos, Entragian había llegado al cactus. Cuando su cabeza sangrante y horriblemente hinchada topó contra las espinas, se desplomó y rodó de lado. A Johnny le recordó una máquina vieja que por fin había dejado de funcionar. Los coyotes aullaban, todavía fuera de la vista, pero cada vez más cerca. El aire estaba impregnado de un penetrante olor a humo.

—¡Disparad a este maldito monstruo! —gritó Steve. Había conseguido recuperar el equilibrio, pero pronto no tendría sitio para seguir retrocediendo. Estaba al borde del camino. Un paso en la vegetación, tal vez dos, y caería a merced de aquella criatura, que le desgarraría la garganta—. ¡Disparad, maldita sea! ¡Me está destrozando!

Johnny jamás se había sentido tan asustado, pero descubrió que el primer paso era el más difícil. Una vez que uno conseguía vencer la parálisis del cuerpo, el miedo perdía importancia. Al fin y al cabo, lo peor que podía hacerle aquella criatura era matarlo, y la muerte acabaría con la sensación de que había estallado un terremoto dentro de su cabeza.

Recogió el rifle de Entragian, bastante más grande que el que la bestia había arrancado de las manos del hippie, vio que tenía el seguro puesto y lo quitó con el pulgar. Luego apuntó el cañón del arma a la enorme cabeza del puma.

—¡Empújelo! —gritó y Steve empujó. La cabeza del felino se sacudió hacia atrás, apartándose de la garganta de Steve, y sus dientes brillaron como coral venenoso. La luz del crepúsculo cayó sobre sus ojos verdes y pareció incendiarlos. Johnny tuvo tiempo para preguntarse si Entragian habría cargado el arma (si no lo había hecho, jamás volvería a escribir otro cuento de *Pat, el gato detective*), luego giró un poco la cabeza y apretó el gatillo. Hubo un satisfactorio estallido, un lengüetazo de fuego en la punta del cañón y al olor al incendio se sumó otro a pelos chamuscados. El puma cayó de lado, con la cabeza destrozada y el pelo de la nuca humeando. Pero en el interior de su cráneo no había sangre, huesos y tejidos, sino una sustancia rosada y fibrosa que a Johnny le recordó el material aislante que había comprado para la primera planta y el desván un año después de mudarse a su nueva casa.

Steve se tambaleó, agitando los brazos. Marinville le tendió una mano, pero estaba aturdido, y no todo quedó en un gesto simbólico. Steve cayó sobre los arbustos al borde del camino, junto a las patas traseras del puma, que aún se movían espasmódicamente. Johnny se agachó, le cogió la muñeca y tiró. Vio una nube de puntos negros flotando delante de sus ojos y por un momento creyó que se iba a desmayar. Pero Steve se levantó y la vista de Johnny se aclaró.

Juu, juu, juuuu...

Johnny miró alrededor con nerviosismo. Aún no veía nada, pero los malditos coyotes estaban más cerca que nunca.

2

Dave Reed no dejaba de pensar que pronto se despertaría. Daba igual que pudiera oler la sangre y el sudor del policía cuando se arrodilló a su lado, le daba igual su respiración angustiosa (y la suya propia), le daba igual ver su único ojo moribundo, o sus sesos grises y encogidos asomándose a la ventana de su cráneo. Tenía que ser un sueño. Su hermano no podía haber disparado al tipo de enfrente, un poli corrupto, sí, pero el mismo que una vez le había enseñado a Cary Ripton a arrojar la pelota de

béisbol con los dedos colocados transversalmente con relación a las costuras y que había ilustrado la lección con una jugada fabulosa.

Huele como si se hubiera cagado encima, pensó Dave, y de repente sintió ganas de vomitar. Se controló. No quería volver a vomitar, ni siquiera en un sueño.

El poli levantó una mano y cogió la camisa de Dave.

—Duele —dijo con un murmullo ronco—. Duele.

—No... —Dave tragó saliva y se aclaró la garganta—... no hable.

A su espalda oyó a Johnny Marinville y al hippie discutir si debían seguir adelante. Estaban locos. Y Marinville... ¿dónde había estado Marinville? ¿Cómo había permitido que ocurriera aquello? ¡Era un maldito adulto!

Collie Entragian hizo un esfuerzo y se encaramó sobre un codo. El único ojo que le quedaba miró al joven con feroz concentración.

—Nunca... —murmuró—. Nunca...

—Señor... Entragian, será mejor que...

Juu-juu-¡JUUU!

Los aullidos venían de muy cerca, y Dave sintió que se le congelaba la piel. Hubiera querido romperle la cara a Marinville por no evitar lo sucedido, pero el policía se había pegado a él como una lapa, cogiéndole la camisa con una mano empapada en sangre. Quizá pudiera soltarse, pero...

Pero no podía. Se sentía como un insecto atravesado por un alfiler.

—Nunca tomé drogas... ni las vendí —murmuró Collie—. Nunca me quedé con un céntimo. Fue una trampa. Descubrí que los de asuntos internos...

—No... —comenzó Dave.

—¡Los descubrí! ¿Entiendes... lo que digo? —Levantó la mano libre, la abrió y pareció examinarla—. Mis manos... están limpias.

—Sí, de acuerdo —dijo Dave—. Pero será mejor que no hable. Está... bueno, está agotado y...

—¡No, Jim, no lo hagas! —gritó Marinville a su espalda—. ¡No lo hagas!

Y Dave descubrió que era muy fácil separarse del moribundo.

3

—¿Qué hacemos? —preguntó Johnny al tipo del pelo largo, mientras al otro lado del camino, el mellizo moreno se arrodillaba junto al hombre derribado por su hermano. Johnny oía los murmullos de Entragian, que parecía ansioso por confesarse antes de morir. Aquella tarde, Johnny había aprendido una lección importante: la gente se resistía con todas sus fuerzas a morir, y cuando lo hacían, se marchaban sin

dignidad... y quizá sin darse cuenta de que dejaban este mundo.

—¿Que qué hacemos? —dijo Steve. Lo miró con una expresión de asombro que resultaba casi graciosa y se pasó una mano por el pelo, tiñendo las canas de rojo. La sangre se extendía sobre los hombros de su camisa, allí donde el felino le había clavado las garras—. ¿Qué quiere decir?

—¿Seguimos adelante o volvemos? —preguntó Johnny con voz ronca, apremiante—. ¿Qué hay más adelante? ¿Qué vieron?

—Nada —respondió Steve—. No, retiro lo dicho. Es peor que nada... —De repente apartó la vista de Johnny y sus ojos se abrieron como platos.

Johnny se giró, creyendo que los coyotes por fin los habían alcanzado y que el hippie había visto a los coyotes, pero no había coyotes.

—¡No, Jim, no lo hagas! —gritó—. ¡No lo hagas!

Sin embargo, le bastó con mirar la cara pálida y la expresión ausente de Jim Reed, para saber que ya era demasiado tarde.

4

El chico permaneció así, con la pistola apretada contra la sien, el tiempo suficiente para que Steve Ames creyera que no iba a hacerlo, que cambiaría de idea a último momento, que aún se encontraba en el pequeño vestíbulo del quizá, que antecedía al insondable túnel del demasiado tarde, pero entonces Jim apretó el gatillo. Su cara se contrajo como si acabara de sentir un leve dolor de gases intestinales. La piel pareció separarse a un lado de su cráneo, y la mejilla izquierda se hinchó. Luego su cabeza estalló. Sus ambiciones de escribir grandes libros (por no mencionar las de meterse en las bragas de Susi Geller) se evaporaron en el siniestro aire crepuscular, convertidas en una sustancia pegajosa y roja que pareció escupir los deformes cactus. Dio un paso tambaleante al frente, dejó caer la pistola y se desplomó. Steve giró su cara horrorizada hacia Johnny, pensando: no he visto lo que acabo de ver. Rebobina, vuelve a pasar la secuencia y verá. No he visto lo que acabo de ver. No, tío, no.

Pero lo había visto. El muchacho, torturado por los remordimientos y el horror por lo que acababa de hacerle al vecino de enfrente, se había suicidado delante de ellos.

—¡Debería haberlo detenido! —gritó Dave Reed lanzándose sobre Johnny—. ¡Debería haberlo detenido! ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué?

Steve intentó atajar al muchacho, pero le dolían tanto los hombros que sólo pudo mirar con impotencia cómo Dave Reed cogía a Johnny y lo arrojaba al suelo. Rodaron dos veces de un extremo al otro del camino. Johnny consiguió ponerse

encima, al menos por el momento.

—Escúchame, David...

—¡No! ¡No! ¡Debería haberlo detenido! ¡Debió hacerlo!

El chico abofeteó a Johnny primero con la mano derecha y luego con la izquierda. Sollozaba y las lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas. Steve quiso ayudar otra vez, pero sólo consiguió distraer a Johnny, que intentaba atajar las manos del muchacho con las rodillas. Dave giró sobre la cadera, arrojando a Johnny a la izquierda del camino. Johnny extendió una mano para amortiguar el golpe, pero en su lugar se clavó un montón de espinas de cactus. Gruñó de dolor y sorpresa.

Steve cogió el hombro de Dave Reed con la mano derecha —al menos el brazo comenzaba a responderle—, pero el chico se liberó con facilidad y saltó sobre la corpulenta espalda de Johnny Marinville, le cogió el cuello con las dos manos y empezó a estrangularlo. Entretanto, en la creciente oscuridad, los coyotes aullaron. Eran unos aullidos perfectos, distintos de los que Steve había oído en su infancia, aunque había nacido y crecido en Texas.

Aullidos como éhos sólo se oían en las películas.

5

Los dos hombres querían acompañarla, pero Cynthia no aceptó. Uno era demasiado viejo y el otro estaba borracho. La aldaba del jardín trasero seguía abierta, y un momento después de atravesarla, comenzó a abrirse paso con esfuerzo entre la maleza, en dirección al camino. Antes de llegar allí vio varios cactus (cada vez había más, reemplazando la vegetación normal del bosque), pero no se fijó en ellos. Oía ruidos de pelea más adelante: bufidos, gritos de dolor, el golpe de un cuerpo al caer al suelo. También oía coyotes. No los veía, pero parecían estar por todas partes.

Al llegar al camino, una rubia delgada con téjanos la adelantó como un rayo sin detenerse a mirarla. Cynthia la reconoció: era Cammie Reed, la madre de los mellizos. Brad Josephson la seguía jadeando. Las gotas de sudor que corrían por sus mejillas parecían lágrimas de sangre a la luz del crepúsculo.

El sol se está poniendo, pensó Cynthia mientras giraba por el camino y corría detrás de los otros. Si no nos damos prisa nos perderemos, y eso sí que sería divertido.

Entonces oyó un grito; aunque más que un grito fue un aullido cargado de horror y dolor. Era la señora Reed. Cynthia oyó que Brad decía «no puede ser» al llegar junto a ella.

Por un instante, la espalda corpulenta de Josephson le tapó la vista, pero luego el

hombre se inclinó junto a Cammie y Cynthia vio dos cuerpos tendidos a ambos lados del camino. Las densas sombras no le permitieron identificarlos —sólo vio que eran hombres, y que parecían haber tenido una muerte horrible—, pero reconoció a Steve a la izquierda del camino y su sola visión la tranquilizó. A sus pies reposaba el cadáver de un animal deforme con la cabeza destrozada.

Cammie Reed estaba arrodillada junto a uno de los cuerpos, sin tocarlo, pero con las manos temblorosas suspendidas encima de él, y lloraba. Su cara tenía una indescriptible expresión de angustia. Cynthia vio los pantalones cortos del muerto y supo que era uno de los mellizos.

Tenían unos dientes tan perfectos, pensó Cynthia estúpidamente. Su marido y ella debieron invertir una fortuna en ellos.

Brad intentaba separar al otro mellizo (¿se llamaba Dave o Doug?) de Johnny Marinville. El corpulento negro había pasado los brazos por debajo de los del adolescente y había entrelazado sus manazas detrás del cuello de Dave, haciéndole una llave nelson, pero aún así no conseguía apartar al mellizo.

—¡Suélteme! —gritó—. ¡Suélteme, hijo de puta! ¡Ha matado a mi hermano! ¡Ha matado a Jimmy!

La señora Reed dejó de llorar. Levantó la cabeza, y la expresión inquisitiva de su cara pálida asustó a Cynthia.

—¿Qué? —dijo en voz baja, como si hablara para sí—. ¿Qué has dicho?

—¡Ha matado a Jimmy! —gritó Dave Reed. La presión que Brad ejercía sobre su cuello le impedía levantar la cabeza, pero aún así señaló claramente a Johnny, que empezaba a levantarse. De uno de los orificios nasales del escritor salía un hilo de sangre tan fino como la cinta de celofán que abre los paquetes de cigarrillos.

—No —dijo Johnny, agitado. Pero la mujer no lo escuchaba. Cynthia lo supo con certeza con sólo mirar su cara pálida y tensa—. Comprendo cómo te sientes, Dave, pero...

La mujer miró hacia abajo, y Cynthia siguió su mirada. Vieron la 45 en el camino en el mismo momento y las dos corrieron hacia ella. Cynthia cayó de rodillas y la cogió primero, pero no le sirvió de nada. Unos dedos tan fríos como el mármol y tan fuertes como las garras de un águila se cerraron sobre los suyos y le arrebataron el arma.

—... Ha sido un penoso accidente —murmuraba Johnny, dirigiéndose a Dave. Parecía enfermo, a punto de desmayarse—. Tienes que verlo así, como un...

—¡Cuidado! —gritó Steve—. ¡Por el amor de Dios, señora, no lo haga!

—¿Usted mató a Jimmy? —preguntó la mujer con voz gélida—. ¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer algo así?

Pero no estaba interesada en la respuesta. Levantó la 45, apuntando a la frente de Johnny Marinville. Cynthia no tuvo la menor duda de que iba a matarlo, y lo hubiera

matado de no ser porque alguien se interpuso entre Cammie y su objetivo en el preciso momento en que ella iba a apretar el gatillo.

Brad reconoció al zombi a pesar de su cara desfigurada y su andar tambaleante. No sabía qué clase de fuerza había transformado al amistoso profesor de literatura inglesa en la criatura que estaba ante sus ojos, pero tampoco quería saberlo. Ya era bastante horrible mirarlo. Era como si alguien con una fuerza prodigiosa, superada sólo por su sádica crueldad, hubiera cogido la cabeza de Jackson entre sus manos y hubiera apretado. Los ojos de Peter Jackson estaban fuera de sus órbitas; el izquierdo en concreto había estallado y estaba suspendido sobre la mejilla. Su sonrisa era aún peor, un grotesco rictus de oreja a oreja que a Brad le recordó al Joker de los tebeos de Batman.

Todos se quedaron paralizados, como si el viejo marinero de Coleridge, con su brillante mirada hechicera, se hubiera unido al grupo. Brad relajó las manos en la nuca de Dave, pero el muchacho no hizo ningún esfuerzo para soltarse. El tipo del pelo largo y la camisa ensangrentada estaba en el camino de Peter y por un instante Brad creyó que iban a chocar. En el último momento, el hippie dio un tembloroso paso atrás, haciéndole paso. Peter giró la cabeza extrañamente dilatada hacia él. La luz mortecina brilló en sus saltones globos oculares y en sus risueños dientes.

—Debo... encontrar... a mi... amigo —dijo Peter al hippie. Su voz sonaba débil y apagada, como si le hubieran dado suficiente cuerda para matarlo, pero no la suficiente para derribarlo—. Sentarme... con... mi amigo.

—Hágalo, hombre, descanse —dijo el hippie con voz temblorosa y metió el hombro hacia dentro para no rozar a Peter. Era evidente que el hippie estaba herido y que le costaba moverse, pero lo hizo de todos modos. Brad lo entendía. Él tampoco se hubiera dejado tocar por ese monstruo, ni siquiera al pasar.

Peter apartó con el pie la pata del animal muerto y siguió avanzando. Entonces Brad notó algo extraño: la bestia, que parecía un felino, se descomponía con la rapidez de un negativo dejado demasiado tiempo en líquido revelador. Su piel se ennegrecía y comenzaba a despedir hilos de hediondo humo o vapor.

Mientras Peter avanzaba por el camino, ahora de espaldas a ellos, todos permanecieron paralizados: el hippie con los hombros heridos encorvados, la dependienta de rodillas, Cammie delante de la chica con la pistola en la mano, Johnny con los brazos en alto, como si intentara atajar la bala, Brad y Dave en posición de lucha. Hasta los coyotes se habían callado, al menos por el momento.

Por fin Dave sintió la laxitud de las manos que le rodeaban el cuello y se soltó. Sin embargo, esta vez no demostró el más mínimo interés por Johnny. Corrió hacia su madre.

—¡Tú también! —gritó—. ¡Tú también le mataste! —La mujer se volvió a mirarlo con la cara llena de horror—. ¿Por qué nos mandaste aquí, mamá? ¿Por qué?

Arrebató la pistola de manos de su madre, la miró un instante y luego la arrojó al bosque... aunque el bosque ya no existía. Mientras los vecinos peleaban entre sí, los cambios habían continuado, y ahora estaban en medio de un árido, desconocido territorio lleno de cactus. Hasta el olor de la casa incendiada había cambiado, y ahora olía a mezquite o a artemisa quemada.

—Dave, Davey, yo...

Se interrumpió y se limitó a mirarlo. El muchacho, tan blanco y demacrado como su madre, le sostuvo la mirada. Brad recordó que pocas horas antes el chico estaba en el jardín riendo y jugando con el disco de playa. La cara de Dave comenzó a contraerse, su boca se abrió y tembló. Un brillante hilo de saliva se extendió entre sus labios y el chico se echó a llorar. La mujer lo abrazó y empezó a mecerlo.

—Tranquilo —dijo. Sus ojos eran como guijarros oscuros y lisos en el lecho de un río seco—. Tranquilo, cariño. Mamá está aquí. Todo irá bien.

Johnny volvió al camino, miró brevemente al animal muerto, que ahora temblaba como una visión en la niebla y rezumaba un espeso líquido rosado. Luego volvió a mirar a Cammie y a su hijo.

—Cammie —dijo—. Señora Reed, yo no disparé a Jim, se lo juro. Lo que ocurrió...

—Cállese —ordenó la mujer sin mirarlo. Dave era unos quince centímetros más alto que su madre y seguramente pesaba treinta kilos más que ella, pero Cammie lo mecía con la misma facilidad con que debía de haberlo hecho cuando el niño tenía ocho meses y dolor de barriga—. No quiero oírlo. No importa qué pasó. Ahora volvamos. ¿Quieres volver, David?

El muchacho asintió en el hombro de su madre, sin parar de llorar.

Cammie miró a Brad con sus ojos fríos e implacables.

—Traiga a mi otro hijo. No pienso dejarlo aquí con ese monstruo. —Echó un rápido vistazo al humeante y hediondo cadáver del puma y luego volvió a mirar a Brad—. Tráigalo, ¿entendido?

—Sí, señora —dijo Brad—. Le he entendido.

Tom Billingsley estaba en la puerta de la cocina, escudriñando las sombras que se cernían sobre la aldaba e intentando identificar los sonidos y las voces que venían de allí. Cuando una mano se apoyó sobre su hombro, estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón.

En otro tiempo se habría girado con agilidad y habría derribado al intruso con el

puño o el codo antes de que cualquiera de los dos supiera que ocurría, pero hacía tiempo que había dejado de ser el esbelto joven capaz de esas proezas. De todos modos amagó un golpe, pero la mujer pelirroja que estaba a su espalda, vestida con pantalones cortos azules y camiseta de tirantes, tuvo tiempo suficiente para retroceder, y los nudillos deformados por la artritis se limitaron a golpear el aire.

—¡Por Dios, mujer! —gritó.

—Lo siento. —La bonita cara de Audrey estaba desfigurada. Tenía un hematoma del tamaño de una mano en la mejilla izquierda, la nariz hinchada y las fosas nasales taponadas con sangre seca—. Iba a decir algo, pero pensé que lo asustaría todavía más.

—¿Qué te ha pasado, Aud?

—No tiene importancia. ¿Dónde están los demás?

—Algunos en el bosque y otros en la casa de al lado. —Se oyó un aullido. La luz roja del sol se había descolorido, convirtiéndose en un trémulo resplandor naranja—. No parece que a los que están fuera les vaya muy bien. —Hizo una pausa, como si intentara recordar algo—. ¿Dónde está Gary?

Audrey se hizo a un lado y señaló. Gary estaba en la puerta que separaba el salón de la cocina. Se había quedado dormido con la mano de su mujer en la suya. Ahora que los gritos procedentes del bosque se habían acallado, al menos temporalmente, el viejo Doc le oyó roncar.

—¿Es Marielle la que está debajo de esa colcha? —preguntó Audrey. Tom asintió—. Tenemos que reunimos con los demás, Tom. Antes de que todo empiece otra vez. Antes de que vuelvan.

—¿Sabes qué está pasando aquí, Aud?

—Creo que nadie puede saberlo con seguridad, pero sí, sé algo. —Se apretó la frente con las palmas de las manos y cerró los ojos. Tom pensó que parecía una estudiante de matemáticas lidiando con una ecuación difícil. Luego bajó las manos y volvió a mirarlo—. Será mejor que vayamos a la casa de al lado. Deberíamos estar todos juntos.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó Tom señalando a Gary con la barbilla.

—No podemos cargarlo, e incluso si pudiéramos, no podríamos saltar la valla de los Carver con él a cuestas. Tendrás suerte si consigues hacerlo solo.

—Me las arreglaré —dijo con aire ligeramente ofendido—. No te preocupes por mí, Aud. Me las apañaré.

Desde el bosque se oyeron un grito, otro disparo y el aullido de un animal agonizante. Un millar de coyotes pareció responder con más aullidos.

—No deberían haber salido —dijo Aud—. Entiendo por qué lo hicieron, pero no fue una buena idea.

El viejo Doc asintió.

—Creo que ya lo saben —dijo.

8

Peter llegó a la bifurcación y contempló el desierto, blanco como la nieve a la luz de la luna naciente. Luego miró hacia abajo y vio al hombre de los pantalones caqui, clavado al cactus.

—Hola... amigo —dijo. Movió el carro del vagabundo para poder sentarse a su lado. Mientras se reclinaba contra las espinas del cactus, sintiéndolas hundirse en su espalda, oyó un grito, un disparo y un aullido agonizante. Todo lejano e irrelevante. Apoyó una mano en el hombro del vagabundo muerto. Sus sonrisas eran idénticas—. Hola... amigo —repitió el antiguo erudito especializado en James Dickey.

Miró hacia el sur. Había perdido casi por completo la vista, pero aún así alcanzó a ver la luna perfectamente redonda asomándose por encima de las negras montañas pintadas con lápices de cera. Era tan plateada como un viejo reloj de bolsillo y lucía una amplia sonrisa y un ojo guiñado, como la señora Luna de los cuentos infantiles.

Sólo que esta versión de la señora Luna llevaba un sombrero de vaquero.

—Hola... amigo —dijo Peter y se reclinó aún más contra el cactus. No sintió las desproporcionadas espinas que atravesaron sus pulmones, ni las primeras gotas de sangre que cayeron de su boca sonriente. Estaba con su amigo. Ahora que estaba con su amigo, todo iría bien. Contemplarían a la señora Luna y todo iría bien.

9

La rapidez con que se desvanecía la luz recordó a Johnny los atardeceres en el trópico, y muy pronto el espinoso paisaje que los rodeaba se perdió en la oscuridad. El camino todavía se veía —una franja de tierra gris de unos setenta centímetros de ancho, serpenteando entre las sombras—, pero si no hubiera salido la luna, seguramente se habrían encontrado en una encrucijada aún peor. Aquella mañana había leído el pronóstico meteorológico y decía que había luna nueva, no llena, pero esa pequeña contradicción no parecía muy importante en las presentes circunstancias.

Caminaban en filas de dos, como los animales del arca de Noé: primero Cammie y su hijo superviviente, luego él y Brad (con el cadáver de Dave Reed balanceándose entre los dos), y por fin Cynthia y el hippie, que se llamaba Steve. La chica había recogido el rifle del camino, y cuando el coyote (un monstruo aún más deforme que

el puma) había surgido de entre los cactus, le había disparado.

La luz de la luna proyectaba enmarañadas sombras por todas partes, y por un momento Johnny creyó que el coyote era una de ellas. Entonces Brad gritó «¡Cuidado!» y la chica disparó casi de inmediato. Si el hippie no la hubiera cogido por la parte de atrás de los pantalones, el culatazo la habría derribado como a un bolo.

El coyote chilló y cayó hacia atrás, agitando espasmódicamente sus patas desiguales. Aún había suficiente luz para que Johnny viera que sus patas acababan en apéndices grotescamente parecidos a dedos humanos y que llevaba una canana por collar. Sus compañeros elevaron sus voces en un himno que tanto podría ser de dolor como de risa.

La criatura comenzó a descomponerse de inmediato: sus patas ennegrecieron, las costillas se hundieron y los ojos cayeron de sus cuencas como canicas. Una nube de vapor brotó de su piel e impregnó el aire de un olor hediondo. Un par de segundos después, el cadáver comenzó a licuarse, exudando una sustancia viscosa y rosada.

Johnny y Brad dejaron el cadáver de Dave Reed en el suelo. Johnny cogió el rifle y tocó al coyote con el cañón. Parpadeó con sorpresa (una sorpresa moderada, puesto que su capacidad de asombro parecía agotada) al ver que el arma atravesaba la piel sin la menor resistencia.

—Es como tocar el humo de un cigarrillo —dijo devolviéndole el arma a Cynthia.—. No creo que sea real. No creo que nada de lo que está pasando sea real.

Steve dio un paso al frente, cogió la mano de Johnny y la guió hasta el hombro de su camisa. Johnny palpó las heridas provocadas por las garras del puma. La sangre había empapado la tela lo suficiente para producir un pequeño chapoteo bajo sus dedos.

—La bestia que me hizo esto no era humo de cigarrillo —dijo Steve.

Johnny iba a responder, pero lo distrajo un extraño traqueteo que le recordó al ruido de las cocteleras en los bares de su juventud. Eso había sido en los años cincuenta, cuando los miembros del club de campo no podían entrar a emborracharse si no llevaban corbata. El ruido procedía de Dave Reed, que estaba rígido junto a su madre. Eran sus dientes.

—Vamos —dijo Brad—. Busquemos un refugio antes de que aparezca algún otro bicho. Quizá un vampiro o un...

—Ya es suficiente —dijo Cynthia—. Le advierto que no siga, grandullón.

—Lo siento —dijo Brad. Y luego añadió con suavidad—: Sigamos, Cammie, ¿de acuerdo?

—¡No me diga lo que tengo que hacer! —respondió la mujer enfadada. Había rodeado la cintura de su hijo con un brazo, pero por lo que Johnny podía ver, bien habría podido estar abrazando una barra de hierro... salvo por los temblores, por supuesto, y por el extraño castañeteo de dientes—. ¿No ve que está asustado?

Se oyeron más aullidos en la oscuridad y el hedor del coyote que había matado Cynthia se estaba volviendo insoportable.

—Sí, Cammie, lo veo —dijo Brad con voz baja y amable. Johnny pensó que el tío podría haberse forrado trabajando como psiquiatra—. Pero tiene que seguir. De lo contrario, tendremos que dejarlos aquí. Tenemos que volver adentro. Tenemos que encontrar un refugio, ¿lo entiende?

—Traigan a mi otro hijo —dijo ella con brusquedad—. No lo dejarán en el camino. No lo dejarán para que... Sencillamente, no lo dejarán.

—Lo traeremos —dijo Brad con el mismo tono suave y tranquilizador. Se inclinó y volvió a coger las piernas de Jim Reed—. ¿Verdad, Johnny?

—Sí —respondió el aludido, preguntándose qué quedaría del pobre Collie Entragian por la mañana... suponiendo que hubiera un mañana. La madre de Collie no estaba allí para defender sus derechos.

Cammie miró cómo levantaban el cuerpo de su hijo, luego se puso de puntillas y murmuró algo al oído de Dave. Debió de decir las palabras apropiadas, porque el chico reanudó la marcha.

Apenas habían dado unos pasos cuando oyeron un ruido más arriba, el sonido de unas pisadas sobre el suelo, y luego un grito exasperado de dolor. Dave Reed soltó un grito tan agudo como el de una jovencita en una película de terror, y aquel sonido, más que los ruidos sin identificar en el bosque, hizo que a Johnny se le encogió el estómago. Por el rabillo de un ojo vio que el hippie cogía el cañón del rifle que la chica acababa de levantar. Lo empujó hacia abajo y murmuró:

—Un momento, un momento.

—¡No disparen! —dijo una voz entre las sombras, a la izquierda. Johnny reconoció esa voz—. Tranquilos, somos amigos.

—¿Doc? —Johnny, que había estado a punto de dejar caer el cuerpo de Jim Reed, lo cogió con más fuerza a pesar del dolor en los hombros y los brazos. Poco antes de oír ruidos, estaba pensando en *Intruso en el polvo*. Faulkner había escrito que la gente se volvía más pesada cuando moría. Era como si la muerte fuera la única forma en que la estúpida fuerza de gravedad celebraba su existencia—. ¿Es usted, Doc?

—Sí. —Dos sombras salieron de la oscuridad y se acercaron con cautela—. Me he pinchado con un maldito cactus. ¿Desde cuándo hay cactus en Ohio?

—Buena pregunta —dijo Johnny—. ¿Quién viene con usted?

—Audrey Wyler —respondió una voz de mujer—. ¿Podemos salir del bosque, por favor?

De repente Johnny supo que no podría cargar su mitad del cuerpo de Jim Reed hasta la casa de los Carver, y mucho menos ayudar a Brad a saltar la valla. Miró alrededor.

—¿Steve? ¿Podría ayudar...? —Se interrumpió, recordando la danza de Steve

con el puma picassiano—. ¡Mierda! No puede, ¿verdad?

—Oh, Di... os —Tom Billingsley separó una sílaba en dos e hizo un falsete en la segunda, como un adolescente que está cambiando la voz—. ¿Cuál de los mellizos es ése?

—Jim —respondió Johnny. Cuando Tom se acercó a él, añadió—: No puede hacerlo, Tom. Le dará una apoplejía.

—Yo ayudaré —dijo Audrey uniéndose a ellos—. Ahora vamos. Salgamos de aquí.

10

Steve vio que el viejo veterinario y la vecina de enfrente habían seguido el mismo camino que él y Collie Entragian. Allí donde había visto las pilas gastadas, había un cráneo de vaca semienterrado en el suelo, y una vieja herradura donde había habido una bolsa de patatas, pero el envoltorio de los cromos de béisbol seguía en el mismo sitio. Steve se agachó, lo recogió y lo levantó a la luz de la luna. Vio la foto de Albert Belle, con el bate listo para golpear y una mirada vehemente. Steve pensó con horror que aquel envoltorio parecía un anacronismo en ese sitio, y no los cactus, ni el cráneo de vaca, ni siquiera el grotesco felino del barranco. Lo mismo podría decirse de nosotros. Quizá ahora seamos nosotros los elementos anómalos.

—¿En qué piensas? —preguntó Cynthia.

—En nada.

Dejó caer el envoltorio, pero a medio camino del suelo el papel se abrió, se hinchó como una vela y cambió de color (era difícil precisarlo en la oscuridad, pero pareció pasar del verde claro al blanco). Steve resolló de asombro. Cynthia, que se había vuelto de espaldas para mirar el camino, volvió a girarse con rapidez.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto eso?

—No. ¿Qué?

—Esto. —Se agachó y lo recogió. El envoltorio de los naipes se había convertido en una hoja áspera de papel. En ella había un bandido de barba cerdosa y ojos hundidos. El cartel rezaba: SE BUSCA. POR ASESINATO, ROBO EN TERRITORIOS RESERVADOS, ABUSOS DESHONESTOS, ENVENENAMIENTO DE POZOS, ROBO DE GANADO, ROBO DE CABALLOS, APROPIACIÓN DE MINAS. Todo esto encima del retrato. Debajo, en letras negras, se leía el nombre del bandido: JEBEDIAH MURDOCK.

—Vaya tomadura de pelo —dijo Cynthia.

—¿Por qué?

—Ese tipo no es un forajido, sino un actor. Lo he visto en la tele.

Steve alzó la vista y vio que los demás se alejaban. Cogió la mano de Cynthia y corrieron detrás de ellos.

11

Tak atravesó la arcada que separaba el salón del estudio, rozando apenas la alfombra con los pies sucios de Seth Garin. Sus ojos estaban brillantes y enrojecidos, y usaba los pulmones de Seth para respirar con rápidos y violentos resuellos. Los pelos de Seth estaban erizados, no sólo en la cabeza, sino en todo el cuerpo. Cada vez que este fino vello rozaba las paredes, producía un rumor similar a un crujido. Los músculos del cuerpo del niño parecían vibrar, además de temblar.

La muerte del policía había despertado a Tak de su trance hipnótico delante de la tele. Instintivamente había extendido al máximo su campo de acción, como un jardinero que roba un jonrón en un campo de béisbol, y se había apoderado con rapidez de la esencia de Entragian. La energía había estallado dentro de él como una bomba de napalm, destruyendo otra barrera, y ahora se encontraba más cerca que nunca del centro de Seth Garin. Aún no había llegado, pero estaba muy próximo.

Sus percepciones también se aguzaron. Vio al muchacho con la pistola humeante en la mano, comprendió lo que había pasado, sintió el horror y la culpa del adolescente, percibió el potencial de la situación. Sin pensarlo dos veces —en realidad, Tak era incapaz de pensar—, se internó en la mente de Jim Reed. A esa distancia no podía controlarlo físicamente, pero el dispositivo de seguridad que protegía la coraza emocional del chico había quedado temporalmente suspendido, dejando libre acceso a esa parte de su ser. Tak tenía sólo un segundo, quizá dos, para entrar, tocar todos los mandos y programar al chico con la información necesaria, pero un segundo bastó. Hasta era probable que el chico se hubiera suicidado sin su ayuda. Después de todo, lo único que hizo Tak fue amplificar emociones que ya estaban presentes.

La energía liberada por el suicidio de Jim Reed había encendido a Tak como una antorcha y había disparado sus nervios prestados hasta la zona de alta tensión. La energía fresca —la energía joven— lo inundó, reemplazando la ingente cantidad que había utilizado hasta el momento. Y ahora Tak flotaba debajo de la arcada, vibrando, totalmente cargado, esperando la hora de terminar lo que había comenzado.

Pero primero debía comer algo. Estaba hambriento. Tak flotó hasta el centro del salón y se detuvo.

—¿Tía Audrey? —llamó en la voz de Seth Garin. Una voz dulce, quizá

precisamente porque se usaba poco—. Tía Audrey, ¿estás ahí?

No. Percibía que no estaba. En ocasiones, la tía Audrey podía bloquear su mente (siempre con la ayuda de Seth), pero nunca conseguía acallar el latido de su existencia; su esencia. Ahora había desaparecido, aunque sólo de la casa. Quizá estuviera con los demás, pero no mucho más lejos, porque la calle Poplar ahora estaba rodeada por el desierto de Nevada... aunque no era la auténtica Nevada, sino una Nevada de la mente, la que Tak había creado con su imaginación. Con la ayuda de Seth, desde luego. Sin ella no podría haber hecho nada.

Tak se dirigió a la cocina. Quizá fuera una suerte que se hubiera marchado la tía Audrey; de ese modo podría controlar mejor a Seth, evitar que el niño lo distrajera en un momento crucial. Aunque el pequeño no podía plantearle grandes problemas; era poderoso, pero en muchos sentidos también indefenso. Al principio había sido una lucha entre contendientes del mismo poder... aunque en realidad, no tenían el mismo poder. A la larga, la capacidad innata no puede rivalizar con el trabajo tenaz, y Tak había tenido un milenio para pulir sus garras y sus estratagemas. Ahora, poco a poco, comenzaba a ganar ascendiente, y usaba los poderes de Seth contra él mismo, como un astuto profesor de karate enfrentado a un oponente fuerte pero estúpido.

¿*Seth?*, preguntó mientras flotaba hacia el frigorífico. ¿*Dónde estás, amigo?*

Por un momento pensó que Seth se había marchado... pero eso era imposible. Estaban completamente fundidos, mantenían una relación tan simbiótica como un par de siameses unidos por la columna vertebral. Si Seth abandonaba su cuerpo, el sistema parasimpático —corazón, pulmones, eliminación, elaboración de tejidos, funcionamiento cerebral— dejaría de funcionar. Tak no podía controlarlo, como un astronauta no puede controlar los miles de complicados sistemas que lo envían al espacio en primer lugar y luego le permiten mantenerse en un medio estable. Seth era el ordenador, y sin el sistema operativo no podía funcionar. Sin embargo, Seth nunca se suicidaría. Tak podía evitar que se matara, igual que había empujado a Jim Reed a hacerlo. De hecho, una parte de Seth no quería liberarse de Tak, pues éste había cambiado por completo su vida. Le había dado Supercarros que eran algo más que juguetes, le había dado películas que eran reales; Tak había salido de la Mina de los Chinos con un par de botas mágicas de vaquero, de la talla exacta del niño. ¿Cómo iba a querer perder a un amigo así? Sobre todo cuando la única alternativa era volver a encerrarse en la prisión de su propia mente.

¿*Seth?*, volvió a preguntar Tak. ¿*Dónde estás, querido amigo?*

Y en lo más profundo de la red de cuevas, túneles y engranajes que había construido el niño (otra parte de él no quería a Tak y sentía terror ante el extraño que habitaba en su cabeza), Tak vislumbró algo, un pulso débil, que reconoció de inmediato: ¡La esencia!

Era Seth, desde luego; escondido, creyendo que Tak no lo vería, no lo oiría ni lo

olería. Y de hecho no podía hacerlo, pero el pulso seguía allí, como una especie de chivato sonoro. Si Tak quería, podía perseguirlo y traerlo de vuelta. Seth no lo sabía, y si se portaba bien, nunca lo descubriría.

Sí, señor, pensó abriendo la puerta del frigorífico. Soy un vigilante; pero incluso los vigilantes necesitan comer. Cualquier vigilante estaría muerto de hambre después de un día agotador persiguiendo ladrones y cuatreros.

Había leche con cacao en el estante superior de la nevera. Tak cogió la jarra de plástico con las manos roñosas de Seth y luego inspeccionó la bandeja de la carne. Había hamburguesas, pero Tak no sabía cómo cocinarlas, y no había ninguna información al respecto archivada en la memoria de Seth. A Tak no le importaba comer carne cruda (de hecho, le gustaba), pero en las dos o tres ocasiones en que lo había hecho, el cuerpo de Seth había enfermado. La tía Audrey había dicho que era por comer carne cruda y Tak no creía que mintiera (aunque con la tía Audrey no podía estar completamente seguro). La última indisposición había sido la peor: el niño había tenido diarrea y se había pasado la noche vomitando. Tak había desalojado su cuerpo temporalmente, controlándolo de vez en cuando para comprobar que no hubiera olores raros. Odiaba el sistema excretor de Seth incluso cuando funcionaba con normalidad, y mucho más cuando se desquiciaba como la noche de la carne cruda.

De modo que nada de hamburguesas.

Sin embargo había salchichón y unas cuantas rodajas de queso; las amarillas, que tanto le gustaban. Usó las manos de Seth para poner la comida sobre la mesa y la extraordinaria mente del pequeño para trasladar volando un vaso de plástico de McDonald's desde el armario donde estaba guardado. Mientras se preparaba un bocadillo, superponiendo rodajas de salchichón y queso sobre pan blanco untado con mostaza, la jarra de plástico se elevó en el aire y llenó el vaso de McDonald's.

Tak bebió la mitad de la leche con cacao en cuatro grandes tragos, hizo una pausa para eructar y apuró el resto. Se sirvió un segundo vaso con la mente mientras mordisqueaba el bocadillo, sin preocuparse por los chorreones de mostaza que caían sobre los pies sucios de Seth. Tragó, masticó, bebió, eructó. El rugido de sus tripas comenzó a acallarse. El problema con la televisión, sobre todo con *Los vigilantes* o *MotoKops 2200*, era que abstraía a Tak, lo arrastraba a un mundo de sueños tan fascinantes que el ser se olvidaba de alimentar el cuerpo de Seth. Luego, ambos estaban tan hambrientos que Tak no podía pensar, y mucho menos actuar o hacer planes.

Terminó el segundo vaso de leche con cacao, lo inclinó sobre su boca para coger las últimas gotas y lo dejó en el fregadero con los platos sucios.

—No hay nada como una comida junto al fuego del campamento, pa —dijo con la voz del pequeño Joe Cartwright.

Luego volvió a flotar hasta la puerta de la cocina, como un globo sucio con forma de niño, llevando el resto del bocadillo en la mano.

La luz de la luna se filtraba por las ventanas del salón. Al otro lado, la calle Poplar había desaparecido. Tak la había reemplazado por la calle principal de Desesperación, Nevada, tal como era en 1958, dos años antes de que los buscadores de oro descubrieran que la molesta arcilla azul que extraían de sus minas era en realidad plata... y el decadente pueblo había vuelto a florecer gracias a un grupo de mineros desencantados de las minas de oro de California. Una tierra distinta, pero la misma ambición: amasar una fortuna rápida con las riquezas del suelo. Tak no sabía nada de esto, y desde luego no lo había aprendido en *Los vigilantes* (que estaba ambientada en Colorado; no en Nevada). La información la había conseguido Seth poco antes de conocer a Tak, a través de un hombre llamado Allen Symes. Según el tal Symes, la Serpiente Número Uno se había hundido en 1958.

Al otro lado de la calle, donde antes estaban las casas de Jackson y Billingsley, ahora se hallaba la Lavandería China de Lushan y el almacén de ramos generales de Worrell. El sitio de la casa de los Hobart lo ocupaba la tienda del pueblo, y aunque Tak aún podía oler el humo, el establecimiento no tenía una sola tabla chamuscada.

Tak se volvió y vio uno de los Supercarros en el suelo. Se asomaba tímidamente detrás de un cojín del sofá. Tak lo hizo cruzar la habitación volando. El coche se detuvo delante de los ojos castaños de Seth, suspendido en el aire con las ruedas girando, mientras Tak terminaba su bocadillo. Era el Carro de la Justicia. A veces Tak deseaba que aquel carro fuera de Joe Cartwright, y no del coronel Henry. Entonces el sheriff Streeter, de *Los vigilantes*, podría mudarse a Virginia y conducir la furgoneta azul, Justicia, en lugar de montar a caballo. Streeter y Jeb Murdock, que no estarían muertos sino heridos, se harían amigos... y también tratarían amistad con los Cartwright... Luego Lucas McCain y su hijo dejarían su rancho en Nuevo México y... bueno...

—Y yo sería pa —murmuró Tak—. El patriarca de La Ponderosa y el hombre más importante del territorio de Nevada. Yo.

Sonriente, hizo que el Carro de la Justicia diera dos giros lentos y maravillosos alrededor de la cabeza de Garin. Luego borró aquellas fantasías de su cabeza. Eran fantasías bonitas, quizás incluso realizables si conseguía robar suficiente esencia (la sustancia que quedaba después de la muerte) a la gente que quedaba en la calle.

—Ya es casi la hora —dijo—. La hora de la batida.

Cerró los ojos, usando los circuitos de la memoria de Seth para visualizar los Supercarros... en especial el Carro de la Muerte, que conduciría el asalto. Sinrostro conduciría, la condesa Lili iría de copiloto y Jeb Murdock en la torreta. Porque Murdock era el más perverso.

Con los ojos cerrados, y la nueva energía iluminando su mente como fuegos

artificiales en una noche de verano, Tak comenzó a generar potencia. Le llevaría un rato, pero ahora que había llegado tan lejos, disponía del tiempo suficiente.

Pronto llegarían los vigilantes.

—Preparaos, muchachos —murmuró Tak. Las manos de Seth le sujetaban los brazos, apretándolos con fuerza, pero también temblando—. Preparaos, porque vamos a borrar este pueblo del mapa.

NOTA DEL EDITOR

Allen Symes trabajó para la compañía minera Deep Earth como ingeniero de minas durante veintiséis años, desde 1969 a 1995. Poco después de las Navidades de 1995, se retiró y se mudó a Clearwater, Florida, donde murió de un ataque al corazón el 19 de septiembre de 1996. El siguiente documento fue hallado por su hija en su escritorio. Estaba dentro de un sobre sellado con la inscripción: RELATIVO A UN EXTRAÑO INCIDENTE EN LA MINA DE LOS CHINOS. POR FAVOR, LEER DESPUÉS DE MI MUERTE.

El documento se presenta aquí tal como fue encontrado.

27 de octubre de 1995

A quien pueda interesar:

Escribo estas líneas por tres razones. En primer lugar, quiero aclarar algo que ocurrió hace quince meses, en el verano de 1994. En segundo lugar, deseo tranquilizar mi conciencia, que se había acallado un poco, pero que ha vuelto a importunarme desde que la señora Wyler me escribió desde Ohio y yo le mentí en mi respuesta. No sé si un hombre puede tranquilizar su conciencia poniendo las cosas por escrito con la esperanza de que alguien las lea después, pero supongo que vale la pena intentarlo. Es probable que cuando me jubile me decida a mostrar esta carta a alguien, quizás incluso a la señora Wyler. En tercer lugar, no puedo borrar de mi mente la sonrisa de aquel niño.

Su forma de sonreír.

Le mentí a la señora Wyler para proteger a la compañía y conservar mi trabajo, pero sobre todo porque podía mentirle. El 24 de julio de 1994 era domingo, el lugar estaba desierto, y fui el único que los vio. Yo tampoco habría estado allí si no hubiera tenido que poner al día un montón de papeles atrasados. Cualquiera que crea que ser ingeniero de minas es sólo viajes y diversión debería ver las toneladas de informes y formularios que he tenido que llenar a lo largo de los años.

La cuestión es que estaba acabando mi jornada cuando un todoterreno Volvo aparcó delante de la oficina y una familia entera bajó de él. Estaban tan contentos que uno hubiera dicho que se dirigían al circo. Parecían una de esas familias que salen por la tele después de ganar un sustancioso premio en un concurso.

Eran cinco: el padre (seguramente el hermano de la señora de Ohio), la madre, el hermano mayor, la hermana mayor, y el hermano pequeño. Este último aparentaba unos cuatro años, aunque cuando leí la carta de la señora Wyler (fechada en julio de este año), descubrí que era algo mayor, sólo que menudo para su edad.

Los vi llegar desde mi escritorio, donde tenía un montón de papeles desperdigados. Permanecieron cerca del coche un par de minutos, señalando el terraplén situado al sur del pueblo, excitados como gallinas en una tormenta, hasta que el benjamín arrastró a su padre a la caravana donde está la oficina.

Todo esto ocurrió en nuestro cuartel general de Nevada, una caravana

de doble ancho situada a unos tres kilómetros de la carretera principal (la interestatal 50), a las afueras de Desesperación, un pueblo célebre durante la guerra civil por su mina de plata. En la actualidad nos ocupamos principalmente de la Mina de los Chinos, de donde estamos extrayendo cobre por lixiviación. Los verdes nos acusan de agotar los recursos naturales, pero la cosa no es tan grave como ellos pretenden hacer creer.

La cuestión es que el hermano pequeño empujó a su padre hasta los peldaños de la caravana y le oí decir:

—Llama, papá, hay alguien dentro. Lo sé.

El padre pareció sorprenderse mucho, aunque yo no entendí por qué, pues mi coche estaba aparcado justo enfrente. Pronto descubrí que la sorpresa del padre no se debía a lo que había dicho el chiquillo, sino al simple hecho de que hubiera dicho algo.

El padre miró al resto del clan y todos repitieron lo mismo: llama a la puerta, llama a la puerta, ¡venga, llama a la puerta! Más contentos que unas pascuas. Era una situación extraña y al mismo tiempo graciosa. Debo admitir que despertaron mi curiosidad. Alcanzaba a ver la matrícula del coche y no podía entender qué demonios hacia una familia de Ohio en las afueras de Desesperación un domingo por la mañana. Decidí que si el padre no se atrevía a llamar, saldría yo y charlaría un rato con él. Dicen que la curiosidad mata, pero, si es así, yo creo que la alegría de satisfacerla resucita.

El hombre llamó, y tan pronto como abrí la puerta, ¡el pequeño entró corriendo! Fue directamente a la pared, hasta el mismísimo tablón de anuncios donde Sally pinchó la carta de la señora Garin cuando llegó con una nota que decía: ¿ALGUIEN PUEDE AYUDAR A ESTA MUJER? en letras rojas y mayúsculas.

El chiquilín tocó una tras otra las fotografías aéreas de la Mina de los Chinos colgadas en el tablón de anuncios. A cualquiera que no haya estado allí le resultará difícil comprender mi asombro ante aquella escena, pero créanme, era todo muy extraño. Como si el niño hubiera estado en la oficina al menos una docena de veces.

—Aquí está, papá —dijo, señalando las fotografías—. ¡Aquí está! ¡Aquí está! Aquí está la mina, ¡la mina de plata!

—Bueno... —dije, con una risita—, en realidad es una mina de cobre, hijo, pero has estado cerca.

El señor Garin me miró con la cara ruborizada y dijo:

—Lo siento, no pretendíamos entrar sin permiso. —Entonces él mismo entró a buscar a su hijo. No pude evitar pensar que la cosa tenía gracia.

Llevó al niño de vuelta a los peldaños de la puerta, que sin duda le parecería el sitio más apropiado. Era de Ohio, y supongo que no tenía por qué saber que en Nevada todo el mundo irrumpie sin permiso. El chiquillo no pataleó ni hizo una escena, pero no apartó los ojos de las fotos del tablón de anuncios en ningún momento. Estaba muy gracioso, espiando con los ojitos brillantes por encima de los hombros de su padre. El resto de la familia se congregó a su alrededor, mirando hacia arriba. Los chicos mayores estaban radiantes y la madre también parecía muy contenta.

El padre comentó que eran de Toledo y me presentó a toda la familia.

—Y éste es Seth —dijo acabando la presentación—. Seth es un niño especial.

—¿Por qué? Yo creí que todos los niños eran especiales —dijo extendiendo la mano—. Encantado, Seth. Soy Allen Symes.

El pequeño me estrechó la mano con absoluta seriedad. Los demás miembros de la familia parecían atónitos, sobre todo su padre, aunque yo no entendía por qué. Mi propio padre me enseñó a dar la mano cuando tenía tres años; no es tan difícil como aprender a hacer juegos malabares o trucos con una baraja. Pero poco después las cosas comenzarían a aclararse.

—Seth quiere saber si puede ver la montaña —dijo el señor Garin señalando la Mina de los Chinos. La parte del norte se parece un poco a una montaña—. Aunque supongo que quiere decir la mina.

—¡Sí! —dijo el niño—. ¡La mina! ¡Seth quiere ver la mina! ¡Seth quiere ver la mina de plata! ¡Hoss! ¡Pequeño Joe! ¡Adam! ¡Hop Sing!

Al oír esto solté una carcajada. ¡Hacía tanto tiempo que no oía esos nombres! Pero los demás no rieron; se limitaron a mirar al pequeño como si fuera Jesús enseñando a los ancianos en el templo.

—Bueno —dije—, si quieres ver el rancho La Ponderosa, hijo, puedes hacerlo, aunque está bastante más al oeste. Hay viajes organizados, y hasta te llevan debajo de la tierra con vagones para mineros. El mejor es el Betty Carr, en Fallon. Sin embargo, no hay excursiones a la Mina de los Chinos. Es una mina en explotación y no resulta tan interesante como las viejas minas de oro y plata. Aquella pared que te pareció una montaña no es más que un gran agujero en el suelo.

—No creo que le entienda, señor Symes —dijo su hermano mayor—. Es un buen chico, pero no es muy rápido. —Y le dio un golpecito en la cabeza.

Sin embargo, el pequeño entendió. Era evidente, porque se echó a llorar. No a los gritos, como mocoso malcriado, sino silenciosamente, como un niño que ha perdido algo que quiere de verdad. Los demás se quedaron tan desolados como si hubiera muerto el perro de la familia. La niña pequeña dijo que Seth nunca lloraba y eso aguzó aún más mi curiosidad. No entendía qué les pasaba, y me moría por saberlo. Ahora desearía no haberme metido en sus asuntos, pero lo hice.

El señor Garin preguntó si podía hablar conmigo en privado y le respondí que sí. Dejó al niño con su mujer. El pequeño seguía llorando en silencio, con grandes lagrimones, y tuve la impresión de que en cualquier momento su hermana mayor iba a unirse a él. Entonces Garin entró en la caravana y cerró la puerta.

En pocos minutos me dijo un montón de cosas acerca del pequeño Seth Garin, pero la más importante fue lo mucho que le querían. No es que lo dijera con palabras (si lo hubiera hecho, no habría confiado en ellas), pero lo demostraba. Dijo que Seth era autista, que casi nunca decía una palabra inteligible ni mostraba interés por las «cosas normales», pero que cuando había visto la ladera norte de la Mina de los Chinos desde la carretera, había empezado a hablar sin parar, señalándola todo el tiempo.

—Al principio intentamos tranquilizarlo y seguí conduciendo —dijo Garin—. Por lo general Seth no habla, pero de vez en cuando suelta un torrente de palabras ininteligibles. June las llama «sermones». Sin embargo, cuando vio que no dábamos la vuelta ni aflojábamos la marcha,

empezó a hablar. No sólo palabras, sino frases enteras. «Vuelve, por favor, Seth quiere ver la mina, Seth quiere ver a Hoss, a Adam y al pequeño Joe».

Sé algo acerca del autismo; mi mejor amigo tiene un hermano en el hospital psiquiátrico de Boulder, a las afueras de Las Vegas. He estado allí en varias ocasiones, he conocido a varios autistas, y jamás hubiera creído lo que me decía Garin si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Muchos chicos del hospital no sólo no hablan, sino que ni siquiera se mueven. Los peores parecen muertos; tienen la mirada ausente y apenas mueven el pecho para respirar.

—Le encantan los westerns y los dibujos animados —dijo el señor Garin— y parece que la mina le recuerda a algo que vio en Bonanza.

Aunque no se lo dije a Garin, pensé que era probable que hubiera visto la propia mina en un episodio de Bonanza. En esta zona se filmaron muchas series de televisión, y la Mina de los Chinos data de 1957, de modo que es posible.

—De todas formas —dijo— esto es auténtico adelanto para Seth, aunque la palabra más adecuada sería milagro. Y no sólo porque ha hablado.

—Sí —dijo—, parece que por una vez está en el mundo, ¿verdad?

Pensaba en la gente de Lacota Hall, donde vive el hermano de mi amigo. Aquellos chicos nunca estaban en el mundo real. Incluso cuando lloraban, reían y emitían sonidos, era como si lo hicieran para sí.

—Sí —dijo Garin—. Es como si una luz se hubiera encendido en su interior. No sé cómo ha ocurrido ni cuánto tiempo durará, pero... ¿hay alguna posibilidad de que nos lleve a la mina, señor Symes? Sé que no está permitido y supongo que la compañía de seguros organizaría un escándalo si se enterara, pero significaría mucho para Seth. Significaría mucho para todos nosotros. No tenemos mucho dinero, pero podría ofrecerle cuarenta dólares por su tiempo.

—No lo haría ni por cuatrocientos —dijo—, estas cosas se hacen gratis o no se hacen. Venga. Cogeremos uno de los todoterrenos. Su hijo mayor puede conducirlo, si usted no tiene objeción. También va en contra de las normas de la compañía, pero supongo que da igual una que cuarenta.

Cualquiera que lea esto y me tome por tonto (un tonto imprudente), debería haber visto cómo se iluminó la cara de Bill Garin. Lamento muchísimo lo que les pasó a él y a los otros en California —lo sé por la carta de su hermana— pero ese día estaba realmente feliz, y me alegro de haber podido ayudarlo.

Fue una tarde tranquila, al menos hasta el momento de nuestro «pequeño susto». Garin permitió que su hijo mayor, Jack, condujera hasta la mina y el niño estaba rebosante de alegría. Creo que si me hubiera presentado a elecciones en el cielo, me habría votado para el cargo de Dios. Era una familia muy agradable y adoraban al benjamín; todos y cada uno de ellos. Fue asombroso que el crío se largara a hablar tan repentinamente, pero ¿cuántas personas habrían cambiado sus planes por una cosa así? Ellos lo hicieron, y estoy seguro que sin necesidad de discutirlo.

El pequeño habló durante todo el trayecto a la mina (íbamos a una velocidad de un kilómetro y medio por minuto). Fundamentalmente balbuceaba, pero no todo el tiempo. Habló de los personajes de Bonanza, de La Ponderosa, de bandidos y de minas de plata. También mencionó una

serie de dibujos animados. Creo que se llamaba MotoKops. Me mostró una figura articulada, una chica pelirroja con una pistola que se sacaba de la funda y podía encajarse en su mano. También daba palmaditas sobre el todoterreno y lo llamaba el «Carro de la Justicia». Entonces Jack se hinchó detrás del volante (debía de estar conduciendo a unos quince kilómetros por hora) y dijo:

—Sí, y yo soy el coronel Henry. ¡Atención, nos aproximamos al Pasillo de la Fuerza!

Todos rieron y yo también. Lo cierto es que su alegría resultaba contagiosa.

Estaba tan excitado que no pensé en lo que decía el niño hasta mucho después. El pequeño no paraba de hablar de «la vieja mina». Supongo que si reparé en ello, debo de haber llegado a la conclusión de que era algo relacionado, con Bonanza. En ningún momento se me pasó por la cabeza que hablaba de Serpiente Número Uno, porque era imposible que supiera algo al respecto. Ni siquiera los habitantes de Desesperación estaban al tanto de lo que habíamos descubierto después de la explosión controlada de hacia una semana. ¡Diablos!, por eso tenía tanto papeleo pendiente un domingo por la tarde. Debía escribir un informe acerca de nuestro hallazgo y hacer una lista de las distintas medidas posibles.

Cuando por fin se me ocurrió la idea de que Seth Garin se refería a Serpiente Número Uno, recordé cómo había entrado corriendo en la caravana, como si hubiese estado allí un millón de veces. Fue directo a las fotos del tablón de anuncios. Esa idea me produjo escalofríos, pero hubo algo más, algo que vi después que la familia Garin se marchara hacia Carson. Enseguida hablaré de eso.

Cuando llegamos al pie del terraplén, le cambié el sitio a Jack y conduje por el desfiladero, que está cubierto de grava y es más ancho que muchas autopistas. Cuando cruzamos al otro lado todo eran exclamaciones de asombro. Por lo visto, la mina es algo más que un simple agujero en la tierra. El foso tiene casi trescientos cincuenta metros de profundidad, y atraviesa estratos de roca de la Era Paleolítica, es decir, de trescientos veinticinco millones de años de antigüedad. Algunos de estos estratos de pórfido son preciosos, con cristales púrpuras y verdes. Desde arriba, las excavadoras parecen juguetes. La señora Garin bromeó sobre su supuesto miedo a las alturas y dijo que iba a vomitar, aunque no creo que sea cuestión de risa. Mucha gente vomita de verdad cuando mira por encima del borde y ve la profundidad del foso.

Entonces la niña pequeña (no recuerdo su nombre, pero quizá fuera Louise) señaló hacia abajo, hacia el agujero, y preguntó:

—¿Qué es ese agujero rodeado de cintas amarillas? Parece un enorme ojo negro.

—Es nuestro descubrimiento del año —dije—. Algo tan importante que es secreto. Os lo contaré si prometéis no decírselo a nadie. No lo haréis, ¿verdad? De lo contrario, podría meterme en un lío.

Me lo prometieron, y pensé que podía confiar en ellos, pues sólo estaban de paso. Además, supuse que al pequeño le gustaría oír hablar del asunto, teniendo en cuenta su pasión por Bonanza. En ningún momento se me ocurrió pensar que él ya lo sabía todo. ¿Por qué iba a pensar algo así?

—Esto es la vieja Serpiente Número Uno —dijo—, al menos eso creemos. La descubrimos después de una explosión. La parte delantera se cavó en 1858.

Jack Garin quiso saber qué había dentro. Le dije que no lo sabíamos. Las reglas de la Federación de Mineros nos impedían entrar. La señora Garin (June) preguntó si la compañía exploraría la mina más adelante, y dije que quizá, siempre y cuando nos dieran permiso. No les mentí, pero disfracé un poco la verdad. Habíamos rodeado el foso con cintas amarillas, como dispone la federación, pero eso no significaba que ellos estuvieran al tanto de nuestro hallazgo. La descubrimos por casualidad durante una explosión en la ladera sur. Cuando el polvo se asentó, apareció la mina. Sin embargo, los directivos de la compañía no estaban seguros de querer dar publicidad a este asunto.

Si la noticia se propagaba, habría muchos intereses en juego. Según la leyenda, cuarenta o cincuenta chinos quedaron sepultados dentro cuando la mina se derrumbó, y de ser cierto, tenían que seguir allí, conservados como las momias de las pirámides egipcias. Los aficionados a la historia estarían encantados con la posibilidad de encontrar sus ropas y sus herramientas, por no mencionar los cadáveres. Muchos de nosotros también estábamos interesados, pero no podíamos hacer nada sin un permiso de Deep Earth Brass de Phoenix, y sabíamos que no lo conseguiríamos. Deep Earth Brass no es precisamente una organización benéfica, y estoy seguro de que cualquiera que lea esto comprenderá que la minería, especialmente en esta época, es una operación de riesgo. La Mina de los Chinos no empezó a dar beneficios hasta 1.992, y los mineros nunca sabían con seguridad si tendrían trabajo cuando llegaran allí. En parte dependí a del precio del cobre (la lixiviación no resulta barata), pero más de asuntos medioambientales. Últimamente las cosas están un poco mejor, las reglas actuales tienen más sentido, pero todavía tenemos una docena de demandas pendientes en los tribunales del condado, casi todas interpuestas por gente (casi siempre «verdes») que quieren cerrar la mina. Muchos de nosotros —yo entre ellos— no creímos que los peces gordos de la compañía quisieran buscarse más problemas anunciando al mundo que habíamos encontrado una vieja mina local, probablemente de gran interés histórico. Como dijo Yvonne Bateman, una colega de la mina, después de las explosiones:

—Sería muy propio de los amantes de los árboles intentar que la mina sea declarada monumento histórico por los federales o por la Comisión Histórica de Nevada. Es la mejor manera de acabar con nosotros, que es lo que siempre han querido.

Quizá crean que nos comportábamos como paranoicos (muchos lo creen), pero cuando uno sabe como yo que hay noventa o cien hombres que dependen de la mina para alimentar a sus familias, se vuelve prudente.

La hija (¿Louise?) dijo que aquel sitio le daba escalofríos y yo le respondí que a mí también. Me preguntó si me atrevería a entrar y le dije que ni loco. Luego preguntó si temía a los fantasmas y le contesté que no, que sólo temía a los hundimientos. Era increíble que algunas de las vigas todavía siguieran en pie. Están asentadas en los estratos de hornito y riolita, restos del movimiento volcánico que vació la Gran Cuenca, y son materiales bastante precarios, incluso cuando no se hacen estallar cargas de dinamita todo el tiempo. Le dije que no entraría

allí a menos que reforzaran cada metro del foso con hormigón y acero. ¡Jamás imaginé que antes de que acabara el día estaría en las entrañas de la mina, tan abajo que ni siquiera alcanzaría a vislumbrar el sol!

Los llevé al almacén de equipamiento, les conseguí unos cascos y después los llevé por todas partes y les enseñé todo: excavadoras, relaves, lixivadores y equipo pesado. Fue una especie de viaje turístico. El pequeño Seth había dejado de hablar, pero tenía los ojos tan brillantes como los granates que siempre estamos encontrando entre las rocas!

Bien; ahora llego al «pequeño susto» que me ha causado tantas dudas y pesadillas (por no mencionar los remordimientos, algo muy importante para un mormón como yo que se toma la religión muy en serio). Lo cierto es que en ese momento el susto no nos pareció pequeño, y francamente, tampoco me lo parece ahora. He pensado mucho en todo esto, y mientras estaba en Perú (donde me encontraba examinando unos depósitos de bauxita cuando llegó la carta de la señora Wyler al buzón de la compañía en Desesperación), tuve al menos una docena de sueños relacionados con esa experiencia. Quizá fuera el calor. Hacía mucho calor dentro de la mina Serpiente. En mis años mozos bajé un millón de veces a las minas, y normalmente son muy frías, con temperaturas bajo cero. He leído que algunas de las minas de oro de Sudáfrica son cálidas, pero nunca he estado en una de ellas. Sin embargo, ésta no era cálida, sino abrasadora. Y también húmeda, como un invernadero.

Pero me estoy adelantando a los hechos, y no era mi intención. Quiero contar las cosas paso a paso, tal como ocurrieron de principio a fin. Gracias a Dios, no volverá a pasar nada similar. A principios de agosto, apenas dos semanas después de los hechos que estoy relatando, la mina se hundió. Quizá hubo un pequeño temblor en el estrato devónico, o puede que el aire tuviera un efecto corrosivo sobre las vigas de madera. Nunca lo sabré con seguridad, pero lo cierto es que un millón de toneladas de esquisto y piedra caliza se vinieron abajo. Cuando pienso en lo cerca que estuvieron el señor Garin y su hijito de morir sepultados allí abajo (por no mencionar el señor Allen Symes, extraordinario geólogo), me dan escalofríos.

El chico mayor, Jack, quería ver a Mo, nuestra excavadora más grande. Funciona sobre trochas y trabaja las pendientes interiores, excavando bancos a intervalos de quince metros. Hubo un tiempo, a principios de los setenta, cuando Mo era la excavadora más grande del mundo, y los niños –en especial los varones– se quedan fascinados con ella. ¡Los niños grandes también! Garin tenía tantas ganas de verla de cerca como su hijo Jack, y di por supuesto que Seth deseaba lo mismo. Aunque me equivocaba.

Les enseñé las escaleras que ascendían hasta la cabina de Mo, que está a casi treinta y cinco metros de altura. Jack me preguntó si podían subir y dije que no, que era demasiado peligroso, pero que si querían podían dar un paseo por las trochas. Eso ya es toda una aventura, pues cada trocha es tan ancha como una calle de ciudad y cada una de las placas de acero que las forman se encuentra a un metro de la siguiente. El señor Garin dejó a Seth en el suelo, y comenzaron a subir las escaleras. Yo los seguí, rezando para que nadie se cayera. Si hubiera pasado algo así, yo habría sido el responsable legal. June

Garin retrocedió para sacarnos fotos. Hicimos payasadas y muecas para la cámara y nos lo estábamos pasando en grande, cuando la niña gritó:

—¡Vuelve, Seth! ¡Ahora mismo! ¡No tendrías que estar allí abajo!

Yo no alcanzaba a ver al crío desde arriba de las trochas, porque el resto de la excavadora me tapaba la vista, pero pude ver perfectamente a su madre, que parecía aterrorizada.

—¡Seth! —gritó—. ¡Vuelve aquí enseguida! —Gritó dos o tres veces, luego arrojó la cámara al suelo y salió corriendo.

No necesité ver nada más. Me bastó con ver a la mujer arrojando su Nikon al suelo como si fuera un paquete de cigarrillos vacío. Di tres saltos y llegué al suelo. Todavía me pregunto cómo es posible que no me rompiera el pescuezo. Supongo que es aún más extraño que ni Garin ni su hijo mayor se cayeran, pero en aquel momento no pensé en eso. La verdad es que nunca pensé en eso.

El pequeño ya estaba escalando la cuesta hacia el foso de la vieja mina, que estaba a apenas unos sesenta metros de altura. Lo vi y supe que su madre no sería capaz de alcanzarlo antes de que se metiera adentro. Que nadie sería capaz de alcanzarlo antes de que se metiera adentro, si era eso lo que pretendía hacer. Se me heló el corazón, pero me armé de valor y corrí tan rápido como pude.

Alcancé a la señora Garin justo cuando Seth llegaba a la entrada de la mina. El niño se detuvo un momento, y recé para que no entrara. Supuse que si la oscuridad no lo asustaba, quizá lo hiciera el olor. Es similar al olor de un campamento, una mezcla de ceniza, café quemado y restos de carne podrida. Entonces entró, sin hacer el menor caso a mis gritos de advertencia.

Adelanté a su madre y le dije que se quedara allí, que yo bajaría y traería al niño de vuelta. Le dije que dijera lo mismo a sus hijos y a su marido, pero por supuesto Garin se negó a obedecer. Supongo que yo en su lugar habría hecho lo mismo.

Escalé la cuesta y rompé las cintas amarillas. El niño era lo bastante bajo para pasar por debajo. Podía oír los sonidos tenues que casi siempre se oyen en las minas, algo así como el susurro del viento o de una catarata lejana. No sé qué es en realidad, pero no me gusta, nunca me ha gustado. No conozco a nadie que le guste. Es un sonido espectral.

Aunque ese día oí un ruido que me gustó aún menos, una especie de chillido susurrante. No lo había oído las anteriores veces que había estado en el pozo, pero enseguida supe de qué se trataba: el roce del hornito contra la riolita. Es como si la tierra hablara. En los viejos tiempos, este sonido ahuyentaba a los mineros, porque significaba que la mina podía hundirse en cualquier momento. Supongo que los chinos que trabajaban en la Serpiente en 1858 o bien no sabían qué significaba aquel ruido o no se les permitía prestarle atención.

Después de romper las cintas resbalé y caí de rodillas. Entonces vi algo en el suelo: una muñeca articulada de plástico, la chica de pelo rojo con su arma. Debió de caer del bolsillo del niño antes de que entrara en el foso y verla ahí entre lo desechos —lo que nosotros llamamos ganga— parecía un mal presagio. La recogí y me la metí en el bolsillo, y me olvidé de ella hasta después, cuando pasaron los nervios y se la devolví a su propietario. Se la describí a mi sobrino y me dijo

que era una figura de Cassie Styles, uno de los personajes de la serie MotoKops de la que tanto hablaba el pequeño.

Oí pasos sobre la grava detrás de mí; miré hacia atrás y vi al señor Garin subiendo la cuesta. Los otros tres se quedaron apiñados abajo. La niña lloraba.

—¡Vuelva atrás ahora mismo! —dije—. ¡El foso puede hundirse en cualquier momento! ¡Tiene ciento treinta años!

—No me importa si tiene un millón de años —me contestó, sin detenerse—. Se trata de mi hijo y pienso ir a buscarlo.

No me iba a quedarme allí parado discutiendo con él. A veces lo único que uno puede hacer es seguir moviéndose, seguir adelante, y esperar que Dios nos proteja. Y eso es lo que hicimos.

En mis años como ingeniero de minas he estado en lugares aterradores, pero los diez minutos que pasé en la Serpiente (quizá fueran más o menos, pues perdí toda noción del tiempo) que fueron los peores de mi vida. El agujero descendía en ángulo, y cuando apenas habíamos recorrido veinte metros, no alcanzábamos a ver la luz del sol. El olor del lugar —a cenizas, café viejo, y carne quemada— se volvía cada vez más penetrante y eso también me extrañó. A veces las minas despiden un olor «mineral», pero eso es todo. El suelo que pisábamos estaba cubierto de escombros, y teníamos que tener mucho cuidado para no tropezar y caer de bruces. Las soportes y vigas estaban cubiertos de figuras chinas, algunas talladas en la madera, pero la mayoría pintadas con humo de velas. Cuando uno ve algo así comprueba que lo que dicen los libros de historia es verdad, que no son fantasías, y el pasado cae sobre uno como un enorme peso.

Garin gritaba llamando al chico, diciéndole que volviera, que estaba en peligro. Pensé en decirle que el sonido de su voz podía hacer que las paredes se desmoronaran, igual que los gritos en las montañas pueden producir avalanchas de nieve, pero no lo hice. No habría podido contenerse. Sólo podía pensar en el niño.

Siempre llevo conmigo un llavero con una tijerilla plegable, una lupa y una pequeña linterna. Quite la funda de la linterna y alumbré el camino. Descendimos por el foso, en medio de los extraños murmullos y el olor a campamento. Aunque hacia el final el olor cambió: ya no olía a campamento sino a podrido. Como si hubiera un animal muerto en las proximidades.

Entonces encontramos los huesos. Nosotros —me refiero a la compañía Deep Earth— habíamos llevado luces al foso, pero no habíamos conseguido ver gran cosa. En más de una ocasión discutimos sobre la posibilidad de que allí hubiera algo. Yvonne decía que no había nada, que nadie habría seguido bajando a una mina tan insegura como aquella, ni siquiera un montón de esclavos chinos. Decía que no eran más que leyendas, pero una vez que Garin y yo nos adentramos unos metros, mi pequeña linterna demostró que Yvonne estaba equivocada.

Había huesos desperdigados por todo el suelo del pozo, cráneos agrietados y también huesos de piernas, caderas y pelvis. Lo peor eran las costillas, pues cada una de ellas parecía sonreír como el gato de *Alicia en el país de las maravillas*. Cuando pisábamos los huesos no crujían, como era de esperar, sino que se deshacían como si fueran polvo. El olor era más fuerte que nunca y mi cara estaba empapada en

sudor. Era como si en lugar de en una mina estuviéramos en una sauna. ¡Y las paredes! Los chinos no se habían limitado a escribir sus nombres o iniciales, sino que habían escrito por todas partes con el humo de las velas. Como si al encontrarse atrapados hubieran decidido escribir sus testamentos y últimas voluntades en las vigas.

Cogí a Garin por el hombro y dije:

—Ya hemos bajado demasiado. Quizá el crío estuviera arrinconado junto a alguna pared y la oscuridad nos haya impedido verlo.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque tengo la sensación de que está delante —dijo, y luego gritó—: ¡Seth! ¡Por favor, hijo! ¡Si estás allá abajo, vuelve con nosotros!

Pero lo que volvió me puso la carne de gallina. Más adelante en el pozo, con el suelo cubierto de huesos y cráneos, escuchamos un canto. No letras, sólo la voz del pequeño tarareando «la-la-la» y «dum-dum-dum». Aunque no era exactamente una melodía, reconocí la música de Bonanza.

Garin me miró con sus grandes ojos blancos en la oscuridad y me preguntó si todavía pensaba que lo habíamos dejado atrás. Tuve que admitir que tenía razón y nos pusimos en marcha otra vez.

Empezamos a ver herramientas entre los huesos, picos con cabezas oxidadas y graciosos mangos cortos, y pequeñas cajas metálicas atadas con cuerdas que yo había visto en una visita al Museo de las Minas de Ely. Eran lámparas de keroseno. Las llevaban atadas a la cabeza, con pañuelos debajo para no quemarse la piel. Entonces vi que en las paredes además de palabras había dibujos hechos con el humo de las velas. Eran imágenes horripilantes, coyotes con caras de araña, pumas con escorpiones montados sobre sus lomos, murciélagos con cabezas de bebés. En más de una ocasión me he preguntado si realmente vi esos dibujos, o si el aire enrarecido de las profundidades me produjo alucinaciones. Nunca le pregunté a Garin si había visto lo mismo; no sé si es porque me olvidé o porque no quería saberlo.

De repente Garin se detuvo y recogió algo del suelo. Era una pequeña bota de vaquero que había quedado atrapada entre dos rocas. Era evidente que el niño se había quedado atascado y se había quitado la bota para seguir. El señor Garin la levantó a la luz de la linterna para examinarla y luego se la metió debajo del brazo. Todavía podíamos oír los la-la-las y dum-dum-dums, así que sabíamos que el niño seguía delante. El sonido parecía cada vez más cercano, pero no me hice ilusiones. Debajo de la tierra, nunca se sabe. El sonido se propaga de manera extraña.

Seguimos andando. No sé a qué profundidad llegamos, pero el suelo seguía descendiendo y el aire era abrasador. Había menos huesos en el suelo del pozo, pero también más rocas caídas. Podría haber alumbrado el lugar para examinar la forma del pozo, pero no me atreví. Ni siquiera me atrevía a calcular la profundidad, aunque debíamos de estar a unos trescientos cincuenta metros del lugar donde se produjo la explosión. Quizá incluso más. Y empezaba a pensar que nunca saldríamos de allí. El techo se hundiría abajo y sería el final. Al menos sería un final rápido, más rápido que el de los chinos, que murieron ahogados o de sed en el mismo pozo. Recordé que tenía cinco o seis libros de la biblioteca en casa, y me pregunté quién los devolvería, o si me

pondrían una multa por no devolverlos a tiempo. Es curioso lo que pasa por la cabeza de una persona cuando se encuentra acorralada.

Poco antes de que enfocara al niño con la linterna, el pequeño cambió de canción. No reconocí la nueva, pero después su padre me dijo que era el tema de los MotoKops. Sólo lo menciono porque en cierto momento me pareció que alguien cantaba los la-la-las y dum-dum-dums a dúo con el pequeño. Ahora estoy seguro de que sólo era el susurro que había oído antes, pero entonces me llevé un buen susto. Garin también lo oyó; alcanzaba a verlo con la luz de la linterna y parecía tan asustado como yo. Su cara estaba empapada en sudor y su camiseta pegada al cuerpo como con pegamento.

Entonces señaló y dijo:

—¡Me parece que lo veo! ¡Lo veo! ¡Allí está! ¡Seth! ¡Seth! —Corrió hacia él, tropezando con los escombros y las piedras como un borracho, pero de alguna manera consiguió mantener el equilibrio.

Lo único que podía hacer era rezar a Dios para que no se chocara con una de las viejas vigas. Seguramente se convertirían en polvo como los huesos y ése sería el fin.

Entonces yo también vi al niño, inconfundible con sus téjanos y su camiseta roja. Estaba justo enfrente del muro del fondo de la mina. Era evidente que no se trataba de otro hundimiento porque la piedra era lisa. Una grieta cruzaba el muro y por un momento pensé que el niño intentaba pasar a través de ella. Esa idea me aterrorizó, porque era lo bastante pequeño para hacerlo, y un par de hombretones como nosotros jamás hubiéramos podido seguirle. Pero su intención no era ésa. Cuando me acerqué un poco, vi que estaba completamente inmóvil. Supongo que me había dejado engañar por las sombras de mi linterna; es la única explicación que se me ocurre.

Su padre llegó a su lado y lo estrechó en sus brazos. Tenía la cara apretada contra el pecho del niño, por lo que no vio lo que yo vi. Fue apenas un segundo, pero esta vez mis ojos no me engañaron: el niño sonreía y su sonrisa no era precisamente agradable. Las comisuras de los labios le llegaban casi a las orejas y pude verle todos los dientes. Tenía la cara tan estirada que parecía que los ojos iban a saltar de las órbitas. Entonces el padre lo levantó en brazos para que pudiera darle un beso y la sonrisa se desvaneció. Me sentí mucho mejor. Mientras estuvo en su cara, el pequeño no se parecía en nada al niño que yo había conocido.

—¿Adónde pensabas que ibas? —preguntó su padre. Aunque hablaba a gritos, no era exactamente una regañina, pues no dejaba de besarla entre palabra y palabra—. ¡Tu madre está asustadísima! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has entrado aquí?

Recuerdo perfectamente la respuesta del niño, porque fue lo último que dijo aquel día:

—El coronel Henry y el comandante Pike me lo ordenaron —dijo—. Me dijeron que podría ver La Ponderosa. Adentro. —Señaló la grieta de la pared—. Pero no he podido. Ya no hay Ponderosa.

Entonces apoyó la cabeza en el hombro de su padre y cerró sus ojos, como si estuviera agotado.

—Volvamos —dijo—, yo iré detrás y por la derecha para iluminar el camino. No vaya muy lento, pero tampoco corra. Y por favor, intente no

tropezar con las vigas.

Una vez que rescatamos al niño, el rumor del suelo pareció crecer. Hubiera jurado que también oía crujir la madera. No suelo imaginarme cosas, pero daba la intención de que la mina intentaba hablarnos, decirnos que saliéramos mientras estuviéramos a tiempo.

Antes de irnos no pude evitar iluminar la grieta por última vez. Cuando me incliné sentí una corriente de aire, de modo que aquella no podía ser la pared del fondo; había algún tipo de abertura al otro lado. Tal vez una cueva. El aire que salía de ella era tan caliente como el de un horno y tenía un olor espantoso. Di una bocanada y contuve la respiración para no vomitar. Era el mismo olor de campamento, aunque mil veces más fuerte. Me he devanado los sesos preguntándome cómo es posible que oliera tan mal a esas profundidades. El aire fresco es lo único que puede hacer que las cosas apesten de ese modo, y eso quiere decir que allí abajo había algún tipo de corriente. Sin embargo, Deep Earth ha estado excavando en este sitio desde 1957, y si hubiera habido una corriente tan fuerte como para crear ese olor, seguramente la habrían descubierto y seguido para averiguar su procedencia.

La grieta tenía zigzagueante, como un rayo, y no parecía que hubiera mucho que ver dentro, sólo el espesor de la roca, ochenta o noventa centímetros. Pero estaba seguro de que había un espacio allá dentro, al otro lado. Además, estaba ese aire caliente. Me pareció ver un montón de puntos rojos danzando en el interior de la roca, pero debe haber sido mi imaginación, porque en cuanto pestañéé, desaparecieron.

Me giré hacia Garin y le dije que se pusiera en marcha.

—En un momento; déme sólo un momento —respondió. Había cogido la bota de vaquero negra del chico y se la estaba poniendo. Fue una escena muy tierna, la mayor demostración de amor paternal que he visto en mi vida —. Vale —dijo cuando acabó—. Vamos.

—Bien —respondí—, adelante.

Caminábamos a toda prisa, pero a pesar de ello parecía que el foso no se acababa nunca. En los sueños de que he hablado, siempre veo el pequeño círculo de mi linterna alumbrando cráneos. No vi tantos cuando estuve allí dentro, y algunos de ellos estaban rotos, pero en mis sueños aparecen miles, apilados de pared a pared como huevos en un cartón, y todos sonríen como el niño cuando lo recogió su padre. En sus ojos veo puntos rojos danzando como las chispas de un fuego incontrolado.

Fue una caminata espantosa de principio a fin. Seguía mirando hacia adelante, esperando ver la luz del día, y tengo la sensación de que pasó una eternidad antes de que llegara ese momento. Cuando finalmente la vi (un pequeño cuadrado de luz que podría haber tapado con el pulgar) me pareció que el susurro de las rocas era más fuerte que nunca, y me hice a la idea que el pozo esperaría hasta que estuviésemos casi fuera para caer sobre nosotros, como una mano cruel sobre una mosca. ¡Como si un agujero en el suelo pudiera pensar! Pero cuando uno se encuentra en una situación como ésa, la imaginación se desborda. En las profundidades, el sonido se comporta de una manera extraña; y la mente también.

Debo decir que aún tengo una sensación rara cuando pienso en esa

mina. No puedo decir que estuviera «encantada» (no admitiría algo así ni siquiera en un escrito como éste, que quizá no lea nadie), pero tampoco diré lo contrario. Después de todo, ¿hay un lugar más adecuado para encontrar fantasmas que una mina llena de hombres muertos? Pero lo que vi al otro lado del muro —si es que vi algo; esos puntos rojos danzando— no eran fantasmas.

Los últimos treinta metros fueron los más difíciles. Tuve que contenerme para no adelantar a Garin y correr fuera de la mina, y a juzgar por la expresión de su cara, creo que a él le pasó lo mismo. Pero no lo hicimos, supongo que porque los dos sabíamos que si aparecíamos corriendo hubiésemos asustado aún más a la familia. Salimos andando como auténticos valientes, Garin con su hijo adormilado en brazos.

En eso consistió nuestro «pequeño susto».

La señora Garin y los dos hermanos mayores lloraban, pero todos se lanzaron a consolar a Seth, acariciándolo y besándole como si el niño realmente estuviera allí. El pequeño se despertó y sonrió, pero no dijo una palabra más, sólo emitió una especie de balbuceo. El señor Garin caminó con paso tambaleante hasta el polvorín, el pequeño cobertizo metálico donde guardamos el material explosivo, y se sentó con la espalda apoyada sobre uno de los lados. Se abrazó las rodillas y dejó caer la cabeza sobre ellas. Sabía perfectamente cómo se sentía. Su mujer le preguntó si se encontraba bien, y él dijo que sí, que sólo necesitaba descansar y recuperar el aliento. Pedí a la señora que llevara a los niños de vuelta al todoterreno. Dije que a lo mejor Jack quería mostrarle la excavadora a su hermanito. Ella rió como cuando alguien hace un chiste que no tiene gracia y dijo:

—Me parece que ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy, señor Symes. Espero que no lo tome mal, pero lo único que quiero hacer es salir de este lugar.

Le dije que lo entendía, pero ella también entendió que quería tener una pequeña charla con su marido antes de que nos separáramos. Además, yo también necesitaba un descanso. Sentía las piernas como si fueran de goma. Fui hasta el polvorín y me senté junto a Garin.

—Si comunicamos esto va haber muchos problemas —dijo—. Para la compañía y también para mí. Quizá no me despidan, pero...

—No pienso decir una sola palabra al respecto —dijo, levantando la cabeza y mirándome fijamente.

No creo que nadie piense mal de él si añado que estaba llorando. Creo que cualquier padre habría llorado después de un susto semejante con su hijo. Yo también me sentía al borde de las lágrimas, y eso que acababa de conocerlos. Cada vez que pienso en la ternura de Garin mientras le ponía la bota a su hijo, se me hace un nudo en la garganta.

—Se lo agradecería mucho —dijo.

—Tonterías —repuso él—. No sé cómo darle las gracias por lo que ha hecho. No sé por dónde empezar...

Me sentía un poco avergonzado.

—Vamos —dijo—, lo hicimos juntos, y lo que importa es que todo ha acabado bien.

Le ayudé a levantarse y caminamos hacia donde estaban los otros. Poco antes de llegar, me cogió del hombro y me detuvo.

—No deberían permitir que nadie baje a esa mina —dijo—. Ni siquiera si los ingenieros aseguran las vigas. Allí dentro hay algo malo.

—Lo sé —dijo—. Yo también tuve esa impresión.

No dejaba de pensar en la sonrisa del niño, e incluso ahora, tantos meses después, siento escalofríos siempre que la recuerdo. Iba a decirle que el niño había tenido la misma sensación, pero no lo hice. ¿De qué hubiera servido?

—Si dependiera de mí, la haría estallar con uno de los explosivos del polvorín. Es una tumba. Dejen que los muertos descansen dentro.

—No es mala idea —dijo, y Dios debe de haber pensado lo mismo, porque ÉL lo hizo por sí solo dos semanas después. Hubo una explosión allá dentro. No fue sólo un hundimiento, sino una auténtica explosión. Y por lo que sé, no la provocó nadie.

Garin sonrió, asintió con la cabeza y dijo:

—Dentro de dos horas ni siquiera creeré que esto haya sucedido.

Le dije que tal vez eso fuera una suerte.

—Pero una cosa que nunca olvidaré —dijo—, es que Seth ha hablado. Y no sólo palabras o frases que sólo su familia puede entender. Habló. Usted no sabe lo asombroso que es eso, pero nosotros sí. —Saludó con la mano a la familia, que ya estaban junto al todoterreno—. Y si lo ha hecho una vez, puede volver a hacerlo.

Y a lo mejor lo hizo. Eso espero. He gustaría saberlo. Siento mucha curiosidad por aquel niño. Cuando le devolví su muñequita articulada, me sonrió y me besó en la mejilla. Fue un beso muy tierno, pero me pareció oler la mina en su piel... ese olor a campamento, a cenizas, carne y café frío.

Nos despedimos de la mina de los chinos y los llevé de vuelta a la oficina, donde tenían aparcado el coche. Aunque conduje por la calle principal, creo que nadie se fijó en nosotros. Los domingos de verano por la tarde Desesperación se convierte en un pueblo fantasma.

Recuerdo que me quedé junto a los peldaños de la caravana, saludándolos con la mano mientras ellos conducían hacia el horrible destino que les aguardaba y que conocí por la hermana de Garin, un absurdo tiroteo desde un coche que pasaba. Todos respondieron a mi saludo..., bueno, todos excepto Seth. Hubiera lo que hubiese en aquella mina, creo que tuvimos suerte de salir de allí... ¡y más suerte tuvo él al ser el único superviviente del tiroteo de San José! Supongo que eso es lo que llaman «buena estrella».

Como ya he dicho, tuve varios sueños sobre lo ocurrido en Perú —sobre todo sueños de cráneos, en los que iluminaba la grieta con mi linterna—, pero no pensé mucho en aquel asunto hasta que recibí la carta de Audrey Garin, la que estaba en el tablón de anuncios cuando volví de Perú. Sally perdió el sobre, pero dijo que venía dirigida a «la compañía minera de Desesperación».

Al leerla confirmé mi sospecha de que algo había pasado en la mina mientras Seth estaba allí, algo sobre lo que no debería haber mentido... pero lo hice. ¿Cómo no iba a hacerlo, cuando ni siquiera yo entendía de qué se trataba?

Sin embargo, esa sonrisa... Esa sonrisa.

Era un niño agradable, y me alegró mucho de que no se matara en la Serpiente Número Uno (se podría haber matado; todos podríamos habernos

matado) y de que no muriera con el resto de la familia en San José, pero...

Aquella sonrisa no parecía pertenecer al niño. Me gustaría poder explicarlo mejor, pero soy incapaz de hacerlo. Era como si estuviese viendo no a Seth Garin, sino a alguien escondido dentro de Seth Garin. ¿Es eso posible? No lo sé. He pensado en ello una y otra vez, y no lo sé.

Ahora, antes de acabar, me gustaría aclarar algo. Al llegar, Seth había hablado de la «mina vieja», pero yo no lo relacioné con el pozo de la Serpiente porque si casi nadie en el pueblo sabía nada del tema, mucho menos podían saberlo unos viajeros de Ohio. Sin embargo, mientras se asentaba la estela de polvo del coche de los Garin, recordé sus palabras. Eso, y cómo había cruzado corriendo la oficina de la caravana, directo a las fotos de la Mina de los Chinos en el tablón de anuncios, como si hubiera estado allí mil veces. Como si supiera. Entonces me asaltó una idea que me dio escalofríos. Volví dentro para ver las fotos, sabiendo que era lo único que podía tranquilizarme.

En total había seis fotografías aéreas que la compañía había encargado en primavera. Saqué mi pequeña lupa del llavero y las examiné una tras otra. Mis tripas crujían, diciéndome lo que iba a descubrir antes de que lo viera. Las fotos aéreas fueron tomadas mucho antes del descubrimiento del pozo de la Serpiente, por lo que éste no aparecía en ninguna. Con una excepción. ¿Recuerdan que escribí que señaló las fotos, diciendo «¡aquí está! ¡Aquí está lo que quiero ver, la mina!»?

Pensamos que estaba hablando de la mina de cobre, porque eso era lo que mostraban las fotos. Pero con mi magnífica lupa pude ver las señales que dejaron sus dedos en la brillante superficie de las fotos. Todas estaban en la parte sur, donde descubrimos el pozo. Eso era lo que Seth quería ver, no la mina de cobre sino el pozo que las fotos no mostraban. Sé que esto parecerá una locura, pero nunca lo he dudado. Él sabía que estaba allí. Para mí lo prueban las marcas de sus dedos en las fotos, no en una foto sino en seis de ellas. Sé que no podría defender esta teoría delante de un jurado, pero eso no cambia las cosas. Es como si en ese pozo hubiera habido algo que lo sintió al pasar por la carretera y llamó. Me hago muchas preguntas, pero sólo hay una realmente importante: ¿Se encuentra bien Seth Garin? Le escribiría a la hermana de Garin para saberlo (de hecho en un par de ocasiones llegué a coger el bolígrafo para hacerlo), pero entonces recuerdo que mentí, y me cuesta mucho admitir que lo hice. Además, ¿es prudente que despierte a un perro dormido que podría tener unos dientes feroces? No lo creo, pero...

Quizá debería decir algo más, pero no se me ocurre nada. Siempre vuelvo a la sonrisa. No me gustó esa sonrisa.

Ésta es una versión fidedigna de lo ocurrido; ¡Dios!, ¡si al menos supiera qué fue lo que vi!

allen synes

XI

1

El viejo Doc fue el primero en llegar a la valla trasera de los Carver. Sorprendió a todo el mundo (incluido a sí mismo) trepando cómodamente: sólo necesitó un único empujón en el trasero por parte de Johnny para ponerse en marcha. Al llegar arriba se detuvo durante un par de segundos para apoyar las manos a su gusto. A Brad Josephson le pareció un mono flaco a la luz de la luna. Se dejó caer al suelo y se oyó un suave gruñido al otro lado de la valla.

—¿Estás bien, Doc? —preguntó Audrey.

—Sí —respondió Billingsley—. Como unas pascuas. ¿Verdad, Susi?

—Sí —confirmó nerviosamente Susi Geller. Después, a través de la valla, dijo—: Señora Wyler, ¿es usted? ¿De dónde viene?

—No creo que eso importe en este momento. Necesitamos...

—¿Qué ha ocurrido ahí fuera? ¿Está bien todo el mundo? Mi madre tiene un cabreo de órdago.

«¿Está bien todo el mundo?», era una pregunta que Brad no quería responder ni, al parecer, nadie más.

—¿Señora Reed? —preguntó Johnny—. David es el siguiente. Después usted.

Cammie le dirigió una mirada fría y se volvió hacia Dave. Volvió a murmurarle algo al oído, acariciándole el pelo mientras hablaba. Dave escuchó con expresión preocupada y luego respondió con un murmullo lo bastante alto para que Brad lo oyera:

—No quiero.

La mujer volvió a murmurar algo, esta vez con más vehemencia. Brad captó las palabras «tu hermano» casi al final. Esta vez, Dave se incorporó, se agarró a la parte superior de la valla y saltó al otro lado. Por lo que Brad pudo ver, lo hizo sin reflejar ninguna emoción, excepto una expresión de ligera incomodidad en la cara. Cammie fue la siguiente, ayudada por Audrey y Cynthia.

Cuando llegó arriba, Dave extendió los brazos para recogerla. Cammie se deslizó entre ellos sin intentar agarrarse a la valla, ni siquiera por seguridad. Brad tuvo la impresión de que a esas alturas le daba igual caer. Tal vez incluso romperse el cuello. «¿Por qué nos enviaste aquí afuera, mamá?», había gritado su hijo, tal vez intuyendo que ella jamás consideraría una circunstancia atenuante su propia ansiedad —y la de Jim— por marcharse. Cammie siempre se culpaba de todo y él siempre se lo permitía de buena gana.

—¿Brad? —Se alegró de oír aquella voz, aunque casi nunca tenía aquel tono suave y preocupado—. ¿Estás aquí, cariño?

—Estoy aquí, Bel.

—¿Estás bien?

—Sí. Escucha, Bel, y no te alteres. Jim Reed ha muerto. Igual que Entragian, nuestro vecino.

Se oyó un jadeo y a continuación Susi Geller gritó una y otra vez el nombre de Jim. A Brad, que estaba emocional y físicamente agotado, aquellos gritos le irritaron más que apenarle... y temió que pudieran atraer algo aún menos agradable que el gran felino o el coyote con dedos humanos.

—¿Susi? —La alarmada voz de Kim Geller le llegó desde la casa. Luego también ella gritaba y el ruido pareció cortar el aire iluminado por la luna como una afilada sierra mecánica.

—¡Suuusiii! ¡Suuusiii!

—¡Silencio! —gritó Johnny—. ¡Por Dios, Kim, cállese!

Sorprendentemente, le obedeció, pero la niña siguió berreando sin parar como una espuria Julieta en el quinto acto.

—Dios bendito —murmuró Audrey tapándose las orejas con las palmas de las manos.

—Bel —dijo Brad a través de la valla—, haz callar a esa chica. No importa como lo hagas, pero hazlo.

—¡Jim! —gritó Susi—. ¡Oh, Dios, Jim! ¡Dios mío, no! ¡Ay!

Se oyó una bofetada. Los gritos se cortaron casi en seco. Después:

—No puede pegarle a mi hija. ¡No puede pegarle a mi hija, zorra! Puta asquerosa, negra y gorda.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Cynthia. Se tiró de los pelos de dos colores y cerró los ojos con fuerza, como un niño que no quiere ver los minutos finales de una película de terror.

Brad mantuvo los suyos abiertos y contuvo el aliento esperando a que Bel estallara como una bomba nuclear. Para su sorpresa, Bel hizo caso omiso de la mujer y le llamó suavemente desde el otro lado de la valla.

—¿Vais a arrojar el cuerpo, Bradley? —Parecía haber recuperado totalmente la compostura, por lo cual Brad le estaba absolutamente agradecido.

—Sí. Tú, su madre y su hermano cogedle cuando lo hagamos.

—Eso haremos. —Seguía fresca como una lechuga.

—¿Kim? —llamó Brad a través de las estacas de la valla—. ¿Señora Geller? ¿Por qué no entra en la casa, señora?

—Sí —dijo Kim afablemente—. Me parece una idea excelente. Entraremos en la casa, ¿verdad, Susi? Nos refrescaremos un poco y nos sentiremos mejor.

Se oyeron pisadas. Los resuellos empezaron a remitir, lo cual era bueno, pero los coyotes comenzaron a aullar otra vez, y eso era malo. Brad miró por encima de su hombro y vio destellos de luz plateada en movimiento entre la confusa oscuridad de los sembrados. Unos ojos.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Cynthia.

—Aún no lo hemos visto todo —dijo Audrey.

Eso es lo que me da miedo, pensó Brad. Se volvió y agarró a Jim Reed por los hombros. Olió una ligera fragancia a champú y a loción para después del afeitado. Probablemente el chico pensaba en las chicas mientras se la echaba. Johnny miró nerviosamente a sus espaldas (a los destellos de luz en movimiento, supuso Brad) y después bajó el cuerpo de Jim hasta que uno de sus brazos rodeó la cintura del cadáver y la otra lo sostuvo por las nalgas. Audrey y Cynthia cogieron sus piernas.

—¿Preparados? —preguntó Johnny.

Todos asintieron.

—A la de tres, entonces. Una... dos... tres.

Alzaron el cuerpo como si fueran un equipo de remo con la barca a cuestas. Por un horrible instante, Brad pensó que su espalda, que había soportado una barriga vergonzosamente grande durante los últimos diez años, iba a agarrotársele, pero lograron subir enseguida el cuerpo de Jim hasta el borde de la valla. Los brazos del muerto colgaban uno a cada lado, con la postura de un acróbata de circo que invita al aplauso en el momento culminante de una fabulosa pируeta. Sus palmas abiertas reflejaban toda la luz de la luna.

Junto a Brad, Johnny parecía al borde de un paro cardíaco. La cabeza de Jim rodó hacia atrás flácidamente. Una gota de sangre medio coagulada cayó sobre la mejilla de Brad. Por alguna descabellada razón le recordó a la jalea de menta, y su estómago se encogió como una mano en un guante demasiado estrecho.

—¡Ayúdennos! —jadeó Cynthia—. Por el amor de Dios, que alguien...

Por el borde de las estacas romas de la valla aparecieron dos manos y se detuvieron un instante; después se separaron en dedos que aferraron la camisa de Jim y el cinturón de sus pantalones cortos. En el momento en que Brad decidía que no podría sostener el cadáver ni un segundo más (hasta ahora nunca había entendido realmente el concepto de «peso muerto»), alguien tiró de él. Se oyó un golpetazo considerable y, a cierta distancia (el jardín trasero de los Carver, supuso Brad), Susi Geller dejó escapar otro breve grito.

Johnny le miró, y Brad hubiera jurado que el hombre sonreía.

—Suela como si lo hubieran dejado caer —dijo Johnny en voz baja. Se enjugó el sudor de la cara con una manga y luego bajó el brazo. La sonrisa, si es que alguna vez estuvo allí, había desaparecido.

—Mierda —dijo Brad.

—Sí. Mierda con patatas.

—¡Eh, Doc! —llamó Cynthia en voz baja—. Cójalo. No se preocupe, el seguro está puesto. —Levantó el rifle por el cañón, poniéndose de puntillas para hacerlo pasar por encima de la valla.

—Ya lo tengo —dijo Billingsley. Después, en voz más baja—: Esa mujer y su estúpida hija han entrado finalmente en la casa.

Cynthia trepó la valla y se dejó caer sin dificultad al otro lado. Audrey necesitó un empujón y una mano en su cadera para equilibrarse, pero también consiguió pasar. Steve fue el siguiente, utilizando como trampolín las manos de Brad y Johnny entrelazadas y sentándose un momento sobre la valla, esperando a que el dolor de sus agarrotados hombros remitiera un poco. Cuando lo hizo, pasó las piernas al lado de la casa de los Carver y se dio impulso, saltando más que dejándose caer.

—No puedo subir ahí —dijo Johnny—. Imposible. Si hubiera una escalera en el garaje...

—¡Juuu! ¡Juuu!

Sonó casi directamente detrás de ellos. Los hombres se echaron uno en brazos del otro con la espontaneidad de dos niños. Brad volvió la cabeza y vio unas siluetas que se aproximaban, cada una de ellas visible detrás de un par de aquellos destellos de luna semicirculares.

—¡Cynthia! —gritó Johnny—. ¡Dispare el arma!

La respuesta que recibió sonaba insegura y asustada.

—¿Quiere decir que vuela a saltar la...?

—No, no. Dispare al cielo.

Ella apretó el gatillo dos veces y las detonaciones retumbaron en el seco aire. El acre olor de la pólvora se filtró a través de las estacas de la valla. Las siluetas que se acercaban hacia ellos se detuvieron. No retrocedieron, pero al menos se detuvieron.

—¿Te has cagado, John? —preguntó quedamente Brad.

Johnny miraba hacia atrás, a las siluetas sumidas en sombras. En su boca había una extraña sonrisa temblorosa.

—No —dijo—. Voy por el segundo pedo. Yo... ¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —exclamó Brad. Se había puesto a gatas al pie de la valla—. Deprisa, tío.

Johnny puso un pie sobre su espalda.

—Jesús —dijo—. Me siento como el presidente de Sudáfrica.

Al principio, Brad no lo entendió. Cuando lo hizo, empezó a reír con suavidad. La espalda le dolía como el demonio: Johnny Marinville parecía pesar al menos doscientos kilos, y sus tacones parecían estar abollando la maltrecha columna vertebral de Brad. Pero siguió riendo, sin poder evitarlo. Allí tenía a un intelectual norteamericano blanco educado en uno de los mejores colegios privados utilizando a

un negro como escabel. Si aquello no era la idea del infierno de un liberal, Brad jamás había oído ninguna. Pensó en gemir y gritar: «¡Aprisa, amo! ¡Está matando a este pobre negro!», y sus risitas se transformaron en sonoras carcajadas. Le aterrorizaba la idea de perder una parte de su tierno culo, ahora muy expuesto, por culpa de uno de aquellos malparidos de los bosques, pero reía de todos modos. Le cantaré los coros de Old Black Joe, pensó y aulló él también como un coyote. De sus ojos brotaron lágrimas y golpeó el suelo con los puños.

—Brad, ¿qué te pasa? —susurró Johnny desde las alturas.

—No te preocupes —dijo sin dejar de reír—. Pero bájate de mi espalda, coño. ¿Qué llevas en los zapatos? ¿Clavos?

Afortunadamente, pronto se liberó del peso de Johnny. Se oyeron unos roncos sonidos mientras el escritor se esforzaba por pasar la pierna por encima de la valla. Brad se puso en pie, superó otro momento de pánico cuando su espalda pareció a punto de agarrotarse y colocó un carnoso hombro bajo el culo de Johnny. Instantes después oyó otro gruñido debido al esfuerzo y un grito ahogado cuando Johnny descendió al otro lado.

Con lo cual se quedó completamente solo y sin escabel.

Brad miró hacia el borde de la valla y le pareció que mediría unos veinte metros de altura. Se volvió y vio que las siluetas avanzaban otra vez, formando un semicírculo cada vez más estrecho a su alrededor.

Cogió dos de las estacas y en ese momento oyó un ladrido a su espalda. La hojarasca crepitó. Volvió a mirar por encima de su hombro y vio un animal más parecido a un jabalí que a un coyote... algo que parecía el dibujo mal hecho de un niño, un simple garabato apresurado que de algún modo había cobrado vida. Sus patas eran de distintos tamaños y acababan en muñones romos, nada parecidos a zarpas o dedos. La cola parecía brotar del centro de la espalda. Los ojos eran círculos plateados y el hocico un morro de cerdo. Sólo sus dientes parecían reales y unos enormes colmillos se asomaban a ambos lados de la boca de la bestia.

Brad sintió una descarga de adrenalina como si le hubieran inyectado el contenido de una de las jeringas de caballo del viejo Doc. Se olvidó por completo de su espalda y saltó hacia arriba, recogiendo las rodillas entre el pecho y la valla, en el preciso momento en que la bestia embestía. Chocó justo debajo de sus pies, con la fuerza suficiente para sacudir toda la valla. Luego, Johnny cogió una de sus muñecas, Dave Reed la otra y Brad se izó hasta la parte superior de la valla, dejando atrás una generosa cantidad de piel. Intentó pasar la pierna por encima de la valla, pero se golpeó el tobillo contra una de las estacas romas. Después cayó, desgarrándose un lado de la camisa en su infructuoso esfuerzo por agarrarse de la valla con la mano derecha. Se soltó justo a tiempo para evitar romperse el brazo, pero cuando aterrizó (en parte sobre Johnny, pero principalmente sobre su admirablemente acolchada

esposa), notó un hilillo de sangre en la axila.

—¿Y si te quitaras de encima, cariño? —preguntó la mismísima dama admirablemente acolchada con voz entrecortada—. Es decir, si no tienes inconveniente.

Brad se arrastró hacia un lado, se desplomó y rodó de espaldas. Miró hacia arriba, a unas llameantes y extrañas estrellas que se encendían y apagaban como los farolillos que ponían cada año en las principales calles de la ciudad el día siguiente al de Acción de Gracias. Si lo que estaba mirando eran verdaderas estrellas, él era el rey de Prusia... Pero estaban allí arriba igualmente. Sí, justo sobre su cabeza. ¿Cómo no iba a ser mala su situación, si el mismísimo cielo formaba parte de la conspiración?

Brad cerró los ojos para no verlas más. Con su imaginación, ese ojo mental que se abría cuando los otros dos se cerraban, vio a Cary Ripton lanzándole su ejemplar del *Shopper*. Vio su propia mano, la que no sostenía la manguera, subir y atajarlo.

«Bravo, señor Josephson», gritó Cary, sinceramente admirado. La voz llegaba desde muy lejos, como un eco resonando en un desfiladero. Más cerca, al otro lado de la valla, oyó aullidos en el bosque (que ahora era un desierto). Una serie de golpetazos siguieron a los aullidos cuando los coyotes se arrojaban contra la valla.

Cristo.

—Brad —dijo Johnny en voz baja, inclinándose sobre él, a juzgar por el sonido.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Como una rosa. —Seguía sin abrir los ojos.

—Brad.

—¡Qué!

—He tenido una idea para una película.

—¿Ah sí? Qué bien.

—Es la mejor idea que he tenido desde que se me ocurrió el nombre de un coche, el Chrysler Cervix. Y aparecerás tú.

—Estás como una cabra, John —dijo con los ojos aún cerrados (se sentía mejor así)—. Pero te seguiré el juego. ¿Cómo se llamará esa película en la que apareceré yo?

—*Los negros no saben saltar vallas* —dijo Johnny y empezó a reír estruendosamente. Su risa sonaba agotada y demencial—. Conseguiré que la dirija el mismísimo Mario Van Peebles. Y Larry Fishburne interpretará tu papel.

—Claro —dijo Brad, incorporándose trabajosamente—. Me encanta Larry Fishburne. Le pone mucha intensidad. Ofrécele un millón para empezar y un Chrysler Cervix como parte del acuerdo sobre los beneficios. ¿Quién podría resistirse?

—Ciento, cierto —coincidió Johnny, riendo ahora tan fuerte que apenas podía hablar. Sólo que por su rostro corrían lágrimas, y Brad no creyó que fueran de alegría.

No hacía ni diez minutos que Cammie Reed había estado a punto de volarle la cabeza, y Brad dudaba que Johnny lo hubiera olvidado. De hecho, Brad dudaba de que Johnny olvidase gran cosa. Era un talento que habría cambiado gustoso, si hubiera tenido ocasión.

Brad se puso en pie, cogió la mano de Bel y la ayudó a incorporarse. Se oyeron nuevos golpetazos en la valla, nuevos aullidos y después ruido de dentelladas, como si los seres hambrientos del otro lado intentaran abrirse paso a mordiscos a través de las estacas.

—¿Qué te parece? —preguntó Johnny, dejando que Brad le ayudara también a él a incorporarse. Trastabilló, recuperó el equilibrio y se secó las lágrimas de los ojos.

—Francamente, creo he saltado muy bien —dijo Brad. Pasó un brazo alrededor de su mujer y después miró a Johnny—. Vamos, blanco. Has llegado al éxito trepando por encima de tu primer negro. Tienes que estar agotado. Entremos en la casa.

2

La criatura que cruzó a saltos vacilantes la valla situada al fondo del jardín trasero de Tom Billingsley era la versión infantil del monstruo de Gila que Jeb Murdock hace estallar sobre una roca durante su concurso de tiro con Candy, en la mitad de *Los vigilantes*. Sin embargo, su cabeza era la de un fugitivo de *Parque Jurásico*.

Subió a brincos los escalones traseros, serpenteó hasta la puerta de rejilla y la empujó con el morro. No ocurrió nada. La puerta se abría hacia afuera. El monstruo de Gila proyectó su cabeza de saurio hacia delante y empezó a arrancar pedazos del panel inferior de la puerta con los dientes. Sólo necesitó tres mordiscos para colarse en la cocina del viejo Doc.

Gary Soderson fue vagamente consciente de que alguien le echaba el aliento putrefacto en la cara. Intentó apartarlo de un manotazo, pero el olor se hizo más fuerte. Alzó una mano, tocó algo similar a un zapato de piel de cocodrilo (un zapato de cocodrilo muy grande) y abrió los ojos. Lo que vio inclinado sobre él, tan cerca que podía besarlo y mirándole fijamente con una curiosidad casi humana, era tan grotesco que ni siquiera pudo gritar. Los ojos del ser reptiliano eran de un vivo color naranja.

Ya está aquí, pensó Gary, mi primer ataque importante de delirium tremens. ¡Al abordaje, muchachos, Alcohólicos Anónimos a la vista!

Cerró los ojos. Intentó decirse que no olía el aliento a ciénaga ni oía los chasquidos monocordes de un rabo que se arrastraba por el linóleo de la cocina. Cogió la fría mano de su esposa muerta.

—Ahí no hay nada. Ahí no hay nada. Ahí no hay... —dijo.

Antes de que pudiera repetirlo por tercera vez (y todo el mundo sabe que a la tercera va la vencida), el monstruo le clavó los dientes en la garganta y se la desgarró.

3

Johnny vio unos pequeños pies a través de la puerta de la despensa abierta y asomó la cabeza al interior. Ellie y Ralphie estaban tumbados en lo que parecía una colchoneta, abrazados. Se habían quedado dormidos, sin importarles los disparos que habían sonado en el exterior, pero ni siquiera en sueños habían escapado por completo a lo que ocurría; sus rostros estaban blancos y en tensión, su respiración tenía un sonido acuoso que le hizo pensar en sollozos ahogados, y los pies de Ralphie se agitaban convulsivamente, como si soñara que corría.

Johnny supuso que Ellen debió encontrar la colchoneta y la llevó a la despensa para que ella y su hermano pequeño se tumbaran. Sin duda, Kim Geller no lo había hecho. Kim y su hija habían vuelto a su sitio junto a la pared, sólo que ahora se sentaban en las sillas de la cocina y no en el suelo.

—¿Jim está realmente muerto? —preguntó Susi, mirando a Johnny con los ojos húmedos cuando entró detrás de Brad y Belinda—. No puedo creerlo. Estábamos jugando con el disco de playa, como de costumbre, y esta noche íbamos a ir al cine.

Johnny perdió la paciencia por completo con ella.

—¿Por qué no sales al porche trasero y echas una ojeada tú misma?

—¿Por qué se comporta como un cerdo? —preguntó Kim, enfadada—. Mi hija nunca ha pasado por un trauma tan grave como éste. Ha sufrido un profundo shock.

—No es la única —dijo Johnny—. Y ya que lo menciona...

—Déjelo correr, hombre, lo último que necesitamos es una pelea —dijo Steve Ames.

Sin duda era cierto, pero a Johnny ya no le importaba. Apuntó con un dedo a Kim, quien le devolvió la mirada con ojos encendidos y rencorosos.

—Y ya que lo menciona, la próxima vez que llame negra puta a Belinda Josephson le haré tragarse los dientes de un puñetazo.

—Ah, vaya. No crea que me asusta —dijo Kim, y puso los ojos en blanco con una expresión teatral.

—Basta, John —dijo Belinda, y le cogió del brazo—. Déjalo ya. Tenemos cosas más importantes que...

—Puta negra y gorda —dijo Kim Geller. No miraba a Belinda cuando lo dijo, sino a Johnny. Sus ojos seguían llameando, pero ahora sonreía. Él pensó que era la

sonrisa más venenosa que había visto en toda su vida—. Puta asquerosa, gorda y negra.

Dicho esto, se señaló la boca y los dientes con un dedo, desafiándolo. Su hija la miraba con expresión aturdida.

—¿De acuerdo? ¿Lo ha oído? Pues venga. Hágame tragar los dientes de un puñetazo. Enséñeme cómo lo hace.

Johnny dio un paso al frente con intención de hacer precisamente aquello. Brad le cogió un brazo y Steve el otro.

—Salga de aquí, imbécil —dijo el viejo Doc. Su voz era dura y seca. De algún modo consiguió llegar hasta Kim, que le miró entre sorprendida y reflexiva—. Salga de aquí ahora mismo.

Kim se levantó de la silla, tirando de Susi para que la siguiera. Durante un momento pareció que iban a entrar en la sala, pero Susi retrocedió en el último momento. Kim extendió el brazo para impedírselo, pero Susi continuó retrocediendo.

—¿Qué haces? —preguntó Kim—. Vamos a entrar en la sala. Tenemos que alejarnos de estos...

—Yo no —dijo Susi sacudiendo la cabeza—. Tú, puede. Pero yo no. Ni hablar.

Kim la miró fijamente y después se volvió hacia Johnny con la cara desfigurada por el odio.

—Fuera de aquí, Kim —dijo Johnny. Aún podía verse estrellándole un puño en la boca, pero la locura iba pasando y su voz era casi firme—. Estás fuera de ti.

—¿Susi? Ven aquí. Nos alejaremos de esta gente tan odiosa.

Susi dio la espalda a su madre, temblando de pies a cabeza. Johnny se dijo que eso no cambiaba su opinión acerca de la chica, frívola y superficial... pero al menos parecía estar un par de peldaños por encima de su madre en la cadena alimentaria.

Lentamente, como un robot oxidado, Dave Reed levantó los brazos y la rodeó con ellos. Cammie pareció a punto de protestar, pero enseguida se serenó.

—De acuerdo —dijo Kim. Su voz volvía a ser firme y contenida, la voz de alguien que habla en sueños—. Si me necesitan, estaré en la sala. —Sus ojos se posaron sobre Johnny, a quien parecía haber identificado como el origen de todas sus desgracias—. Y usted...

—Basta —dijo Audrey con brusquedad. Todos la miraron sorprendidos, excepto Kim, que se perdió en la oscuridad de la sala—. No tenemos tiempo para estas tonterías. Tenemos una pequeñísima posibilidad de salir de aquí, pero si os dedicáis a reñir como unos idiotas, lo único que conseguiremos será morir.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Steve.

—Audrey Wyler.

Era alta, con piernas largas y energéticas, ciertamente sensuales debajo de los pantalones cortos azules, pero su rostro estaba pálido y demacrado. Aquel rostro le

recordó a Johnny el aspecto que presentaban los hijos de Carver durmiendo uno en brazos del otro, y de repente se descubrió intentando recordar cuándo había visto por última vez a Audrey y pasado el día con ella. No lo consiguió. Era como si ella hubiera abandonado por completo la vida informal y despreocupada de la calle.

Bebé chuleta, bebé probeta, pensó de pronto, te he visto morder la teta. Entonces recordó las furgonetas que había visto en el suelo del cuarto de los Wyler la tarde que había pasado mirando *Bonanza* con Seth. Y en cuanto lo hizo, hubo una especie de terremoto en su cabeza. Forajidos que parecían actores de cine. El comandante Pike, un alienígena bueno que se había vuelto malo. El escenario del Lejano Oeste. Aquello sobre todo.

—Le encantan los *westerns* antiguos —le había dicho Audrey aquel día. Recogió varios de sus juguetes mientras hablaba, como si estuviera nerviosa—. *Bonanza* y *El hombre del rifle* son sus favoritos, pero mira cualquier reposición de la televisión por cable. Siempre que salgan caballos, desde luego.

—Es tu sobrino, Audrey. ¿No? Es Seth quien lo hace.

—No. —Alzó una mano y se frotó los ojos—. Seth, no. Lo que hay dentro de Seth.

4

—Os contaré lo que pueda, pero no queda mucho tiempo. Los Supercarros volverán dentro de poco.

—¿Quién lo hace? —preguntó el viejo Doc—. ¿Lo sabes tú, Aud?

—Los vigilantes, unos forajidos. Y el lugar donde nos encontramos es en parte el Lejano Oeste, tal como existe en la televisión, y en parte un lugar llamado el Pasillo de la Fuerza, que sólo existe en una serie de dibujos animados del siglo XXIII. —Inspiró profundamente y se pasó las manos por el cabello—. No lo sé todo, pero...

—Cuéntanos todo lo que puedas —dijo Johnny. Audrey consultó su reloj de pulsera y puso cara de contrariedad.

—Se ha parado.

—El mío también —dijo Steve—. Imagino que el de todos.

—Creo que aún queda tiempo —dijo Audrey—. Es decir, me parece que aún es pronto para cualquier... para iniciar la evacuación. —De pronto se echó a reír, sobresaltando a Johnny y los demás, no por el tono ligeramente histérico, sino por la genuina alegría que se adivinaba debajo. Vio cómo la miraban todos e hizo un esfuerzo para recuperar la compostura—. Lo siento, es una especie de juego de palabras. No tenéis por qué entenderlo. Al menos, no de momento. Tendremos que

esperar. Si mientras tanto vuelve a traer a los vigilantes, tendremos que... resistir, supongo.

—¿Se están haciendo más fuertes? —preguntó de pronto Cammie—. Esos vigilantes ¿son cada vez más poderosos?

—Sí —respondió Audrey—. Y si el ser que está haciendo esto obtuvo la energía de las personas que murieron en los bosques, el próximo ataque será el peor que hayamos sufrido. Rezo para que no ocurra, pero creo que es lo más probable.

Miró a su alrededor, inspiró profundamente y empezó a hablar.

—Lo que hay dentro de Seth se llama Tak.

—¿Es un demonio, Aud? —preguntó el viejo Doc—. ¿Alguna clase de demonio?

—No. No tiene... religión, podría decirse. A menos que la televisión cuente. Se parece más a un tumor, creo yo. Un tumor consciente que disfruta con la crueldad y la violencia. Lleva en su interior al menos dos años. En cierta ocasión oí la historia de una mujer de Vermont que encontró una viuda negra en el fregadero. Al parecer, entró en la casa dentro de una caja vacía que su marido había traído del supermercado donde trabajaba. La caja estaba llena de plátanos importados de América del Sur. La araña había sido embalada junto con ellos. Creo que Tak llegó a la calle Poplar de una manera similar. Aunque en este caso se trata de una viuda negra con voz. Llamó a Seth cuando él y su familia cruzaban el desierto de Nevada. Percibió que alguien a quien podía utilizar pasaba cerca y le llamó.

Bajó la vista hacia sus manos, que mantenía firmemente entrelazadas sobre el regazo. Kim Geller estaba ahora en pie junto a la puerta de la sala, atraída por la historia de Audrey. Esta volvió a levantar la vista y habló para todos, pero sus ojos se detenían en Johnny una y otra vez.

—Creo que al principio estaba débil, pero no tanto como para no comprender que la familia de Seth suponía una amenaza para él. No sé cuánto sabían o sospechaban, pero recuerdo que mi última conversación telefónica con mi hermano fue muy extraña. Creo que Bill podía haberme contado muchas cosas... si Tak se lo hubiera permitido.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Steve—. ¿Controlar a la gente de ese modo?

Ella señaló con un gesto su boca tumefacta.

—Esto lo hizo mi mano —dijo Audrey—, pero yo no la dirigía.

—¡Cristo! —exclamó Cynthia. Miró nerviosamente los cuchillos que colgaban de sus guías de acero magnetizado, junto al mármol de la cocina—. Eso es malo, muy malo.

—Aunque podía ser peor —dijo Audrey—. Tak sólo puede controlar físicamente a corta distancia.

—¿Muy corta? —preguntó Cammie.

—En general, no más de cinco o seis metros. Más allá, su influencia física se

agota rápidamente. Eso es lo habitual, aunque ahora no se sabe, pues nunca se había cargado tanto de energía.

—Dejadla contar su historia —dijo Johnny. Sentía el paso del tiempo casi como algo tangible que se les escurría de entre los dedos. No sabía si Audrey le había contagiado esa sensación o si procedía de su interior, pero no le importaba. Tenían poco tiempo. Nunca había tenido una intuición tan clara en toda su vida. Les quedaba muy poco tiempo.

—Allí hay todavía un niño —dijo Audrey hablando lentamente y con énfasis—. Un niño dulce, muy especial, llamado Seth Garin. Y lo más despreciable es que Tak ha utilizado lo que el niño ama para llevar a cabo su matanza. En el caso de mi hermano y su familia fue Flecha Rastreadora, uno de los Supercarros de los MotoKops. Estaban en California, finalizando el viaje que les había llevado a través de Nevada, cuando ocurrió. No sé de dónde obtuvo Tak la energía para materializar a Flecha Rastreadora, sacándola de los pensamientos y sueños de Seth. Seth es la fuente de energía básica, pero no es suficiente. Esa cosa necesita más para arrancar de verdad.

—Es un vampiro, ¿verdad? —dijo Johnny—. Sólo que lo que extrae es energía física en lugar de sangre.

Audrey asintió con un gesto.

—Sí. Y dispone de una energía mayor cuando alguien sufre. En el caso de Bill y el resto de su familia, tal vez alguien del vecindario murió o sufrió un accidente. O bien...

—O bien había alguien a quien podía hacer daño con facilidad —dijo Steve—. Un oportuno vagabundo, por ejemplo. Algun viejo borrachín que arrastra un carrito de la compra. Fuera quien fuese, apuesto a que murió sonriendo.

Audrey le miró con expresión triste y asqueada.

—Lo sabes.

—No sé mucho, pero lo que sé encaja con lo que cuentas —le dijo Steve—. Vimos a un tipo de esas características allí. —Señaló el bosque con el pulgar—. Entragian le reconoció. Dijo que había estado en la calle dos o tres veces desde principios de verano. Entró en el radio de influencia físico de tu sobrino, ¿verdad? ¿Cómo?

—No lo sé —dijo ella sin entonación—. Seguramente yo no estaba.

—¿Dónde estaba? —preguntó Cynthia. Se le había ocurrido que la señora Wyler era una especie de anacoreta.

—No importa —replicó Audrey—. En un sitio a donde voy de vez en cuando. No lo entenderías. La cuestión es que Tak mató a mi hermano Bill y al resto de su familia y utilizó uno de los Supercarros para hacerlo.

—Quizá entonces sólo podía tocar un trombón, pero ahora tiene a toda la

orquesta, ¿no? —preguntó Johnny.

Audrey apartó la vista de los demás y se mordió los labios, que parecían secos y agrietados.

—Herb y yo le acogimos y en algunos aspectos, en muchos aspectos en realidad, nunca lo lamenté. No podíamos tener hijos y él era un niño adorable, un verdadero encanto de niño.

—Alguien habrá amado también a Hitler —dijo Cammie Reed con voz seca y áspera.

Audrey la miró sin dejar de morderse los labios y después se volvió hacia Johnny, implorando su comprensión con la mirada. Él no quería entender, no después de lo que había ocurrido, y especialmente no después de ver la terrible deformación del rostro de Jim Reed cuando la bala se enterró en su cerebro, pero pensó que en cualquier caso la comprendía un poco, le gustase o no.

—Los primeros seis meses fueron los mejores. Aunque incluso entonces sabíamos que algo iba mal, naturalmente.

—¿Le llevasteis al médico? —preguntó Johnny.

—No habría servido de nada. Tak se habría escondido. Las pruebas no habrían demostrado nada, estoy casi segura de ello. Y entonces... más tarde... cuando llegamos a casa...

Johnny estudió su boca hinchada.

—Debió castigarte —dijo.

—Sí. A mí y a... —Su voz vaciló, se quebró y prosiguió en un tono que era poco más que un susurro—. A mí y a Herb.

—Herb no se suicidó, ¿verdad? —preguntó Tom—. Le asesinó ese ser, Tak.

Ella volvió a asentir.

—Herb quería liberarnos de él. Tak lo percibió y descubrió que no podía utilizar a Herb para... para algo que quería hacer. Mantener relaciones sexuales... experimentar el sexo... conmigo. Herb no se lo permitió. Eso hizo enfadar a Tak.

—¡Dios mío! —exclamó Brad.

—Mató a Herb y se alimentó de su energía. Después de aquello, Seth sólo fue su rehén... pero no necesitaba nada más para mantenerme a raya.

—Porque le amas —dijo Johnny.

—Sí, es verdad, porque le amo. —No era desafío lo que percibió Johnny en su voz, sino una extraña y terrible vergüenza. Cynthia le pasó una servilleta de papel, pero Audrey se limitó a sostenerla en la mano como si no supiera para qué utilizarla—. Así que, en cierto sentido, supongo que mi amor es el responsable de todo lo que ha ocurrido. Es terrible, pero cierto.

Volvió sus ojos lacrimosos hacia Cammie Reed, que estaba sentada en el suelo y rodeaba con un brazo al hijo que le quedaba.

—Nunca creí que llegaría a esto. Tenéis que creerlo. Incluso después de que expulsara a los Hobart y matara a Herb, yo no tenía ni idea de sus poderes, del alcance de sus poderes.

Cammie la miró sin decir nada y su pétreas expresión tampoco reveló nada.

—Desde que Herb murió Seth y yo hemos vivido tranquilos —dijo Audrey. Johnny pensó que aquella era la primera mentira flagrante que les había contado, aunque tal vez hubiera disfrazado ligeramente la verdad un par de veces—. Seth tiene ocho años, pero su educación no es ningún problema. Le doy algunas clases en casa y entrego un formulario una vez al mes a la Junta Educativa de Ohio. En realidad, es ridículo. Seth ve sus películas y programas de televisión una y otra vez; ésa es su verdadera educación. Juega en el cajón de arena, come principalmente hamburguesas y espaguetis y se bebe toda la leche con cacao que le preparo. Casi siempre era Seth. —Miró a su alrededor con expresión suplicante—. Casi siempre era él, aunque que... en todo ese tiempo... Tak estaba dentro de él. Creciendo. Echando raíces cada vez más profundas. Invadiéndole.

—¿Y usted no tenía idea de lo que estaba ocurriendo? —preguntó Kim desde la puerta—. Mató a su marido pero lo dejó pasar, ¿verdad? Probablemente como un acci...

—No lo entiende —casi gritó Audrey—. No sabe lo que era vivir con él y con aquello en su interior. Creía que estaba con Seth, pero de repente se me ocurría un pensamiento que no disimulaba lo bastante bien, y me encontraba chocando contra un muro una y otra vez, como si fuera una marioneta y el niño que movía mis hilos quisiera destrozarme. O me daba de puñetazos en la cara, o me retorcía los... la piel...

Ahora utilizó la servilleta de papel. No para enjugarse los ojos, sino para secarse el sudor de la frente.

—Una vez me hizo caer por las escaleras —dijo—. Fue por Navidad, el año pasado. Lo único que hice fue decirle que dejará de sacudir los regalos que había debajo del árbol. Pensé que estaba hablando con Seth, ¿sabéis? Que Tak se había sumergido en las profundidades. Que estaba durmiendo. Hibernando, o lo que quiera que haga. Entonces vi que sus ojos eran demasiado oscuros, en absoluto los de Seth, pero ya era demasiado tarde. Me levanté de la silla y subí las escaleras. No puedo contaros cómo es, lo horrible que... Es como ir en un coche conducido por un maníaco. Al llegar arriba me volví y simplemente... salté del rellano, como si saltara de un trampolín a una piscina. No me rompí nada porque Tak amortiguó mi caída en el último momento. O quizás fuera Seth quien me ayudó. En cualquier caso, fue un milagro que no me rompiera un brazo o una pierna.

—O el cuello —dijo Belinda.

—Ajá, o el cuello. Lo único que intento decir es que sí, amaba a Seth, pero lo que

había dentro de él me aterrorizaba.

—Seth era la zanahoria y Tak el palo —dijo Johnny.

—Ciento. Y yo tenía un refugio adonde ir cuando las cosas se complicaban. Seth me ayudaba; sé que lo hacía. De modo que, sencillamente... pasó el tiempo. Tal vez como pasa para las personas que tienen cáncer. Sigues adelante porque no tienes otra opción. Te acostumbras a cierto nivel de dolor y miedo, y crees que se va a detener allí, que debe detenerse allí. Nunca supe que planeaba esto. Tenéis que creerlo. Casi siempre podía ocultarle mis pensamientos. Nunca se me ocurrió que Tak pudiera tener ideas, planes secretos. Esperé, y supongo que luego apareció aquel vagabundo en la casa mientras yo había ido... a visitar a mi amiga Jan... y entonces...

Se detuvo, conteniéndose y tratando de serenarse de una forma casi visible.

—Esta pesadilla en la que estamos metidos es una combinación de *Los vigilantes*, su película del Oeste favorita, y *MotoKops 2200*, su programa de dibujos animados favorito. Sobre todo le gusta un episodio en el que sale el Pasillo de la Fuerza. Lo he visto muchas veces. Seth lo tiene no sólo en una, sino en tres de las cintas de vídeo que graba. Para ser un programa de dibujos animados, es terrorífico. Muy violento. A Seth le daba mucho miedo (se meó en la cama tres noches seguidas tras verlo por primera vez), pero también le entusiasmaba. Principalmente por la forma en que los personajes habituales del programa, los buenos y los malos, colaboran para destruir a los temibles alienígenas que se ocultan en el Pasillo de la Fuerza. Estos alienígenas viven en capullos que el coronel Henry confunde al principio con generadores eléctricos. Y la parte en que revientan para salir y atacan a los MotoKops asustaría al más valiente. Sólo que creo que en esta versión del Pasillo de la Fuerza, los capullos son nuestras casas, y nosotros...

—Nosotros somos los temibles alienígenas —dijo Johnny, asintiendo con la cabeza. Todo encajaba de un modo pavorosamente perfecto—. Y supongo que lo que más atrae a ambas partes de él es la idea de la colaboración obligada. Llevémonos bien o de lo contrario... A los niños les encanta este concepto porque les ahorra el trabajo de juzgar valores morales, algo que a la mayoría no se le da muy bien, al principio.

Audrey hizo un gesto de asentimiento.

—Colaboración obligada. Sí, eso parece correcto. Como la manera en que los protagonistas de *Los vigilantes*, buenos y malos, siempre se han aliado con los MotoKops en los juegos fantásticos que organiza Seth en su cajón de arena. En esas fantasías, incluso el sheriff Streeter y Jeb Murdock se llevan bien, aunque en la película son enemigos mortales.

—¿Lo que ocurre ahora sigue siendo un juego fantástico para Seth? —preguntó Johnny—. ¿Qué opinas, Aud?

—En realidad no lo sé —respondió—, porque es difícil saber dónde termina Tak

y empieza Seth... Es difícil percibir la frontera. Quiero decir que, a cierto nivel, probablemente él no se engaña, del mismo modo que los niños no se engañan respecto a Santa Claus en cuanto llegan a los ocho o nueve años... pero detestamos renunciar a algunas de estas ficciones, ¿verdad? Hay una... —Su voz se quebró por un instante; su labio inferior tembló, pero pronto recuperó la firmeza—. Tienen un encanto especial, algo que nos ayuda a superar los momentos difíciles. Tak ha permitido a Seth proyectar sus fantasías en una pantalla más amplia. Eso es todo.

—Diablos, las está proyectando en realidad virtual —dijo Steve—. Eso es lo que estás describiendo, el novamás de los juegos de realidad virtual.

—Existe otra posibilidad —dijo Audrey— Seth tal vez no pueda ya detener a Tak, o ni siquiera frenarle. Es probable que Tak haya atado, amordazado y encerrado a Seth en un armario.

—Si Seth pudiera detener a Tak, ¿lo haría? —preguntó Johnny—. ¿Qué crees? ¿Qué sientes?

—Siento que lo haría —dijo Audrey de inmediato—. Siento que en algún lugar de su interior está aterrorizado. Como Mickey Mouse en *Fantasía*, cuando las escobas escapan a su control.

—Supongamos que tienes razón. Digamos que ahora Tak dirige solo lo que nos está ocurriendo. ¿Por qué lo dirige? ¿Qué obtiene con eso? ¿Cuál es la recompensa para él?

—Para «eso» —respondió ella, torciendo la boca hacia abajo en lo que a Johnny le pareció una mueca absolutamente inconsciente de disgusto—. «Eso», no «él».

—De acuerdo, para eso. Para Seth, la calle Poplar es el Pasillo de la Fuerza, las casas son capullos y nosotros somos los malvados alienígenas que vivimos en su interior. Es *Duelo bajo el sol* en versión interestelar. Pero ¿qué saca Tak de eso?

—Algo que es exclusivamente suyo —dijo Audrey, y Johnny recordó de pronto las letras de una antigua canción de los Beatles: «¿Qué ves cuando apagas la luz? No sabría decírtelo, pero sé que es sólo mío»—. Las fantasías estaban siempre hechas a la medida de Seth. Creo que son la forma que tiene Tak de conectar con los poderes de Seth, que complementan los suyos. Tak... Creo que a Tak simplemente le gusta lo que nos está ocurriendo.

Un profundo silencio se instauró en la habitación.

—Le gusta —dijo Belinda finalmente, en voz baja y contenida—. ¿Qué quieres decir con que le gusta?

—Cuando sufrimos. Desprendemos algo cuando sufrimos, algo que ese... ser lame como si fuera un helado. Y cuando morimos, es aún mejor. Entonces ni siquiera tiene que lamer. Puede tragárselo entero de un bocado.

—Entonces somos su cena —dijo Cynthia—. Es lo que está sugiriendo, ¿verdad? Para Seth somos un videojuego y para ese Tak... somos la cena.

—Somos más que eso —dijo Audrey—. Piense en lo que significa la comida para nosotros: es nuestra fuente de energía. Tak está haciendo algo, eso fue lo que me contó Seth. Haciendo, fabricando algo. No creo que el desierto donde Seth lo recogió fuera su hogar. Creo que era su cárcel. Lo que en definitiva puede estar intentando recrear aquí es su hogar.

—A juzgar por lo que hemos visto hasta ahora, yo no querría ni acercarme a su vecindario, y mucho menos vivir allí —dijo Steve—. De hecho...

—Suficiente —dijo Cammie. Su voz sonó dura e impaciente—. ¿Cómo mataremos al chico? Has dicho que tal vez exista un modo.

Audrey la miró, escandalizada.

—No van a matar a Seth —dijo—. Nadie matará a Seth. Pueden quitarse esa idea de la cabeza. Sólo es un niño inofensivo...

Cammie se abalanzó sobre ella y la cogió por los hombros. Lo hizo antes de que Johnny pudiera siquiera pensar en moverse. Los pulgares de la mujer se hundieron sobre el nacimiento de los senos de Audrey.

—¡Dígale eso a Jimmy! —gritó ante el rostro aturdido de Audrey—. Está muerto, mi hijo ha muerto, así que no me venga con historias de que su sobrino es inofensivo. No se atreva. Esa cosa está en él como una solitaria en la barriga de un caballo. Dentro de él. Y si no sale...

—Pero saldrá —dijo Audrey. Empezaba a recuperar el control de sí misma y su voz era cada vez más serena—. Lo hará.

Cammie relajó lentamente su presa, pero su expresión era de desconfianza.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—He oído un zumbido, como de motores eléctricos —dijo Kim antes de que Audrey pudiera responder. Después alzó la voz temblorosa—: Oh, Dios mío, ya vuelven.

Ahora Johnny también pudo oírlo. Era el mismo zumbido eléctrico que había oído antes, sólo que ahora sonaba más fuerte, más enérgico y amenazador. Dirigió la vista hacia la puerta del sótano y decidió que probablemente era demasiado tarde para intentar bajar, especialmente con dos niños durmiendo en la despensa.

—Al suelo —dijo—. Todos al suelo. —Vio que Cynthia cogía a Steve de la mano y señaló hacia la puerta abierta de la despensa con un dedo que temblaba ostensiblemente. Steve asintió con la cabeza y entraron para cubrir los cuerpos de los niños con los suyos.

El volumen del zumbido aumentó.

—Rezad —dijo Belinda de pronto—. Todo el mundo a rezar.

Johnny estaba demasiado aterrorizado para rezar.

Del diario de Audrey Wyler:

7 de febrero de 1996

He notado algo interesante que puede ser una forma clave de decidir cuál de ellos está al mando, en un momento dado, del cuerpo que comparten. A ambos les importa mucho la muñeca articulada Cassandra Styles, pero las atenciones de Tak son casi por completo sexuales. Acaricia sus pechos de plástico y le frota las piernas. Hace dos días lo vi sentado en las escaleras, lamiendo la entrepierna de los pantalones cortos azules de la muñeca y luciendo una erección (difícil de pasar por alto, cuando lo único que lleva casi todos los días son calzoncillos). Y, por supuesto, no me ha pasado por alto el hecho de que quiere que ya me ponga ropa como las de Cassie y me haya obligado a teñirme el pelo de rojo como Cassie Styles (un tinte horrible, además).

Por otra parte, Seth... Cuando es Seth, a veces se limita a abrazar la muñeca de Cassie o acaricia sus tiernos cabellos rojos, o le besa en la mejilla. Finge que es su madre. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Ahora debo dejar de escribir. Vuelvo a llorar.

XII

Calle principal de Desesperación/Tiempo de los vigilantes

Como la última vez, las furgonetas parecen fantasmas, sólo que esta vez no surgen de entre la niebla sino de una nube de polvo del desierto que reluce como el lamé bajo el resplandor de la luna.

Primero sale la Carroza de los Sueños de Cassie; Candy está al volante con su sombrero de la caballería, y la propia Cassie está sentada a su lado. Sobre la capota, el plato de radar en forma de corazón gira velozmente. Como el rótulo luminoso sobre la puerta de una casa de putas, podría haber dicho Johnny Marinville si lo hubiera visto, pero no lo ve. Está tendido en el suelo de la cocina de los Carver junto al viejo Doc, con las manos entrelazadas sobre la nuca y los ojos cerrados con todas sus fuerzas; su rostro tiene la expresión de un hombre que espera el Juicio Final... y muy pronto.

La Carroza de los Sueños no tuerce hacia la polvorienta calle principal de Desesperación desde Hyacinth. La calle Hyacinth ha desaparecido. Donde estaba antes ahora no hay nada más que un desierto de roca desnuda, rasgos distintivos... y sobre sus cabezas, el cielo ha quedado prácticamente despojado de estrellas. Es como si cuando los ojos del Creador se volvieron hacia el sur, hacia los yermos que se extienden más allá de este diminuto racimo de edificios, hubiera perdido toda su inspiración divina.

Las cortas alas de la Carroza de los Sueños están desplegadas, y sus ruedas parcialmente recogidas; surca el aire a unos sesenta centímetros por encima de las rodaderas de la calle. Su motor palpita. Al pasar frente a la taberna Lady Day, su portilla se abre como una pupila al dilatarse. Por ella asoma Laura DeMott, de *Los vigilantes*. Pero sus delicadas y blancas manos no empuñan la pistola Derringer, sino una escopeta. Sólo es una escopeta de dos cañones, pero cuando la dispara, el estampido es tan violento como la explosión que provoca un lanzamisiles. Tras la detonación llega un breve gemido agudo y después la parte delantera de la cantina explota. Las puertas batientes salen volando, durante unos instantes aletean salvajemente como si fueran alas. Una instantánea fluctuación recorre lo que queda de la fachada de la cantina, casi como oleada de calor, y durante ese instante, cualquiera que hubiera estado observando habría visto el E-Z Stop detrás del Lady Day en llamas, como un edificio fantasma o una foto superpuesta. El colmado también está medio derruido e incendiado.

Detrás de la Carroza de los Sueños llega Flecha Rastreadora, seguida por Libertad. Libertad baja su parabrisas deslizante. El comandante Pike, un canopaliano bueno que se ha vuelto malo, está al volante, pero el uniforme de la Confederación y

el sombrero de la caballería norteamericana han desaparecido (Candy lleva ahora el sombrero puesto; los vigilantes siempre intercambian accesorios y prendas de su uniforme entre sí, es parte de la diversión). El comandante viste de nuevo su uniforme tornasolado de MotoKop, y ahora que no lleva sombrero, su rubia cresta de mohicano le favorece. Sentado a su lado, en la cabina de navegación, está el tipo que Johnny vio anteriormente y que parece un cazador de osos grises: el sargento Mathis, principal ayudante de Jeb Murdock después de la derrota y captura del capitán Candell.

La casa de Collie Entragian ha sido sustituida por la sombrerería de señoritas Dos Hermanas. El sargento se asoma, apunta a los escaparates de la tienda con su escopeta y aprieta los dos gatillos. Se oye otro demoledor estallido doble y de nuevo el largo gemido estridente, como el de una bomba cayendo directa y precisamente por el foso de la gravedad en dirección a su blanco.

—¡Paren! —grita Susi—. ¡Por favor, que alguien pare esto!

La parte superior de la tienda de modas parece elevarse del suelo entre una tormenta de tablas, tejas, cristales y clavos. De nuevo se produce aquella fluctuación, casi tan rápida como el aleteo de un colibrí, y su luz permite ver fugazmente la casa de Entragian, incluso la bicicleta de Cary Ripton y el cuerpo cubierto con un plástico, reverberando como los espejismos en que ahora se han convertido. Después, la casa desaparece y queda el Dos Hermanas (donde en *Los vigilantes* aparece por primera vez Laura DeMott, una chica de la cantina con un corazón de oro, comprando tela para hacerse un vestido con el que ir a la iglesia), otra vez sin la mitad del tejado y con las ventanas rotas.

Desde los páramos (artemisa y enormes rocas diseminadas, tan redondas como sólo pueden ser en los dibujos animados), al norte de la calle Álamo, donde ahora no está la calle Oso, aparece el Supercarro plateado de Rooty-Toot. Rooty está al volante y sus ojos lanzan destellos intermitentes como si fueran semáforos. El pequeño Joe Cartwright ocupa el asiento contiguo, con una sonrisa en la cara (como diciendo ahí-me-las-den-todas) y una escopeta cromada llena de adminículos futuristas en las manos. Justo detrás de Rooty-Toot llega el Carro de la Justicia, y detrás de él aparece una pesadilla eléctrica zumbando. A la fría luz de la luna, el Carro de la Muerte parece envuelto en seda. Sinrostro está en la cabina de mando. La condesa Lili va en la cabina del copiloto, y sus oscuros y sensuales ojos relucen en una cenicienta cara de vampira. Jeb Murdock está por encima de ellos, en la Torreta de la Muerte, el principal puesto de combate.

Porque él es el más malvado.

Y así empieza el asalto final de los Supercarros, con tres furgonetas torciendo hacia el Pasillo de la Fuerza desde el norte y tres más desde el sur. El aire se estremece con el voraz estampido amplificado de las escopetas; los proyectiles

que brotan del cañón de esas armas pasan silbando como una bandada de arpías. El Hotel de los Ganaderos (antes casa de los Soderson) se desploma sobre sus cimientos; primero cede el lado izquierdo y después se desmorona, escupiendo en todas direcciones tablas resecas y tejas de madera. La casa situada más al norte, una construcción de adobe que Brad Josephson jamás reconocería como su dúplex tan primorosamente cuidado, parece explotar en todas direcciones a la vez, arrojando pedazos irregulares de madera y losas de barro seco por los aires.

Al otro lado de la calle, la falsa fachada de la tienda de Worrell (en un tiempo la casa de Tom Billingsley; los cadáveres de los Soderson yacen tendidos en un pasillo formado por grandes bolsas en las que, con temblorosa caligrafía infantil, se lee la palabra «trigo») se desintegra bajo una ráfaga de disparos de escopeta procedentes del Carro de la Justicia: los disparos retumban como si fueran obuses de mortero.

Conduce el coronel Henry; asomando por la aspillera y ocupándose de los disparos está Chuck Connors, conocido también como el Hombre del Rifle. Su hijo está a su derecha, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Buen disparo, pa! —exclama cuando las humeantes tablas de la falsa fachada incendian la basura y el polvo acumulados durante una década que se ocultaban detrás de ella. Pronto, todo el edificio arderá en llamas.

—Gracias, hijo —dice Lucas McCain, y dirige su Winchester lanzamisiles hacia la lavandería china de Lushan. La lavandería, en otro tiempo hogar de Peter y Mary Jackson, ya ha sido bien vapuleada por Rooty-Toot, pero eso no desanima al Hombre del Rifle. Su hijo se une a él con una pistola. Es pequeña, pero cada tiro suena como la explosión de un bazuca.

Al final del ataque, una nube de humo de pólvora se cierne sobre la calle principal. Varias casas de la acera oeste de la calle (la cantina de adobe donde vivían antes los Geller, la cabaña de troncos donde los Reed colgaban sus variados sombreros, la choza de cañas y adobe que Brad y Belinda llamaron en un tiempo «hogar») han quedado destruidas casi por completo. El Dos Hermanas sigue en pie, al igual que el Hotel de los Ganaderos, pero la tienda pronto hará compañía a la casa de los Hobart, en forma de ceniza volando al viento.

Sólo una casa de la acera este de la calle se conserva como antes de la llegada de los vigilantes: la casa de los Carver. Hay agujeros de bala en las paredes y las ventanas están rotas por el asalto anterior, pero esta vez no han sufrido el menor daño.

La Carroza de los Sueños, Flecha Rastreadora y Libertad han llegado al extremo norte de lo que fue una manzana de la calle Poplar. El Rooty-Toot, el Carro de la Justicia y el Carro de la Muerte han llegado al extremo sur. El tiroteo se acalla y poco después cesa por completo. Los ocupantes de la casa de los Carver oyen el crepitar del fuego al otro lado de la valla (la tienda que siguen considerando como la vivienda

del viejo Doc), pero por lo demás hay un profundo silencio que resulta como un bálsamo para sus martirizados oídos. Los supervivientes lo aprovechan para levantar la cabeza.

—¿Creen que todo ha terminado? —pregunta Steve con el tono de voz de alguien que no quiere pronunciarse diciendo que no ha sido tan malo como creía... pero lo piensa.

—Deberíamos... —empieza a decir Johnny.

—¡Vuelvo a oírlo! —grita Kim Geller desde la sala. Su voz temblorosa tiene un dejo histérico, pero los demás carecen de motivos para no creerle: después de todo, ella es quien está más cerca de la calle—. ¡Ese horrible zumbido! ¡Haced que pare! —Se precipita por la puerta de la cocina con los ojos fuera de sus órbitas y expresión enloquecida—. ¡Haced que pare!

—¡Agáchate, mamá! —le grita Susi, pero ella no se mueve del lado de Dave Reed, que está tumbado rodeándola con un brazo y la mano (la que su tétrica madre no puede ver desde donde se encuentra) apoyada en su pecho. A Susi no le molesta esa mano. De hecho, le molestaría que la retirara. Su terror y su preocupación casi maternal por el gemelo superviviente se han combinado para ponerla realmente cachonda por primera vez en su vida. Lo único que quiere en ese momento es estar con David en un lugar donde puedan bajarse los pantalones sin que nadie se dé cuenta.

Kim hace caso omiso de su hija. Se vuelve hacia Audrey, la coge por el pelo y la obliga a echar la cabeza hacia atrás.

—¡Haga que pare! —le grita a Audrey en plena cara—. ¡Es su sobrino! ¡Usted lo ha traído! ¡Oblíguelo a detenerse!

Belinda Josephson actúa con rapidez; se levanta de donde estaba tumbada, cruza la habitación y le retuerce el brazo libre a Kim Geller por detrás de la espalda, casi antes de que Brad pueda pestañear.

—¡Au! —grita Kim, soltando el pelo de Audrey—. ¡Ah! ¡Déjeme! ¡Déjeme, puta negra...!

Belinda ha aguantado toda la mierda racista que estaba dispuesta a soportar por un día. Retuerce aún más el brazo de Kim, sin dejarla terminar. La madre de Susi, que colabora con las chicas exploradoras y nunca deja que la señora de la Asociación de Lucha contra el Cáncer se vaya con las manos vacías, aúlla como el silbato de una fábrica a la hora de cerrar. Belinda se vuelve hacia ella, le da un empujón con la cadera y la envía volando de nuevo a la sala. Kim se estrella contra una pared. Las últimas estatuillas de porcelana caen al suelo a su alrededor.

—Ya está —dice Belinda con voz expeditiva—. Se lo tiene merecido. No tengo por qué aguantar esa clase de...

—No importa —dice Johnny. El zumbido es ahora más fuerte, más que en ningún

otro momento: un latido firme y cíclico, como el sonido de un enorme transformador eléctrico—. Agáchate, Bel. Ahora mismo. Todos. ¿Steve, Cynthia? Cubran a esos niños. —Entonces mira, casi pidiendo disculpas, a la tía de Seth Garin—. ¿Puedes hacer que pare, Aud?

Ella niega con la cabeza.

—No es él. Ahora no. Es Tak. —Antes de bajar la cabeza, nota que Cammie Reed la está mirando, y hay algo en aquella seca mirada que la aterroriza más que todos los gritos y tirones de pelo de Kim Geller. Es una mirada peligrosa. No es histeria, sólo instinto asesino, puro y llano.

Pero ¿a quién asesinaría Cammie? ¿A ella? ¿A Seth? ¿A ambos? Audrey no lo sabe. Lo único que sabe es que no puede contar a los demás lo que hizo antes de marcharse, aquello tan simple que podría resolver tantas cosas si... Si la ventana del tiempo que está esperando se abre; si ella hace lo correcto cuando eso ocurra. No puede decirles que hay esperanza porque si Tak es capaz de captar sus pensamientos, no habrá esperanza para ellos.

El zumbido aumenta de volumen. En la calle principal, los Supercarros vuelven a ponerse en marcha. La Carroza de los Sueños, Flecha Rastreadora y Libertad se acercan a la casa de los Carver y llegan los primeros. Aparcan en fila, Flecha Rastreadora con Cazaserpientes al volante, en el centro, cerrando el sendero donde yace muerto el propietario de la finca (que ahora tiene un aspecto mucho peor que antes). Los otros tres Supercarros, Rooty-Toot, el Carro de la Justicia y el Carro de la Muerte, llegan desde el extremo sur de la calle y prolongan la fila de vehículos.

La casa de los Carver (irónicamente un edificio estilo rancho) está ahora completamente rodeada por Supercarros. Desde la cabina del artillero de la Carroza de los Sueños, Laura DeMott apunta su escopeta al ventanal destrozado; desde la cabina del artillero de Flecha Rastreadora, Hoss Cartwright y un Clint Eastwood muy joven (de hecho, en esta encarnación es Rowdy Yates, de *Cuero crudo*) también tienen la casa cubierta. Jeb Murdock se pone en pie en la Torreta de la Muerte empuñando dos escopetas, ambas con el cañón aserrado veinte centímetros por delante de los percutores amartillados, con las culatas apoyadas en las caderas. Sonríe abiertamente y su rostro es el de Rory Calhoun en sus mejores tiempos.

Las trampillas del techo se abren de golpe. Vaqueros y alienígenas ocupan los restantes puntos de tiro.

—¡Cielos, pa, parece una maldita cacería de pavos! —grita Mark MacCain, y después suelta una sonora carcajada.

—Root, root, root.

—¡Cállate, Rooty! —corean todos, y las carcajadas se generalizan.

Al oír aquella risa, algo del interior de Kim Geller, algo que hasta ahora sólo ha sido doblegado a costa de gran esfuerzo, explota finalmente. Se pone en pie y avanza

por la sala hacia la puerta de rejilla, al otro lado de la cual yace aún Debbie Ross. Las zapatillas de deporte de Kim rechinan sobre los fragmentos de porcelana de las valiosas estatuillas de Bombón Carver. El ruido de los motores de los vehículos aparcados delante de la casa, ese extraño latido que parece provenir de un corazón eléctrico, la está volviendo loca. Aún así, es más fácil centrarse en aquello que pensar en esa negra presuntuosa que ha estado a punto de romperle el brazo y la ha echado a la otra habitación como si fuera un saco de ropa sucia.

Los demás no se dan cuenta de que se ha ido hasta que oyen su voz, aguda y displicente.

—¡Largaos de aquí! ¡Parad ya y largaos de aquí ahora mismo! La policía ya está en camino, ¿sabéis?

Al oír su voz, Susi se olvida de lo agradable que resulta que Dave Reed le acaricie el pecho y cómo le gustaría ayudarle a olvidar la muerte de su hermano llevándole al primer piso y follándoselo hasta reventarlo.

—Mamá —jadea, y empieza a incorporarse.

Dave tira de ella para impedírselo y aferra su cintura con un brazo para asegurarse de que no vuelve a levantarse. Ya ha perdido a su hermano y considera que es suficiente por hoy.

Vamos, vamos, vamos, piensa Audrey, aunque más que un pensamiento es una oración. Ha cerrado los ojos con tanta fuerza que ve puntos rojos explotando detrás de sus párpados, y sus manos están crispadas en forma de puños, clavándose en las palmas los restos de sus uñas roídas. Vamos, id a trabajar como se supone que deberíais hacerlo. Haced vuestro trabajo, arrancad...

—Adelante —susurra, sin darse cuenta de que habla en voz alta. Johnny, que ha alzado la cabeza al oír la voz de Kim, mira ahora a Audrey—. Empezad, ¿queréis? ¡Por el amor de Dios, empezad!

—¿De qué estás hablando? —pregunta, pero ella no responde.

Fuera, Kim avanza lentamente por la acera en dirección a los Supercarros aparcados junto al bordillo. Este es el único tramo de toda la calle Poplar donde aún queda bordillo.

—Os doy una oportunidad —dice, pasando los ojos de un tipo raro al siguiente.

Algunos se han puesto ridículas máscaras espaciales, y el que está al volante del coche que parece un puesto de bocadillos ambulante lleva en realidad un disfraz de robot de cuerpo entero que le hace parecer una versión desmesurada de R2D2, de *La guerra de las galaxias*. Otros parecen refugiados de una clase de baile en fila del Lejano Oeste. Unos cuantos incluso le resultan familiares... pero no es momento de distraerse con ideas tan peregrinas.

—Os doy una oportunidad —repite, deteniéndose en el punto donde el camino particular de los Carver se une con lo que queda de la acera de la calle Poplar—.

Marchaos mientras podáis, de lo contrario...

La puerta corrediza del Libertad se abre y sale el sheriff Streeter. Su estrella reluce sobre la solapa izquierda del chaleco a la pálida luz de una luna plateada. Alza la vista hacia Jeb Murdock, un viejo enemigo, ahora aliado, que está en la Torreta de la Muerte.

—¿Y bien, Streeter? —dice Murdock—. ¿Qué opinas tú?

—Opino que deberías ocuparte de esa zorra parlanchina —dice Streeter con una sonrisa, y de las dos recortadas de Murdock brota un estampido y un fogonazo blanco. En un momento, Kim Geller está en pie al final de la calzada de los Carver. Al momento siguiente, ha desaparecido por completo. No; no por completo. Sus zapatillas de deporte siguen allí, con los pies en su interior.

Una fracción de segundo más tarde, algo que podía ser un cubo de agua oscura y cenagosa pero no lo es se estrella contra la fachada de la casa de los Carver. Después, con el sonido de los disparos simultáneos de escopeta aún retumbando en la distancia, Streeter grita:

—¡Fuego! ¡Fuego, maldita sea! ¡Borradlos del mapa!

—¡Agachaos! —vuelve a gritar Johnny, sabiendo que no servirá de nada. La casa desaparecerá como el castillo de arena de un niño al subir la marea, y ellos desaparecerán con ella.

Los vigilantes empiezan a disparar, pero los ruidos no se parecen en nada a los que Johnny oía en Vietnam. Piensa que así debían sentirse en las trincheras en Ypres, o en Dresde unos treinta años más tarde. El ruido es increíble, una ininterrumpida sucesión de ¡KA-PU! y ¡KA-BAM!, y aunque se le ocurre que va a quedarse sordo inmediatamente (o incluso morir por sobredosis de decibelios), Johnny aún puede oír los sonidos de la casa que se desmorona a su alrededor: tablas que restallan, ventanas hechas añicos, estatuillas de porcelana que revientan como los blancos de una caseta de tiro, el estampido seco de los listones al salir desperdigados... Muy débilmente pude oír también gritos humanos. El acre olor de la pólvora invade sus fosas nasales. Algo enorme pasa por la cocina sin darle tiempo a verlo, por encima de ellos, gritando, y de pronto buena parte de la pared del fondo de la cocina se abre en un abanico de cascotes hacia el patio posterior y flota sobre la superficie de la piscina.

Sí, piensa Johnny, ya está. Esto es el fin. Y tal vez sea lo mejor.

Pero entonces empieza a ocurrir algo extraño. Los disparos no se detienen, pero se vuelven más tenues, como si alguien hubiera bajado el volumen. Otro tanto ocurre con los zumbidos de las balas que pasan silbando sobre sus cabezas, y ocurre deprisa.

Menos de diez segundos (quizá cinco) despues de advertir por primera vez la disminución de volumen, los sonidos se extinguen por completo, al igual que el peculiar zumbido pulsante de los motores de los Supercarros.

Levantan la cabeza y se miran unos a otros. Desde la despensa, Cynthia ve que

ella y Steve están blancos como fantasmas. Levanta el brazo y sopla. De su piel se eleva una nubecilla de polvo.

—Harina —dice.

Steve se pasa los dedos por la larga cabellera y le tiende una mano temblorosa. En la palma hay un puñado de cosas negras y relucientes.

—La harina no es tan mala —dice—. A mí me han tocado olivas.

Ella cree que va a echarse a reír, pero antes de que pueda hacerlo, ocurre algo asombroso y completamente inesperado.

Espacio de Seth/Tiempo de Seth

De todos los pasadizos que había excavado durante el reinado de Tak —Tak el Ladrón, Tak el Cruel, Tak el Désputa— éste es el más largo. En cierto modo, ha recreado su propia versión de Serpiente Número Uno. El pozo se hunde profundamente en una tierra negra que, según supone, forma parte de su ser, y luego vuelve a ascender en dirección a la superficie, como una esperanza. En su extremo hay una puerta con planchas de hierro. No intenta abrirla, aunque no por temor a encontrarla cerrada. Todo lo contrario. Es una puerta que no debe tocar hasta que esté completamente preparado; en cuanto la cruce, no habrá posibilidades de volver nunca más.

Reza para que dé a donde él cree que da.

Por las rendijas que hay entre las plancha de hierro de la puerta entra la luz suficiente para iluminar el lugar donde él se encuentra. En las extrañas paredes carnosas hay fotografías: una es un retrato de grupo de su familia con él sentado entre su hermano y su hermana, en otra está él de pie, entre la tía Audrey y el tío Herb, sobre el césped de esta casa. Sonríen. Seth, como siempre, tiene una expresión grave, distante, como ausente. También hay una fotografía de Allen Symes, de pie junto a las tronchas de la señora Mo, la excavadora. El señor Symes lleva su casco de minero y sonríe. No existe tal fotografía, pero eso no importa. Este es el espacio de Seth, el tiempo de Seth, la mente de Seth, y él los decora como quiere. No hace mucho habría colgado fotografías de los MotoKops y los personajes de *Los vigilantes*, y no sólo aquí, sino en toda la longitud del túnel. Ya no. Han perdido su encanto para él.

Me he hecho mayor para ellos, piensa, y esa es toda la verdad. Autista o no, a pesar de sus tiernos ocho años, se ha hecho demasiado mayor para las películas del Oeste y los dibujos animados. De pronto comprende que ésta es casi sin duda la verdad básica, y que Tak nunca la comprendería: se ha hecho demasiado mayor para todo eso. Lleva la muñeca Cassie Styles en el bolsillo (cuando necesita un bolsillo, le basta con imaginarse uno; resulta práctico) porque aún la ama un poco, pero ¿por otra razón? No. Ahora la cuestión es si podrá escapar de las dulces fantasías que quizá

estuvieran siempre envenenadas.

Ha llegado el momento de averiguarlo.

Junto a la foto de Allen Symes, una pequeña repisa sobresale de la pared. Seth ha visto y ha admirado las repisas del vestíbulo de los Carver, con una estatuilla en cada una, y éste fue creado pensando en aquellos. A través de las rendijas de la puerta se filtra la luz suficiente para ver lo que hay encima de él: no es un pastor o una lechera de porcelana, sino un teléfono rojo de juguete.

Descuelga el auricular y marca el dos-cuatro-ocho en el dial giratorio. Es el número de casa de los Carver. En su oído, el teléfono de juguete llama... llama... llama. Pero ¿está sonando al otro extremo de la línea? ¿Lo oye la tía Audrey? ¿Lo oye alguien?

—Vamos —susurra. Está plenamente consciente y alerta. En este profundo lugar interior no es más autista que Steve Ames o Belinda Josephson o Johnny Marinville... de hecho, es prácticamente un genio.

Ahora mismo, un genio aterrorizado.

—Vamos... por favor, tía Audrey, por favor, oye... por favor, responde...

Porque queda poco tiempo y ahora es el momento.

Calle principal de Desesperación/Tiempo de los vigilantes

El teléfono de la sala de los Carver empieza a sonar y, como si se tratara de alguna clase de señal enviada directamente a sus centros neurálgicos más profundos y delicados, la capacidad única de Johnny Marinville de ver y ordenar secuencialmente los acontecimientos se viene abajo por primera vez en su vida. Su perspectiva se desmorona como las figuras de un calidoscopio al hacer girar el tubo y luego se descompone en prismas y fragmentos de vivos colores. Si esto es lo que el resto del mundo ve y experimenta en un momento de estrés, piensa, no es de extrañar que la gente tome tantas decisiones equivocadas cuando está en apuros. No les gusta esa forma de percibir las cosas. Es como tener fiebre alta y ver a media docena de personas en pie alrededor de tu cama. Sabes que sólo cuatro de ellos están ahí realmente... pero ¿cuáles? Susi Geller llora y grita el nombre de su madre. Los niños Carver están otra vez despiertos, por supuesto. Ellen, agotada su capacidad de soportarlo todo con relativo estoicismo, parece estar sufriendo un ataque de nervios. Grita a voz en cuello y golpea con los puños la espalda de Steve, mientras él intenta abrazarla y tranquilizarla. Y Ralphie quiere partirla la cara a su hermana mayor.

—¡Deja de achuchar a Margrit! —grita a Steve mientras Cynthia intenta contenerle—. ¡Deja de achuchar a Margrit la Marmota! Tenía que darme toda la chocolatina. Si me la hubiera dado toda no habría ocurrido nada de esto.

Brad empieza a andar hacia la sala, presumiblemente para responder al teléfono,

pero Audrey le sujetó del brazo.

—No —dice, y después, con una especie de cortesía surrealista, añade—: Es para mí.

Y Susi está ahora en pie, cruza el vestíbulo a la carrera y va hasta la puerta principal para ver qué le ha ocurrido a su madre (una idea muy imprudente, en la humilde opinión de Johnny). Dave Reed intenta contenerla otra vez, pero ahora no puede, por lo que sigue llamándola a gritos. Johnny espera que la madre del chico le detenga a él, pero Cammie le deja ir, mientras en la parte de atrás, afuera, los coyotes que no se parecen a ningún coyote que haya existido jamás en esta tierra de Dios, alzan sus deformados hocicos y entonan enloquecidas canciones de amor a la luna.

Todo esto ocurre al mismo tiempo, a la velocidad de la hojarasca atrapada en un ciclón.

Johnny se ha puesto en pie sin darse cuenta y sigue a Brad y a Belinda hasta la sala, que parece saqueada por un gigante con un cabreo de órdago. Los niños siguen chillando desde la despensa y Susi aúlla desde el rincón del vestíbulo. Bienvenido al maravilloso mundo de histeria estereofónica, piensa Johnny.

Entretanto, Audrey busca el teléfono, que ya no está en la mesita que había junto al sofá. En realidad, la mesita ya no está junto al sofá, sino en la esquina opuesta, rajada por la mitad. El teléfono yace a su lado, en un revoltillo de cristales rotos. Está descolgado, con el auricular tan alejado del resto del aparato como lo permite el cable, pero aún así sigue sonando.

—Cuidado con los cristales, Audrey —le dice Johnny con brusquedad.

Tom Billingsley corre hacia el boquete irregular abierto en la pared oeste, donde antes estaba el ventanal, saltando por encima de los restos humeantes del televisor para llegar hasta allí.

—Se han ido —dice—. Las furgonetas. —Se detiene y luego añade—: Por desgracia, la calle Poplar también se ha ido. Desde aquí parece Deadwood, Dakota del Sur, hacia la época en que Jack Cavendish mató por la espalda al Salvaje Bill Hickok.

Audrey descuelga el teléfono. Detrás de ellos, Ralphie Carver está gritando.

—¡Te odio, Margrit la Marmota! Haz que vuelvan mi mamá y papá o te odiaré para siempre. ¡Te odio, Margrit la Marmota!

Detrás de Audrey, Johnny puede ver a Susi, que forcejea intentando liberarse de la presa de Dave Reed. La está abrazando, con los ojos desorbitados por el horror y al borde de las lágrimas, con una paciencia que, dadas las circunstancias, Johnny no puede menos que admirar.

—¿Diga? —pregunta Audrey. Escucha, con su pálido rostro tenso y grave—. Sí... Sí, lo haré. Ahora mismo. Yo... —Escucha unos instantes más, y esta vez su mirada sube hasta el rostro de Johnny Marinville—. Sí, de acuerdo, sólo él. ¿Seth? Te

quiero.

No cuelga el teléfono, se limita a dejarlo caer. ¿Por qué no? Johnny rastrea el cable de conexión y ve que la sacudida que destrozó la mesa y arrojó el teléfono contra la esquina también ha arrancado la clavija de la pared.

—Vamos —le dice Audrey—. Cruzaremos la calle, señor Marinville. Sólo nosotros dos. Los demás que se queden aquí.

—Pero... —empieza a decir Brad.

—Sin discusiones, no hay tiempo —le replica ella—. Tenemos que ir ahora mismo. Johnny, ¿estás preparado?

—¿Voy a buscar el arma que trajeron de la casa de al lado? Está en la cocina.

—Un arma no serviría de nada. Vamos.

Extiende la mano. Su expresión es inescrutable, pero segura... salvo por los ojos. Están aterrorizados, suplicándole que no la obligue a hacer esto, sea lo que sea, sola. Johnny coge la mano que le ofrece y sus pies se arrastran entre los cascotes y los cristales rotos. La piel de la mujer está fría y sus nudillos hinchados. Es la mano con la que el pequeño monstruo la obligó a golpearse, piensa él.

Pasan junto a los adolescentes, que están de pie y se abrazan en silencio. Johnny abre la puerta de rejilla de un empujón y deja que Audrey le preceda al salir, pasando por encima del cadáver de Debbie Ross. La parte delantera de la casa, el zaguán y la espalda de la chica muerta están cubiertos con los restos de Kim Geller (jirones, grumos y manchurrones que parecen negros a la luz de la luna), pero ninguno de los dos lo menciona. Más adelante, al final del camino y el corto tramo de césped hay una ancha calle de tierra con profundos surcos de ruedas. Un soplo de brisa fresca acaricia la mejilla de Johnny —viene del norte y transporta el humo del edificio que arde en la casa de al lado— y una mata de hierba rodadora pasa brincando como accionada por un resorte oculto. A Johnny le parece todo recién salido de un dibujo animado de Max Fleischer, pero eso no le sorprende. Ahí es donde están, ¿no es verdad? En una especie de dibujo animado. Dadme una palanca y moveré el mundo, dijo Arquímedes. La criatura que vive al otro lado de la calle probablemente estaría de acuerdo. Por supuesto, sólo era una manzana de la calle Poplar lo que quería mover, y con la palanca de las fantasías de Seth Garin lo había conseguido sin demasiados problemas.

Sea lo que sea lo que les espera, casi resulta un alivio estar fuera de la casa y lejos del ruido.

El zaguán de la casa de los Garin parece el mismo, pero nada más. El resto es ahora un largo edificio bajo de troncos. A lo largo de la fachada se alinean pulcramente unas estacas. Por la chimenea de piedra surgen bocanadas de humo, a pesar del calor de la noche.

—Parecen los barracones de un rancho —dice.

Audrey asiente con un gesto.

—Los barracones de La Ponderosa.

—¿Por qué se han ido, Audrey? Los vigilantes y los polis del futuro de Seth. ¿Qué les ha hecho marcharse?

—Por lo menos en un aspecto, Tak es como el malo de un cuento de hadas de los hermanos Grimm —responde ella, precediéndole hacia la calle. El polvo se levanta en nubecillas bajo sus zapatos. Las roderas de la calle están secas y duras como el hierro—. Tiene un talón de Aquiles, algo que nunca sospecharías si no hubieras vivido con él tanto tiempo como yo. Detesta estar dentro de Seth cuando el chico va de vientre. No sé si es alguna curiosa especie de apuro estético o una fobia psicológica, tal vez incluso un hecho físico de su existencia, del mismo modo que nosotros no podemos evitar encogernos cuando alguien hace ademán de darnos un puñetazo, por ejemplo, y me trae sin cuidado.

—¿Hasta qué punto estás segura de eso? —pregunta él. Ya han llegado a la otra acera de la ancha calle Mayor. Johnny mira en ambas direcciones y no ve ninguna furgoneta. Sólo páramos rocosos desdibujados a la derecha y el vacío, una especie de no creación, a la izquierda.

—Muy segura —responde ella lúgicamente. El camino de cemento que conduce hasta el número 247 de la calle Poplar se ha convertido en una calle adoquinada. A medio camino, Johnny ve la estrella rota de una espuela de vaquero reluciendo a la luz de la luna—. Seth me lo ha dicho. A veces le oigo en mi cabeza.

—Telepatía.

—Supongo que sí. Y cuando Seth habla a ese nivel, no tiene ninguna clase de problema mental. A ese nivel es tan brillante que da miedo.

—Pero ¿estás completamente segura de que era Seth quien te hablaba? Y aunque así fuera, ¿estás segura de que Tak le dejaba decir la verdad?

Ella se detiene a medio camino de la puerta de los barracones. Sigue cogiendo una de sus manos; ahora le coge la otra y le obliga a volverse para mirarla.

—Escúchame, porque sólo tengo tiempo de decirlo una vez y tú no tienes tiempo para hacer preguntas. A veces, cuando Seth habla conmigo, deja que Tak le oiga... me parece que porque así Tak cree que oye todas nuestras conversaciones mentales, pero no es verdad. —Ve que él va a decir algo y aprieta sus manos para hacerle callar—. Y yo sé que Tak le abandona cuando va de vientre. No se oculta en su interior, sale de él. Lo he visto ocurrir. Sale a través de sus ojos.

—Por los ojos —susurra Johnny, fascinado y con cierta reverencia.

—Te lo digo porque quiero que sepas qué ocurre si lo ves —dice ella—. Puntos rojos bailando, como chispas que saltan de una hoguera. ¿De acuerdo?

—Cristo —masculla Johnny, y añade—: De acuerdo.

—Seth adora la leche con cacao —dice Audrey, tirando de él para seguir

avanzando—. La que se prepara con chocolate líquido Hershey. Y a Tak le gusta lo que a Seth le gusta... quizá en exceso.

—Le has puesto un laxante, ¿verdad? —pregunta Johnny—. Echaste un laxante en su leche con cacao.

Casi tiene que reprimir el impulso de unirse a los coyotes y lanzarle un buen aullido a la luna. Sólo que sería un aullido de alegría. Las posibilidades más surrealistas de la vida nunca se agotan, al parecer. Su única posibilidad de sobrevivir reside en el éxito de un montaje propio de un campamento de verano, como engatusar a un compañero invitándolo a cazar gambusinas o a hacerle la petaca en la cama a un monitor.

—Me dijo qué hacer y lo hice —dice ella—. Ahora sigamos mientras no nos quede tiempo. Tenemos que cogerle y echar a correr. Ponerle fuera del alcance de Tak antes de que pueda regresar a su interior. Eso también podemos hacerlo. Su alcance es corto. Iremos cuesta abajo. Tú le llevarás en brazos. Y apuesto a que, antes de que lleguemos a donde antes estaba la tienda, veremos un cambio de tres pares de cojones en el barrio. Sólo recuerda: la clave es la rapidez. En cuanto empecemos, no podremos permitirnos dudas ni vacilaciones.

Va a abrir la puerta, pero Johnny la detiene. Ella lo mira con una mezcla de miedo y furia.

—¿No me has oído? Tenemos que entrar ahora.

—Sí, pero tienes que responderme a una pregunta, Aud.

Desde el otro lado de la calle, los observan con ansiedad. Belinda Josephson se aparta bruscamente del pequeño grupo de espectadores y regresa a la cocina a ver cómo lo llevan Steve y Cynthia con los pequeños. Al parecer, nada mal. Ellen lloriquea, pero por lo demás vuelve a estar bajo control, y Ralphie parece agotado, como un huracán cuando llega a las aguas frías del norte. Belinda echa un rápido vistazo a la cocina vacía, que ahora se abre al patio trasero, y después gira en redondo para volver al vestíbulo con los demás. Da un solo paso y se detiene. Una pequeña arruga vertical (la línea de pensamiento de Bel, la llama su marido) aparece en el centro de su frente. Allí abajo, junto a la puerta de rejilla, no está del todo oscuro, entra la luz de la luna... y aquellos son sus vecinos, naturalmente. No es muy difícil distinguirles. Brad se identifica fácilmente porque es su vecino más próximo, tanto que hace veinticinco años que le da codazos en la cama. Dave y Susi se distinguen porque siguen abrazados. El viejo Doc es fácil de reconocer porque está muy delgado. Pero con Cammie no es fácil. No es fácil ver a Cammie porque Cammie no está allí. Tampoco está aquí, en la cocina. ¿Ha subido al primer piso o ha salido por el agujero de la pared de la cocina? Es posible. Y...

—¡Eh, oigan! —grita hacia el interior de la despensa, de repente asustada.

—¿Qué? —pregunta Steve en un tono algo impaciente. En realidad, empieza a

perder la paciencia. Por fin han conseguido calmar a los chicos y si esta mujer lo jode, cree que le abrirá la cabeza con la primera sartén o cacerola de la que pueda echar mano.

—La señora Reed se ha ido —dice Bel—. Y se ha llevado el rifle. ¿Estaba descargado? Vamos, hágame feliz. Dígame que estaba descargado.

—No lo creo —dice Steve a regañadientes.

—Me cago en la leche —dice Belinda.

Cynthia la está mirando desde detrás de uno de los hombros caídos de Ralphie, con los ojos desorbitados por la alarma.

—¿Tenemos algún problema? —pregunta.

—Es posible —dice Bel.

Espacio de Tak/Tiempo de Tak

En el cuarto donde ha pasado tantas horas felices, podría decirse que en el seno de la imaginación cautiva de Seth Garin, Tak aguarda y escucha. En la pantalla del televisor, unos vaqueros en blanco y negro vestidos con atuendos fantasmales cabalgan por un paisaje desértico. Avanzan en silencio. Incorpóreo ahora que está fuera de Seth, Tak ha hecho enmudecer el televisor con el mejor mando a distancia que existe: su propia mente.

Puede oír al chico en el lavabo contiguo a la cocina. Ahora emite los gruñidos cerdunos y graves que Tak ha llegado a asociar con su función excretora. Para Tak, incluso los sonidos son repulsivos, y el acto mismo, con sus retortijones y su sensación de expulsión inevitable y viscosa, es repelente. Hasta vomitar es mejor, por lo menos es rápido: un líquido que sube garganta arriba y fuera.

Ahora sabe lo que la mujer hizo al chico: drogó la leche con algo que provoca, no sólo un simple acto de eliminación, sino las convulsiones y temblores que lo acompañan. ¿Cuánto le había dado? Un buen lingotazo, a juzgar por cómo se sentía Seth justo antes de que Tak huyera, y ahora lo entiende todo.

Titila en una esquina de la habitación, cerca del techo —Tak el Cruel, Tak el Déspota— como un pequeño racimo de reflectores de bicicleta intangibles que laten y giran unos alrededor de otros. No consigue oír a la tía Audrey y a Marinville, ni siquiera con el volumen del televisor apagado, pero sabe que están allí, al otro lado de la puerta delantera. Cuando finalmente dejen de hablar y entren, los matará. Primero al hombre y, sencillamente para recuperar la energía que ha gastado (estar fuera del cuerpo del muchacho es particularmente agotador), a la tía de Seth por lo que ha intentado hacer. También se alimentará de ella y la hará morir lerdamente, por su propia mano.

El castigo del muchacho por intentar rebelarse contra Tak será observar mientras

ocurre.

Aún así, Tak respeta a Seth; ha sido un digno adversario (¿cómo podría ser de otro modo cualquier receptáculo capaz de contener a Tak?). Desde que llegó el vagabundo, ayer, Tak y el muchacho han estado jugando una dura partida de póquer descubierto, igual que Laura y Jeb Murdock en *Los vigilantes*. Ahora, las apuestas están hechas y todas las cartas, excepto la última cubierta, están boca arriba sobre la mesa. Cuando les den la vuelta, Tak sabe que ganará. Naturalmente que ganará. Su rival sólo es un niño, después de todo, por muy brillantes que puedan ser los cursos inferiores de su intelecto, y al final el niño se ha creído algo más de lo que le convenía. Tak sabe que Seth había planeado expulsarle temporalmente de su cuerpo y, aunque el método exacto fue una sorpresa (muy desagradable, por cierto), ha conseguido al niño. Pero hay algo más.

Seth no sabe que Tak pueda volver a entrar en él mientras está realizando aquel desagradable acto en la pequeña habitación contigua a la cocina.

Seth está equivocado: Tak puede volver a entrar. Será desagradable, doloroso incluso, pero puede volver a entrar. ¿Y cómo sabe que Seth no ha visto esta última carta, como ha visto algunas de las otras que tenía Tak a pesar de todos sus esfuerzos por ocultárselas?

Porque ha llamado a su adorada tía para que venga a la casa y le ayude a escapar.

Y cuando su querida tía finalmente deje de titubear en el zaguán y entre, será... bien...

Sometida a la ley de los vigilantes.

Las chispas rojas giran con más rapidez en las sombras, excitadas con la idea.

Calle principal de Desesperación/Tiempo de los vigilantes

—¿No me has oído? Tenemos que entrar ahora mismo.

Johnny asiente con un gesto. Ninguno de los dos ve a Cammie Reed cruzar la calle desde la iglesia de adobe que antes era la casa de Johnny Marinville hasta los restos de la choza de cañas y barro que en un tiempo fue la vivienda de Brad y Belinda. Avanza con la cabeza gacha y el rifle en una mano.

—Sí, pero aún me queda una pregunta, Aud.

—¿Qué? —casi le grita—. Por el amor de Dios, ¿qué?

—¿Puede meterse en alguien más? ¿En ti o en mí, por ejemplo?

Una expresión de lo que podría ser alivio aparece fugazmente en el rostro de la mujer.

—No.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Te lo ha dicho Seth?

Por un momento piensa que ella no responderá, y no simplemente porque quiera

llegar al muchacho mientras aún está en el retrete. Al principio confunde su expresión con azoramiento y luego ve que es algo más profundo. No es rubor, sino vergüenza.

—Seth no me dijo —dice—. Lo sé porque intentó penetrar en Herb. Así podría... ya sabes... poseerme.

—Quería hacer el amor contigo —dice él. Ahora todo, incluido el asunto que ella apenas insinuó antes, encaja para él.

—¿Amor? —pregunta ella con la voz apenas bajo control—. No. ¡Oh, no! Tak no sabe nada del amor, no le importa. Quería follarme, nada más. Cuando descubrió que no podía utilizar a Herb para eso, le mató. No creo que para entonces tuviera ninguna opción. —Las lágrimas resbalan ahora por sus mejillas—. Verás, cuando quiere algo, no abandona fácilmente. Está acostumbrado a salirse con la suya. Por eso sigue presionando. Intentó introducirse en los pensamientos de Herb, en sus emociones, en sus nervios. Lo que le hizo... bien, imagina qué le ocurriría a uno de los zapatitos de Ralphie Carver si intentaras meter en él tu pie de tamaño adulto. Si siguieras empujando y forzándolo cada vez más, sin importarte el dolor, sin importarte lo que le estás haciendo al zapato con tu obsesión por ponértelo, por caminar dentro de él...

—De acuerdo —le corta él. Dirige la vista hacia el pie de la colina, casi esperando ver a las furgonetas regresando, pero allí no hay nada. Mira hacia el final de la calle y no ve nada más. Cammie está fuera de su vista, entre las sombras del Hotel de los Ganaderos, precariamente apuntalado. Si Johnny hubiera mirado primero hacia el norte, las cosas podrían haber sido muy distintas para todos ellos—. Ya lo he entendido.

—Entonces ¿podemos entrar? ¿O ni siquiera tienes intención de entrar? ¿Vas a rajarte?

—No —dice él, y suspira.

En la puerta del barracón hay una antigua cerradura que se abre pulsando con el pulgar, pero cuando intenta cogerla, su dedo la atraviesa. Por debajo aparece, como flotando hacia la superficie a través de un agua sucia, un viejo tirador circular normal y corriente. Cuando Johnny lo coge, se forma a su alrededor una puerta corriente que primero se superpone a las planchas de hierro y los tablones y después las sustituye. El tirador gira y la puerta se abre a una habitación oscura que huele a rancio, como a ropa sucia. La luz de la luna inunda la estancia, y lo que ve Johnny le recuerda las noticias que ha leído en los periódicos de vez en cuando sobre ancianos millonarios que pasan los últimos años de su vida en una misma habitación, apilando libros y revistas, colecciónando animales de compañía y comiendo sólo productos enlatados.

—Deprisa, corre —dice ella—. Estará en el lavabo de la planta baja. Está al lado de la cocina.

Audrey lo adelanta, cogiéndole la mano al pasar, y le conduce hasta la sala. Allí no hay libros y revistas apilados, pero la sensación de aislamiento y locura aumenta

en lugar de disminuir mientras avanzan. El suelo está pegajoso con restos de comida y refrescos derramados. Hay un olor agrio a leche cuajada. Las paredes están llenas de garabatos y dibujos a lápiz, terroríficos por su carga de violencia y muerte. A Johnny le recuerdan una novela que ha leído no hace mucho, un libro llamado *Meridiano sangriento*.

A su izquierda fluctúa algo en movimiento. Se vuelve hacia allí con el corazón desbocado y la adrenalina descargándose a raudales en su torrente sanguíneo, pero no hay ningún alienígena siniestro o vaquero con el revólver amartillado, ni siquiera un niño atacándole con un cuchillo. Sólo ve un resplandor, el reflejo de una luz. Supone que viene del televisor, aunque no hay sonido alguno.

—No —susurra ella—, no entres ahí.

Lo conduce hasta la puerta que hay frente a ellos. La luz brilla al otro lado, proyectando una sombra oblonga sobre la alfombra con pegotes de comida incrustada. Puede que la electricidad no se haya inventado aún en el resto de la ex calle Poplar, pero aquí hay de sobra.

Ahora Johnny oye unos gruñidos, intercalados con unos jadeos algo fatigados. Sonidos tan humanos y reconocibles al instante como roncar, jadear, resollar y silbar. Alguien yendo de vientre. Haciendo caquita, como decían de niños. Una rima escolar acude a su mente: Si mamá me da gaseosa, hago caca y a otra cosa. Vaya, piensa Johnny, ésta está a la altura de la de «Bebé chuleta, bebé probeta...».

Cuando entran en la cocina y Johnny mira a su alrededor, se le ocurre que tal vez la buena gente de la calle Álamo se merece lo que les está ocurriendo. Audrey llevaba viviendo así Dios sabe cuánto tiempo y nunca lo supimos, piensa. Somos sus vecinos, todos le enviamos flores cuando su marido se suicidó, la mayoría de nosotros fuimos a su funeral —el propio Johnny estaba en California, dando una charla en una biblioteca infantil—, pero nunca lo supimos.

La alacena está repleta de tarros vacíos, envases desechados, vasos sucios y latas de refrescos volcadas. Muchas de estas últimas se han convertido en granjas de hormigas. Ve el jarro de plástico con los restos de la leche con cacao y laxante y a su lado la corteza del bocadillo de queso y mortadela de Tak. La pila rebosa de platos sucios. Junto al escurreplatos hay una botella de detergente tumbada que por su aspecto fue comprada cuando Herb Wyler aún vivía. Alrededor de su boquilla hay una costra de mugre verde coagulada desde hace tiempo. Sobre la mesa hay más pilas de platos sucios, un botellín de mostaza de plástico, un reguero de migas (junto a una de ellas hay una cinta de casete de Van Halen), un aerosol de nata montada, dos botes de ketchup, uno casi vacío y otro casi lleno, cajas de pizza abiertas con restos de migas, plástico transparente, envoltorios de pastelitos para la merienda y una bolsa de cortezas de trigo que cubre como un extraño condón una botella de Pepsi vacía. También hay montones y montones de tebeos. Todos los que Johnny puede ver son

ejemplares de la serie *MotoKops 2200*. Hay cereales esparcidos sobre la tapa de un ejemplar donde puede verse a Cassie Styles y a Snake Hunter hundidos en un pantano hasta la cintura y disparando sus pistolas de impacto contra la condesa Lili Marsh, que ataca desde lo que podría ser una motocicleta a reacción. *¡Explosión en el pantano!*, proclama el título. En la esquina opuesta de la habitación hay un voluminoso montón de bolsas de basura de plástico, ninguna de ellas cerrada, de la mayoría de las cuales sale un reguero de hormigas. Todas las latas parecen lucir la cara sonriente de Chef Boy-Ar-Dee, el rey de la pasta precocinada. Los mármoles están cubiertos de cacerolas con una costra de salsa anaranjada. Sobre la nevera, un curioso toque final: una vieja figurita de plástico de Roy Rogers montado sobre su fiel *Tigre*. Johnny sabe sin tener que preguntarlo que fue un regalo para Seth de su tío, algo que tal vez recordaba de la época de juventud el propio Herb Wyler y que rescató pacientemente de una caja de cartón cubierta de polvo de la buhardilla.

Al otro lado de la nevera ve una puerta entreabierta que proyecta su propia cuña de luz sobre el mugriento linóleo de la cocina. El ángulo de la puerta no es demasiado cerrado para que Johnny no pueda leer el cartel que hay colgado en ella:

LOS EMPLEADOS DEBEN LAVARSE LAS MANOS
DESPUÉS DE USAR LOS SERVICIOS
(Y A LOS CLIENTES LES CONVENDRÍA)

—Seth —susurra Audrey, soltando la mano de Johnny y corriendo hacia la puerta del lavabo. Johnny la sigue.

Por detrás de ellos, unas manchas de luz roja surgen danzando por la puerta arqueada del cuarto como restos de un meteorito. Centellean cruzando la sala a oscuras, en dirección a la cocina. Aún no han llegado allí cuando Cammie Reed entra por la puerta principal. Ahora empuña el arma con ambas manos y, mientras mira alrededor de la sala débilmente iluminada, desliza el índice de su mano derecha por la guarda del gatillo y lo apoya sobre él. Titubea, sin saber qué hacer a continuación. Su atención se ve atraída por el parpadeo de la luz del televisor reflejada en el cuarto, y su oído por el ruido de gente moviéndose en la cocina. La voz que oye en el interior de su cabeza, la que exige venganza para Jimmy, ha enmudecido, y ahora no está segura de dónde debe ir. Sus ojos registran un fugaz aleteo de luz roja, pero su mente no hace nada con la información. Está absolutamente absorta con la cuestión de qué debe hacer a continuación. Marinville y la Wyler están en la cocina, de eso está segura. Pero ¿está con ellos el mocooso asesino? Echa otro vistazo vacilante hacia el parpadeo del televisor. No oye ruido, pero tal vez los niños autistas ven la tele con el volumen apagado.

Tiene que estar segura, eso es lo importante. Probablemente sólo quedan un par

de balas en el rifle... y probablemente no le darán ocasión de apretar el gatillo más de una o dos veces, en el mejor de los casos. Desea que la voz vuelva a hablar, que le diga qué hacer.

Y lo hace.

Al otro lado de la calle, desde el camino de cemento que hay entre la puerta principal de los Carver y la acera, Cynthia ha visto a Cammie entrar en casa de los Wyler. Abre los ojos desmesuradamente. Antes de que pueda decir nada, Steve le da un brusco codazo. Ella le mira y ve que se ha llevado un dedo a los labios. En la otra mano lleva un cuchillo de la colección que los Carver tienen en la cocina.

—Vamos —murmura.

—No irás a utilizar eso, ¿verdad?

—Espero no tener que hacerlo —responde—. ¿Vienes?

Ella asiente y le sigue. Cuando bajan del bordillo y entran en la versión de Tak del Lejano Oeste, una confusión de gritos y alaridos se inicia en el interior de la casa de los Wyler. «Sal de él», oye gritar Cynthia, o algo así, y luego más palabras que ni siquiera puede empezar a descifrar. La mayoría parece proceder de la Wyler, aunque oye un grito de Cammie Reed (¿«Suéltelo»? ¿Es eso lo que está gritando?) y un ronco grito que probablemente es de Marinville. Después, dos secos estampidos de disparos de rifle y un aullido de agonía u horror infinito. Cynthia no sabe cuál de las dos cosas, y no está segura de querer saberlo.

En cualquier caso, para cuando ella y Steve llegan a la acera opuesta de la calle Mayor de Desesperación, ambos están corriendo.

Espacio de Seth/Tiempo de Seth

Ahora. Todo se decide ahora.

Se aparta del estante sobre el que se asienta el teléfono de juguete PlaySkool. Empotrado en la pared opuesta del corredor hay un pequeño panel de controles, muy parecido al que incorporan las cabinas del copiloto de los Supercarros. Una hilera de siete interruptores sobresale del panel, todos apuntando hacia arriba, en la posición de la etiqueta «ON». Por encima de cada interruptor, un pequeño indicador verde brilla en la penumbra. Este panel no estaba aquí cuando Seth llegó al final del corredor, sólo las fotos de sus dos familias, la foto del señor Symes y el teléfono. Pero éste es el espacio de Seth, el tiempo de Seth, y es como los bolsillos de sus pantalones: puede añadir exactamente lo que quiera siempre que quiera.

Seth extiende una mano temblorosa hacia el panel. En las películas y en la televisión, los personajes nunca parecen asustados, y cuando Pa Cartwright tiene que actuar para salvar La Ponderosa, siempre sabe exactamente qué hacer. Lucas McCain, Rowdy Yates y el sheriff Streeter nunca se sienten inseguros, pero Seth sí. Muy

inseguro. El final de la partida es ahora, y le aterroriza cometer un error irremediable. Todavía sabe lo que está ocurriendo en el piso de arriba (así es como piensa ahora del mundo de Tak, como el piso de arriba), pero si acciona estos interruptores...

Pero no tiene tiempo de replanteárselo. Audrey está en el lavabo. Audrey se abalanza sobre el niño que está sentado en la taza del retrete con los pantalones bamboleándose al final de un escuálido tobillo, el niño que es, al menos por el momento, sólo un maniquí de cera con pulmones que respiran y un corazón que late, una máquina humana abandonada por sus dos espíritus. Se arrodilla ante él y lo levanta entre sus brazos. Empieza a cubrir de besos su cara, sin preocuparse de nada más: la habitación, las circunstancias, Marinville que está detrás de ella, en la puerta...

Y ahora Seth capta el enjambre rojo que es Tak precipitándose por la cocina como una nube de abejas sobrenaturales, y tiene que ser ahora, sí, tiene que ser ahora.

Su mano toca el panel y empieza a bajar los interruptores a manotazos. Los indicadores verdes que hay sobre ellos parpadean y se apagan. Unos indicadores rojos que hay debajo se encienden. Cada vez que baja un interruptor, su conocimiento de lo que ocurre en el piso de arriba se debilita más y más. No está desconectando los sensores del maniquí de cera que su tía cubre de besos, no está seguro de poder hacerlo si quisiera, pero sí puede bloquearlos... y lo está haciendo.

Finalmente no queda nada más que su mente. Con las manos oprimiendo hacia abajo los interruptores que acaba de apagar para que no puedan volver a encenderse, Seth se proyecta hacia la tía Audrey, rezando por encontrarla en esa oscuridad.

Casa de los Wyler/Tiempo de los vigilantes

En el instante en que Audrey arranca al muchacho de la taza del váter y lo abraza, algo pasa como una exhalación junto a Johnny Marinville, algo a la vez tan caliente como una fiebre y tan frío como las huevas de rana. Su mente se llena de un torbellino de luces rojas deslumbrantes que le recuerdan el neón de los bares y la música country. Cuando aclara, ha recuperado su capacidad de verlo todo y ordenar secuencialmente incluso sucesos que se superponen. Es como si lo que ha pasado junto a él le hubiera aplicado alguna especie de electrochoque. Eso y una oleada de náusea que cruza su mente, dejándole una sensación viscosa.

Mientras Audrey se incorpora con Seth en brazos (los calzoncillos se deslizan por sus pies y ahora está completamente desnudo), Johnny ve que el remolino de luces gira alrededor de la cabeza del pequeño como el halo del Niño Jesús en un cuadro antiguo. Entonces se posan sobre él como un ejército de termitas, cubriéndole las mejillas, las orejas y el cabello sudoroso. Se agolpan en sus ojos abiertos y vidriosos e iluminan sus dientes con una luz escarlata.

—¡No! —grita Audrey—. ¡Sal de él! ¡Sal, hijo de puta!

Salta en dirección a la puerta del lavabo con el niño en sus brazos. La cabeza de Seth parece estar ardiendo. Johnny extiende los brazos... ¿Hacia ella? ¿Hacia Seth? ¿Hacia ambos? No lo sabe y no importa, porque ella pasa junto a él como una furia, aullando y dando zarpazos contra el enjambre danzarín de luces que rodea la cabeza de Seth. Su mano atraviesa inútilmente la materia roja. Cuando ella y el niño pasan a su lado, Johnny siente la cabeza a punto de estallar por un zumbido horrible de motor. Grita, golpeándose los oídos con la palma de las manos. Sólo dura un momento, mientras Audrey lo rebasa, pero ese momento se le hace casi eterno. ¿Cómo puede haber aún algún niño debajo de ese sonido?, se pregunta Johnny. ¿Cómo, por el amor de Dios, puede quedar algo debajo de ese sonido?

—¡Suéltale! —aúlla ella—. ¡Suéltale, mamón! ¡Suéltale!

De pronto, la puerta de la cocina ya no está desierta. Cammie Reed está ante ella, empuñando el rifle.

Espacio de Tak/Tiempo de Tak

Cuando llega a Seth y descubre que todas sus entradas habituales están cerradas, su indulgente respeto hacia la capacidad del muchacho se derrumba por primera vez desde que captó la extraordinaria mente de Seth pasando cerca de él y llamó a aquella mente con todas sus fuerzas. Lo que primero sustituye a la indulgencia es la comprensión; la ira sigue su estela.

Al parecer, estaba equivocado. Seth sabe desde el principio que Tak puede volver a entrar incluso durante la evacuación. Lo sabe y ha ocultado ese conocimiento con éxito, como un jugador astuto oculta un as adicional en su manga. Aunque al final, ni siquiera eso importa. Entrará de todos modos. No hay forma de que el chico pueda impedírselo. Ahora no habrá ningún asedio. Seth Garin es ahora su hogar, y nadie le impedirá entrar en su casa.

Mientras la mujer pasa cargando el cuerpo de Seth junto al escritor y sale a la cocina, Tak ataca los ojos del muchacho, los portales más próximos a ese maravilloso cerebro, y empieza a empujarlos, como un policía corpulento empujaría una puerta que un hombre débil intenta cerrar. Por un instante siente pánico, algo totalmente impropio de Tak, al ver que no ocurre nada. Es como empujar una pared de ladrillos. Después, los ladrillos empiezan a ablandarse y ceden. El triunfo relampaguea en su fría mente.

Pronto... un segundo... dos, como mucho...

Espacio de Seth/Tiempo de Seth

Bajo su mano, dos de los interruptores están ascendiendo. Incluso cuando redobla sus esfuerzos por mantenerlos abajo, nota que tiran como si estuvieran vivos. Los indicadores siguen rojos, pero no por mucho tiempo. Tak tiene razón en algo: por mucho que los dos queden en tablas en cuestión de ingenio, Seth ya no es rival para la fuerza bruta de Tak. En un tiempo tal vez, al principio. Ya no. Sin embargo, si Seth tiene razón, eso tal vez no importe. Si tiene razón y suerte.

Mira ávida y fugazmente el teléfono de juguete de PlaySkool (lo que la tía Audrey llama el Takófono) por un instante, pero, por supuesto, no necesita teléfono, en realidad no. Siempre fue sólo un símbolo, algo concreto para facilitar el flujo de la telepatía entre ellos, al igual que los interruptores e indicadores son simples instrumentos para ayudarle a concentrar su voluntad. Y, en cualquier caso, la telepatía no es aquí un problema para Seth. Si la telepatía fuera lo único que ambos comparten, todo esto sería en vano.

Bajo su mano, los interruptores suben testarudamente, empujados por la fuerza primitiva de Tak, la voluntad primitiva de Tak. Por un momento, los indicadores rojos que hay debajo parpadean y se apagan, y los verdes que hay encima se encienden. Seth nota un terrible zumbido mecánico en el interior de su cabeza que intenta desbordar sus pensamientos. Por un momento, su visión interna se vuelve borrosa por el remolino de luz carmesí en el que titilan y centellean ascuas encendidas.

Seth se apoya sobre los interruptores con toda su fuerza. Las luces verdes se apagan, las rojas vuelven a encenderse. Por el momento, en todo caso.

Ahora es el momento, sólo queda una carta boca abajo en la partida, y ahora le toca a Seth Garin volverla.

Casa de los Wyler/Tiempo de Johnny

En cierto modo es como verse atrapado en otro ataque de los vigilantes, sólo que esta vez lo que Johnny siente pasar como una exhalación junto a él son pensamientos en lugar de balas. Pero ¿no fueron siempre pensamientos, en realidad?

El primero va hacia Cammie Reed, que está en la puerta de la cocina empuñando el arma.

—¡Ahora! ¡Hazlo ahora!

El segundo va hacia Audrey Wyler, que retrocede como si recibiera una bofetada y de pronto deja de lanzar zarpazos a lapectral miasma roja que rodea la cabeza de Seth:

—¡Ahora, tía Audrey! ¡Ahora es el momento!

Y el último, un terrible rugido inhumano que invade la mente de Johnny y expulsa todo lo demás:

—¡No, pequeño hijo de puta! ¡No puedes!

No, piensa Johnny, él no puede. Nunca pudo. Entonces levanta la vista hasta el rostro de Cammie Reed. Los ojos de la mujer parecen a punto de salirse de sus órbitas; sus labios están tensos en una terrible mueca.

¡Pero ella sí puede!

Espacio de Tak/Tiempo de Tak

Tiene quizá tres segundos mientras la mujer alza el arma, y grita al comprender que ha sido vencido. Y cómo. Varios segundos de incredulidad en los cuales se pregunta cómo pudo ocurrir, después de todos los milenios que ha pasado atrapado en la oscuridad, pensando y planeando. Entonces, incluso mientras empieza a comprender que Seth no está realmente en el interior del cuerpo en el cual Tak intentaba volver a entrar, la mujer plantada ante la puerta dispara.

Casa de los Wyler/Tiempo de Johnny

Cammie ya no está segura de estar actuando por voluntad propia, pero no importa. Aun si tuviera voluntad, haría lo mismo. La Wyler sostiene en brazos al mocooso, acurrucado y desnudo como si fuera un bebé desmesurado, con las espinillas embadurnadas de mierda en lugar de sangre y líquido amniótico. Lo sostiene como un escudo. Cammie casi podría echarse a reír ante la idea.

—¡Suéltelo! —grita Cammie.

Pero en lugar de soltar a Seth, Audrey lo levanta para estrecharlo contra su pecho, desafiándola. Sin dejar de sonreír con su perversa mueca, sus ojos parecen saltar de sus cuencas (más tarde Johnny se dirá a sí mismo que fue una ilusión óptica, seguramente lo fue) y Cammie apunta al niño con el fusil.

—¡No, Cammie, no! —grita Johnny y ella dispara.

El primer impacto alcanza a Seth Garin, un niño de ocho años que sigue temblando, indefenso, con retortijones intestinales, en plena sien y le vuela la tapa de los sesos, rociando el rostro extrañamente sereno de su tía de sangre, pelo y jirones de cuero cabelludo. El proyectil traspasa su cerebro de parte a parte y sale por el lado opuesto de su cráneo, para penetrar en el pecho izquierdo de Audrey. Sin embargo, para entonces ha perdido demasiada fuerza para provocar más daños graves. De eso se encarga la segunda bala, que alcanza a la mujer en la garganta cuando retrocedía trastabillando por el impacto del primer tiro. Su trasero choca contra la sobrecargada mesa de la cocina. Los platos amontonados caen y se hacen añicos contra el suelo.

Audrey se vuelve hacia Johnny con el niño cubierto de sangre aún en brazos, y

Johnny ve algo asombroso: ella parece feliz. Cammie grita mientras Audrey se desploma, tal vez triunfante, tal vez horrorizada por lo que acaba de hacer.

De algún modo, Audrey consigue mantener abrazado a Seth mientras muere. Y cuando cae, la inquietante masa roja se eleva de los restos de la cara de Seth como una membrana fetal. Se arremolina en el aire por encima del mugriento linóleo, brillantes partículas escarlatas en órbita unas alrededor de otras como electrones.

Johnny y Cammie Reed se quedan mirando a través de este espacio rojo durante él no sabe cuánto tiempo, como si estuvieran congelados, hasta que alguien grita.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¿Por qué ha hecho eso, zorra estúpida?

Johnny ve que Steve y Cynthia avanzan por la sala en penumbra hasta situarse justo detrás de Cammie. Cynthia la coge del brazo con la velocidad del rayo y la sacude.

—¡Zorra! ¡Estúpida puta asesina! ¿Creía que así iba a recuperar a su hijo? ¿Nunca ha ido al colegio? ¡Joder!

Cammie no parece oírla. Está contemplando la cosa oscura giratoria con ojos desorbitados y sin parpadear, como si estuviera hipnotizada... y la cosa le devuelve la mirada. Johnny no sabe cómo lo sabe, pero lo sabe. Y de pronto se abalanza sobre ella como un cometa... o como la Flecha Rastreadora de Cazaserpientes en un ataque de los Supercarros.

Le había preguntado a Audrey si Tak podía meterse en alguien más. Ella le había respondido que no, que estaba segura de que no podía, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si Tak la había engañado? Si Tak hubiese...

—¡Cuidado! —grita a Cynthia—. ¡Apártese de ella!

La señorita del pelo ridículo se limita a mirarle fijamente, sin comprender, por encima del hombro de Cammie. Steve tampoco parece entender nada, pero reacciona al inconfundible pánico de la voz de Johnny y empuja a Cynthia hacia atrás.

El torbellino de chispas rojas se divide en dos. Por un momento, la forma exterior de Tak le parece a Johnny la clase de tenedor que utilizaban para asar carne cuando eran adolescentes, sentados en la playa alrededor de hogueras encendidas con maderos arrastrados por la marea. Sólo que las púas de este tenedor se sumergen directamente en los ojos de Cammie.

Los ojos resplandecen con una brillante luz roja, sus órbitas se hinchan y explotan en todas direcciones. La mueca del rostro de Cammie se amplía tanto que sus labios se agrietan y empieza a correr la sangre por su barbilla. El ser sin ojos avanza torpemente unos pasos, suelta el fusil descargado y extiende los brazos al frente, abrazando ciegamente el aire. Johnny no cree haber visto en toda su vida algo tan frágil y salvaje al mismo tiempo.

—Tak —proclama con una voz gutural que no tiene nada que ver con la de Cammie— *Tak ak wan! Tak ah lah! Mi him en tow!*

Se produce una pausa. Después, con una chirriante voz inhumana que Johnny sabe que oirá en sus pesadillas hasta el fin de sus días, el ser sin ojos dice:

—Os conozco a todos. Os encontraré a todos. Os daré caza uno por uno. *Tak! Mi him, en tow!*

Su cráneo empieza a hincharse. Lo que queda de la cabeza de Cammie empieza a parecerse al sombrerete de una seta monstruosa. Johnny oye un sonido áspero, como de papel al rasgarse, y comprende que es la carne insuficiente que cubre el cráneo de la mujer al desgarrarse. Las cuencas oculares vacías se alargan y se convierten en rendijas. El cráneo eleva la nariz al hincharse hasta transformarla en un hocico con largas fosas nasales en forma de panecillo.

Entonces, piensa Johnny, Audrey tenía razón. Sólo Seth era capaz de contenerlo. Seth o alguien como Seth. Alguien muy especial, porque...

Como para poner fin a esta idea con el contrapunto más espectacular que pueda imaginarse, la cabeza de Cammie Reed estalla. Cálidos fragmentos, algunos aún latiendo de vida, azotan el rostro de Johnny. Gritando, asqueado hasta el borde de la locura, Johnny se limpia la viscosa materia con los pulgares. Débilmente, del modo como se oyen las cosas cuando alguien deja el auricular sobre la mesa al otro lado de la línea telefónica, oye a Steve y Cynthia, que también gritan. Después, una luz cegadora invade la habitación de una forma tan repentina y desconcertante como una bofetada inesperada. Al principio, Johnny cree que es una explosión de alguna clase, el fin para todos ellos. Pero a medida que sus ojos (que aún le escuecen, cubiertos por la sangre de Cammie) empiezan a adaptarse, ve que no es una explosión, sino la luz del día, la intensa y diáfana luz de una tarde de verano. Un trueno retumba hacia el este, un sonido grave que no contiene ninguna amenaza real. La tormenta ha pasado; ha incendiado la casa de los Hobart (de eso está seguro porque puede oler el humo) y después se ha marchado para amargarle la vida a alguien más. Pero además oye otro sonido, el que tan ansiosamente habían esperado antes en vano: el confuso ulular de las sirenas. Policía, coches de bombero, ambulancias, tal vez la puta guardia nacional, por lo que Johnny sabe. No le importa. El sonido de las sirenas no le interesa demasiado, en este momento.

La tormenta ha pasado.

Johnny cree que también ha pasado el tiempo de los vigilantes. Se deja caer pesadamente sobre una de las sillas de la cocina y contempla los cadáveres de Audrey y Seth. Le recuerdan a los insensatos muertos de Jonestown, en Guyana. Ella sigue rodeándole con sus brazos y los de él, pobres brazos delgados y macilentos, sin un solo arañazo por jugar con otros niños de su edad, la abrazan a ella por el cuello.

Johnny se limpia los restos de sangre, hueso y trozos de sesos de las mejillas con las húmedas palmas de sus manos y rompe a llorar.

Del diario de Audrey Wyler:

31 de octubre de 1995

De nuevo el diario. Nunca pensé que proseguiría, probablemente nunca lo haré a dedicación completa, pero puede ser muy reconfortante.

Seth vino a mí esta mañana y consiguió preguntar, con una combinación de palabras y gruñidos, si podía ir a pedir caramelos por el barrio con los demás niños del vecindario. Es Halloween. No había señales de Tak, y cuando es sólo Seth, me resulta casi imposible negarle nada. No me cuesta recordar que Seth no es el responsable de todo lo ocurrido, de hecho es bastante fácil. En cierto modo, eso es lo que lo hace todo tan horrible. Me cierra todas las salidas. Supongo que nadie más comprendería lo que quiero decir. No estoy segura de entenderlo yo misma, pero lo percibo. Ay, Dios, lo percibo.

Le dije que sí, que le llevaría a pasear por el vecindario, que sería divertido. Le dije que probablemente podría conseguirle un atuendo de vaquero, si quería, pero que si prefería ir de MotoKop tendríamos que salir a comprarle un disfraz.

Antes incluso de que terminara de hablar, comenzó a

sacudir la cabeza con firmeza. No quería ir de vaquero ni tampoco de MotoKop. La violencia de sus cabeceos reflejaba algo parecido al horror. Quizá se haya cansando de vaqueros y policías del futuro.

Me pregunta si el otro lo sabe.

De cualquier modo, le pregunté de qué quería disfrazarse, si no era de vaquero o de Cajaeserpientes o de comandante Pike. Agitó una mano y empeñó a saltar por la habitación. Al cabo de un rato de esta pantomima me di cuenta que fingía ser un espadachín.

—(Un pirata?) —pregunté, y todo su rostro se iluminó con una de las dulces sonrisas de Seth Garin.

—Piata —dijo, y después lo intentó con más empeño y lo pronunció claramente: Pirata.

Así que encontré un viejo pañuelo de seda para atárselo alrededor de la cabeza, le di un arete dorado con cierre de pinza para que se lo colgara de la oreja y cogí los pantalones de un pijama viejo de Herb. Utilicé gomas elásticas en las perneras para fruncirlas de la manera apropiada. Con una barba de disfraz, una cicatriz dibujada con línea de ojos y una vieja espada de juguete (prestada por Cammie Reed, la vecina, un preciado recuerdo de la tierna infancia de sus mellizos), tenía un aspecto convincentemente

feroz. Y cuando, hacia las cuatro, lo llevé a hacer la ronda por la calle Poplar y Hyacinth, no parecía distinto de todos los demás duendes, brujas, Pablos Mármol y piratas. Cuando volvimos, esparció todos sus caramelos por el suelo de la sala (no ha ido a su cuarto en todo el día a ver televisión. Tak debe estar profundamente dormido; ojalá ese bastardo estuviera muerto, pero es demasiado pedir) y los contemplaba con tanta codicia como si realmente fuera el tesoro de un pirata. Después me abrazó y me besó en el cuello. Estaba feliz.

Que te jodan, Tak. Que te jodan.

Que te jodan y espero que mueras.

16 de marzo de 1996

La última semana ha sido horrorosa, absolutamente horrorosa. Tak está al mando casi constantemente y en plan dictador. Platos por todas partes, vasos cubiertos por una película de leche con cacao, la casa hecha un lío. ¡Hormigas! ¡Dios mío, hormigas en marzo! Parece una casa de locos, pero (acaso no lo es)

Me arden los pezones por todos los pellizcos que me obliga a darme. Sé por qué, naturalmente; está enfadado porque no puede hacer lo que quiere con su versión de Cassandra Stylers. Le doy de comer, le compro los nuevos modelos de MotoKops que quiere (y los telecos, por supuesta, que deba leerle porque Seth no tiene esa capacidad para poder utilizarla en su provecho), pero soy inútil para cualquier otro propósito.

Esta semana he pasado con Jan todo el tiempo que he podido.

Pero hoy, mientras intentaba hacer un poco de limpieza (casi siempre estoy demasiado agotada y desalentada para intentarlo siquiera), rompi la fuente favorita de mi madre, la que tenía un dibujo de un trineo. Tak no tuvo nada que ver: la cogí de la repisa de la chimenea del comedor, donde la había colocado como adorno, para quitarle el polvo y simplemente se me escurrió de entre los dedos, por estúpida, y se estrelló contra el suelo. Al principio creí que mi corazón se había roto con ella. No era por la fuente, naturalmente, por mucho que me gustara. De pronto, era como estar contemplando mi propia vida en lugar de una fuente de porcelana antigua hecha mierda en el suelo del comedor. Simbolismo barato, probablemente lo llamaría

Peter Jackson, el vecino de la acera de enfrente. Barato y sentimental. Probablemente lo sea, pero cuando suprimos casi nunca somos creativos.

Fui a la cocina a buscar una bolsa de basura de plástico y empecé a recoger los fragmentos, sollozando todo el rato mientras lo hacía. Ni siquiera oí apagarse el televisor (Tak y Seth se han pasado casi todo el día con un intensivo de MotoKops 2200), pero entonces una sombra cayó sobre mí y alcé la vista: era él.

Al principio pensé que era Tak, Seth ha estado casi siempre ausente esta semana o bien agazapado, pero entonces vi sus ojos. Ambos utilizan los mismos y podría decirse que no cambian, pero lo hacen. Los de Seth son más claros y muestran una gama de emociones que Tak nunca puede conseguir.

-He roto el plato de mi madre -dijo-. Era lo único que me quedaba de ella y se me ha escurrido entre los dedos.

Entonces me sentí peor que nunca. Me abracé las rodillas, apoyé la cara sobre ellas y me eché a llorar. Seth se me acercó, me rodeó el cuello con los brazos y me abrazó.

Algo maravilloso ocurrió cuando lo hizo. No puedo explicarlo exactamente, pero era tan bueno que, en comparación, ir a visitar a Jan a Mohonk parecía una

estupidez. Tak puede hacerme sentir mal, terrible, de hecho, como si todo el mundo no fuera nada más que una bola de barro infestada de gusanos como yo. A Tak le gusta que me sienta mal. Lame esos malos sentimientos directamente de mi piel, como un niño con una piruleta. Sé que lo hace.

Pero esta vez me ocurrió lo contrario. Las lágrimas cesaron y mi sensación de tristeza fue sustituida por un sentimiento de dicha y... no de éxtasis, exactamente, pero algo muy parecido. Serenidad y optimismo mezclados, como si las cosas no pudieran salir mal, como si todo ya estuviera saliendo bien, aunque yo no pudiera verlo. Me quedé satisfecha, como después de una comida rucelenta. Renovada.

Lo hizo Seth. Lo hizo cuando me abrazó. Y lo hizo, creo (sé), exactamente de la misma manera que Tak me hace sentir lo malo y lo triste. Abandonada, es como lo llamo. Cuando Tak quiere, me hace sentir abandonada. Pero sólo puede hacerlo porque tiene el poder de Seth para utilizarlo. Y creo que cuando Seth me libró de mi tristeza esta tarde, pudo hacerlo porque tenía el poder de Tak para utilizarlo. Y no creo que Tak supiera que lo estaba haciendo, o le habría obligado a detenerse.

Esto es algo que no se me había ocurrido hasta hoy: Seth podría ser más fuerte de lo que cree Tak.

Mucho más fuerte.

XIII

1

Johnny no supo cuánto tiempo permaneció sentado en la silla de la cocina, con la cabeza gacha, el cuerpo sacudido por sollozos intensos como escalofríos, con las lágrimas brotando de sus ojos, antes de notar una mano suave en la nuca y alzar la vista para ver a la chica de la tienda, la de los pelos de loca. Steve ya no estaba con ella. Johnny miró por el ventanal de la sala (el ángulo era el adecuado para que pudiera hacerlo desde donde se encontraba) y le vio en pie sobre el alicaido césped de los Wyler, mirando hacia el final de la calle. Varias de las sirenas habían enmudecido cuando los vehículos a los que pertenecían llegaron a la calle y se detuvieron. Otras seguían ululando como pieles rojas a la carga.

—¿Está usted bien, señor Marinville?

—Sí... —Intentó decir algo más, pero lo que salió en lugar de palabras fue un medio sollozo agudo. Se secó los mocos con el dorso de la mano y trató de sonreír—. Cynthia, ¿verdad?

—Cynthia, sí.

—Llámame sólo Johnny.

—De acuerdo.

Contemplaba los cadáveres entrelazados. Audrey tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y su rostro estaba tan inmóvil y sereno como una mascarilla fúnebre. Y el muchacho seguía pareciendo un niño, en su frágil desnudez. Un niño que había muerto al nacer.

—Mírelos —dijo Cynthia suavemente—. Mire cómo le rodea el cuello con los brazos. Debió quererla mucho.

—Él la mató —dijo Johnny llanamente.

—¡No puede ser!

La commoción que afloró al rostro de la mujer le resultó muy comprensible, pero no cambiaba lo que él sabía.

—Sin embargo, lo es. Lanzó a Cammie contra ella.

—¿Qué quiere decir?

—Lo hizo del mismo modo que los observadores emboscados dirigían el fuego de la artillería sobre los poblados enemigos en Vietnam. La azuzó contra ambos, en realidad. Le oí hacerlo. —Se dio unos golpecitos en la sien.

—¿Me está diciendo que Seth le pidió a Cammie que les matara a ambos?

Johnny asintió con la cabeza.

—Quizá fuera el otro. Tal vez oyera a... ese ser.

Johnny negó con un gesto.

—No, fue Seth, y no Tak. Reconocí su voz. —Hizo una pausa para contemplar al niño muerto y después volvió a mirar a Cynthia—. Incluso dentro de mi cabeza, hablaba fatal.

2

Los edificios volvían a ser lo que eran antes. Steve lo vio, pero eso no significaba que hubieran vuelto a la normalidad: era evidente que se habían llevado una buena tunda. La casa de los Hobart ya no ardía, por lo menos; el chaparrón había reducido el incendio a una especie de humareda perezosa, como un volcán después de una erupción. El *bungalow* del viejo veterinario estaba en peor estado, lamido por llamas que surgían de las ventanas y negras zonas carbonizadas a lo largo del alero con la pintura desconchada. Entre ambas, la casa de Peter y Mary Jackson era un colador.

En la calle había dos camiones de bomberos, y llegaban más. Las mangueras ya se extendían sobre la hierba como pitones de color beige. También había coches de policía, tres aparcados ante la casa de Entragian, donde el cuerpo del chico de los periódicos (y el de *Aníbal*, imposible olvidarle) yacía bajo un plástico que ahora estaba encharcado por el aguacero. Las luces de los coches patrulla giraban con destellos rojos y azules. Había otros dos coches patrulla aparcados al final de la calle, bloqueando por completo el cruce con la calle Bear.

Eso no serviría de nada si vuelven, pensó Steve. Si los vigilantes vuelven, muchachos, harán volar vuestra pequeña barricada hasta el casquete polar más próximo.

Excepto que no volverían. Eso era lo que significaba la luz del sol, lo que significaba el trueno en retirada. Todo había ocurrido realmente (Steve sólo tenía que mirar las casas en llamas y las destrozadas por los tiros para saberlo), pero había ocurrido en alguna extraña dimensión del tiempo que estos polis nunca conocerían ni querrían conocer. Consultó su reloj de pulsera y no le sorprendió ver que volvía a funcionar. Marcaba las 5.18, y Johnny pensó que su Timex nunca estaría más cerca del tiempo real.

Recorrió de nuevo la calle con la mirada y se detuvo en los policías. Algunos habían desenfundado las armas; otros, no. Ninguno de ellos parecía tener claro cómo se suponía que debía comportarse. Steve podía entenderlo. Estaban contemplando una galería de tiro, después de todo, y probablemente nadie había oído disparos en las manzanas circundantes. Truenos quizás, pero no disparos de escopeta que sonaban

como obuses de mortero. Ni hablar.

Le vieron en el césped y uno le hizo una seña para que se acercara. Al mismo tiempo, otros dos le indicaban por gestos que volviera a entrar en la casa de los Wyler. Parecían hechos un lío, y Steve no les culpó. Algo había ocurrido aquí, eso era evidente, pero ¿qué?

Tardaréis un poco en adivinarlo, pensó Steve, pero al final encontraréis una explicación lógica. Siempre lo hacéis. Ya veáis un platillo volante que se estrella en Rosewell, Nuevo México, un barco desierto en medio del océano Atlántico o una calle de las afueras de Ohio convertida en una caseta de tiro al blanco, siempre os sacáis algo de la manga. Nunca atraparéis a nadie, apostaría mis ahorros de toda la vida, y no creeréis ni una puta palabra de lo que digamos ninguno de nosotros (en realidad, cuanto menos digamos más fácil será para nosotros, probablemente), pero al final encontraréis algo que os permitirá volver a enfundar vuestras armas... y dormir tranquilos por la noche. ¿Y sabéis lo que digo yo a eso?

NO HAY PROBLEMA, TÍO.

Eso digo.

NI UN... PUTO... PROBLEMA.

Uno de los policías estaba apuntando ahora un megáfono en su dirección. A Steve no le hizo ninguna gracia, pero mejor un megáfono que un arma, supuso.

—¿Es usted un rehén? —atronó el señor Megáfono—. ¿Es usted un secuestrador?

Steve sonrió, formó una bocina con las manos alrededor de su boca y respondió.

—Soy Libra. Amistoso con los extraños, me encantan las conversaciones interesantes.

Una pausa. El señor Megáfono conferenció con varios de sus compañeros. Hubo una buena sesión de movimientos de cabeza negativos y después se volvió hacia Steve y volvió a alzar el megáfono.

—No le hemos entendido. ¿Quiere repetirlo?

Steve no lo hizo. Se había pasado la mayor parte de la vida en el negocio del espectáculo (bueno, algo así) y sabía lo fácil que es aburrir con un chiste. Llegaban más policías, largas hileras de vehículos blancos y negros con luces rojas y azules en el techo, más camiones de bomberos; dos ambulancias; lo que parecía un vehículo de asalto blindado. Pero los policías sólo dejaban pasar a los bomberos, al menos de momento, aunque gracias a la lluvia ninguno de los incendios parecía peligroso.

Al otro lado de la calle, frente a donde se encontraba Steve, Dave Reed y Susi Geller salieron abrazados de la casa de los Carver. Pasaron con cuidado por encima

de la chica muerta en el zaguán y se dirigieron a la acera. Detrás de ellos salieron Brad y Belinda Josephson, empujando a los niños Carver y ocultándoles la visión de su padre, que seguía tendido en el camino y tan muerto como antes. Detrás de ellos salió Tom Billingsley. Llevaba un mantel de lino en las manos nudosas y lo extendió sobre el cadáver de la chica, sin hacer caso del hombre de la manzana siguiente que intentaba atraer su atención con el megáfono.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Dave a Steve. Sus ojos parecían a la vez enloquecidos y exhaustos—. ¿Ha visto a mi madre?

Y Steve Ames, cuyo lema en la vida era

NULLO IMPEDIMENTUM

no tuvo la menor idea de qué decir.

3

Johnny entró en la sala caminando de puntillas y procurando esquivar como pudo el desorden que había provocado Cammie. Una vez pasado aquel obstáculo, se dirigió hacia la puerta con más velocidad y confianza. Había conseguido controlar las lágrimas, al menos por el momento, y supuso que aquello era bueno. No sabía por qué, pero lo supuso. Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Marcaba las 5.21 y le pareció correcto.

Cynthia le cogió del brazo. Se volvió hacia ella con un punto de impaciencia. A través del ventanal vio a los demás supervivientes de la calle Poplar apiñados en el centro de la calle. Hasta el momento hacían caso omiso de las llamadas de los polis, que no parecían saber si debían acercarse o mantener sus posiciones. Y Johnny quería unirse a sus vecinos antes de que se decidieran en un sentido o en otro.

—¿Se ha ido? —preguntó la chica—. Tak, la cosa roja, fuera lo que fuera, ¿se ha ido?

Johnny volvió a mirar el interior de la cocina. Le dolió casi físicamente hacerlo, pero lo consiguió. Allí había mucho rojo —las paredes estaban pintadas de rojo y también el techo, para el caso— pero no había señales de las chispas relucientes que habían intentado encontrar un puerto seguro en la cabeza de Cammie Reed, tras la muerte de su antiguo anfitrión.

—¿Esa cosa murió con ella? —La chica le miraba con ojos suplicantes—. Dígame que sí, ¿vale? Hágame feliz y diga que sí.

—Debió morir —dijo Johnny—. De lo contrario, supongo que ahora mismo se

estaría probando a uno de nosotros para ver si éramos de su talla.

Ella dejó escapar el aire con un bufido.

—Sí, eso tiene sentido.

Era cierto, pero Johnny no lo creía. Ni por asomo. «Os conozco a todos», había dicho. «Os encontraré a todos. Os daré caza uno a uno». Tal vez lo hiciera y tal vez se encontrara entre manos una lucha algo más ardua de lo que esperaba, si lo intentaba. En cualquier caso, no tenía sentido preocuparse por aquello ahora.

Tak ah wan! Tak ah lah! Mi him en tow!

—¿Qué pasa? —preguntó Cynthia—. ¿Algo va mal?

—¿Por qué lo dices?

—Está temblando.

Johnny sonrió.

—Imagino que alguien acaba de caminar por encima de mi tumba. —Retiró la mano de la chica de su brazo y entrelazó sus dedos con los de ella—. Vamos, salgamos a ver cómo va el mundo.

4

Casi habían llegado a la calle y a los demás cuando Cynthia se detuvo.

—Oh, Dios mío —dijo en voz baja, exánime—. Oh, Dios mío, mire.

Johnny se volvió. La tormenta amainaba, pero había una masa de nubes negras al oeste de donde se encontraban. Se cernía sobre el centro de Columbus, conectada con Ohio por un nebuloso cordón umbilical de lluvia y tenía la forma de un gigantesco vaquero galopando a lomos de un garañón del color de la tormenta. El morro del caballo, grotescamente alargado, apuntaba hacia el este, en dirección a los Grandes Lagos. Su cola se extendía prodigiosamente hacia las praderas y desiertos. El vaquero parecía llevar el sombrero en una mano y quizás lo agitaba en señal de triunfo. Mientras Johnny lo observaba, boquiabierto y paralizado, la cabeza de nubes del hombre parpadeó con un relámpago.

—Un jinete fantasma —dijo Brad—. Maldita sea. Un jodido jinete fantasma en el cielo. ¿Lo ves, Bel?

Cynthia gimió a través de la mano que se había llevado a la boca. Tenía la vista fija en la forma de la nube, los ojos desorbitados y sacudía la cabeza de lado a lado en un inútil gesto de negación. Los demás también estaban mirando ahora, no los bomberos ni los policías, que pronto saldrían de su indecisión y se acercarían al grupo de la manzana, sino los habitantes de la calle Álamo que habían sobrevivido a los vigilantes.

Steve tomó a Cynthia por sus flacos brazos y la apartó suavemente de Johnny.

—Basta —dijo—. Ya no puede hacernos daño. Es sólo una nube y no puede hacernos daño. Ya se está marchando, ¿lo ves?

Era verdad. El flanco del caballo celestial se estaba desgarrando en algunos puntos y fundiendo en otros, dejando pasar la luz del sol en largos y brumosos rayos. De nuevo era sólo una tarde de verano, la mismísima cúspide del verano, un verano de sandías, refrescos e interminables tardes de béisbol.

Steve miró hacia el otro extremo de la calle y vio un coche de policía que se acercaba muy lentamente remontando la pendiente, pisando las mangueras de incendios enmarañadas a su paso. Se volvió para mirar a Johnny.

—Eh.

—¿Sí?, ¿qué?

—¿El niño se suicidó?

—Supongo que podría decirse que sí —dijo Johnny, comprendiendo por qué lo preguntaba el hippie; en cierto modo, no había parecido un suicidio.

El coche patrulla se detuvo. El hombre que salió vestía un uniforme caqui con una tonelada de galones dorados. Sus ojos, de un azul muy intenso, se perdían casi por completo en una telaraña de arrugas. En la mano llevaba un arma grande. Se parecía a alguien que Johnny había visto con anterioridad, y al cabo de un momento le vino a la mente: Ben Johnson, un actor que interpretaba a rancheros virtuosos (normalmente con bellas hijas) y a satánicos forajidos con la misma gracia y competencia.

—¿Alguien quiere decirme, en el nombre de Jesucristo, qué ha ocurrido aquí? —preguntó.

Nadie respondió y al cabo de unos instantes Johnny Marinvile se dio cuenta de que todos le estaban mirando a él. Dio un paso al frente, leyó la pequeña placa que el policía llevaba trabada en el bolsillo almidonado de la camisa de su uniforme.

—Forajidos, capitán Richardson —dijo.

—¿Cómo dice?

—Forajidos. Vigilantes. Renegados de las tierras yermas.

—Amigo, si le parece que esto tiene gracia...

—No, señor. Le aseguro que no. Y será aún menos divertido cuando mire usted ahí dentro.

Johnny señaló hacia la casa de los Wyler, y al hacerlo recordó de pronto su guitarra. Fue como pensar en un vaso de té helado cuando uno tiene sed, calor y está cansado. Pensó en lo agradable que sería sentarse en los escalones del zaguán a tocar y cantar *La balada de Jesse James* en *re* mayor, aquella que decía: «Oh, Jesse tenía una esposa que se quejaba de su vida y tres hijos muy valientes». Imaginó que su vieja Gibson podría tener un agujero, pues su casa parecía haber recibido una buena zurra (era como si ya no se sostuviera sobre sus cimientos), pero por otra parte podría

estar perfectamente bien. Después de todo, algunos de ellos habían salido bien librados.

Johnny empezó a caminar en aquella dirección, oyendo ya la canción como si surgiera de sus manos y de su boca: «Oh, Robert Ford, Robert Ford, me pregunto cómo debes sentirte, pues dormiste en el lecho de Jesse y comiste el pan de Jesse y empujaste a Jesse James a su tumba».

—¡Eh! —exclamó agresivamente el policía que se parecía a Ben Johnson—. ¿Adónde diablos cree que va?

—Voy a cantar una canción de buenos y malos —dijo Johnny. Agachó la cabeza, sintió el opresivo calor del sol del verano en su nuca y siguió caminando.

Carta de la Sra. Patricia Allen a Katherine Anna Goodlowe, de Montpelier, Vermont:



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

19 de junio de 1986

Querida Kathi:

Éste es el lugar más hermoso de todo el mundo, estoy convencida. Estos días de luna de miel han sido los más felices de mi vida, y las noches... Me educaron en la creencia de que no hay que hablar de ciertas cosas, por lo que me limitaré a decir que mis temores de descubrir demasiado tarde que «reservarse para el matrimonio» fuera el peor error de mi vida han demostrado carecer de fundamento. Me siento como una niña viviendo en una fábrica de caramelos.

Pero dejemos eso, no te escribo para contarte la vida sexual de la actual señora Allen (por espléndida que pueda ser), ni tampoco para hablarte de la belleza de Catskills. Te escribo porque Tom está en el piso de abajo, por el momento, jugando a billar, y sé cuánto te gustan las «historias de miedo». En especial si incluyen un viejo hotel. Eres la única persona que conozco que no sólo ha leído un ejemplar de El resplandor hasta dejarlo hecho polvo, sino dos ejemplares seguidos. Aunque, si eso fuera todo, probablemente habría esperado hasta que Tom y yo volviésemos para contarte la historia cara a cara. Pero tengo un par

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

de souvenirs de este particular «cuento del más allá» y eso me ha hecho tomar la pluma en esta bella noche de luna llena.

El Mountain House se inauguró en 1869, por lo que sin duda cumple todos los requisitos de un viejo hotel. Y aunque supongo que se parece bastante a Overlook?, de Stephen King, tiene su ración de rincones extraños y corredores tenebrosos. También tiene su ración de historias de fantasmas, pero la que ahora voy a contarte es, en cierto modo, una curiosidad: no contiene ni una sola dama de principios de siglo, ni un suicidio por la caída de la bolsa de 1929. Estos dos fantasmas —correcto, un par, dos por el precio de uno— sólo hace unos cuatro años que aparecen, por lo que he podido descubrir, y he podido descubrir bastante. El personal es muy solícito con los visitantes que quieren hacer de cazafantasmas por la comarca. Supongo que eso contribuye a crear ambiente.

Hay más de un centenar de pequeños refugios diseminados por el recinto, extravagantes cabañas de madera que la gente de por aquí llama «cenadores». Desde allí se contemplan las mejores vistas. Hay uno sobre la cuesta de un prado, a unos cinco kilómetros del Mountain House. En el mapa, este prado no tiene nombre (he comprobado los planos topográficos en la oficina esta mañana), pero el servicio tiene un nombre para él: lo llaman el Prado de la Madre y el Hijo.

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

Los fantasmas de la madre y el hijo en cuestión fueron avisados por primera vez por unos huéspedes del hotel en verano de 1982. Siempre se les ve alrededor de ese cenador en concreto, que está situado en la cima de una colina, sobre un pequeño muro de roca casi enterrado entre las madreselvas y los rosales silvestres. No es el lugar más espectacular del recinto, pero creo que se convertirá en mi recuerdo favorito cuando evoque mi luna de miel en años venideros. Allí hay una paz imposible de describir para alguien con pocas dotes literarias como yo. En parte es por el aroma de las flores y en parte por el sonido de las abejas, un zumbido constante y adormecedor. Pero las abejas, las rocas y el pintoresco muro de piedra no importan. Si te conozco bien, estarás ansiosa por saber lo de los fantasmas. No dan mucho miedo, así que no te hagas muchas ilusiones, pero su existencia está casi probada. Adrian Givens, el conserje, me dijo que los han visto unas tres docenas de huéspedes desde que empezaron los avistamientos, siempre en la misma zona. Y aunque ninguno de los testigos conocía a los demás, lo que hace improbable cualquier conspiración o connivencia, las descripciones son notablemente similares. La mujer parece tener más de treinta años, es guapa, de largas piernas y cabello castaño. Su hijo (varios testigos han señalado el parecido físico existente entre ambos) es pequeño y muy delgado, probablemente de unos

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

seis años. Cabello castaño, como la mujer. Su cara ha sido descrita como «inteligente», «vital» e incluso «hermosa». Y aunque han sido vistos por personas muy diferentes en el transcurso de varios años, siempre se los describe con las mismas ropas: pantalones cortos de deporte blancos, blusa sin mangas y zapatillas deportivas en el caso de la mujer; pantalones cortos de baloncesto, camiseta sin mangas y botas de vaquero en el caso del niño. Lo más sorprendente para mí es el detalle de las botas de vaquero. ¿Qué probabilidades hay de que todas esas personas describan a un niño vestido con una combinación tan improbable de pantalones cortos y botas de vaquero si sólo lo estaban inventando? La defensa tiene tiempo para deliberar.

Varias personas han sugerido que podría tratarse de personas de carne y hueso, tal vez incluso una empleada del Mohonk y su hijo, porque han dejado demasiadas pruebas empíricas duraderas para ser fantasmas (quienes, por regla general, sólo dejan un remolino de aire frío o tal vez un poco de ectoplasma viscoso al desaparecer, como bien sabes). En ese cenador en particular se han encontrado toda clase de recuerdos. ¿Sabes cuál es el más curioso? ¡Platos de espaguetis de lata a medio comer! Sí, sé que parece una locura, cosa de risa, pero deténte a pensar un minuto. Aparte de perritos calientes, ¿hay algo en el mundo que guste más a los niños que los espaguetis de lata?

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

Han dejado otras cosas —juguetes, un libro para colorear, un estuche de maquillaje plateado que bien podía pertenecer a la hermosa madre del niño—, pero reconozco que lo que más me choca es lo de los platos de espaguetis a medio comer. ¿Quién ha oído hablar nunca de un fantasma que coma espaguetis?

¿Un fantasma que come espaguetis ensalados? ¿Y qué me dices de esto?: En otoño de 1984, un grupo de excursionistas encontró en ese cenador un tocadiscos infantil de plástico con un disco de 45 rpm dentro: Strawberry Fields Forever, de los Beatles. Asombroso, ¿verdad?

Mi nuevo amigo Adrian, que trabaja en la conserjería, se ríe y asiente con la cabeza cuando sugieres que todo es un montaje, que los fantasmas no dejan objetos físicos reales (ni pisotean la hierba o dejan huellas de pisadas en el cenador). «Los fantasmas corrientes, no —dice—, pero tal vez estos no son corrientes. Por ejemplo, toda la gente que los ha visto afirma que son sólidos. No se puede ver a través de ellos, como ocurría con los de la película Los cazafantasmas. Tal vez no sean fantasmas, ¿no ha pensado en eso? Podrían ser personas de carne y hueso que viven en un plano de la realidad ligeramente distinto al nuestro.» Supongo que no hay que ser huésped del Mohonk para convertirse en un aficionado a los temas esotéricos. Al parecer, basta con trabajar aquí.

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

Adrian dijo que al menos en tres ocasiones grupos de personas incrédulas han preparado emboscadas para atrapar a la madre y al hijo, pero que nunca lo han conseguido (una de estas personas volvió con otro plato de espaguetis). Además, dijo (y esto me parece mucho más interesante) que ya hace cuatro años que los fantasmas aparecen en el interior y en los alrededores de ese cenador. Si fueran personas reales, bromistas o timadores, o ambas cosas, ¿cómo podría el niño tener todavía seis o siete años?

Si ésta fuera una historia de fantasmas tradicional, éste es el punto en que debería revelar que he visto a los fantasmas personalmente y que por eso estoy tan interesada en el tema, pero no es así. Sigo sin haber visto a un fantasma en toda mi vida. Sin embargo, puedo dar testimonio de que hay algo muy especial en el prado, algo sosegado y —no te atrevas a reírte— casi sagrado. No vi fantasmas, pero percibí una presencia. Fui sin Tom y reconozco que probablemente eso me hizo más susceptible, pero aún así supe entonces y sé ahora que había llegado a un lugar extraordinario. Noté un hormigueo en la nuca, una sensación muy clara e intensa de estar siendo observada.

Después, cuando entré en el cenador para sentarme y descansar un rato antes de regresar, encontré los artículos que te incluyo. Son perfectamente reales, como verás, en absoluto espirituales, y aún así tienen algo muy extraño, ¿no crees?

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

La muñeca con pantalones cortos azules es la más interesante de los dos. Evidentemente, es una de esas figuras articuladas para niños. Aunque llevo tres años enseñando en un jardín de infancia y creía conocerlas todas, nunca había visto una como ésta. Al principio creí que era Escarlata, del equipo de G.I. Joe, pero el cabello de esta damita tiene un tinte rojo muy distintivo, más brillante. Y normalmente los niños atesoran estas cosas, se pelean por ellas en el patio. Esta había sido arrojada a un rincón, como si la hubieran tirado a la basura. Guárdamela, Kath, y se la mostraré a mis alumnos el próximo otoño... pero ahora mismo apuesto a que ninguno de ellos la reconoce y que todos querrán jugar con ella. Pienso en lo que dijo Adrian, que los fantasmas del Prado de la Madre y el Hijo podrían vivir en un plano ligeramente distinto, tal vez de tipo astral o tal vez temporal, y a veces (en realidad, a menudo) creo que la señorita Pelirroja pudo venir realmente de ese plano (¿esa posibilidad no te da escalofríos? A mí sí).

De acuerdo, de acuerdo, ha soplado una racha de viento y las luces vacilan. Atribúyelo a eso, siquieres.

Después está el dibujo. Tú eres la especialista en arte, amiga. Dime qué opinas. ¿Es alguna especie de juego, o una broma perpetrada por un niño de la región que disfruta tormando el pelo a los clientes? ¿O he encontrado un dibujo hecho por un fantasma?

Lake Mohonk, New Paltz, New York 12561



MONUMENTO HISTÓRICO NACIONAL

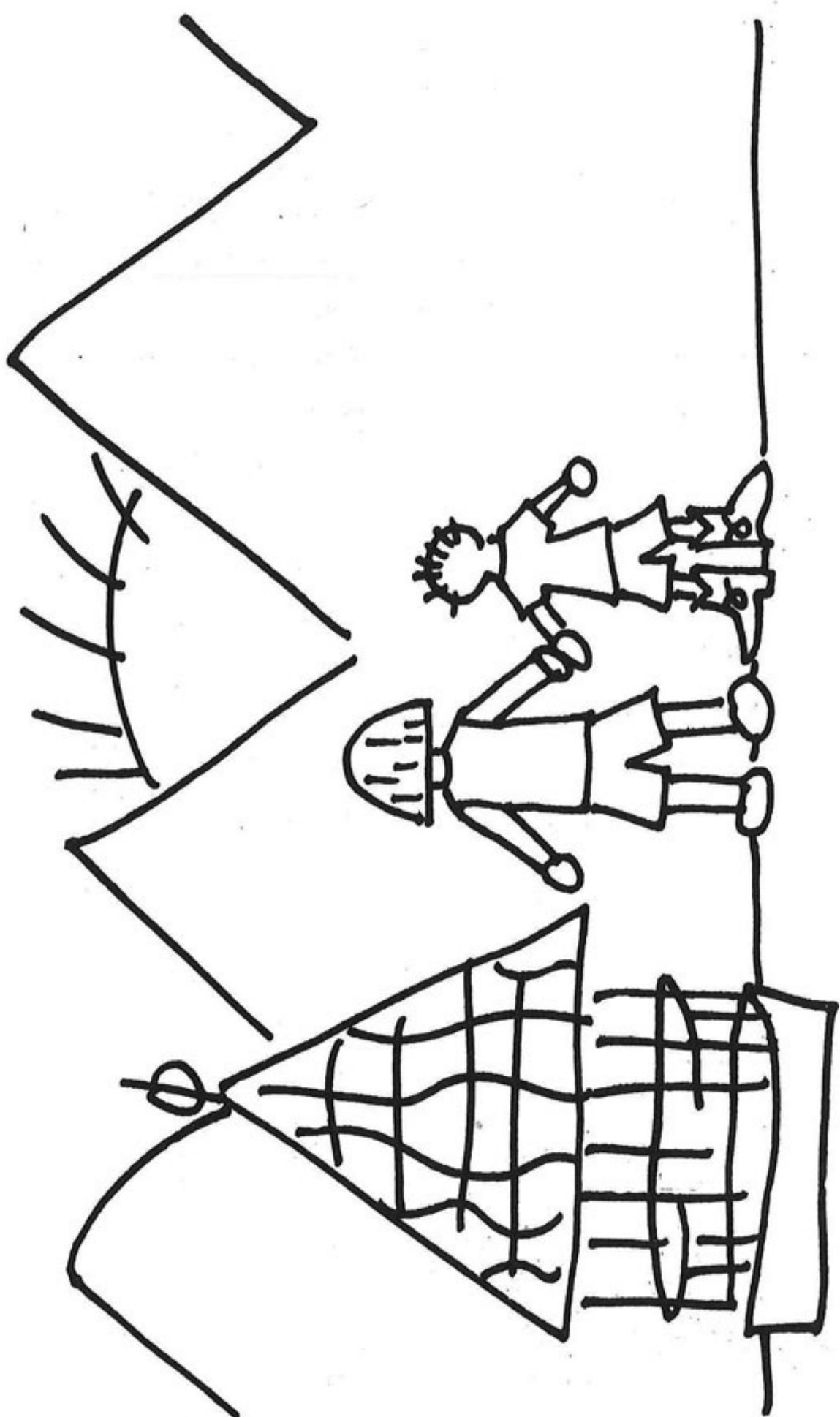
De acuerdo, chica, ésta es mi historia de miedo de la noche. Voy a meter todos los objetos en un sobre acolchado que he comprado en la tienda de regalos y luego veré si convenzo a Tom de que es hora de dejar de jugar al billar en la sala de juegos y venir a la cama. Francamente, no espero que me cueste mucho.

Me encanta estar casada y me encanta este lugar, con fantasmas y todo.

Tu admiradora de siempre,

Pat

PD: Por favor, guárdame el dibujo, ¿de acuerdo? Quiero conservarlo. Bromas aparte, creo que refleja amor y la dicha de un reencuentro. P.



Nota

[1] En inglés, álamo. (*N. de la t.*) <<